

Marian
Izaguirre
El ópalo y la
serpiente



DEBOLSILLO

MARIAN IZAGUIRRE

El ópalo y la serpiente

DEBOLSILLO

www.megustaleerebooks.com

No reconozco haber sentido lo que ahora siento al recordar. El cuerpo sudoroso bajo la ropa, el color dorado de las últimas luces, la inquietud profunda que surge de mi propio interior y golpea bruscamente el silencio brutal de esta inmensidad. No es ahora. Es entonces y soy el que era.

Han pasado veinte años. Estoy en la isla de Buda, contemplando el delta que se recuesta en el mar como si fuera un animal dormido. Los gansos alzan el vuelo por encima de la alquería y sacuden el aire con un aleteo brusco, denso, aniquilador. Pienso en Al Jafh, la pequeña aldea del Nilo, sigilosa y recóndita como esta otra isla, y en las tardes del monte Muqattam, desde donde se podía contemplar El Cairo en todo su esplendor, lejos del fragor de sus abigarradas calles, de sus muelles atestados de mercancías... Y más lejos, Fez, la ciudad ocre repleta de madrasas y perfumes, de intrigas medievales... La casa de Said, donde Ariadne tejió una invisible tela a mi alrededor...

Es fácil recordar y dejarse mecer por una nostalgia que se transforma en angustia ante la imposibilidad de que todos ellos puedan volver, como vuelven sus rostros iluminados por la luz del delta. El sol cae tierra adentro y el mar queda bañado por una tenue mancha amarilla. Es el Mediterráneo español, suave y doméstico, tan lejos de Kiffa, de El Cairo, de Fez, y sin embargo tan cercano, envuelto como ellos en esta luz vespertina que se parece incomprensiblemente a una imagen del desierto, áspera, árida, pero incapaz de secar nuestros corazones... Susan Friedemann, Galata, Jayrí Nuín... Surgen sobre las dunas invisibles para darme su último adiós.

Yo también, como el viejo Said, llegué a una ciudad cuando no estaba preparado para enfrentarme a ella.

Llegué a la caída de la tarde y me quedé extasiado, prendido en la última luz de poniente. El Cairo era una ciudad sin dimensión posible, ciclópea, enorme y desmesurada. Vibraba desde lo más profundo de sus entrañas sacudida por un eco atronador. No existía el silencio, no encontraba un espacio donde germinar, por todas partes el brutal estallido de la vida, su fragor, reventando con violencia frente a la mirada atónita de los europeos que bajaban del avión y se empeñaban en querer encontrar una palabra para toda esa desmesura, una palabra que definiera la ciudad, su ruido inmisericorde, el color de sus tejados desvaneciéndose en la contaminación, el olor de los sudores y alientos que impregnaban el aire de forma imperceptible hasta convertirlo en una masa densa que se podía palpar, atrapar entre los dedos... Era el infierno mismo. Al atardecer, cuando el crepúsculo comenzaba a querer desdibujar los contornos de las torres y chimeneas que desprendían una maravillosa luz de color malva, la ciudad se volvía más irreal si cabe, dorada y verde, enigmática y oscura... por un breve instante parecía quedar prendida en la eternidad, muda y silenciosa como un rostro de mujer.

Puedo revivir estas primeras impresiones con absoluta nitidez, como si sucedieran ahora mismo. Recuerdo que me consumía la inquietud. La ansiedad era tan grande que había llegado a El Cairo varios días antes de lo convenido y sólo unas horas después tenía que salir camino del oasis de Kiffa, en el noroeste de Egipto, para incorporarme a las excavaciones de un yacimiento arqueológico que los alemanes habían descubierto recientemente.

Fue el azar, solamente el azar...

El 1 de enero de 1973, un equipo de arqueólogos que trabajaba en el oasis egipcio de Kiffa descubrió las ruinas de un convento copto. Estaba situado a unos doscientos kilómetros del mar, cerca de la frontera libia, y era un complejo de edificaciones destinadas tanto a uso monástico como seglar, que habían sido construidas a lo largo de varias centurias. Desenterraron secciones que podían remontarse al siglo V, aunque las construcciones más recientes databan de finales del XIII y mostraban una clara influencia árabe. En conjunto, se trataba de un asentamiento de grandes proporciones que debió de permanecer activo durante ochocientos años ininterrumpidos y que estaba sepultado bajo una capa de roca y arena no demasiado gruesa. En pocos meses, la casi totalidad del recinto religioso había salido a la superficie y las paredes de

piedra, los arcos, los bastiones y las hiladas dejaron al descubierto una puerta, en el frente de levante, que conducía a un cuerpo central de veinte metros de largo y que parecía ser la biblioteca del monasterio. El 9 de agosto de ese mismo año se encontraron en el interior de esta estancia decenas de pergaminos escritos en griego, árabe y latín.

Cuando llegué al oasis de Kiffa, las excavaciones efectuadas en la vertiente norte habían desenterrado varias habitaciones más, y los pergaminos hallados eran ahora casi un centenar. El gobierno egipcio estableció desde un principio grandes medidas de seguridad para que no se produjera ningún pillaje. Recuerdo que había camiones militares por todos lados y un gran despliegue de obreros que horadaban la tierra como un ejército de hormigas que me hizo pensar de nuevo en El Cairo, de donde había salido al amanecer.

Desde el principio, el azar jugó un importante papel en el descubrimiento de los pergaminos. Los arqueólogos buscaban una vieja fortificación romana y, en su lugar, hallaron un convento copto y una impresionante biblioteca de la época medieval que los monjes habían construido sobre las ruinas del imperio. Sí, el azar había colocado los libros sobre las piedras; la memoria escrita, la palabra, sobre las huellas inermes de los sillares que carecían de voz. Nadie puede asegurar que no existe el destino. Yo, menos que nadie. Quizá todo habría sido diferente si Susan y yo no hubiéramos coincidido en aquella ocasión, pero sucedió así y ya nada puede cambiarlo.

La doctora Friedemann llevaba en Egipto cerca de un mes. Había sido la primera en llegar y quien se había ocupado de configurar el equipo de especialistas encargado de catalogar el material bibliográfico. Luca Santori y Hermois Galata llegaron antes que yo, en un helicóptero de las fuerzas aéreas egipcias, procedentes de Alejandría. Bernard Duchamp anunció que lo haría dentro de unos días.

Era un equipo conflictivo. Demasiadas conexiones personales, demasiadas rivalidades antiguas. Sabía que surgiría algún tipo de problema y estaba dispuesto a enfrentarme con él, pero no imaginé que las dificultades fueran a empezar tan pronto.

Mi primer error fue llegar diez días antes de lo que se esperaba. Entonces, este simple hecho no parecía tener la más mínima importancia, pero luego, muchos años después, descubriría que precisamente ese pequeño detalle habría de precipitar los acontecimientos hasta sumirnos a todos nosotros en el más absoluto caos. Recuerdo que se sorprendieron al verme y que los ojos de Susan Friedemann centellearon durante unos breves segundos. Les encontré en el interior de las excavaciones, contemplando la recuperación de una pared de ladrillo, cubierta casi totalmente por un fresco que representaba la crucifixión de Cristo y que apareció en uno de los cuerpos laterales de la biblioteca.

El aire era denso y hacía calor, un calor húmedo y maloliente que penetraba con fuerza en los sentidos.

—Salud, Mestre. —Luca Santori se adelantó a los demás y me saludó con su inconfundible y estridente español—. ¿Es el aroma de los cueros y las tintas lo que te ha traído hasta aquí?

Santori se aproximó un poco más y, en tono muy bajo, de modo que sólo yo pudiera oírle, añadió:

—¿O se trata de otro tipo de olor?

La obscenidad que exudaba su voz me causó una profunda sensación de repugnancia. Sabía lo que quería insinuar, pero no merecía la pena responderle. Santori y yo nunca nos hemos tragado. Le miré de soslayo y luego saludé a los demás. Susan Friedemann estaba exactamente igual que cinco años antes, cuando la conocí en Ginebra. Ahora llevaba el pelo corto, lo que en cierto sentido la hacía parecer más joven y daba a su rostro triangular un aire ligeramente masculino. Tendría poco más de cuarenta años, pero seguía siendo una mujer atractiva. A Hermois Galata, por el contrario, me costó reconocerle. Parecía muy enfermo. No dijo nada, pero esbozó una sonrisa triste con la que pareció dar a entender que notaba la impresión que su aspecto de moribundo causaba en los demás.

—No sé cómo ha venido —me dijo Santori bajando de nuevo la voz—. Tiene un cáncer que se lo está llevando al otro mundo.

Pensé que yo tampoco habría sido capaz de quedarme en casa ante una situación de esta envergadura. Hasta muerto habría acudido a la cita. No era por Susan, como Santori quería dar a entender, sino por algo mucho más importante que se presenta una vez cada cien años. Hermois Galata había tenido suerte, al fin y al cabo, la biblioteca apareció cuando todavía estaba vivo.

—Bien, señores —dijo Susan Friedemann, mientras nos conducía por el interior de las excavaciones—, supongo que estarán ustedes impacientes. Antes de que llegaran he tenido la oportunidad de estudiar superficialmente el conjunto de los pergaminos y puedo asegurarles que se trata de un legado importantísimo. Según mis primeras impresiones, alguno de los manuscritos procede del siglo IV, aunque la mayor parte de ellos podría pertenecer a los siglos X, XI y XII. El estado de conservación es bueno, aun en los más antiguos, y su valor incalculable. Hay muy pocos ejemplares en papel, casi todos son vitela y pergamino. Si les parece, podemos verlos.

Caminaba deprisa, con paso seguro y hablaba sin mirarnos. Llegamos a la zona en la que habían aparecido los manuscritos. Era una sala de grandes dimensiones, de la que salían cuatro habitaciones más pequeñas. El conjunto de la biblioteca tenía forma de cruz y ocupaba el centro geométrico del convento. Según nos explicó Susan, los arquitectos sospechaban que era una vieja capilla y que alrededor de este núcleo se había construido el resto de las dependencias, correspondiendo a la biblioteca y las salas adyacentes las secciones más antiguas. A medida que

el convento fue creciendo, para llegar a los libros y documentos había que sortear un verdadero laberinto de celdas, salas y claustros, lo que, en cierto sentido, protegía el tesoro bibliográfico del monasterio.

—En su mayoría son textos litúrgicos —comentó la doctora Friedemann—, manuales y tratados científicos traducidos del sirio durante la Edad Media. Pero hay también copias polígrafas de las principales obras griegas y documentos diversos que dan una visión bastante general de lo intensa que fue la vida monástica en estas latitudes.

Susan Friedemann comenzó a bajar por el declive natural de la cresta rocosa. Parecía ágil y en buena forma. En ese momento pensé en lo que había sucedido cinco años antes, en Ginebra, y recuperé esa sensación molesta, de culpabilidad, que siempre me producía su recuerdo. Me trataba fríamente, pero sin hostilidad. Supuse que había decidido poner freno a cualquier sentimiento que pudiera estropear el desarrollo de nuestra labor y que su carrera profesional le importaba mucho más que cualquier otra cosa. Me había llamado porque yo era el mejor en mi especialidad, el único que podía autenticar cualquier texto medieval escrito en árabe o hebreo. En cierto sentido, cada uno de nosotros era irremplazable. Santori, además de un bocazas, era un experto en escritura ulfiliana y carolingia, que dominaba el latín y sus diferentes lenguas romances, y Hermois Galata, aun considerablemente mermado por la enfermedad, seguía siendo la máxima autoridad en la interpretación de textos griegos. Cuando llegara Duchamp, formaríamos el mejor equipo biblio-paleográfico que existía en Europa.

Al final del declive había una estrecha terraza natural en la que habían instalado los módulos destinados a nuestro servicio. Susan nos hizo entrar en uno de ellos, el más grande. Un militar nos siguió hasta el interior y, por orden de la doctora Friedemann, abrió una puerta tras la que se encontraban los manuscritos. Nuestro asombro podía palpase. Nunca antes habíamos tenido la oportunidad de ver una cosa igual. Había mesas llenas de libros y rollos de pergamino, así como un gran número de hojas sin clasificar que parecían cartas y documentos notariales. Era la colección bibliográfica medieval más grande que yo había podido contemplar fuera de los museos o los archivos oficiales.

—He podido encontrar varios ejemplares únicos —dijo Susan, señalando una de las mesas en la que los libros estaba dispuestos con el máximo cuidado—. Seguramente habrá muchos más.

Nos acercamos. Efectivamente, Susan tenía razón, el estado de conservación era excelente y las encuadernaciones de madera, cuero o metal repujado conservaban intactos los herrajes y los grabados de portada. En algunos manuscritos se podían ver pequeñas manchas de humedad sin importancia.

—He apartado —dijo— una Vida de san Agustín, escrita por su discípulo Possidius, la recopilación más completa que se conoce de la Física de Heráclides de Gnido, y varias obras científicas traducidas por Miguel Escoto o por Constantino el Africano.

Santori se aproximó a los libros. Tomó la Antapodosis de Luitprando y el Protréptico de Clemente de Alejandría, sostuvo cada uno en una mano durante unos segundos, y nos miró aparentemente paralizado. Parecía a punto de echarse a llorar.

Todos estábamos emocionados. Confusos. Recuerdo haber tenido la sensación de encontrarme en el umbral de una puerta que comunicaba directamente con la historia.

El azar... un camino imperceptible por donde se llegaba al pasado...

Habría querido tener unos minutos para hablar con Susan, para decirle que había pensado en ella durante mucho tiempo y que me alegraba de que pudiéramos trabajar juntos. Pero había algo en su cara que me hizo desistir, un gesto duro y en cierto sentido impenetrable, irreal. Como la ciudad de El Cairo al anochecer, cuando el oasis de Kiffa y lo que ahora estábamos viviendo sólo eran un proyecto aplazado, algo que iba a suceder un poco más allá de la ansiedad.

Susan me producía esa misma sensación: la de un deseo que genera inquietud y, sin embargo, sabemos que resulta inevitable, que sucederá porque está previsto de alguna forma extraña, con fecha y hora, como un viaje más allá del desierto, hacia lo desconocido... De algún modo, estaba seguro de que la relación que se había iniciado hace cinco años en Ginebra y que yo había cortado bruscamente iba a continuar más tarde, quizá ahora, en Egipto. Pero Susan no pensaba como yo. Su comportamiento frío y distante dejó bien claro que no quería mantener conmigo otro tipo de relación que la estrictamente profesional. No podía culparla, por mucho que me tentara la idea de reanudar las cosas en el punto en el que quedaron años atrás.

De pronto sentí frío. Noté que la temperatura del pabellón era bastante baja y el grado de humedad elevado. No había ventanas. Sin duda, Susan había dado orden de reproducir el ambiente subterráneo en el que los manuscritos habían estado durante los últimos siglos. Su estado no admitía ningún tipo de dudas sobre la bondad indiscutible de ese primitivo sistema de conservación.

—Los manuscritos serán trasladados a El Cairo dentro de veinte días —explicó Susan—. Ese es el tiempo de que disponemos para una primera evaluación.

Santori y Galata comenzaron su trabajo inmediatamente. Yo me quedé durante unos minutos sin saber por dónde empezar. Me sentía abrumado. Susan se dio cuenta. Buscó en una de las mesas y me mostró un libro escrito en árabe.

—Mira esto —dijo—. Y dime si piensas lo mismo que yo.

—Libro de la luz en las sombras —traduje en voz baja—. Abu Bakr al-Sa'ig ibn Bayya.

La miré tratando de averiguar si se estaba burlando de mí.

—¿Avempace? —pregunté.

—Eso parece.

—Consultaré mis notas, pero nunca he oído nada sobre esta obra de Avempace.

—No te molestes, no hay una sola referencia, ni en Zaragoza, ni en Granada —respondió con una amplia sonrisa—. He consultado con Casablanca, Beirut y Bagdad. Nada. Es absolutamente inédita.

—¿Quién sabe que existe?

Susan arqueó las cejas, sonriendo con malicia. Sentí que mi inconsciente hablaba por mí, antes de que yo mismo hubiera tenido tiempo de reflexionar. Y no me gustó lo que mi pregunta podía dar a entender.

—Tú y yo —respondió Susan Friedemann en voz baja—. Nadie más.

—¿La vas a certificar? —pregunté queriendo dejar clara mi intachable conducta profesional; pero me pareció que no hacía sino empeorar las cosas.

—Primero quiero estar segura. Espero que te encargues de ello.

—Bien, mañana le echaré un vistazo.

Santori rebuscaba con avidez entre los manuscritos latinos y Hermois Galata se había sentado en un rincón y leía sin esfuerzo un grueso volumen cuyo título no pude distinguir. Susan se pasó una mano por la frente. De pronto parecía preocupada.

—No, hazlo esta misma noche. Daré instrucciones para que te dejen entrar.

Comencé mi trabajo cuando los demás se fueron a dormir. El campamento estaba sumido en un silencio casi total, apenas turbado por los ruidos imprecisos que hacían los centinelas. La doctora Friedemann me acompañó hasta la puerta del pabellón y me dejó instalado sobre una de las mesas de trabajo, con el libro en las manos.

Era un volumen no demasiado grueso, encuadernado a la manera islámica, con delgadas tapas de madera de tilo que se habían cubierto con pergamino teñido en color rojo oscuro. El decorado de la cubierta era rico, un gofrado aparentemente manual hecho en seco, sin aplicaciones metálicas, sin broches, con motivos ornamentales de lacería que tejían un complicado dibujo central en forma de estrella y cubrían de cintas y hierros de cordoncillo la totalidad de ambas tapas. Estudié el cosido, nervios, la sujeción de estos, y llegué a la conclusión de que procedía de manos árabes y que había sido confeccionado alrededor del siglo XII, según la técnica que se extendió durante esa época por la península Ibérica y el norte de África.

Luego pasé al contenido. El libro había sido copiado en la ciudad de Fez por uno de los mejores escribanos magrebíes: Ibrahim ibn Hasim. El copista fechaba su trabajo en el año 548 de la hégira, el 1154 de la era cristiana, sólo dieciséis años después de que Avempace muriera.

Trabajé las portadas interiores y las hojas de guarda donde había una licencia autorizando la obra, que podía ser del propio Avempace, pues era la forma en la que el autor solía certificar la corrección del texto. Junto a la basmala observé la existencia de lo que parecía un pequeño sello. Representaba una letra alif hecha de arabesco, en tinta de oro, que había sido estampada por alguno de los posteriores propietarios del libro sobre la invocación. Me pareció extraño, porque habría sido más lógico hacerlo en las páginas anteriores, junto al título.

Y, sin embargo, a pesar de que me esforcé durante varias horas en tratar de desvelar su aspecto temático, no conseguí traducir sino algunos breves pasajes que entrañaban gran dificultad y que me resultaron excesivamente herméticos y ajenos a la obra del filósofo español. No había rasgos comunes con la Guía del solitario, la obra de Avempace que nos había llegado a través del judío Moisés de Narbona, y cuya edición anotada yo había publicado en Zaragoza hacía algunos años. Me pareció observar que los temas de contenido filosófico o moral se mezclaban con oscuros y confusos términos astronómicos, combinaciones de sustancias y extrañas propiedades atribuidas a ciertos talismanes, por lo que sospeché que había en el libro una parte dedicada a la alquimia. En la última página, con letra roja, en caracteres cúficos que

bien podían deberse a otra mano distinta de la del copista Ibrahim ibn Hasim, estaba escrita la siguiente frase:

Todo lo que aquí se dice es tema de interés para los sabios, pero sólo a ellos puede importar y servir. Gran peligro encierra conocer aquello que no se sabe dominar. Así queda advertido todo aquel que lea este libro. Advertidos también quedan sus propietarios o quienes quieran copiarlo sin autorización.

Lo examiné una y otra vez, reparando en las notas que distintas manos habían hecho en los márgenes, muchas de ellas en árabe, alguna en hebreo y las más en latín. Copié las que me parecieron más sobresalientes y anoté cuidadosamente la página en la que se encontraban. Una de estas notas decía: Eritis sicut dii (Seréis como dioses) y, debajo, la indicación G,III,5, que sin lugar a dudas se refería al capítulo III del Génesis. Otra reproducía una especie de rombo imperfecto, cuyos vértices eran los cuatro puntos cardinales y, al lado, las palabras imago civitatis. Leí el texto de la página donde se encontraba esta extraña anotación que parecía un rudimentario plano. Decía así:

Cuatro puertas la guardan. La del Norte, consagrada al que venció a la serpiente de fuego. La del Este, donde fue hallado el Profeta y donde se cumple lo que dice el libro: de donde partisteis, allí habréis de volver. La del Oeste, que era la tercera fortaleza. Y la del Sur, donde el poder descansa en la sombra.

Luego, a continuación, se extendía en una serie de consideraciones sobre los distintos grados de la perfección, las emanaciones divinas y la iluminación. Al final de la página había un párrafo que llamó mi atención:

Sobre los baluartes de Babilonia está el trono del Patriarca.

Reflexioné sobre todo ello, confundido aún, y pensé en el título, Libro de la luz en las sombras, que definía mejor que cualquier otro comentario el estado en el que yo mismo me encontraba. Por una parte, aquello me parecía un milagro, pero no podía evitar cierta prevención. Sin saber por qué, el estudio del manuscrito me hacía sentir inquieto, agitado, y con la impresión de que allí había algo que no encajaba.

Susan apareció en esos momentos, cuando trataba de analizar ese extraño sentimiento de desconfianza que había hecho presa en mí.

Se sentó. Tenía el pelo húmedo y olía a jabón de Marsella. Pensé que mi aspecto debía de ser horrible y sentí deseos de tomar un café y descansar durante un rato.

—Está amaneciendo —dijo.

Luego echó un vistazo a mis notas, varios folios desordenados que estaban extendidos sobre

la mesa.

—¿Qué opinas?

—No sé —dije sin entusiasmo—. Hay algo raro, algo que no acaba de gustarme.

Susan asintió pensativa, como si ella también tuviera dudas.

—Pero es auténtico, ¿verdad? —preguntó.

—Sí, desde luego. Siglo XII, pergamino sin desbarbar, escritura clásica, thuluth para los títulos y naskhi para el texto... La tinta parece una mezcla hecha con negro de humo y vinagre... Sin embargo, observo una especie de anacronismo entre la encuadernación y los pliegos interiores.

Le mostré una página al azar.

—Es una escritura diferente de la que se utilizaba en esa época en Fez. No hay curvas abiertas, el qaf contiene doble signo de puntuación, y el calígrafo se esforzó en decorar los comienzos de cada capítulo, lo que me hace pensar que se trataba de un encargo.

—¿Un librero?

—Quizá...

Me quedé un momento en silencio pensando en esta posibilidad y luego añadí:

—No... Un librero no habría pedido una copia tan detallada para venderla después. Tiene que haber sido alguien que apreciaba estos detalles y que deseaba conservar el libro.

Susan contempló pensativa el manuscrito, mientras yo me levantaba y recogía mis notas. Las doblé sin ningún cuidado, ya que esperaba volver a revisarlo en cuanto durmiera un par de horas, y las guardé en el bolsillo. Nos preparamos para salir del barracón.

Justo en ese momento, ocurrió lo que menos esperábamos: se abrió la puerta y entraron dos militares armados con pesados fusiles que apuntaban hacia nosotros. Nos quedamos paralizados. No dijeron una palabra, pero inmediatamente detrás de ellos apareció un hombre con el rostro cubierto y traje de campaña que les hizo una seña. Vi a Susan palidecer. Sin que nos diera tiempo a reaccionar fuimos derribados por un golpe seco.

Desperté en el interior de un camión. Susan yacía inconsciente a mi lado. Traté de recordar, de imaginar lo que había pasado. Me dolía enormemente la cabeza y el camión vibraba y se sacudía sobre el terreno, haciendo un ruido horroroso. Pensé que íbamos por una pista de tierra.

La doctora Friedemann despertó y se llevó la mano a la cabeza con gesto de dolor.

—¿Qué ha pasado?

No podía contestar. Intenté incorporarme y levanté la lona, tratando de ver el exterior. El sol me cegó. A lo lejos, sobre el horizonte, se veía el cauce de un río y más allá, hacia la derecha, una pequeña aldea en la ribera de un lago.

—Creo que estamos en el delta —dije.

Me acerqué a Susan, que no se había levantado, y le pasé un brazo por detrás de los hombros.

Ella hizo un nuevo gesto de dolor. Vi que tenía la señal de un golpe en el cuello.

—¡Mierda! —exclamé.

El camión se había detenido y alguien estaba abriendo la puerta trasera. Era el hombre del rostro cubierto. Nos hizo un gesto con la mano. Empuñaba una pequeña pistola, lo que nos obligó a seguirle sin oponer ninguna resistencia. Ayudé a Susan a bajar del camión y nos metieron en un nuevo vehículo más pequeño, un jeep cubierto que, sin duda, pertenecía al ejército.

Susan parecía encontrarse mal. Cuando el jeep se puso en marcha preguntó nuevamente:

—¿Qué está pasando?

—No sé —tuve que reconocer—. Parecen militares. Pero no entiendo esta brutalidad.

—¿Qué quieren de nosotros?

En ese momento, oí lo que parecía ruido de coches. Poco a poco se fueron acercando. Los cláxones sonaban relativamente cerca y noté que circulábamos por asfalto. Poco a poco, el jeep perdió velocidad. Se paró un par de veces. Me fijé en un recuadro transparente que había en la parte delantera de la lona, por donde asomó el rostro de uno de los hombres que iban en la cabina. Nos miró durante unos segundos y luego, conforme con nuestra actitud, se retiró de allí.

Susan insistió:

—¿Que quieren, Julián? ¿Lo sabes?

Negué con la cabeza. Intentaba adivinar hacia dónde podían llevarnos y, durante un buen trecho, creo que circulamos por una de las autopistas que se dirigen a El Cairo. Pero pronto nos desviamos y el vehículo que nos transportaba empezó a rebotar en los baches de un suelo sin asfaltar. La velocidad se iba haciendo más lenta a medida que avanzábamos por esa pista imaginaria. Entonces el jeep se detuvo de nuevo. Noté que hacía maniobras y que por el recuadro que daba a la cabina entraba una luz amarilla. Finalmente se paró, abrieron la puerta y nos obligaron a bajar.

El jeep estaba aparcado en el interior de un patio. Los muros de adobe cubrían una superficie de unos sesenta o setenta metros. Traté de mirar más allá, intentando descubrir dónde estaba la carretera que había presentado un rato antes, pero el silencio era absoluto y no se podía oír ningún sonido que hiciera sospechar de su existencia. El sol se había convertido en una luz oblicua que teñía el cielo de verde y dejaba un intenso rayo amarillo sobre las paredes desconchadas de aquel apartado lugar.

Entramos en la casa. Una mujer vestida a la manera islámica se levantó al vernos y abrió una puerta que había al fondo. Nos metieron allí. Era un cuarto pequeño, sin ventanas. La mujer habló con los militares y cerró ella misma la puerta.

Todo era absurdo. No tenía explicación. Susan se dejó caer en el suelo, apoyada contra la pared. Tenía el aspecto de una mujer que ha sufrido. Nunca la había visto así, desde ese punto

de vista. Me pareció frágil y vulnerable. No lloraba, pero pensé que en cualquier momento podía hacerlo y eso me produjo una especie de malestar profundo, como si yo fuera el causante de aquella dantesca situación. Me apeteció acercarme a ella y abrazarla, pero no me atreví.

Recuerdo que pasamos un largo rato en silencio, agotados, incapaces de encontrar palabras para explicar lo que nos estaba sucediendo. Intenté poner en orden mis propios pensamientos, pero las ideas se habían convertido en una poderosa luz blanca y no había forma de encontrar otra imagen dentro de mi cerebro. Llevaba muchas horas sin dormir. Finalmente, la tensión fue cediendo y me dejé caer en un profundo y reparador sueño.

Desperté cuando abrieron la puerta. Un muchacho acompañaba a la mujer que habíamos visto al llegar. Nos dejaron dos cuencos con sopa de lentejas y dos pequeñas piezas de pan sin levadura. La doctora Friedemann trató de hablar con ellos en árabe.

—¿Quiénes son los hombres que nos han traído aquí? ¿Por qué nos encierran?

La mujer miró a Susan con ojos que no denotaban ninguna compasión. Ella insistía:

—¿Son del ejército? ¿Es por las excavaciones?

Se acercó al chico y le cogió por los hombros.

—¡Habla! ¡Sé que me entiendes!

El muchacho se zafó molesto. Iba a abrir la boca, cuando la mujer se acercó a Susan y la golpeó con la mano abierta en plena cara. Después cogió al muchacho por un brazo y le obligó a salir. Abandonaron a toda prisa la habitación y cerraron la puerta.

Entonces Susan Friedemann se vino abajo, se derrumbó. Empezó a llorar, primero en silencio, después sacudida por fuertes sollozos. Traté de consolarla como pude, pero debo confesar que yo también estaba a punto de perder los nervios. Abracé a Susan, me pegué a ella como los cachorros recién nacidos se pegan los unos a los otros, buscando el latido de la existencia, el eco que ahuyenta el miedo a la soledad.

Nos quedamos así durante varias horas, abrazados en la oscuridad, sin decir una sola palabra. A veces presentía que Susan se había dormido y trataba de moverme ligeramente. Entonces ella soltaba un quejido y abría los ojos, yo notaba que trataba de buscar mi rostro en la penumbra. Pero no hablaba. Poco a poco, el silencio se adueñó de nosotros y se extendió por las paredes de barro, alcanzándome también. Recuerdo que sentí una especie de derrota profunda, algo parecido a la desesperación.

Pasamos en aquel agujero insalubre casi una semana. No había luz, ni ningún otro sistema para medir el tiempo, pero la mujer que nos custodiaba abría la puerta dos veces diarias, una para darnos de comer y otra para vaciar el rudimentario retrete que había en un rincón, y eso me permitió establecer un cálculo más o menos aproximado de los días que duraba nuestro cautiverio. Es curioso cómo se alteran las nociones más elementales durante un encierro. Nunca había pensado en ello detenidamente, pero aquella luz era la única resonancia del

exterior que nos alcanzaba, por ella sabíamos que el mundo seguía en marcha, que el sol asomaba cada día por el este y se ocultaba por el oeste, que seguramente la gente se amaba, discutía, trabajaba, sufría y gozaba allí fuera, que todo esto seguía ocurriendo aunque nosotros nos hubiéramos hundido en una sima negra en la que sólo se respiraba oscuridad, hedor y silencio.

Privados de la luz, anegados por una preocupación animal por la más elemental subsistencia, Susan y yo nos convertimos en nuestras propias sombras. Apenas cruzábamos palabra. Durante días sabíamos de la existencia del otro por una tos, unos pasos, un quejido involuntario, un roce de las uñas al rascar la piel, o cualquier rumor impreciso que cruzaba la total oscuridad del cuarto y reventaba en las paredes de adobe como un meteorito venido de otra galaxia.

Por eso recuerdo perfectamente que una noche, lo que nosotros considerábamos una noche y que no era sino el período más largo de sueño, se rompió ese silencio que nos había estado ahogando hasta entonces y las palabras empezaron a caer de nuestros labios como fruta madura. Nos habíamos tumbado sobre el suelo de tierra, cerca el uno del otro, pero sin rozarnos. Cuando creí que estaba dormida, Susan hizo la primera pregunta:

—¿Por qué crees que nos han elegido a nosotros? —dijo en un susurro.

Era evidente que, durante todo ese tiempo, ambos habíamos intentado descifrar los motivos por los que permanecíamos cautivos. Después de pensarlo mucho, yo había llegado a una conclusión: era Susan quien les interesaba, no yo. ¿Por qué? No lo sabía a ciencia cierta, pero estaba seguro de que el secuestro tenía que ver con el trabajo que Susan Friedemann había llevado a cabo en los últimos meses. Había que tener en cuenta ciertas diferencias entre la doctora Friedemann y yo: ella era la representante de la Unesco en Kiffa y yo sólo un investigador del equipo paleográfico que ella había hecho venir de España. Seguramente, la casualidad me había situado en el lugar menos apropiado y en el momento más inoportuno.

—Tiene que ver con los manuscritos —contesté con el mismo tono de voz—. No encuentro otra explicación.

—Eso es absurdo.

Por un momento pensé en lo raro que me resultaba no poder ver su rostro. Sentí que iba a olvidar cómo era. ¿Qué expresión tendría ahora? Quizá una vena de irritabilidad incontrolada le surcara la frente... o quizá sus penetrantes ojos marinos estuvieran tratando de imaginar mi propia expresión. Mi voz sonaba serena, eso sí lo recuerdo. La de Susan, alterada... Profundamente alterada por la idea de que nuestras calamidades pudieran provenir de Kiffa.

Me pareció que no quería admitir esa posibilidad y, sin embargo, durante los días que habíamos permanecido encerrados yo había ido afirmándome en la sospecha de que nos habían elegido precisamente por eso, a causa de los libros enterrados en la iglesia copta.

—Piensa en ello —dije con la esperanza de que compartiera mis argumentos—. Nos quitan de

en medio justo después de que me enseñaras los pergaminos, cuando nos disponemos a estudiarlos.

—¿Quieres decir que hay algo que no les interesa que descubramos?

—Puede ser.

Susan guardó silencio durante unos segundos y después, aparentando indiferencia, respondió:

—En Kiffa se han encontrado otras muchas cosas. Los pergaminos son sólo una pequeña parte de un hallazgo histórico que promete tener una gran repercusión. No olvides que debajo del monasterio puede haber enterrada una fortaleza romana y que, ahora mismo, nadie es capaz de prever la importancia real del yacimiento. Además, Santori y Galata siguen allí. Los manuscritos están siendo clasificados, después de todo.

—No sé —admití—, es posible que tengas razón. Pero sospecho que no son precisamente las piedras lo que les interesa.

—Y entonces ¿por qué nadie nos interroga, por qué no nos piden información sobre lo que hemos encontrado?

Susan estaba en lo cierto. Había pasado demasiado tiempo para que esta posibilidad tuviera algún sentido.

—Es cierto —reconocí—. Parece que se hubieran olvidado de que estamos aquí.

Susan lanzó un suspiro y los dos nos quedamos tendidos sobre el suelo de tierra, a escasos centímetros el uno del otro, oyéndonos respirar en la oscuridad y perdidos en nuestros propios pensamientos.

Sólo habrían pasado un par de horas, cuando oímos el sonido de un motor que se acercaba a la casa. Era un vehículo pesado, un camión o un jeep como el que nos había llevado hasta allí. Se detuvo muy cerca, quizá en el patio. Imaginé que estaba amaneciendo. Oímos voces, algún grito apresurado, de nuevo el sonido del motor, arrancando, alejándose después poco a poco, hasta que volvió el silencio habitual, apenas quebrado de vez en cuando por el lejano ladrido de un perro. Pensé que muy pronto abrirían la puerta y que vería a la mujer o al chico con un cuenco de sopa en las manos.

No fue así. Pasó el tiempo, más lento si cabe, interminable. La puerta no se abría. Transcurrió la primera hora de espera. Después la segunda, la tercera, un tiempo confuso que nadie podía medir certeramente. Nadie vino. Susan empezó a preocuparse.

—¿Crees que se han ido?

También yo había pensado en esa posibilidad, pero me parecía absurda, más absurda si cabe que el hecho de que nos hubieran retenido durante una semana sin ningún objetivo aparente.

—No pueden dejarnos aquí.

Susan empezó a gritar en árabe, mientras golpeaba la puerta. No acudió nadie. Así pues, era

cierto. Nos habían abandonado.

Me acerqué a la puerta con la intención de forzarla. Con el pie, descargué un fuerte golpe sobre la cerradura. El pomo cayó al suelo y la puerta cedió sin dificultad. Por un momento, tuve la sospecha de que la habían dejado abierta con la intención de que pudiéramos escapar. Salimos. La luz nos cegó. No podíamos ver nada. Tomé a Susan de una mano y, tanteando las paredes del patio, alcanzamos el portón. Estaba abierto de par en par. Poco a poco, recuperamos la visión. El sol estaba a media altura, ligeramente desplazado hacia el oeste, por lo que pensé que podían ser las cuatro o las cinco de la tarde. No había otras casas, ni calles, sólo un camino de tierra que se perdía hacia el sur. El terreno era llano, verde, y los cultivos cubrían la totalidad del suelo hasta la lejana línea del horizonte. Había campos de maíz y arrozales húmedos que brillaban bajo la luz del sol. A lo lejos, entre los canales y las ciénagas, se veían unas pocas palmeras y una hilera de eucaliptos. Más allá, casi borrada por la distancia, se distinguía la silueta confusa de unas mujeres vestidas de negro que trabajaban en los campos de algodón.

—Nos verán —dijo Susan con cierto temor.

Pensé que se refería a nuestros secuestradores.

—Se han ido —respondí cada vez más convencido de que mis sospechas eran ciertas: alguien nos había facilitado la huida.

Corrimos por el camino de tierra hasta que no pudimos más y, después, sin dejar de andar tratamos de alcanzar lo que yo suponía una carretera y resultó ser un recuerdo distorsionado. El camino conducía a la ribera de un río que no podía ser otro sino el Nilo. Había juncos y el cauce era ancho y aparentemente muy profundo. En el centro vimos dos pequeñas islas de las que salían volando centenares de pájaros. Seguimos un estrecho sendero que había a la izquierda y llegamos a un rudimentario embarcadero. No era más que una base de tierra con cuatro traviesas de madera mordidas por la humedad, pero a escasa distancia, entre unos matorrales, había una pequeña barca de fondo plano cubierta con ramas.

—No sé si resistirá —dije inspeccionando el interior.

En ese momento un pato silvestre pasó volando a escasos metros de nosotros, muy cerca del agua. El ruido de sus alas, chapoteando en la superficie del río, me sobresaltó. Susan estaba en la orilla, con los pies sumergidos en barro y pendiente de algo que la hacía mirar constantemente en ambas direcciones.

—Date prisa —suplicó—. Este sitio no me gusta nada.

Montamos en la barca y calé la pértiga en el fondo de lodo. Durante un buen trecho, empujé con todas mis fuerzas, pero la barca avanzaba con dificultad. Atravesamos un canal cuyas riberas eran más frondosas y estaban cubiertas de álamos blancos inclinados sobre el agua. Se estrechaba tierra adentro, en un laberinto de brazos cubiertos de matorrales que parecían anclados con fuerza en un lienzo de trébol verde. Las ciénagas aparecían de cuando en cuando,

ocupadas por alguna garza solitaria, que se mecía entre las cañas. Decidí que era mejor continuar por la vía principal, siguiendo las grandes superficies de juncos en cuyo interior se oían los rumores de las ánades y el chapoteo de algún depredador. Poco a poco, sin que pudiéramos darnos cuenta, la barca empezó a deslizarse más fácilmente, hasta que llegó un momento en el que la pértiga era innecesaria, pues la corriente nos empujaba hacia una gran curva.

—Hay que apartarse de la orilla —dijo Susan—. Puede haber remolinos.

Pero antes de que pudiera seguir sus recomendaciones, la barca giró varias veces sobre sí misma y nos arrojó al agua. Nadamos hasta un arenal cubierto de dunas y encañizadas y, nada más alcanzar tierra, oí el ruido lejano del tráfico. Sin saber muy bien cómo, habíamos llegado a la carretera que va de El Cairo a Alejandría.

Recuerdo que nuestro aspecto era espantoso y que no teníamos entre los dos una sola libra. Pudimos conseguir un taxi junto a una gasolinera. Durante la primera parte del trayecto, mientras nos aproximábamos a El Cairo, Susan estuvo contemplando el paisaje por la ventanilla del automóvil. Había recuperado sus gestos fríos y distantes, por lo que me costaba un gran esfuerzo admitir que fuera la misma mujer con la que había pasado por la singular experiencia de un secuestro. Íbamos sentados en la parte de atrás, sin hablar, sin mirarnos, como si a cada uno de nosotros le molestara la presencia del otro, y recordé que era una sensación antigua, la había sentido otras muchas veces en Ginebra, cuando Susan y yo pretendíamos mantener las apariencias frente a nuestros colegas, adoptando una actitud clandestina que nos sumergía en las habitaciones del hotel Bristol como si fuéramos delincuentes.

Pronto empezaron a verse casas de adobe enterradas entre un paisaje amarillento y confuso. Atravesamos suburbios inacabables, cuyo cielo estaba salpicado de miles de azoteas apenas visibles, y cruzamos el centro de la ciudad, bajo la misma luz malva que me recibió cuando llegué a Egipto. El ruido del tráfico, las obras y el olor del monóxido de carbono me parecían ahora una bendición. El caótico paisaje urbano resultaba una especie de refugio seguro, donde nos sentíamos invisibles.

En primer lugar, fuimos a la embajada de Susan. Nos sorprendió comprobar que no tenían ninguna noticia de nuestra desaparición. El embajador nos escuchó con gesto preocupado y luego hizo un par de llamadas. Finalmente se puso en contacto con el jefe de la Policía de El Cairo y nos acompañó personalmente a su despacho.

Jayrí Nuín era un policía gordo, sonriente y ampuloso que parecía querer quitar importancia a lo que había sucedido.

—Afortunadamente se encuentran ustedes en perfecto estado de salud y no ha ocurrido nada que sea irreparable.

Nos ofreció un té y se interesó por saber si teníamos alojamiento en El Cairo.

—Pediré que les reserven dos habitaciones en uno de nuestros mejores hoteles.

Nos miraba como si eso fuera todo lo que la policía podía hacer por nosotros. Yo estaba a punto de perder la paciencia, cuando el embajador, acostumbrado a tratar con las autoridades egipcias, le expuso a Nuín su interés en el caso y dejó ver las complicaciones diplomáticas que podía causar un tratamiento superficial del mismo.

—Encuentro que es una situación grave, sobre todo por la condición de la doctora Friedemann. Es la primera vez que un comisionado de la Unesco sufre una agresión de este tipo.

Pero Nuín estaba claramente decidido a soslayar el asunto.

—Querido embajador, la prensa internacional ha dado mucha importancia al descubrimiento del santuario copto de Kiffa, ha hablado demasiado de los manuscritos, y eso despierta la codicia de la gente sin escrúpulos. Hay muchos delincuentes que viven de expoliar las riquezas arqueológicas de nuestro país. Es lamentable, pero estamos acostumbrados a que sucedan este tipo de cosas. Quizá la doctora Friedemann y el señor Mestre, por su profesión, saben que ningún otro lugar ha sufrido tantos saqueos. Nuestros tesoros arqueológicos se encuentran repartidos por los museos del mundo y eso resulta muy penoso para los egipcios. ¡Ah...! Es triste reconocerlo, pero Egipto está lleno de delincuentes dispuestos a llevarse cualquier cosa fuera de nuestras fronteras. La policía hace lo que puede, pero el tráfico internacional de antigüedades tiene muchos brazos...

No se me escapó la doble intención de su discurso. Parecía insinuar que todos los extranjeros éramos responsables del expolio que habían sufrido históricamente los yacimientos arqueológicos egipcios.

Susan no estaba dispuesta a que las cosas quedaran así. Insistió.

—Eran militares, estoy segura. Militares del ejército egipcio.

El jefe de la Policía parecía sumamente contrariado ante esta posibilidad.

—Eso es totalmente imposible, doctora Friedemann, el ejército está en Kiffa para proteger cualquier descubrimiento histórico y ustedes son nuestros invitados.

—Llevaban vehículos militares, armas y uniformes exactamente iguales a los que llevan los hombres que vigilan en el oasis —dijo sumamente irritada.

Jayrí Nuín esbozó una sonrisa ambigua.

—Puede ser... Puede ser...

Miró al embajador con gesto de complicidad, como si quisiera dar a entender que la insistencia obedecía a un rasgo de histeria y se dirigió a mí con la evidente intención de acabar con aquella inútil acusación:

—¿Ha dicho usted que en las excavaciones había otros dos investigadores? —Miró unos papeles que había en su mesa y leyó sus nombres—. Doctores Santori y Galata, ¿no es eso?

Asentí.

—Según mis datos, hay también un francés, Bernard Duchamp.

—No estaba allí cuando nosotros fuimos secuestrados.

Nuín torció el gesto. La palabra secuestro no le agradaba.

—Bien, bien...

Nos miró fijamente, primero a Susan y luego a mí, y preguntó:

—Quizá puedan ayudarme a comprender una cosa que me sorprende: ¿por qué sus amigos no denunciaron ninguna desaparición?

—No lo sabemos —reconoció—. Es absolutamente incomprensible.

—Creo que tenían un motivo... digamos... una duda...

Susan y yo nos miramos perplejos.

—Se lo diré claramente, aun a riesgo de parecer muy poco discreto: sus amigos creyeron que se trataba de una... no sé cómo definirlo... una escapada amorosa.

El rostro de Susan se inflamó de cólera. Era la peor ofensa que nadie podía hacerle, mucho peor aún tratándose de mí, porque nuestras antiguas relaciones podían poner un punto de verosimilitud en aquella disparatada explicación. Me levanté indignado, tomé a Susan de un brazo antes de que fuera capaz de articular palabra y me dirigí a la puerta. El embajador se puso también en pie. Nuín nos siguió balanceándose sobre sus cien kilos de grasa como un barco a punto de irse a la deriva.

—Les vendrá bien descansar unos días antes de volver a Kiffa —dijo, mientras nos acompañaba—. Quédense en el hotel y disfruten de El Cairo. Cuando sepamos algo les avisaré.

Susan se volvió.

—¿Los pergaminos siguen allí?

Jayrí Nuín respondió afirmativamente.

—¿Todos?

—Eso parece.

—Entonces consíganos un medio de transporte, porque mañana a primera hora salimos para Kiffa.

Las habitaciones que Nuín había reservado en el hotel Ashok eran realmente confortables. Al llegar encontré ropa limpia sobre la cama y pude tomar un largo baño, mientras pensaba en todo lo que nos había ocurrido. Luego fui a la habitación de Susan y la encontré vestida con un largo caftán blanco. Tenía el pelo mojado y retirado de la cara, lo que le daba el aire frágil de un muchacho. Sonreía.

—He pensado en todo este lío —dijo—. Parece una broma, ¿no crees?

—No pensarás lo mismo cuando lleguemos a Kiffa. Ha pasado algo, estoy seguro.

Mi tono era grave y observé que Susan cambiaba de actitud. Se quedó parada frente al espejo, examinando atentamente su imagen, con la escrupulosa mirada de alguien que teme encontrar todavía restos de suciedad entre los pliegues de la piel. Después adoptó de nuevo ese aire de superioridad distante y preguntó:

—¿Con quién habrá hablado Nuín para tener la absurda idea de que entre tú y yo hay algo?

Rápidamente pensé en Santori, pero me encogí de hombros, sin querer darle demasiada importancia al tema.

—Me preocupa —añadió ella.

—En Ginebra eso no parecía importarte —dije con arrogancia.

—Te equivocas. En Ginebra me importaba también, pero entonces no sabía que eres de los que salen corriendo sin dar explicaciones.

Observé que le temblaba la voz. Se acercó a la terraza y, desde la puerta, todavía en el interior, contempló El Cairo. Las luces centelleaban en un complicado laberinto rojo y ámbar que se escurría hacia el Nilo.

Luego se volvió hacia mí y añadió:

—No puedo entender el silencio. Me duele tanto como el peor de los insultos.

Noté que su expresión se había modificado. Era un gesto doloroso y, en cierto sentido, carente de control.

—Podría explicártelo —dije sin convicción.

Susan me lanzó una mirada irónica.

—Sospecho —dijo con sorna— que si te pido que lo hagas te pondré en un gran aprieto.

Se sentó sobre la cama y levantó la cabeza, ligeramente ladeada, en un gesto expectante que parecía invitarme a seguir, pero que mostraba claramente su desconfianza.

Recordé las tardes del hotel Bristol y el profundo placer que me causaba su cuerpo. Luego, cuando el deseo remitía, la sensación de cansancio con la que nos mirábamos y el quebranto inexplicable con el que yo deseaba huir de aquella habitación.

—¿Por qué no me escribiste? ¿Por qué no me llamaste ni una sola vez en cinco años?

Me encogí de hombros.

—Siempre tuve miedo a defraudarte —dije—. Esperabas demasiado de mí.

—Nunca te pedí nada. No hicimos planes, no había ningún compromiso, ni exigencia alguna por mi parte.

—Es cierto —reconocí—. Pero era inevitable. Tú no eres una mujer a la que se pueda mantener oculta en la habitación de un hotel.

Susan me miró con una tristeza enorme. Su boca trató de esbozar una sonrisa, pero no lo consiguió.

—Pensé que era eso lo que querías —dijo suspirando.

No supe responder, pero sospechaba que tenía razón. Los ojos de Susan, profundamente azules, sopesaron mi turbación. Durante un instante, me miró como si quisiera que yo reaccionara de modo muy distinto y luego, haciendo un gesto de conformidad que más bien parecía pura resignación, se quedó callada, mirando al vacío.

—Es curioso —dijo al cabo de unos segundos—. Durante los últimos días no parecíamos tú y yo, nos comportábamos de otra manera... Tú eras menos ambiguo y yo menos resistente... Seguramente somos así cuando no estamos el uno junto al otro, ¿no crees?

—Es posible —tuve que reconocer.

Susan bajó los ojos. Parecía cansada y triste.

—Siento que hayamos hablado de todo esto —dijo con pesadumbre—. Tenía intención de evitarlo.

Me di cuenta de que estaba a punto de llorar. Recordé su estallido de llanto cuando la mujer le golpeó en la cara y el modo en el que nos habíamos abrazado después. Me acerqué a ella y le rocé el rostro con los dedos. Sonrió agradecida, movió lentamente la cabeza, dejándose acariciar en el cuello, y dejó escapar un gemido de placer. A partir de ahí, todo se precipitó. Nuestras manos se buscaron. Reconocí su cuerpo ardiente bajo el caftán blanco, duro, fibroso y ágil. Ella investigó con sus dedos el estado de excitación en el que me encontraba y soltó un susurro de satisfacción. Ese era nuestro lenguaje, el único modo en el que nos podíamos entender. Rodamos por el lecho, agitados primero, sudorosos después, sin palabras, dejando que hablara la superficie de la piel en una lenta batalla corporal en la que nuestros cerebros no hacían sino dejarse guiar por un camino que conocíamos de antiguo y era el único territorio posible para nosotros dos.

Después, cuando todo acabó, permanecí echado boca arriba, mirando en silencio el cielo raso,

un rectángulo orlado de escayola que imitaba las hojas rizadas del acanto. De nuevo Susan y yo... Insomnes... conscientes... vigilantes... No era sólo sexo, entre nosotros había algo más. Tampoco era una relación exclusivamente intelectual, aunque ahí nos entendíamos sin ningún problema, era algo que nos sobrepasaba, como si a través del conocimiento carnal, de su exploración, nos fuéramos haciendo dueños el uno del otro. Y eso era, sin duda, lo que en Ginebra me había asustado.

En ese momento, cuando por fin había conseguido vislumbrar las razones de mi desconcierto respecto a Susan Friedemann, sonó el teléfono. No pensé en lo que hacía, no tuve en cuenta que me encontraba en su habitación y cogí el receptor.

—Señor Mestre... —La voz de Jayrí Nuín sonó falsamente sorprendida al otro lado de la línea—. Espero no haberles despertado. Lamento llamar a estas horas, pero deseo hacer saber a la doctora Friedemann que un helicóptero del ejército les llevará mañana a Kiffa. ¿Está ahí con usted?

—¡Maldita sea! —exclamé en voz baja.

Susan tomó el auricular y, con gesto de fastidio, agradeció fríamente a Nuín su gestión.

—No te preocupes —dijo al colgar—. Así no tendremos que repetir los errores de Ginebra.

Se levantó lentamente y, desnuda, salió a la terraza. Desde la cama veía su silueta en la oscuridad, despojada de reticencias, bañada por la luz de la luna llena que, en lo alto del cielo, emanaba un fulgor aparentemente frío sobre aquella noche ardiente de pleno mes de agosto. No tenía ganas de irme. Por primera vez deseaba quedarme a su lado.

Llegamos a Kiffa a media mañana. El campamento estaba sumido en su ajetreo habitual. Nubes de polvo rondaban las inmediaciones del cerro, y los camiones militares, los soldados del ejército egipcio y los arqueólogos seguían allí. No había ningún cambio aparente, ninguna sorpresa, salvo la presencia de Bernard Duchamp, a quien vimos nada más descender del helicóptero militar.

Duchamp se alegró de vernos. Era un hombre de mediana edad, bajo de estatura y de complexión fuerte, el único de nosotros que estaba especializado en arqueología y paleografía al mismo tiempo. Venía directamente de Uzbekistán, donde había estado trabajando para el gobierno soviético durante los últimos tres años. Cuando supo lo de Kiffa, dejó de improvisar sus ocupaciones en la república asiática y cruzó medio mundo, con la obstinación de quien sabe que se encuentra ante un hecho sin precedentes. Tuvo ciertas contrariedades, pero consiguió sortearlas con habilidad. Varios años después, me enteraría de cómo lo hizo, pero entonces sólo sabía lo que el propio Duchamp me contó y lo que mi propia intuición me llevó a creer. Era la época en la que Anwar el Sadat había expulsado a los técnicos y asesores de la URSS que llevaban en Egipto casi diez años y, casi de inmediato, había confiado las excavaciones de Kiffa a un equipo europeo. Susan sabía, cuando contó con Duchamp, que el gobierno de Sadat no le veía con buenos ojos a causa de su colaboración con los rusos, pero el prestigio profesional de Duchamp estaba por encima de cualquier consideración política y entró en el país sin demasiados problemas.

Yo sentía por él una evidente admiración. Cuando le vi en Kiffa, tenía el rostro bronceado por la vida al aire libre y su interés por los descubrimientos arquitectónicos le hacía ir de aquí para allá, explorando cualquier aspecto del monasterio como si fuera un señor feudal recorriendo su fortaleza. Susan y él se conocían desde hacía mucho tiempo y, a decir verdad, creo que mantenían una sólida amistad. Les vi saludarse efusivamente y salir hacia las ruinas del convento, hablando en alemán. Por mi parte, sólo quería comprobar que el precioso material bibliográfico no hubiera sufrido la más mínima alteración. En el pabellón donde se guardaban los manuscritos, Santori y Galata estaban trabajando, entregados a una febril tarea de clasificación. Santori se levantó de su mesa, se acercó a la puerta y, mirando a Susan, dijo:

—Vaya, Mestre, veo que no pierdes el tiempo.

—Cierra la boca —respondí agresivamente—. No haces más que causar problemas.

Hermois Galata apenas nos miró. Me acerqué a él y sólo entonces dejó la lupa y el lápiz, levantó la vista del manuscrito en el que estaba trabajando y me preguntó:

—¿Ha ocurrido algo?

Se lo expliqué brevemente. Galata mostró un extraño interés por nuestra aventura y, a medida que yo hablaba, vi que su rostro adquiría una expresión preocupada. Después de permanecer un rato en silencio comentó:

—Es raro... Muy raro... ¿Dices que os llevaron cerca de El Cairo? ¿Y que luego os dejaron sin más?

—Así es.

—¿No os preguntaron nada? ¿No les interesaban los manuscritos?

—¡Quién sabe! —respondí—. Todo es tan absurdo que parece obra de un loco.

Santori, por su parte, había escuchado toda la conversación, aunque fingía estar ocupado con un palimpsesto rico en tenerías que repasaba una y otra vez sin analizar ninguna de sus raspaduras. Galata me tomó por el brazo.

—He visto algo que...

En ese momento, Santori avanzó hacia la mesa de Galata y le interrumpió con su falta de tacto habitual.

—¡Caray, Mestre! ¡Qué historia! Si no te conociera bien, diría que se trata de un colosal invento.

El viejo calló de improviso ante la presencia del italiano y se quedó con los ojos fijos, sin expresión, contemplando un punto impreciso de la estancia, donde se amontonaban los rollos y pergaminos.

—Cualquiera diría que has descubierto algo que los demás ignoramos —continuó el italiano con satisfacción al ver que Galata le dejaba el campo libre—. Y no es así, ¿verdad?

Yo había evitado cualquier referencia al libro de Avempace. No sé por qué, pero pensé que sólo Susan y yo debíamos conocer su existencia de momento. Había tenido sumo cuidado en no mencionar el manuscrito; pero, aun así, Santori sospechaba algo.

—Dime una cosa, Mestre. ¿Qué hacíais Susan Friedemann y tú en el barracón a esas horas de la mañana?

—Creo que eso no te importa lo más mínimo —respondí con hostilidad.

Santori arrugó el ceño. Sorprendentemente, no hizo ninguno de sus torpes comentarios, pero dejó bien claro que no me creía en absoluto.

—¿Estás seguro de no haber soñado? Evidentemente, si yo fuera ese policía de El Cairo no habría creído una sola palabra. Reconoce que no tiene sentido. Eso del secuestro... En fin —sentenció en perfecto castellano—, ya sabes lo que se suele decir: para un viaje tan corto no hacían falta grandes alforjas.

Santori conseguía sacarme de quicio y creo que él lo sabía. Iba a responder una grosería, cuando Galata pareció recobrar la memoria, me cogió de nuevo por el brazo y advirtió con tono solemne:

—Ten cuidado... Ten mucho cuidado. Veo que la serpiente rodea tu cuello.

Santori le miró sorprendido. Los dos lo hicimos. Aquello parecía una observación demasiado siniestra. El viejo nos contempló con gesto cansado y luego, sin más, reemprendió su laboriosa tarea de clasificación. El italiano soltó un desagradable bufido, hizo un gesto con la mano, dando a entender que todos nos habíamos vuelto locos, y regresó al rincón donde se encontraban los pergaminos escritos en latín. Galata no se inmutó. Creo que ni siquiera le oyó. Durante un buen rato le observé en silencio, pero no volvió a dirigirme la palabra. De vez en cuando le oía murmurar frases sin sentido. No sé si fue sólo mi imaginación, pero creo que una de esas veces dijo:

—Otra vez... Está actuando otra vez...

Entonces no sabía lo que sé ahora y debo confesar que achaqué su comportamiento a la vejez y al evidente deterioro físico que le consumía. Reparé detenidamente en su aspecto y le encontré muy pálido, como si en los siete días que habían transcurrido su salud se hubiera resentido considerablemente. No obstante, durante toda la mañana trabajó sin pausa y sólo después de comer se retiró a descansar.

Todos hicimos lo mismo, menos Duchamp, que se quedó en el interior de las excavaciones, tratando de descifrar una inscripción en copto y unas reliquias que habían aparecido bajo una de las fuentes bautismales.

No pude dormir. El aire acondicionado que habían instalado en los barracones hacía un ruido horrible, que se mezclaba con el rumor de las perforadoras. Apagué el aparato y abrí la ventana.

Oí entonces un susurro, una frase dicha en voz baja, que surgió entre el bronco gemido de la maquinaria.

—Je suis quitté avec toi.

Me pareció la voz de Duchamp, pero cuando me asomé al exterior no pude ver a nadie. Era extraño. ¿Por qué Duchamp le diría a alguien «Estamos en paz»? Mi preocupación duró sólo unos segundos. Quizá no era él y posiblemente no tenía la más mínima importancia. Había otras cosas de las que preocuparse. Todo era confuso. La conversación con Galata me había producido cierta perplejidad y estaba realmente cabreado por la actitud de Santori. Claro que tampoco yo había obrado con total transparencia. ¿Por qué me resistía a hablar con los demás del Libro de la luz en las sombras? Durante toda la mañana había evitado enfrentarme con el manuscrito de Avempace, tal era la turbación y el desconcierto que me producía.

Tenía todavía las notas que tomé la primera noche. Las leí con atención y volví a sentir que había algo en esas páginas... algo que no estaba en su sitio...

Entre las observaciones que había anotado había dos grandes interrogaciones. La primera se refería al contenido, sumamente críptico y que, de no ser por la introducción del copista, difícilmente se podría atribuir a Avempace, pues estaba salpicado de adivinanzas, fórmulas aparentemente secretas y párrafos oscuros de muy difícil traducción. La segunda tenía que ver con un ligero desfase que me había sorprendido desde el primer momento: la encuadernación, perteneciente al siglo XII sin duda, contrastaba con el tipo de escritura utilizado en las páginas interiores, que no correspondía a la época o al lugar donde había sido fechado el libro: Fez, 1154 de la era cristiana, 548 de la hégira. La escritura cúfica, en la que se escribieron los primeros coranes, ya había evolucionado hacia fórmulas menos estáticas y las seis tipografías árabes clásicas, thuluth, naskhi, muhaqqaq, rayhani, tawqi y riqá', apenas se utilizaban en esa época. En todo el norte de África, salvo en Egipto, los copistas habían adoptado la escritura magrebí u occidental, un sistema más simple, rápido y conciso, que había ido cobrando adeptos por todo el Occidente musulmán y que permitía atender la demanda incesante de libros que recorría como una epidemia Al-Andalus y las principales ciudades del Magreb. En la península Ibérica, donde había vivido Avempace, se usaba la escritura andalusí o cordobesa, que era una variante de la magrebí y, como ella, se diferenciaba claramente de las grafías clásicas orientales por sus formas redondeadas y los signos diacríticos que afectaban a algunas letras. El libro estaba fechado en Fez, por lo que la letra debía ser, cuando menos, ágil, redonda, ligera, de curvas abiertas y puntuación característica. Pero no era así. Estábamos ante un ejemplar escrito en la más ortodoxa grafía clásica, con predominio de la escritura naskhi y abundantes encabezamientos en thuluth. Incluso, había podido observar alguna palabra escrita en arameo, lo que no era realmente sorprendente si tenemos en cuenta que Avempace convivió con ilustres hebreos en la corte de Zaragoza y que volvió a encontrarse con alguno de ellos en Fez, a donde habían ido a parar los judíos por culpa de los almorávides y los árabes por culpa de los cristianos. Poco a poco, mirando las anotaciones sobre aquel libro desconocido que nadie había reseñado nunca, ni siquiera como uno de esos volúmenes perdidos de los que quedan sólo referencias bibliográficas, llegué a la conclusión de que lo mejor era poner manos a la obra y empezar desde el principio. Tomaría el libro y, con calma, traduciría el contenido, cifrando los términos más sobresalientes y luego haría lo mismo con los aspectos formales, con la letra, la iluminación, la encuadernación y las tintas. Después de eso, todo estaría más claro.

Abandoné el barracón donde me habían instalado y me dirigí al módulo en el que estaban los pergaminos. El guardián me señaló la puerta, indicando con un gesto que estaba abierta. Susan se encontraba en el interior. Tenía el manuscrito de Avempace en las manos.

—Escucha esto —dijo al verme.

Me senté junto a ella. El libro estaba abierto hacia la mitad. Susan leyó con agilidad uno de los

párrafos escritos en árabe:

—«Serán dos de las tres madres, una de las siete dobles y dos de las doce simples, combinados los astros en sus posiciones, primero cáncer, después capricornio, seguidas por el sol, el agua y el aire. Men, ain, kahf, heth y la primera, que debe ser colocada en último lugar.»

Cerró el libro haciendo un gesto de impotencia.

—No parece un tratado filosófico exactamente —dijo a continuación—. ¿Qué es?

Por mi parte, sentí otra vez esa impresión de rechazo, un tufo a cosa poco clara. Era un texto escrito en árabe y, sin embargo, aquellos nombres... men, ain, kahf, heth... correspondían a ciertas letras del alfabeto hebreo. Respondí tratando de que mis palabras resultaran menos confusas de lo que era mi pensamiento:

—Parece un fragmento cabalístico.

Susan lo sabía igual que yo, pero lo que ella deseaba preguntar era otra cosa. ¿Por qué un musulmán como Avempace iba a utilizar algo que se consideraba esencialmente unido a la tradición judía? ¿Por qué especular con otras creencias, allí donde la escritura se vierte en mil caminos infinitos por los que no puede discurrir sino el pensamiento de los tsadikim? Contesté sin demasiada convicción.

—Avempace era filósofo, político, médico, astrólogo, matemático y poeta. Combina todo eso y obtendrás el perfil de un hombre que puede moverse en muchas direcciones.

Susan dudó.

—Pero esas letras hebreas... El Zohar de Moisés de León es posterior, del siglo XIII.

—Era una época de intercambio. No había tantos compartimentos estancos como ahora. El conocimiento era un bien común. Los hombres viajaban al otro extremo del mundo para escuchar la palabra de un sabio y en las ciudades españolas se compraban y vendían miles de libros, de cualquier disciplina, sobre cualquier tema... Antes las cosas eran así, el saber era un camino que llevaba a la perfección. Los filósofos como Avempace buscaban la verdad absoluta, no verdades a medias, no pequeños fragmentos de verdad. Míranos ahora —añadí con amargura—: cada uno de nosotros domina un campo, pero ninguno es capaz de intervenir en el terreno del otro. ¿Dirías que Galata es un sabio? No, es un especialista en lenguas muertas. ¿Me consideras un sabio?

Susan sonrió.

—No sé una palabra de física —continué diciendo—, ni de biología, ni de átomos, ni de economía. ¿Qué es lo que soy? Un loco que gasta su tiempo en el pasado, que vive permanentemente en el tiempo de Abderramán, que trata con personajes muertos hace mucho tiempo y que no tiene la más mínima idea de lo que significa la palabra futuro.

Susan me miró perpleja.

—¿Y eso?

—No sé —dije confuso—. He estado hablando con Galata y con Santori. Pensé que formábamos un buen equipo, pero ahora no estoy seguro. Creo que los acontecimientos de los últimos días nos han alterado a todos, a mí el primero.

En ese momento entró Duchamp y eso hizo que ambos guardáramos silencio. Susan dejó el manuscrito de Avempace en mis manos y se fue con el francés hacia el otro extremo de la habitación. Se enfrascaron en la selección de los documentos coptos que estaban repartidos por las mesas del fondo. Me quedé ante el libro cerrado, sin ganas de hacer lo que había previsto. De cuando en cuando oía un susurro, una frase en alemán o francés murmurada en voz muy baja y apenas inteligible.

—... unerlaubt...

—... arrangement...

Dejé que pasara el tiempo, mientras pensaba en algo abstracto, sin contenido visual. Tenía la impresión de haberme convertido en un fragmento de algo que era nada. Al cabo de un largo rato, me decidí a abrir el libro por su primera página, la de la invocación: «En el nombre de Dios, el Grande, el Antiguo, el Prudente...». Los nombres divinos, magníficamente decorados, parecían elevarse sobre el texto, adquirirían una cualidad casi sonora... Por un momento parecía que todo estaba en orden, cuando de pronto me fijé en el preámbulo y noté que faltaba el sello, la letra alif, que la primera noche había observado sobre la basmala. No podía entenderlo. Era la misma hoja, idéntica, perfecta, pero el sello había desaparecido. Habría dado un grito de sorpresa si, justo en ese momento, no hubiera aparecido Santori, congestionado y sudoroso.

—Galata está muy mal —dijo desde la puerta—. Hay que llevarle urgentemente a El Cairo.

Susan, Duchamp y yo acompañamos rápidamente a Santori al módulo en el que estaba Hermois Galata. Un médico egipcio le estaba inyectando una dosis de morfina.

—Estará bien durante dos o tres horas —dijo con gesto grave—. Pero tiene que ir a un hospital. Aquí no se puede hacer nada más por él.

Pensé que resultaba incomprensible que la enfermedad hubiera cobrado tanta importancia en cuestión de pocas horas. Esa mañana habíamos hablado durante un buen rato y yo le había podido ver trabajando con la misma capacidad y concentración de siempre. Pregunté por el cáncer al que se había referido Santori el día de mi llegada.

—¿Cáncer? —preguntó el médico con asombro—. No, no se trata de eso.

—¿Qué quiere decir? —exclamó Duchamp, visiblemente alterado—. ¿No acaba usted de decir que está gravemente enfermo?

—Desde luego, lo está. Pero lo que hace irreparable su estado de salud es otra cosa.

El médico nos miró con seriedad y luego, valorando el desconcierto que iban a causar sus palabras, añadió:

—Por lo que he podido ver, su amigo ha tomado algo que no puedo determinar, pero que tiene todo el aspecto de ser una sustancia de gran toxicidad.

Susan fue la primera en hacerse cargo de la situación.

—¿Un veneno? —dijo con temor.

—Me temo que sí —respondió el médico.

La noticia nos causó a todos los presentes una profunda impresión. Santori se llevó las manos a la cabeza y maldijo varias veces en voz baja. Susan se quedó con los ojos abiertos de par en par, como si no fuera capaz de dar crédito a lo que estaba sucediendo. Bernard Duchamp demostró tener más sangre fría que los demás. Se puso en pie y acorraló al médico con preguntas y más preguntas sobre el supuesto veneno.

—Aquí es imposible llegar a un diagnóstico más preciso —se disculpó el doctor—. No tengo medios. Le he hecho un lavado de estómago, pero no ha servido de nada. El veneno ha tenido tiempo de circular libremente por la sangre y ha causado daños irreparables. Mire su hígado. Está hinchado como un globo. Tienen que llevárselo a El Cairo.

—¿Aguantará? —preguntó Santori con una voz menos estridente de lo habitual.

El médico se encogió de hombros.

—Creo que sería conveniente que alguien avisara a su familia —dijo por toda respuesta.

Susan habló con el hospital Internacional y se encargó de la evacuación de Galata. Duchamp, Santori y yo nos quedamos junto al lecho. Respiraba con dificultad y tenía los ojos cerrados. A las siete de la tarde le subimos en un helicóptero y se planteó la situación de saber quién de nosotros iba a acompañarle. Santori se zafó con su peor estilo y Bernard Duchamp permaneció impasible, demostrando que le importaban mucho más los restos arqueológicos que la vida de Galata. Susan no tuvo otra opción. Me pidió que fuera yo el que se ocupara de llevar a Galata al hospital.

No pude negarme. Era una situación crítica y no había tiempo para barajar objeciones. Cogí tres o cuatro cosas de mi barracón y me dispuse a salir de nuevo para El Cairo. Mientras lo hacía, pensé que esa ciudad se había convertido en un destino demasiado recurrente. Algo me empujaba sobre ella... Como el viento que transforma el paisaje del desierto, fabricando dunas donde antes sólo había llanuras, una fuerza invisible que me obligaba a ir una y otra vez... a regresar...

Pensaba en todo esto mientras corría hacia el helicóptero donde habíamos instalado a Galata. La mente y el cuerpo iban por caminos diferentes, a distinto ritmo. Como un autómatas, metí mi bolsa en la cabina. En el último minuto, cuando me disponía a subir, Susan deslizó en mi mano un papel en el que había anotado un nombre de mujer, un número de teléfono y una dirección de París.

—Es la hija de Galata —gritó sobre el ruido del motor—. Avisala en cuanto llegues al hospital.

Luego hizo un gesto con la mano, señalando a Santori y a Duchamp, que permanecían un poco más lejos, sobre el declive de la cresta rocosa, y dijo algo que no pude entender.

El helicóptero se elevó del suelo y sobrevoló las excavaciones levantando una nube de polvo que impedía ver con claridad el suelo. Pensé nuevamente en el azar... Lo sentía agazapado tras la falsa bruma de Kiffa... agitando la mano entre las piedras... Y presentía que en ese mismo momento ya estaba aguardando mi llegada a El Cairo.

Otra vez viajaba hacia esa ciudad desconocida por la que había pasado dos veces sin detenerme. En esta ocasión llevaba conmigo a un moribundo que se debatía entre el dolor y la inconsciencia. Valoré mi viaje a Egipto. Había venido para algo muy concreto, pero llevaba más de ocho días dando tumbos. El libro de la luz en las sombras era mi único contacto con el impresionante tesoro bibliográfico de Kiffa y, aun así, sólo había podido echar un desconcertante vistazo a sus páginas, tan desconcertante como impreciso, pues el cansancio y la absurda complicación de los últimos acontecimientos me habían hecho imaginar que una de ellas se había modificado de forma bastante misteriosa. Afortunadamente, nadie más, ni Susan siquiera, sabía nada del asunto. Era curioso, pero ese pensamiento me tranquilizó. A varios pies del suelo, mientras el helicóptero cruzaba el desierto, empecé a considerar que se trataba de un malentendido, una mala pasada de mi imaginación.

Pero entonces ocurrió algo que tardaría tiempo en comprender. Cuando volábamos sobre la depresión de Qattara, Hermois Galata abrió los ojos y me pidió que me acercara. Su rostro reflejaba dolor y ansiedad.

—Ouroboros... —murmuró con una voz apenas audible—. El manuscrito... Santori...

No pude entender lo que quería decirme. Intenté que hablara de nuevo, pero me miró con los ojos semicerrados y se desvaneció.

En El Cairo nos esperaba una ambulancia que cruzó la ciudad en un abrir y cerrar de ojos, sorteando aquel tráfico infernal que tanto me había sorprendido a mi llegada. Otra vez era la hora del crepúsculo, las luces empezaban a emerger del corazón de la ciudad como en ocasiones anteriores, produciendo una extraña sensación de desconcierto. Sacamos a Galata de la ambulancia y le llevamos a través de los pasillos hasta el pabellón de los enfermos terminales. Allí le perdí definitivamente de vista.

Me quedé deambulando por los corredores y las salas de espera sin saber muy bien qué hacer. El envenenamiento de Galata daba un nuevo giro a la situación, sobre todo, teniendo en cuenta que durante el vuelo el pobre viejo había recobrado la conciencia y había querido decirme algo a propósito de un manuscrito. Aquellas palabras suyas: «Veo que la serpiente rodea tu cuello...». Cuanto más pensaba en ello, más seguro estaba de que Hermois Galata había pretendido prevenirme sobre la existencia de un peligro real. Y ese aviso tenía que ver con un manuscrito. Instintivamente, busqué las notas que había tomado en Kiffa. Había tenido el

cuidado de traerlas conmigo y volví a leer la advertencia escrita en caracteres cúficos que había copiado palabra por palabra:

Todo lo que aquí se dice es tema de interés para los sabios, pero sólo a ellos puede importar y servir. Gran peligro encierra conocer aquello que no se sabe dominar. Así queda advertido todo aquel que lea este libro. Advertidos también quedan sus propietarios o quienes quieran copiarlo sin autorización.

Noté que ahora me parecía mucho más inquietante, que su significado era tan claro y nítido que parecía estar escrito expresamente para mí.

Nervioso y alterado, guardé de nuevo mis apuntes en el bolsillo y, al hacerlo, tropecé con el papel que Susan me había dado. Lo había olvidado por completo, pero allí estaba su letra menuda, urgiéndome a que ejecutara una penosa obligación. Era una nota escueta: un solo nombre, Sophie, una dirección de París, 39 Rué Falguière, y un teléfono: el de la hija de Galata. La llamé desde el hospital. Traté de no alarmarla, pero finalmente tuve que explicarle la gravedad de su estado: le dije claramente que Galata estaba agonizando.

Llegó al día siguiente, a primera hora de la tarde. Fui a esperarla al aeropuerto de Heliópolis y me encontré con una mujer joven, de unos veinticinco años, aspecto indefenso y ojos negros como los de Hermois Galata, que nada más chocar con el frenético aspecto de El Cairo se velaron de temor. La llevé directamente al hospital. Galata seguía grave, aunque su agonía podía prolongarse durante varios días más. La historia del veneno seguía sin ser otra cosa que una suposición. Los médicos no podían confirmarlo hasta que no analizaran los trozos de tejido y las muestras de secreciones gástricas que le habían tomado. No podíamos hacer otra cosa que esperar. La muchacha estaba abatida. Se instaló en una silla de la sala de espera, con su pequeña maleta roja a los pies, y allí se quedó durante más de una hora, sin decir nada, esperando algo que, de momento, no iba a pasar. No quiso probar bocado. Tampoco conseguí que se moviera de la silla. Traté de convencerla de que debía instalarse en un hotel cercano y descansar, pero tardó varias horas en aceptar mi propuesta. Al amanecer, cuando los propios médicos nos aconsejaron que nos fuéramos a descansar, conseguí dos habitaciones en un hotel sencillo en la plaza Gazhi y la saqué de aquel ambiente desolador.

El cambio le vino bien. Nada más pisar la calle, la hija de Galata se transformó en otra mujer. Lo miraba todo con sus increíbles ojos negros y yo notaba el deleite y la fascinación que le causaron las gentes que acudían presurosas al trabajo, como una riada, apretadas en una muchedumbre compacta que fluía por la ciudad como la sangre fluye por las arterias. La vi pararse en un pequeño bulevar sembrado de palmeras, escuchando con emoción el sonido ensordecedor del tráfico matutino, bajo cuyo estrépito ella parecía disfrutar de una música oculta, y noté que aspiraba los aromas saturados de perfumes y cloaca que envolvían la

ciudad... Su mirada se posaba sobre las viejas y destartaladas paredes, volaba por encima de las azoteas, bordeaba las cúpulas de las mezquitas, como si las acariciara con el aleteo imperceptible de sus largas pestañas negras. No parecía una extranjera. Por un momento, habría jurado que la ciudad y ella se pertenecían, se recuperaban como dos amantes después de una larga separación, y que eso la hacía absolutamente feliz.

Desayunamos en un café al aire libre, en la misma plaza donde se encontraba nuestro hotel.

—Mi padre no debió venir a Egipto —dijo mirando fijamente el sahlab que nos habían servido.

Pensé que los días de Galata estaban contados a pesar de todo, pero no quise resultar demasiado brutal, así que callé y asentí en silencio. Un vendedor de periódicos se acercó a nosotros con *Le Journal d’Egypte*. Le hice una seña y compré dos ejemplares. La chica parecía de nuevo inmensamente triste y desvalida.

—¿Crees que tomó ese veneno sabiendo lo que hacía? —preguntó con un hilo de voz.

—No —respondí con absoluta seguridad—. No creo que pretendiera suicidarse, si es eso lo que quieres decir. Estaba entusiasmado con el trabajo y parecía encontrarse con fuerzas para continuar.

—Pero sabes que está muy enfermo... y que sufre...

—Ha tenido que ser un accidente —repuse intentando parecer mucho más despreocupado de lo que en realidad estaba—. A veces uno come cosas que no sabe lo que son, o bebe agua en malas condiciones...

Ella negó insistentemente con la cabeza.

—Yo no creo en las casualidades —dijo con amargura.

Habría querido añadir algo que pudiera consolarla, pero callé al observar que sus ojos volvían a deslizarse con una extraña intensidad por los tejados, hasta detenerse un poco más lejos, a los pies de unas colinas boscosas, donde las cúpulas de las mezquitas recibían los primeros rayos de sol. Su rostro se volvió súbitamente enigmático y todo su cuerpo quedó en un estado de rigidez que me asustó.

—Vamos al hotel —dije poniéndome en pie—. Necesitas descansar.

Yo también lo necesitaba. Pero cuando me tumbé sobre la cama, agotado y maltrecho por tantos contratiempos impredecibles, no podía dejar de pensar en ella, en su cara, unas veces triste y desvalida, otras arrebatada por una emoción de apariencia tan profunda que me resultaba difícil de comprender.

Abrí el periódico francés que había comprado en el café. Una pequeña noticia hablaba de los manuscritos y del equipo de investigadores que había mandado la Unesco:

Los extranjeros controlan nuestro patrimonio arqueológico —decía un tal Al Nahak, muftí y doctor de la ley islámica según el periódico— y muchas personas se preguntan en El Cairo si no sería mejor que se fueran.

Disponemos de eminentes doctores, lingüistas e historiadores. En Egipto hay grandes arqueólogos, muchos de ellos son sobradamente conocidos a lo largo de todo Oriente, no parece preciso que manos ajenas gobiernen nuestro legado religioso.

Me causó una impresión desagradable. Entendía que había un sector del pueblo egipcio, quizá el más conservador, que deseaba gestionar directamente los descubrimientos de Kiffa y que nos consideraba intrusos en el pleno sentido de la palabra. Pero nuestra delegación no perseguía otro objetivo que el estrictamente científico y la ciencia siempre tuvo la capacidad de hermanar a los pueblos. Muchas veces habíamos trabajado en Israel, Palestina o Siria, junto a los arqueólogos de países enfrentados por la guerra, sin ningún tipo de problema. Entre nosotros mismos, Galata, Santori, Duchamp..., la religión o la ideología eran elementos secundarios que jamás permitíamos que interfirieran en nuestro cometido. Susan había recuperado la colección de manuscritos hebreos de Hotsar y Duchamp había descubierto el Kitab al-hikma de Al Farabi, en Ghidjuvan. No éramos ladrones de tumbas, ni aprendices, pero al parecer en Egipto, durante aquella época que precedía a la cuarta guerra árabe-israelí, había quien no se mostraba partidario de nuestra presencia. El secuestro podía muy bien haber sido un aviso. Pensé en ello con evidente preocupación.

Consideré la posibilidad de volver a Kiffa cuanto antes, pero estaban Galata y su hija por medio... No era capaz de dejarla sola en esa ciudad infernal. Pensé que podía serle útil y no me quedó más remedio que reconocer la evidencia de que, en cierto sentido, la chica me gustaba. Los pergaminos no se iban a evaporar. Ni Susan tampoco.

Era otra época, hace más de veinte años, cuando la vida todavía era generosa y nos daba materia con la que soñar... Un tiempo palpitante, sembrado de acontecimientos y de inquietudes que prometían hacernos grandes, más sabios, mejores... El Cairo entonces era un ruego excesivo, una oración para después de la muerte en la que era tan fácil creer...

Desperté a media mañana, sudoroso y más cansado que antes. En el cuarto hacía un calor sofocante. Me duché y llamé a la puerta de su habitación.

Se había cambiado de ropa y parecía más relajada, menos pesarosa. Me fijé en que tenía un hermoso cabello de color negro profundo que le caía sobre los hombros y en que sus ojos eran enormemente vivos, mucho más de lo que recordaba. Cuando me vio en la puerta, mirándola con cara de admiración, noté que se sentía halagada aunque hizo un gesto de embarazo, encogió levemente los hombros y bajó la vista.

—Voy ahora mismo al hospital —dijo—. He llamado por teléfono y me dicen que mi padre está consciente.

—Te acompañaré.

Cruzamos las callejuelas que se habían convertido en un enjambre de comercios atestados

por cientos de compradores y atravesamos el pequeño parque de sicomoros que bordeaba el hospital Internacional. Dejé que Sophie viera a su padre a solas, aunque yo también tenía interés en hablar con él. Necesitaba saber qué había querido decir cuando volábamos sobre la depresión de Qattara. Aquella palabra: ouroboros...

Esperé en el pasillo, desde donde podía ver la sala de los enfermos. Galata estaba en la cama número seis, cerca de la entrada. Sophie se acomodó junto a él y le tomó una mano. Me senté en un banco próximo a la puerta. Dentro oía el rumor de sus voces. Galata apenas dejaba escapar un susurro incomprensible, algo así como una negativa, y Sophie le preguntaba algo en turco, insistiendo aparentemente en una misma palabra; no pude saber de qué se trataba, porque era un idioma que me resultaba indescifrable.

Cuando JayrÍ Nuín apareció ante mis ojos, estaba pensando en algo inconcreto, una especie de mancha dorada que Nuín hizo desaparecer. Me sorprendió verle allí.

—Estoy contento de verle de nuevo en El Cairo —dijo con tono empalagoso—. ¿La doctora Friedemann se encuentra bien?

—Se ha quedado en Kiffa.

—Ah... Entonces está usted solo con la joven.

Le miré sin ocultar mi desprecio. Nuín cambió de tono.

—¿Cómo se encuentra su amigo?

—Muriendo —respondí sin contemplaciones.

Se rascó la cabeza y se sentó a mi lado. Las voces de Sophie y Galata eran apenas audibles.

—Ah... querido amigo... Hemos tenido noticias de este desafortunado incidente. Es una lástima lo que le ha ocurrido al señor Galata... una verdadera lástima... —dijo el gordo—. Aunque, a decir verdad, cuando las cosas se complican, uno debe admitirlo y debe estar preparado para afrontar cualquier contratiempo, ¿no le parece?

Me aburría su charla sin sentido. Nuín se dio cuenta.

—Claro que la planta que ha envenenado a su colega no puede considerarse un contratiempo precisamente —añadió con una sonrisa enigmática—. Nadie toma por casualidad algo así.

Le miré sorprendido. ¿Sabía JayrÍ Nuín de dónde provenía el veneno que estaba acabando con la vida de Galata?

—Por supuesto —respondió satisfecho—. Vengo del laboratorio. Hay muy buenos médicos en este hospital. La mayoría de ellos son extranjeros, pero algunos de nuestros mejores especialistas trabajan aquí, ya sabe, cooperamos y aprendemos... Quizá también nosotros, los humildes egipcios, podamos aportar viejos conocimientos que el resto del mundo ignora... Ya ve usted, es el caso que nos ocupa... Precisamente, el jefe de la Unidad de Patología es un egipcio. Un hombre muy inteligente. Tenían problemas para identificar el veneno, pero él ha conseguido hacerlo. ¿Y sabe, querido amigo, lo que ha encontrado? —Sacó un papel arrugado de su chaleco

—. «Restos de cutícula cerosa —leyó lentamente— que proceden de una xerófita identificada como el Aliento de la Serpiente.»

Recordé lo que Galata había dicho: «Veo que la serpiente rodea tu cuello...». Después de todo, fuera lo que fuera, estaba claro que le había alcanzado a él antes que a mí.

Nuín hizo una pausa teatral y, luego, se encogió de hombros, dando a entender que comprendía mi ignorancia sobre el tema.

—Un veneno bastante inusual, por lo que he podido saber —explicó en voz lo suficientemente baja para que nadie más pudiera oírle—. Se trata de un líquido blanquecino que se aloja en la corteza impermeable con la que se protegen ciertas plantas del desierto. Me lo han explicado muy bien, no le costará entenderlo. Parece que las xerófitas, eso que vulgarmente llamamos cactus, son plantas casi siempre inofensivas; pero hay una especie, precisamente la que se conoce como el Aliento de la Serpiente, que puede abrasar las entrañas con sólo arrimarla a los labios.

Nuín echó un rápido vistazo a la cama de Galata, donde Sophie hacía grandes esfuerzos por evitar que su padre cayera de nuevo en la inconsciencia. Por un momento, Nuín pareció desorientado, pero luego prosiguió:

—Una planta terriblemente peligrosa. Guarda en su envoltura grandes dosis de veneno. Hasta los camellos rodean los lugares donde crece.

En ese momento, Galata intentó cerrar los ojos de nuevo y Sophie le tomó por los hombros y le agitó sin demasiadas contemplaciones. Nuín vio la escena y, al igual que yo, hizo un gesto de contrariedad. Después siguió hablando del veneno.

—Los antiguos sacerdotes egipcios utilizaban las raíces de este mortífero cactus como bebedizo alucinógeno. Dicen que les permitía obtener ciertos poderes... Todavía hay quien la usa con esos oscuros fines...

Nuín apartó la vista de la cama de Galata y me observó detenidamente. Luego, cuando pareció estar seguro de que yo no tenía nada que añadir, continuó:

—A decir verdad, no creo que el señor Galata haya caído en esa peligrosa tentación, ¿no cree? Las raíces no matan, pero la corteza, si se ingiere, destroza cualquier organismo en cuestión de días. Primero arrasa el tubo digestivo, luego el hígado y, por último, impide cualquier actividad cerebral. Pues bien, esto es lo que su amigo Galata tenía en el estómago.

Cuando Nuín pronunció estas últimas palabras, Sophie se puso en pie. Su padre se había desvanecido. Vimos que una enfermera acudió rápidamente a su cama. También nosotros nos levantamos. Yo hice ademán de querer acercarme, pero Nuín me retuvo tomándome por el brazo.

—Quería hablar con usted de otra cosa —dijo bajando de nuevo la voz—. Hemos hecho

algunas detenciones... Pura rutina, no crea; pero nunca se sabe... Puede que tengamos una pista sobre las personas que les retuvieron.

Me sentí sorprendido por su eficacia, en la que no había confiado en absoluto.

Sophie salió de la habitación de Galata en ese momento. Estaba llorosa y parecía muy desanimada.

—Los médicos me han pedido que me vaya —dijo Sophie con una voz tan baja y quebrada que parecía un lamento—. Dicen que vuelva al anochecer.

Me miró indecisa, como si quisiera que yo aprobara su comportamiento. La tomé del brazo e hice que se sentara. Nuín nos miró con ojos socarrones y propuso:

—Lleve a la señorita a ver El Cairo. Es una gran ciudad y le vendrá bien un paseo. Suban al monte Muqattam, o a la Ciudadela, hay una magnífica vista desde allí. Coman algo en un buen restaurante y descansen. Estas cosas suelen tomar su tiempo.

Pensé que era una buena idea. Nuín añadió:

—Venga a verme mañana, quiero que me acompañe a una de las aldeas del norte, cerca de Al Jafh. Puede que hayamos dado con la casa.

Hice caso de sus consejos. Tanto a la hija de Galata como a mí nos vendría bien salir de aquel clima desolado donde la muerte era un hecho demasiado inminente.

Subimos a las colinas Muqattam y caminamos durante un buen rato hacia el fuerte de Mohammed Alí. En contraste con las calles de El Cairo, era un lugar solitario, desde donde se podía contemplar la ciudad con una nueva perspectiva, más distante y mucho más hermosa. Las mezquitas de la Ciudadela elevaban al cielo sus minaretes ocre y sus inconfundibles cúpulas islámicas. Las terrazas de las casas tejían una complicada superficie hecha de azoteas planas y los estrechos callejones de los barrios más populosos quedaban convertidos en una simple hendidura inapreciable, que serpenteaba entre los edificios como un río sin cauce. En muchas de ellas se veían lejanas figuras humanas, grupos indefinidos de personas que subían a la parte más alta de los edificios como si trataran de escapar de la ciudad. Imaginé que se reunían allí huyendo del calor, para dejar de respirar ese aire contaminado que cubría totalmente el suelo. Desde lo alto del monte Muqattam, El Cairo parecía ser solamente eso: un conjunto de tejados y azoteas distorsionados por la polución. Sophie caminaba a mi lado, en silencio, temblorosa y ausente como un pez rojo que nadara en las reducidas dimensiones de un estanque sin agua.

—¿Has pensado en la posibilidad de meter a tu padre en un avión y llevártelo a París?

Me miró sin sorpresa, como si hubiera estado esperando esa pregunta, y respondió automáticamente.

—No quiere aceptar la idea de que se muere. Sólo habla de volver a las excavaciones.

Pensé que eso era justo lo que yo esperaba del comportamiento de un hombre como Galata. Entonces Sophie, interrogándome con sus grandes ojos negros, añadió:

—Insiste en que tiene algo importante que hacer allí. Dice que alguien se ha llevado un manuscrito.

Me preocupó oír aquello y decidí que tenía que hablar con él como fuera. Pero Sophie me cogió una mano y, con gesto de angustia, exclamó:

—¿Qué habéis encontrado en Kiffa que sea tan importante? No lo entiendo. Se muere y sigue pensando en sus libros... Siempre sus libros... No quiere hablar conmigo de nada. No le importo lo más mínimo. Dime, por favor, ¿qué es lo que mi padre espera descubrir en ese desierto?

Sophie lloraba en voz baja.

—¡Si al menos supiera lo que pretende! —dijo con un hilo de voz—. ¿Tú lo sabes?

Traté de explicarle en pocas palabras la importancia de los descubrimientos bibliográficos.

—Tiene que haber algo más —dijo ella moviendo insistentemente la cabeza. Su cabello negro flotaba en el aire como si tuviera vida propia—. Tendrías que verle. Parece un loco obsesionado por algo sobrenatural. Nunca le había visto comportarse así...

Pensé en qué era lo que Galata le habría dicho. Ella adivinó mis pensamientos.

—Me ha contado que uno de los manuscritos de Kiffa puede ser el libro más buscado de todos los tiempos. Por eso quiere volver, porque tiene miedo de que desaparezca de nuevo.

Por un momento pensé en el Libro de la luz en las sombras, pero luego recapacité. Sin duda, Galata se refería a otro manuscrito, quizá uno de los viejos pergaminos griegos que había estado consultando. De cualquier modo, no le di importancia, porque seguramente el viejo había perdido la razón y deliraba intentando escapar de aquel modo de una muerte que era absolutamente inevitable. Nuín había dicho que el veneno destrozaba el cerebro en cuestión de horas.

—Llévatelo —dije a mi pesar—. Llévatelo a París. No debe morir lejos de casa.

Levantó la cabeza y me miró con ojos suplicantes.

—No puedo. Ha dicho a los médicos que no me dejen tomar ninguna decisión respecto a él. Me lo ha prohibido.

Luego se alejó unos pasos, abatida y avergonzada por lo que acababa de confesar, y suplicó con la cabeza baja, sin mirarme:

—Quédate conmigo, por favor. Eres amigo de mi padre. Ayúdame hasta que todo esto termine.

Me conmovía su expresión dolorida. Me aproximé a ella.

—Lo haré, no te preocupes —dije, tratando de que aquello pareciera una promesa.

Ella sonrió. Entonces la atraje hacia mí y la rodeé con mis brazos. La brevedad de su cuerpo me sorprendió porque tenía muy recientes las sensaciones que Susan me causaba y esta nueva dimensión de una mujer más frágil y necesitada de ternura resultaba muy gratificante. Me dejé llevar por este nuevo sentimiento. Ella también lo hizo. Su cuerpo latía, trémulo y palpitante,

junto al mío. Al fondo, sobre el valle del Nilo, la necrópolis del sur se asemejaba a un laberinto de edificaciones donde las viviendas y las tumbas eran una misma cosa, igual que la vida y la muerte cuando el miedo atenaza el corazón de los hombres.

Después de esto no volvimos a hablar de Galata. Pero entre nosotros dos se había creado una alianza, un pacto sellado por algo más que las palabras.

Regresamos al hotel en un coche que tomamos cerca de la necrópolis. Cruzamos la muralla de la ciudad antigua y pasamos por delante de la Universidad Al Azhar. De vez en cuando pensaba con un malestar profundo en lo que me había contado Nuín sobre el veneno. Estaba seguro de que ella no sabía nada sobre esa terrible planta llamada el Aliento de la Serpiente. No quise darle detalles, aunque me sorprendió que no tuviera la más mínima inquietud al respecto. Entonces creía que Sophie estaba sumida en la desesperación y que sólo podía pensar en cómo afrontar la muerte de su padre.

Las intrincadas callejas de Al Darb bullían. Los comerciantes de oro y plata hacían sus transacciones en el interior de las pequeñas tiendas que rodean la mezquita de El Muayyad y en los alrededores de Bab Zuwayla se veían calles enteras dedicadas a la venta de tejidos, especias y perfumes. Sophie parecía ausente, atrapada por esta visión multicolor. Yo también percibía un aire de magia... envolvente... sobrecogedor... Por todas partes se esparcían resonancias del pasado, el tiempo se había detenido en los edificios calcinados por el sol, arañados mil veces por el viento del desierto. Empecé a sospechar que El Cairo era un enorme laberinto del que no podría salir fácilmente.

El azar... allí estaba... Agazapado en una vuelta del camino...

Cuando llegamos a la plaza Gazhi sucedió algo insólito. El coche nos había dejado en una de las callejas adyacentes porque era imposible entrar hasta la puerta del hotel. Sophie y yo atravesamos la plaza a pie. Cuando pasamos por delante del café en el que habíamos desayunado ese mismo día, alguien me llamó desde una esquina.

—Efendi... Efendi...

Me volví. Era un muchacho egipcio cuyo rostro me resultaba familiar. Al principio no le reconocí; pero, según me acercaba, recuperé su imagen desdibujada por la penumbra: ¡era uno de los guardianes de la casa del delta! Cogí a Sophie de la mano y apreté el paso. El muchacho parecía muy nervioso.

—¡Sígueme! —dijo haciendo una seña.

Pensé que era arriesgado, que podía tratarse de una trampa, pero no podía dejar que desapareciera de nuevo. Le seguí a corta distancia.

—No tienes que temer, deseo hablarte —dijo cuando llegamos a un callejón. Luego se alejó unos metros.

Sophie me interrogaba en silencio, con sus enormes ojos negros. Le pedí que aguardara a la

entrada del callejón y seguí, sin perder un segundo, a mi secuestrador.

El muchacho egipcio se detuvo junto a un pasadizo que comunicaba dos estrechas callejuelas sombrías. No entró. Parecía buscar un sitio en el que esconderse. Se resguardó bajo el dintel. Su rostro quedaba semiculto por las sombras. Desde allí habló con una voz casi inaudible.

—Ten cuidado, efendi, la mujer busca tu perdición —susurró enigmáticamente.

—¿Qué mujer? —pregunté con total desconfianza.

—Ella, la que te acompañaba —respondió.

Pensé que se refería a Susan Friedemann.

—¿Estás loco? —exclamé furioso, acercándome y sujetándole por la manga—. ¿Pretendes burlarte de mí?

El chico se zafó hábilmente y salió corriendo, hacia el fondo del callejón. Corrí tras él, esperando darle alcance cuando llegara a la tapia desconchada que se veía a unos doscientos metros, pero trepó por ella con agilidad y gritó desde lo alto de una azotea:

—¡Vete de El Cairo, extranjero! Los egipcios no tenemos nada que ver en esto. Si quieres saber la verdad, busca entre los tuyos.

Luego desapareció por ese otro complicado laberinto de tejados que era como una segunda ciudad.

Cuando regresé al lugar donde Sophie me aguardaba, observé que estaba temblando. Se abrazó a mí y dijo:

—Tengo miedo. ¡Sácame de aquí!

La llevé al hotel sin decir una sola palabra de lo que había querido insinuar el chico, porque al pensarlo detenidamente dudé de haberle entendido bien. No podía ser. ¿A santo de qué iba Susan Friedemann a buscar mi perdición? Pero, por otro lado, sus palabras parecían sinceras. ¿Por qué, si no, se había arriesgado a salir a mi encuentro? Estaba claro que, como el propio Galata, quería avisarme de algo y ese algo era peligroso para mí. Había dicho que buscara entre los míos. ¿Buscar qué? ¿A quién?

Decepcionado, decidí que lo mejor era tratar de olvidarlo todo hasta ver a Nuín. Sin duda, el gordo encontraría increíble lo que me acababa de suceder.

Cuando entramos en el hotel, Sophie quiso subir a la habitación inmediatamente.

—Deberías comer algo —dije.

—Ahora no —respondió. Parecía terriblemente preocupada—. Tengo que llamar por teléfono.

Pensé que quería saber cómo se encontraba su padre.

La dejé ir y me tomé una copa en el minúsculo bar que atendía el mismo hombre de la recepción. Después pedí que me sirvieran una ensalada de sésamo y un poco de pescado frito en mi cuarto. Comí con ganas y me sentí algo mejor después de hacerlo. La habitación era sencilla, con una cama, un sillón de tapicería descolorida y una estrecha ventana situada encima

del lavabo. No había baño. Me refresqué la cara con agua fría y me tendí sobre la cama, aunque sabía que no sería capaz de dormir. El ruido de la calle entraba a través de las paredes como si fueran de papel. Desde allí no se podían ver los tejados y azoteas por los que había huido el muchacho, pero traté de imaginar dónde estaría ahora. La escena del callejón me pareció un poco irreal, como si se tratara de un mal sueño.

Estaba pensando en eso precisamente, cuando vi a Sophie en el centro de la habitación. La puerta estaba cerrada y yo no la había sentido entrar. Me incorporé sobresaltado y ella avanzó unos pasos. Sonreía de un modo misterioso.

—Quiero estar contigo —dijo.

Fui a su encuentro y la abracé por toda respuesta. Ella se pegó contra mi cuerpo y empezó a acariciarme sin ningún pudor. Era hábil, mucho más de lo que uno habría imaginado. La empujé hacia la cama y nos besamos durante un buen rato. Sophie se dejaba querer tal como yo había sospechado, dulcemente, con una lentitud y una calma gozosas y reconfortantes. No parecía esperar nada de mí, los besos resbalaban por su cuerpo como el sudor, sin mancharla, mientras todo en ella me hacía sentir una maravillosa complacencia en la que no había ningún vestigio de posesión, sino de entrega. Despertaba en mí sensaciones que nunca antes había tenido. Pensé en lo diferente que era de Susan. Aquello era el placer... Aquello... intenso... sosegado... reparador... Hicimos el amor durante mucho rato, como si nosotros también hubiéramos conseguido detener el tiempo en una mísera habitación de hotel, como si nuestras vidas fueran una suave prolongación de esa atemporalidad en la que parecía sumida la ciudad entera. Luego Sophie se durmió tendida sobre las sábanas, joven y desprovista, con el candor rondando misteriosamente los bordes de su cuerpo.

Durante un buen rato permanecí a su lado con los ojos abiertos. La muchacha dormía plácidamente, vencida por el cansancio. Yo no podía hacerlo.

Las imágenes del delta, la casa, la oscuridad, y el extraño modo en que habíamos sido liberados volvieron a preocuparme. Nada de aquello tenía lógica aparentemente... «La mujer busca tu perdición...», había dicho el chico. No podía dar crédito a sus palabras y, sin embargo, la sospecha de que uno de nosotros estuviera envuelto en un asunto turbio y tuviera que ver con el secuestro me llenaba de inquietud.

Había llegado el momento de aclarar las cosas. Debía intentar hablar con Susan como fuera, decirle lo que Galata había confiado a su hija. Decidí acudir al despacho de Nuín, tal como me había pedido esa misma mañana, porque desde allí sería fácil establecer comunicación con las excavaciones de Kiffa. Me vestí apresuradamente y dejé la habitación en silencio. Sophie no se movió. Al cerrar la puerta creí ver en sus labios una sonrisa. Parecía feliz y despreocupada.

Jayrí Nuín me recibió inmediatamente. No le conté lo que pasaba, pero le pedí que intentara ponerme en contacto con la doctora Friedemann. Me llevó a un pequeño despacho y me dejó

instalado en una mesa atestada de papeles, frente al teléfono. Era un lugar lóbrego que olía a cerrado. En el cenicero se amontonaban las colillas de unos cigarrillos turcos, sin filtro, y la luz de El Cairo penetraba a través de las persianas de madera, lo que convertía la habitación en un espacio fragmentado en pequeños ambientes cubiertos de sombra. Sonó el teléfono. Al otro lado de la línea escuché la voz de Susan.

—¿Cómo se encuentra Galata?

—Creo que no durará mucho —respondí—. Su hija está aquí.

Mi voz dejaba entrever un asomo de culpabilidad del que, seguramente, sólo yo era consciente. Al otro lado de la línea, Susan parecía esperar a que yo continuara. Decidí hablarle del manuscrito.

—Ha pasado algo, Susan. El libro de Avempace...

—Sí —respondió ella—, no te preocupes, Duchamp está echándole un vistazo.

Nadie, aparte de Susan y yo, conocía la historia del manuscrito árabe. No sé por qué, pero no me gustó nada saber que ahora éramos tres los implicados.

—Alguien lo ha manipulado —dije con firmeza—. Falta un sello dorado que había en la página de la basmala. Yo mismo lo he podido comprobar. Estaba allí la noche que nos secuestraron y ayer, cuando Galata enfermó, había desaparecido.

—¿Qué sello? —preguntó alarmada.

—Una letra alif hecha con tinta de oro. Primero estaba y luego desapareció sin más...

—No puede ser —dijo Susan, extrañada—. Bernard lo ha visto y está de acuerdo contigo... Desde luego, piensa que se trata de un ejemplar auténtico.

Decidí contarle todo.

—Galata ha dicho a su hija algo que resulta muy extraño, dice que alguien se ha llevado un manuscrito de Kiffa.

—Julián, ¿estás bien? —preguntó como si dudara de mi cordura.

—Por supuesto —respondí irritado—. No me crees, ¿verdad?

—No, no es eso. Pero no entiendo qué quieres dar a entender. Aquí todo está en orden. No falta ningún manuscrito y nadie ajeno ha entrado en el pabellón. Te lo aseguro.

—¿Y los militares que nos secuestraron?

—No se llevaron nada. Estoy absolutamente convencida. He pasado todo este tiempo comprobándolo. Desde luego, no tocaron el libro de Avempace.

Estaba confuso, como siempre que Susan se mostraba segura de sí misma. No fui capaz de contarle lo del muchacho egipcio. Sabía que no daba el más mínimo crédito a mis palabras. En ese instante vino a mi memoria el párrafo que había al final del libro, el que estaba escrito en caracteres cúficos sin vocalizar. Lo había anotado y esos papeles estaban todavía en mi poder.

—Susan —supliqué—, haz lo que te voy a pedir. Coge el libro y comprueba si en la página de

la invocación está el sello de que te hablo. Luego mira la última página y observa si hay un párrafo escrito con distinta letra, en tinta roja, es una especie de advertencia. Llámame al despacho de Nuín. Estaré aquí.

Susan me prometió que lo haría. Era cuestión de esperar. Mientras tanto, podía informarme de lo que Nuín había descubierto sobre nuestro secuestro.

—¿Algún problema? —oí decir nada más colgar el teléfono.

El jefe de la Policía se dirigió hacia mí desde una puerta lateral que comunicaba con su despacho.

—¿Todo está en orden en las excavaciones?

Su insistencia parecía dar a entender que había escuchado la conversación que habíamos mantenido Susan y yo.

—Más o menos —respondí con precaución.

Y luego, cambiando de tema, añadí rápidamente:

—Esta mañana me dijo que tenía noticias sobre los secuestradores. El chico ha venido a mi hotel.

Nuín asintió.

—Lo sabemos. ¿Qué le dijo?

Sospeché que también sabía eso.

—Nada concreto —mentí—. Creo que sólo quería confundirme. Y ustedes, ¿que han averiguado?

Nuín pareció reflexionar durante unos breves segundos.

—Poca cosa —dijo. Y después, súbitamente serio, añadió—: Le seré franco y espero que usted sabrá corresponder con la más absoluta discreción. El servicio secreto egipcio está detrás de una pista que podría tener algo que ver con ustedes. No hay datos ciertos, pero sí fundamentadas sospechas. ¿Comprende?

No, era evidente que no podía comprenderle. Nuín se dio cuenta y añadió:

—Hay una pequeña aldea, en el delta del Nilo. Creo que hemos dado con la casa en la que estuvieron la doctora Friedemann y usted. No debo decirle nada más por ahora. Vaya al hotel y descanse. Mañana nos pondremos en contacto.

Hizo una pequeña pausa y, luego, como si recordara algo que había dejado pendiente, dijo:

—Ah... si llama la doctora Friedemann, le pasaremos la comunicación, no se preocupe.

No tenía reparos en descubrir que había espiado mi conversación con Susan y, no sé por qué extraño motivo, a mí tampoco me importó gran cosa.

Sophie seguía dormida, en la misma postura relajada y feliz. Me acerqué al lecho y contemplé maravillado aquel cuerpo inocente que permanecía en reposo absoluto. Era una placidez total. Nada se movía, ni un párpado, ni un milímetro de carne, de piel... Su hermoso rostro de ámbar parecía un resto inanimado al que le hubieran extirpado la vida. Me quedé contemplándola durante unos minutos, mientras el sol caía en vertical al otro lado de la ventana. Por un momento, el ruido descendió en intensidad, como si la ciudad entera se hubiera quedado sorprendida por la llegada de las primeras sombras. Y fue en ese mismo instante cuando Sophie abrió los párpados y lo que hasta entonces era una simple máscara sin vida se transformó en la expresión más luminosa que yo había visto jamás. Durante un momento, mientras cruzaba la frontera del sueño, Sophie se hizo transparente, mágica, inalcanzable... Luego se incorporó y reparó en mí. Sentí que esa sola mirada bastaba para dar sentido a mi vida. Pasaron unos segundos. Sophie se desperezó lentamente. Sus ojos sonreían con malicia, acaso recordando lo que había pasado unas horas antes. Yo también lo recordaba, gesto por gesto, cada beso, cada susurro, cada rumor...

Pedimos que nos sirvieran la cena en mi habitación. Un camarero nos subió vegetales con judías y yogur, un kebab delicioso y una botella de vino del país que resultaba bastante aceptable. Sophie parecía de excelente humor. Se cambió de ropa y se puso una especie de vestido largo, informal. Su cabello negro y sus ojos profundos le daban un aire oriental que, mezclado con el suave refinamiento francés, hacían de ella una mujer fascinante. Después de cenar abrimos la pequeña ventana. No hacía calor, el aire llegaba del Nilo fresco y tonificante, como una caricia después de los calurosos días de agosto. Recuerdo que en esos instantes todo era perfecto, equilibrado y sensual. No sentía ninguna turbación, ningún deseo destructor, ninguna urgencia por acostarme con ella y, sin embargo, mi cuerpo entero estaba invadido por una corriente cálida que dotaba a cada uno de mis miembros de un deseo tenaz, imposible de evitar, y que lo hacía todo mucho más real y duradero. No era un placer difícil, como con Susan, no había el más mínimo vestigio de tristeza o de rencor en nuestra relación. Incluso, en unos momentos como aquellos, tan duros y lamentables para ella, Sophie conseguía hacerme sentir alegre y de buen humor. Pero no sé por qué me empeñaba en compararlas. Era absurdo. Pensé

que tenía en mis manos la posibilidad de vivir una historia sin dramatismos, sin dependencias absurdas, y Susan no tenía por qué interferir en mis sentimientos. Pero en ese momento sonó el teléfono e, inmediatamente, supe que era ella.

Nuín había cumplido su palabra.

—¿Julián? —Oí su voz y una profunda molestia me invadió por completo.

No quería hablar más allá de lo que fuera preciso.

—¿Has visto el libro? —pregunté.

Sophie se acercó y rodeó mis hombros con sus brazos.

—Sí —dijo Susan al otro lado—. Lo he visto. No hay sello y nunca ha podido haberlo. He comprobado las huellas de posibles raspaduras en el pergamino. Imposible. Te has equivocado. Bernard está de acuerdo conmigo.

Así pues, se lo había contado. No me gustó, pero entonces aún no habían sucedido los acontecimientos que poco más tarde iban a sumir nuestra misión en el más absoluto caos.

—Eso no es posible —dije convencido.

Sophie, muy cerca de mí, me miraba con sus maravillosos ojos negros en los que brillaba la curiosidad.

—¿Y el párrafo final?

—No hay nada, nada de nada.

Pensé que era una situación diabólica. No lo podía creer.

—Entonces no puede tratarse del mismo libro que yo vi —respondí con dureza.

Susan empezó a perder la paciencia.

—Mira, Julián —añadió muy lentamente—, si no me crees puedes venir tú mismo a comprobarlo. Por cierto, no creo que debas permanecer más tiempo en El Cairo. Aquí tenemos mucho trabajo pendiente y los manuscritos saldrán de Kiffa dentro de muy poco. Galata está con su hija, ¿no?

Miré a Sophie. Ella se puso en pie y se alejó hacia la ventana.

—Sí —dije con fastidio—, efectivamente, así es.

Sophie se había apoyado contra el marco de la ventana y miraba las estrellas. La luz de la luna la iluminó de un modo extraordinariamente hermoso. Parecía ausente, transportada. Al verla allí, con el cielo añil al fondo, pensé otra vez que no era de carne y hueso, que estaba contemplando una aparición.

—¿Entonces...? —preguntó Susan—. ¿Qué te impide regresar?

Dudé. Lo que me impedía regresar era precisamente esa mujer de apariencia fantasmal. Me sentía totalmente cautivado por ella. Pero eso no podía decírselo a Susan. Realmente no podía confesármelo a mí mismo, al menos con esa crudeza. Es ahora, cuando contemplo los extraños

sucesos de Kiffa, cuando puedo hablar de mis verdaderos motivos, cuando la vergüenza me invade y me siento culpable de tantas cosas.

—Tengo que ver a Nuín —argumenté—. Hay ciertas novedades.

—¿Qué novedades?

Sophie parecía pendiente de mis palabras.

—No puedo explicarte nada de momento. Pero, por favor, créeme cuando te digo que ha pasado algo con ese libro.

Susan pareció dudar.

—Está bien —dijo con evidente mal humor—. Esperaré a que regreses.

Colgué por fin. Había sido una conversación difícil y no me sentía a gusto conmigo mismo.

—¿Pasa algo con los pergaminos? —preguntó Sophie con voz grave y somnolienta, como si despertara de un sueño.

No quería hablar con ella de ese asunto. Me acerqué a la mesa y serví un poco de vino en nuestras copas.

—Nada importante —respondí—. Disparidad de criterios, eso es todo.

A la mañana siguiente fui de nuevo a la jefatura. No creía que Nuín fuera capaz de resolver el misterio de nuestro secuestro con demasiada rapidez y, en cualquier caso, creo que estaba utilizando todo aquello como disculpa para quedarme en El Cairo unos días más. Es curioso, apenas puedo creer que en aquellos años, cuando no era precisamente un muchacho, me comportara de forma tan irresponsable e ingenua. Afortunadamente nadie, excepto quizá Nuín, sospechaba que yo estaba enredado en una aventura amorosa con la hija de uno de mis colegas y que eso había llegado a importarme más que la excepcional herencia encontrada bajo los muros de Kiffa. Inconscientemente albergaba la esperanza de que los pergaminos fueran a estar siempre a nuestro alcance. No sabía que muy pronto todo se iba a disparar como un muelle colocado en el interior de un cofre sorpresa.

Nuín me estaba esperando. En sus despacho había un hombre de aspecto occidental que el gordo me presentó de forma ambigua, dando a entender que se trataba de un miembro del servicio secreto egipcio. Su nombre era Hasan Ashad. Pocos meses más tarde, en octubre, estallaría la cuarta guerra árabe-israelí, en la que Egipto iba a tener un papel importante y el nombre del coronel Ashad pasaría a ocupar las primeras páginas de los periódicos del mundo entero. La negociación de los tratados de paz posteriores a aquella guerra haría que, poco a poco, el nuevo país gobernado por Anuar el Sadat se inclinara hacia el costado de Occidente y aceptara la intervención de Estado Unidos en los acuerdos de Camp David, lo que ocasionó su expulsión de la Liga Árabe. Ashad sería uno de los artífices de esos acuerdos. Pero entonces no sabíamos que esa guerra se estaba preparando. No éramos más que un equipo de investigadores extranjeros, ajenos a los sucesos políticos, y nunca se nos habría ocurrido pensar que podríamos vernos involucrados en asuntos de otra índole que la estrictamente científica.

Por eso, cuando conocí a Ashad no pensé que su interés por nuestro caso tuviera otra explicación que las dificultades diplomáticas que podría ocasionar a las autoridades egipcias, por cuanto ambos, tanto Susan Friedemann como yo mismo, formábamos parte de una delegación de la Unesco y estábamos en Kiffa por expresa invitación de su gobierno. Era evidente que no les interesaban las complicaciones, mucho menos si pensamos en el envenenamiento de Galata, que hacía planear la muerte sobre nuestras cabezas de una forma totalmente inconveniente.

Sí, resultaba fácil pensar que la culpa de todo la tenía el azar... Aunque pronto podría darme

cuenta de que ningún acontecimiento es casual y que los hombres tuercen con sus propias manos el cauce del destino. Pero entonces ya no me sería posible seguir en Egipto.

Ashad permaneció en silencio durante la mayor parte de la reunión, un tanto hosco, mientras Jayrí Nuín explicaba lentamente, con su habitual tono ampuloso, los grandes rasgos de nuestra peripecia. Cuando Nuín terminó su exposición, Ashad se dirigió a mí:

—Ustedes no entraron en El Cairo por la carretera que viene de Alejandría —dijo con una seguridad que me sorprendió—. Tuvieron que venir por la de Shibin el Kom, que sale de Tanta. Atravesaron la presa de Qanater al-Jayriya después de haber dejado atrás el transbordador. Casi con toda seguridad estuvieron escondidos en una pequeña aldea abandonada que se llama Al Jafh.

Nuín asentía obsequioso con la cabeza.

—Es un lugar utilizado por los contrabandistas —me explicó—. Nos dan muchos problemas, se esconden entre los brazos del Nilo y navegan por él como las serpientes, en silencio, sin que nadie pueda verles. Es difícil dar con ellos —añadió pesaroso.

Ashad hizo un gesto con la cabeza y el jefe de la Policía se calló de inmediato. Su aspecto era tan manso que me conmovió.

—Quiero que vaya con uno de mis hombres a ese lugar —ordenó Ashad—. Tiene que identificar la casa.

No podía decir que no y, la verdad, tampoco lo deseaba. Empezaba a creer que todo aquello iba en serio.

El hombre que Ashad me había destinado como acompañante era un egipcio nervioso, que fumaba constantemente unos gruesos cigarrillos turcos sin filtro y que desprendía un olor rancio difícil de determinar. Se llamaba Kamal Kamil y poseía una extraña erudición sobre la historia medieval egipcia, así como un deseo insaciable de agrandar que me resultaba realmente asfixiante. Durante el viaje me obsequió con un parloteo continuo en el que yo me perdía constantemente y cuya finalidad parecía más bien un truco para impedir cualquier otro tipo de reflexión.

—¿Ha visitado su excelencia las pirámides de Giza? Es un lugar hermoso, impresionante, no pierda la ocasión. ¿Y El Cairo? ¿Conoce bien El Cairo? Ah... Nuestra ciudad es una joya, el sueño de un ladrón de diamantes. No hay otra ciudad en el mundo como El Cairo. La mezquita Al Azhar, el palacio Manyal, la madraza del Sultán Hasan... Y nuestros barrios... Misr al Qadima, Khan el Khalili... Tesoros del pasado, cuando Egipto era un cruce de culturas, la puerta de Oriente... ¿Ha visto el mercado de camellos de Souq el Gamal? Ah... Es un bonito espectáculo, lleno de color, los camellos llegan de todas partes, de Jartum, de Asmara, de Borkou... Hermosos animales los camellos, ¿no cree?

A medida que avanzábamos por la Corniche, bordeando el Nilo, mientras la isla de Gezira se

desprendía hacia el sur, Kamal Kamil fue centrando su discurso hacia un único tema, que entonces me pareció inocente y que ahora, después de tanto tiempo, entiendo en su justa dimensión.

—¡Ah...! ¡El Cairo...! No encontrará otro lugar más hermoso en el mundo entero. Aunque ya sabrá usted que ese nombre se lo pusieron los italianos, para nosotros El Cairo se llama Misr. Así reconocemos cada una de sus partes y por eso tenemos un hermoso y antiguo barrio llamado Misr al Qadima, que debe usted visitar sin falta. Ahí están el Museo Copto con sus maravillosos códices de Nag Hamadi, le gustaría verlos, estoy seguro, son del siglo IV según tengo entendido, y recogen muchos puntos de vista, porque Egipto ha sido siempre cuna de diferentes culturas, no sólo árabes, sino judías y cristianas también. Pero voy a explicarle algo sobre el nombre de El Cairo. Procede de Al Qahira, como usted ya se habrá dado cuenta. Su excelencia es un experto arabista según tengo entendido, sabrá entonces que Al Qahira quiere decir la Victoriosa. Pero quizá ignore cómo se fundó la ciudad. Es una hermosa historia que deberían saber todos cuantos visitan El Cairo. Verá, efendi, sucedió hace mucho tiempo, cuando los fatimíes conquistaron estas tierras que ahora pisamos usted y yo. Fue una larga empresa llena de dificultades, pero gracias a esa conquista empezó todo. Ya sabe, es nuestra memoria lo que nos ha hecho ser lo que somos. Estos fatimíes, que entraron en Egipto procedentes de Túnez, se creían descendientes de Fátima, la hija del Profeta. Consideraban, por tanto, a los califas abbasíes como usurpadores y, aunque eran shiítas como ellos, se oponían a su califato. En su ánimo estaba derrocarles y Egipto era el mejor camino para llegar a Bagdad. Así pues, cuando los ejércitos mandados por El Moezz desde Berbería alcanzaron las orillas del Nilo quisieron celebrar su buena fortuna construyendo una ciudad musulmana para que también aquí se rindiera culto a Alá. Dicen que mandaba las tropas un esclavo occidental que había sido liberado por El Moezz y que le profesaba una devoción fuera de toda lógica. Le llamaban Djauhar y fue él quien decidió construir la que sería, según sus propios deseos, la más hermosa ciudad de África. Los fatimíes eran grandes amantes de las estrellas, leían en el firmamento y les gustaba rodearse de sabios y astrónomos que les ayudaran en las tareas de gobierno. Djauhar tenía que construir la nueva ciudad en el momento que indicaran los astros como el más propicio. Para ello, ordenó colocar unas campanas en el lugar donde debía alzarse y cuando esas campanas sonaran por primera vez, se consideraría llegado el momento de iniciar la construcción. Pero dicen que un halcón se posó sobre ellas y las hizo sonar antes de tiempo, cuando Marte, El Al-Qahir, dominaba el firmamento. Así, la nueva ciudad nació bajo el signo de la guerra, del conflicto, y se llamó Al Qahira. Debo decirle que fue construida en un tiempo récord. La gran mezquita Al Azhar, se terminó en dos años y muy pronto contó con su propia universidad, donde se concentraban los sabios más importantes de la época y donde más de

cien juristas pronunciaron conferencias durante el reinado de El Moezz. El Cairo ha sido siempre cuna de la sabiduría. Y del comercio también. Al fin y al cabo, ¿qué mayor dicha para un musulmán que la de poder crear un imperio próspero, donde todos tengan sus necesidades cubiertas y donde no exista la pobreza? ¿No está de acuerdo conmigo? Los hombres deben ser libres y felices para que la humanidad prospere. Afortunadamente, nuestro presidente cree en la libertad y en la independencia. Tenemos un gran futuro por delante.

Habíamos llegado a la zona más pobre de El Cairo, los suburbios que rodean el norte, donde las casas apenas se distinguen de los cascotes y basuras amontonadas por todos lados y donde el Nilo suelta un olor pestilente que invade con dureza el aire. Kamal Kamil miró todo aquello con indiferencia y luego, como si el paisaje fuera un accidente, un error, continuó:

—En fin, aquellos eran otros tiempos. Por cierto, ¿la doctora Friedemann forma parte de su expedición? Ah... maravillosa mujer... Dura como un tigre, pero bella como una gacela. Sí, le admiro, efendi, usted goza de su compañía en el trabajo, eso sin duda alegrará sus días y hará más grata su estancia en nuestro país. Yo conocí a la doctora Friedemann cuando estuvo en Egipto hace dos años. Tuve el honor de ser su acompañante en El Cairo. Por cierto, la doctora Friedemann investigaba en esa ocasión las huellas de un califa fatimí, el tercero, el que los cronistas llaman Al Hakim, el Loco. Estuvimos en la mezquita Al Azhar y en la vieja universidad y le puedo asegurar que nunca antes había visto a nadie trabajar con tanto empeño como a ella. Creo que buscaba un símbolo mágico, el que confería extraños poderes a Al Hakim. ¿Sabía usted que este califa se creía divino, como nuestros faraones, y que aseguraba ser el único conocedor de una ciencia secreta capaz de hacerle conquistar, a él y a los suyos, la vida eterna? Había una organización llamada Huwa que se reunía en El Cairo bajo la protección de Al Hakim y que extendía sus redes por todo el mundo árabe. La doctora Friedemann seguía su pista... Pero luego se marchó al Líbano y ya no supe más de ella. ¿Querrá transmitirle mis respetos cuando la vuelva a ver? Una gran mujer, sí señor, una gran mujer...

Kamal Kamil se detuvo pensativo y encendió uno de sus apuestos cigarrillos turcos. Estábamos a la altura de la presa y yo empezaba a reconocer el paisaje. El Nilo se abría en dos gigantescos brazos.

—Canoptic y Dumyat, las dos corrientes —dijo mi acompañante.

En el río había cuatro o cinco falucas llenas de turistas. La ribera estaba llena de grupos en torno a lo que parecía una excursión campestre. Kamil mandó detener el coche.

—Es viernes, día de fiesta. Bien... El Cairo sigue siendo una ciudad islámica, ¿verdad?

Luego me miró con sus pequeños ojos de rata y propuso:

—¿Desea descansar, efendi? Hay bellos parajes llenos de sombra junto al Nilo. Nadie nos molestará.

—No, es mejor que no —contesté—. Querría regresar lo antes posible.

—Bien, Al Jafh no está lejos.

Continuamos la marcha. Dos o tres horas después, sin que yo tuviera que hacer una sola indicación, el coche atravesaba el portón y se detenía en el patio de la casa en la que Susan y yo habíamos estado prisioneros. Sentí una sensación extraña, como de alejamiento. Habían pasado tan sólo unos días y, sin embargo, a mí me parecía que había transcurrido una eternidad.

—¿Reconoce el lugar?

—Sí, es la casa.

—Bien... Bien... Veamos entonces el interior.

Pasamos a una habitación grande, vacía, donde sólo había una mesa, dos sillas bajas y un hogar primitivo en el que quedaban restos de ceniza. Al fondo, contra la pared, se veía un pasillo angosto, de paredes encaladas, que tenía forma de ele. Varias habitaciones con colchones en el suelo y restos de una ocupación provisional era todo lo que pudimos encontrar. Al final del pasillo, cerca de la entrada lateral del patio, estaba el cuarto donde Susan y yo habíamos sufrido la incertidumbre del encierro. Me pareció minúsculo. El rudimentario retrete seguía allí.

—Un detalle cuidadoso —observó Kamil con su desagradable sonrisa de dientes amarillos por la nicotina—. Muy apropiado, sí señor...

Kamal Kamil y el chófer revisaron escrupulosamente el cuarto y el resto de las habitaciones. Yo me quedé en el patio de atrás, junto a lo que parecía un corral abandonado. El sol empezaba a descender por el oeste. Pensé en El Cairo y en Sophie, y sentí deseos de regresar inmediatamente. Pero entonces sucedió algo, insignificante en apariencia, pero que a mí me llenó de malestar. Entré en la casa. En una de las habitaciones estaba Kamil, mirando con asombro un trozo de tela que sostenía con las dos manos. Parecía una pequeña bandera, algo así como una enseña. Me lo mostró.

—Podría ser un puñal, ¿no cree?

Sobre un fondo bordado con hilos de oro había una sola figura. Efectivamente, a simple vista podía parecer un puñal de hoja curva, pero yo sabía que se trataba de una letra, el alif, la primera del alifato árabe, que una vez decorada puede parecerse a una daga. Pero lo más escalofriante era que, entre aquel trapo bordado y el sello del libro de Avempace, había una similitud que no podía ser casual.

Kamal Kamil me miró atentamente, con sus diminutos ojos escrutadores fijos en mi reacción.

—¿Lo ha visto antes?

—No estoy seguro —dije tratando de escabullirme.

Pero Kamil había observado mi confusión y estaba en guardia.

—Bien... Bien... Creo que es hora de volver a nuestras ocupaciones. Después de un bonito día de excursión, podremos entrevistarnos con el coronel Ashad. Creo que encontrará interesante este asunto de la bandera.

El regreso estuvo marcado por la tensión, a pesar de que Kamil continuó con su parloteo habitual. Pero ninguno de los dos, él tampoco, parecía prestar demasiada atención a lo que decía.

Llegamos al despacho de Jayrí Nuín cuando el sol ya se había puesto. Nuín estaba sentado detrás de su mesa, entre papeles amarillentos. Tenía ante sí un gran plato de macarrones, arroz y lentejas, y una gran jarra de té que temblaba cada vez que él se movía.

—¡Ah! Me alegro de verle, señor Mestre. ¿Hicieron buen viaje? Al Jafh era el sitio, ¿no es eso?

Miró a Kamil, que hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Querrá comer, sin duda. Pediré que le sirvan un plato de este delicioso koshari.

Salieron los dos, Kamil y Jayrí Nuín, y yo me quedé sentado en un diván que había junto a la pared. Desde luego, lo último que me apetecía era cenar con Nuín en su despacho, no tenía la más mínima intención de hacerlo, pero había algo que me iba a impedir marchar. Ese algo se llamaba Ashad.

Después de unos minutos entró él solo, sin acólitos. Su rostro duro y hermético dejaba entrever cierta hostilidad mal disimulada, pero sus palabras fueron corteses en todo momento.

—Pronto le traerán su cena —dijo mientras me estrechaba la mano—. Pero he querido hablar de inmediato con usted. El señor Kamil me ha contado que identificó la casa y me ha enseñado el emblema que encontraron en Al Jafh. Dígame, ¿ese signo le dice algo?

—No creo que sea importante —respondí.

—Se equivoca. Lo es y mucho. En esa zona hemos detenido a varios miembros de un grupo clandestino que puede poner en peligro la seguridad de Egipto. Su emblema es esa bandera, precisamente.

—Eso es absurdo.

—Deje que yo me ocupe de decidir lo que es absurdo y lo que no. Usted límitese a contarme lo que sabe de este asunto.

—Pero son cosas que no pueden guardar ninguna relación. No tienen nada que ver.

—Usted, profesor Mestre, informó a la doctora Friedemann de la desaparición de un sello en un manuscrito árabe. Uno de los que fueron hallados en Kiffa. ¿Cómo era ese sello?

Estaba cansado, hambriento, y realmente no tenía ningún motivo por el que ocultar lo que sabía.

—Está bien —dije al fin—, era un sello hecho en tinta de oro, con una letra alif decorada que, sí, resultaba muy parecida a la que encontramos en Al Jafh. Yo diría que eran idénticas. Estaba estampada junto a la basmala de un libro.

—¿Qué libro?

—El Libro de la luz en las sombras, del filósofo español Avempace. Pero era un auténtico

ejemplar del siglo XII, estoy seguro de ello, no se trataba de ninguna falsificación. Era un manuscrito hecho en pergamino, fechado y firmado por el copista. Por eso no puede tener relación con nada que esté sucediendo ahora en su país. No es posible que exista la más mínima vinculación.

Durante unos minutos, Ashad permaneció en silencio.

—Quiero ver ese libro —dijo poniéndose en pie.

—Un momento... Me temo que eso no será posible. La doctora Friedemann asegura que el libro está en perfectas condiciones, pero el sello ha desaparecido.

Ashad lo tenía que saber, sin duda. Nuín se lo habría dicho, después de escuchar la conversación telefónica. A pesar de todo, fingió un asombro que me confundió por un segundo y después aumentó mi desconfianza en él.

—¿Desaparecido? ¿Cómo desaparecido?

—Sí, yo tampoco lo entiendo. No lo han borrado. Simplemente se ha desvanecido.

Me miró como si yo estuviera loco. Igual que Susan, igual que Nuín cuando le contamos lo del secuestro, igual que lo iban a hacer todos a partir de entonces.

Ashad se paseó por la habitación evidentemente agitado. En ese momento llamaron a la puerta y entró Kamil. Sus dientes amarillos estaban cubiertos de restos de comida. Sonriendo, como siempre, inclinó la cabeza a modo de saludo o en actitud de súplica y murmuró algo al oído de Ashad, que rápidamente ordenó:

—Prepárese, doctor Mestre. Salimos ahora mismo para Kiffa.

No había podido ver a Sophie, pero cuando salíamos de la jefatura me crucé con Nuín. Se acercó a mí y, casi en un susurro, me deslizó al oído una frase que me tranquilizó:

—Deje a la chica y al señor Galata a mi cuidado. Nosotros nos ocuparemos de ellos.

En Kiffa las cosas no parecían haber sufrido ningún cambio. Susan, Duchamp y Santori trabajaban en el pabellón y no disimularon su sorpresa al verme llegar con el coronel Ashad y con Kamil. Era media mañana. Durante toda la noche habíamos viajado en silencio por el camino de la costa hasta Matruh y luego atravesamos la meseta de Libia hasta llegar a las puertas del desierto, donde se encontraban las excavaciones.

Ashad fue directamente al grano. Nos reunió en torno a una de las mesas y pidió a Susan que sacara el libro de Avempace. Susan me miró con sus azules ojos acerados y noté que estaba furiosa.

—Quiero que cada uno de ustedes examine este libro y me dé su opinión —dijo Ashad.

Mientras Susan y Duchamp lo hacían, Santori preguntó en voz baja:

—¿Qué lío has organizado esta vez, Mestre? Mientras andabas emboscado en El Cairo aquí han pasado cosas... Por cierto, creo que tu querida doctora Friedemann te ha sustituido por el francés.

Habría querido partirle la cara. Pero como tantas otras veces ignoré sus comentarios sarcásticos, y presté atención a lo que ocurría dentro del pabellón.

—No encuentro nada extraño —dijo Susan después de su examen—. Ya se lo dije al doctor Mestre.

Me miraba como si entre nosotros no hubiera nada más que una simple relación profesional. Duchamp, por su parte, fue más explícito.

—Este es un ejemplar, aparentemente inédito, de una obra de Avempace que no se conocía hasta hoy. Es un tratado esotérico que debió de escribir en los últimos años de su vida. Según mis datos, cuando vivía en Fez, Avempace perteneció a una especie de secta, los contempladores, que aprovecharon sus conocimientos y los de otros prestigiosos sabios como él para elaborar una singular doctrina que se inspiraba en la cábala judía y en toda la tradición alquímica. Algunos cronistas dicen que Avempace murió al comer una berenjena envenenada en el transcurso de una de estas reuniones. Este libro tiene una gran importancia desde el punto

de vista histórico, pero, desde luego, no tiene nada que ver con la obra anterior del filósofo español. El profesor Mestre estará de acuerdo conmigo, supongo.

Duchamp había tenido más suerte que yo, más tiempo al menos, para estudiar el libro a fondo. No pude rebatir sus argumentos.

—¿Ha observado usted algún sello en el libro? —le preguntó Ashad.

—¿Sello? ¿De qué tipo?

—Una letra alif decorada —respondí sumamente irritado—. Estaba estampada sobre la basmala con tinta de oro.

—No, no hay nada de eso. Puede verlo usted mismo.

Abrió el libro y se lo entregó a Ashad, que le echó un rápido vistazo y me lo pasó a su vez.

—Estaba aquí, junto a la invocación.

Santori entonces se acercó y miró la página por encima de mi hombro.

—¿Una marca de pertenencia? —preguntó.

—Eso creo.

—Es curioso... Creo haber visto algo parecido alguna vez —añadió pensativo.

Yo sabía que en la sala no había nadie que creyera en mis palabras. No obstante, insistí.

—También ha desaparecido una advertencia que había en la última página. Estaba escrita en caracteres cúficos sin vocalizar —dije mientras pasaba las hojas—. La tinta era roja.

Ashad y los demás miraron con atención esa última página, pero tal como Susan me había dicho por teléfono, allí no había nada de lo que yo aseguraba haber visto.

No sabía qué decir. Todo lo que estaba ocurriendo era asombrosamente extraño. Busqué las notas que había tomado la primera noche de mi estancia en Kiffa y las cotejé con el libro. Había copiado la advertencia y había anotado todos los datos referentes a la encuadernación, así como algunas breves referencias a propósito del contenido que, si bien eran ambiguas y algo precipitadas, coincidían con el diagnóstico que Duchamp había hecho minutos antes. Pero observé algunos cambios que me parecieron extremadamente preocupantes. En primer lugar, este ejemplar surgido de la nada contenía un número de anotaciones al margen muy superior al que yo había visto con anterioridad. Casi todas ellas estaban escritas en árabe. Algunas páginas aparecían cruzadas por signos, letras y toda clase de fórmulas. La cita del Génesis, *Eritis sicut dii*, no estaba en su lugar. El rudimentario dibujo de un rombo con los cuatro puntos cardinales había desaparecido también. En su lugar, sobre el margen derecho, figuraba una breve anotación que decía: *Al Mu Alaqa*, que mentalmente traduje por las palabras «la suspendida». Leí el texto central para cerciorarme de que me encontraba ante la misma página:

Cuatro puertas la guardan. La del Norte, consagrada al que venció a la serpiente de fuego. La del Este, donde

fue hallado el Profeta y donde se cumple lo que dice el libro: de donde partisteis, allí habréis de volver. La del Oeste, que era la tercera fortaleza. Y la del Sur, donde el poder descansa en la sombra.

Idéntico, no cabía duda de que se trataba del mismo párrafo y, no obstante, había varias anotaciones más en árabe que yo no había visto antes. Repasé atentamente una de ellas, que hablaba de un cálamo engañoso, y traduje las siguientes palabras: «Lo que está escrito por el anverso y el reverso...». Comprobé nuevamente mis notas, por si la memoria me fallaba, y no vi nada parecido. Entonces, cerré el libro, agarré mis papeles como si fueran un arma con la que pudiera defenderme y se los tendí a Ashad.

El coronel miró las notas en silencio. Cuando llegó al párrafo de la última página, leyó en voz alta:

—«Todo lo que aquí se dice es tema de interés para los sabios, pero sólo a ellos puede importar y servir. Gran peligro encierra conocer aquello que no se sabe dominar. Así queda advertido todo aquel que lea este libro. Advertidos también quedan sus propietarios o quienes quieran copiarlo sin autorización.»

Observé que Susan me miraba con un extraño gesto, como si pensara que me había vuelto loco o que había inventado toda la historia.

—Bien, señores —dijo Ashad cuando hubo terminado—. No saldremos de esta habitación hasta que encontremos una solución razonable a este desagradable asunto. Espero sus opiniones.

Nos quedamos en silencio. Nuestra situación no parecía ser muy envidiable y yo notaba que tanto Susan como Duchamp me consideraban culpable de la confusión que reinaba por todas partes. Santori, sin embargo, se comportó de manera razonable y fue gracias a él que pudimos vislumbrar lo que sin duda había ocurrido.

—Es evidente que el profesor Mestre no miente —dijo con gran sorpresa por mi parte—, de eso estamos todos seguros. Entonces sólo caben dos hipótesis. La primera sería averiguar si alguien ha manipulado el libro.

—Imposible —objetó Susan—. Se han respetado escrupulosamente todas las normas de seguridad. Soy responsable de ello y puedo ofrecer todo tipo de garantías sobre la inviolabilidad de este recinto.

—Doctora Friedemann —dijo lentamente Santori—. Olvida que usted y el profesor Mestre estuvieron ausentes de Kiffa durante una semana. Hasta que vino Duchamp aquí estábamos Galata y yo solamente. Nadie puede garantizar que no haya sido posible una incursión clandestina en estas dependencias. Sin ir más lejos, la noche en la que ustedes dos fueron secuestrados, esa seguridad a la que se refiere no parecía ofrecer demasiadas garantías.

Susan pareció turbada.

—Pero eran militares —dijo—. Y estoy segura de que pertenecían al equipo de vigilancia de las excavaciones. De otro modo no pudieron entrar.

Ashad la miró con signos de evidente preocupación.

—Además —añadió Duchamp, dirigiéndose al coronel Ashad—, la doctora Friedemann y yo hemos considerado esa posibilidad después de que el profesor Mestre nos indicara sus temores. Podía haber ocurrido, es cierto, que se hubiera raspado el pergamino. Era una cosa que se hacía antiguamente, cuando el papel no se comercializaba y los libros eran difíciles de conseguir. Los poseedores de un pergamino podían borrar su contenido lijando la piel para utilizarla de nuevo. Así, por este absurdo sentido de la economía, se perdieron muchas obras importantes. Pero he examinado atentamente el manuscrito y no hay la más mínima huella de raspaduras o enmiendas.

—Bien —continuó Santori—. A pesar de todo, creo que no hay que perder de vista la posibilidad de que alguien accediera al recinto. Y cambiara un ejemplar por otro. Esa sería la segunda hipótesis: que hubiera dos libros iguales.

Duchamp hizo un gesto con ambas manos, como queriendo dar a entender que el italiano estaba fantaseando en exceso.

—Según mi opinión, eso es exactamente lo que pasó —continuó Santori sin inmutarse—. Alguien entró en el pabellón, se llevó el libro que Mestre había visto la primera noche y dejó este otro ejemplar. Seguramente es una copia, una réplica perfecta, en la que interesaba prescindir de esa advertencia que el coronel Ashad nos ha leído.

Calló durante un momento y nos observó con atención, como queriendo medir nuestras respectivas reacciones.

—... O de cualquier otra cosa que ahora mismo no podemos determinar.

Durante todo el tiempo que había transcurrido desde nuestra llegada al pabellón de los pergaminos, Kamil había permanecido en silencio, en un rincón, pero después de escuchar atentamente a Santori se acercó al coronel Ashad y murmuró algo en su oído.

—De acuerdo —dijo Ashad en voz alta—. Muéstreselo.

Kamil sacó la bandera que habíamos encontrado en Al Jafh.

—Quiero que lo observen atentamente —pidió el coronel— y después díganme, cada uno de ustedes, si ha visto anteriormente este emblema.

Santori y Duchamp negaron con la cabeza. Yo no dije nada, pues Ashad sabía que lo había identificado como la misma marca que aparecía en el sello de la basmala. Susan, por su parte, reaccionó de forma totalmente imprevisible. Se sobresaltó nada más verlo. Cogió la tela bordada en sus manos y exclamó con voz temblorosa:

—¡Es el sello secreto de Al Hakim!

A partir de este momento, las cosas se sucedieron con una rapidez vertiginosa. Ashad tomó la decisión de suspender las investigaciones y los pergaminos fueron llevados a El Cairo. Nuestro equipo perdió todas sus competencias en Kiffa. Susan y Duchamp se marcharon en cuanto Ashad puso punto final a nuestra colaboración. Recuerdo que fue una despedida fría y desagradable. Por un lado me alegré de que todo terminara. Pero había dos cosas que me preocupaban: la primera era Sophie, que se había quedado sola en El Cairo, y la otra era mi propio prestigio profesional. Susan, Duchamp y Santori me consideraban el causante del desastre y yo no sabía cómo demostrarles que tenía razón. Habría dado mi vida por poder hacerlo.

Al mismo tiempo, sin solución de continuidad, estalló una nueva guerra. Egipto lanzó sus tropas a través del canal de Suez. Los sirios atacaron los Altos del Golán. Durante varios días se suspendieron todos los vuelos internacionales y las autoridades egipcias nos aconsejaron abandonar el país por vía marítima. Santori y yo tuvimos que quedarnos en Kiffa, esperando un barco que salía del puerto de Matruh con destino a Génova. Hice varias llamadas al hotel donde se alojaba Sophie, pero me resultó imposible dar con ella. Estaba preocupado y llamé a Nuín. Tenía malas noticias.

—El señor Galata falleció anoche.

Sentí un dolor intenso, como si me arrancaran un miembro. Habría querido estar cerca de Sophie, tal como le había prometido, pero los acontecimientos se habían precipitado mucho más allá de donde era posible controlarlos.

—Señor Mestre —siguió diciendo Nuín con voz pesadosa—, le prometí que me ocuparía de ellos y por eso creo que es mi deber informarle de lo sucedido. He hecho todo cuanto estaba en mi mano, pero hay algo que debe usted saber: cuando el profesor Galata murió, intentamos ponernos en contacto con su hija y nos encontramos con la desagradable sorpresa de que la chica había abandonado el país un par de días antes. Pero aún hay algo más. Hemos hecho algunas averiguaciones...

Hizo una breve pausa y luego añadió con énfasis:

—La señorita que se alojaba en el hotel de la plaza Gazhi no era la hija de Hermois Galata.

No podía creerlo. Yo mismo la había localizado en la dirección que me dio Susan. Ella estaba en París y llegó a El Cairo procedente de Orly.

—No era su hija, ¿comprende?

Guardé silencio. No podía pensar.

—¿Quién era?

—No lo sabemos.

Recordé de pronto la escena del hospital, cuando ella se sentó junto a la cama de Hermois Galata y le cogió una mano. Galata repetía una y otra vez algo que ya entonces me pareció una negativa, y Sophie insistía con tono duro y apremiante. Aquella no era la conversación de un padre y una hija, era otra cosa que yo no acertaba a comprender, pero que me llenó de inquietud y me hizo sentir compasión por el pobre Galata. Me pregunté qué había pasado realmente, qué parte de la historia era real y qué parte una tremenda malinterpretación. El libro de Avempace tenía un sello y luego no, Galata tenía una hija que resultó ser una impostora... Un juego de apariciones, de artificios que poseían una extraña simetría, como si se tratara de un mundo poblado de espejos. Una daga, una letra... dos libros... dos mujeres. Alguien estaba tratando de jugar conmigo.

Santori sintió la muerte de Galata tanto o más que yo. Durante el viaje a Matruh, hablamos de él con tristeza y Santori me confesó que le conocía desde hacía más de veinte años. Habían trabajado juntos en muchas ocasiones y Santori se alojaba en su casa siempre que viajaba a París. Cuando le pregunté por su hija, se sorprendió y dijo:

—Galata no tenía hijos. Era viudo desde hace casi cuarenta años.

Mientras hablaba con Santori llegué a pensar que Sophie tenía algo que ver con los sucesos de Kiffa. En el monte Muqattam había hablado de la desaparición de unos pergaminos y me había mirado con ojos interrogadores, como queriendo descubrir si yo tenía alguna sospecha. Y luego se había echado en mis brazos fingiendo un dolor que era totalmente falso.

Llegamos a Matruh. Las noticias de la guerra eran alarmantes. Israel había iniciado la contraofensiva en la península del Sinaí y se había apoderado de Port Said. Cogimos el último barco cuando las tropas israelíes estaban a ochenta kilómetros de El Cairo. Durante la travesía Santori me proporcionó una información que, en el futuro, iba a serme de gran ayuda. Era de noche y estábamos acodados contra la barandilla de cubierta. Entre nosotros se había creado una nueva relación, menos crispada y algo más amistosa. Hablamos del manuscrito de Avempace y de la extraña coincidencia con el sello de Al Hakim que Susan había investigado en El Cairo dos años antes. Cuando conté lo del sello en presencia de Ashad, el italiano insinuó que había visto algo parecido. Le pregunté de qué se trataba.

—Una vez en el Líbano. Alguien trataba de venderme un ejemplar del Stromata de Clemente de Alejandría. Una copia sin ningún valor... pero llevaba un sello parecido a esa dichosa bandera. Dijeron que lo habían encontrado en un cementerio druso... Es curioso, sí... ¿No dijo Duchamp que los drusos son los seguidores de Al Hakim?

Me sorprendió que no hubiera dicho nada de aquello, pero en el fondo me alegré, porque las cosas ya se habían complicado bastante. Santori estaba de acuerdo conmigo. El maldito embrollo del libro de Avempace había acabado como el rosario de la aurora, pero al final, era la guerra con Israel la que había puesto fin a nuestra misión. Era mejor creerlo así, al menos para mí, pues me liberaba de una pesada culpa.

—Es curioso esto de las sectas musulmanas —dijo Santori, mientras el viento golpeaba furiosamente la cubierta—. Siempre me han sorprendido todas esas derivaciones entre sunitas, shiítas, drusos, duodecimanos, fatimíes... Para mí es un jeroglífico. Ya sabes que no soy arabista, mis conocimientos del islam no son muy amplios... ¿Quién era ese tal Al Hakim?

Durante los días posteriores a mi llegada, después de que Susan nos hablara del sello del califa, yo había tratado de recordar... Al Hakim... el tercer califa fatimí, que gobernó en Egipto desde finales del siglo X hasta principios del XI... una de las más extraordinarias figuras del mundo musulmán. Respondí a la pregunta de Santori con todo detalle:

—Un personaje fascinante y cruel que la historia no ha conseguido reivindicar nunca. En la más pura tradición shií, creía que el destino estaba marcado por las estrellas y desde su juventud sintió una fascinación enfermiza por todo lo referente a la astronomía. Al principio su intención era buena. Convirtió El Cairo en lugar de encuentro de los principales astrónomos del mundo. Intentó regular las aguas del Nilo para poner fin a los períodos de escasez que provocaban los desbordamientos o las sequías. Durante su reinado se calcularon las tablas astronómicas que llevan su nombre, las tablas hakimíes. Estaba tan fascinado por las estrellas que pasaba las noche contemplándolas desde una montaña cercana a El Cairo.

En ese momento recordé el monte Muqattam. Era el lugar por el que Al Hakim vagaba durante sus largas noches en vela. El mismo lugar en el que yo había abrazado a Sophie.

Santori vio que me quedaba en silencio y me invitó a seguir. Un poco turbado por ese repentino descubrimiento, continué:

—Parece que, en su intento de dominar las fuerzas de la naturaleza, cayó en prácticas de magia o alquimia y, finalmente, enloqueció de forma irreversible. Durante una de las sequías más persistentes, cuando las aguas del Nilo bajaron de nivel y el pueblo no tenía qué comer, Al Hakim decidió que las mujeres eran las causantes de la desgracia y dictó una serie de leyes prohibiéndoles salir de casa y tener posesiones propias. Su hermana trató de rebelarse contra estas medidas arbitrarias y se sucedieron una serie de intrigas que tenían como protagonistas destacados a la élite fatimí, a los judíos y a los cristianos coptos; unos apoyaban a la hermana del califa y otros pretendían defender sus mermados privilegios como fuera. El Cairo se convirtió en una ciudad gobernada por el caos. Si al principio Al Hakim había protegido a los astrónomos y a los matemáticos, a partir de ese momento medraron a su lado los fanáticos y los

codiciosos. Gentes sin ningún escrúpulo que le convencieron fácilmente de que su naturaleza era divina y proclamaron que el califa era la encarnación de Dios. Le obligaron a perseguir a judíos y cristianos. Al Hakim ejecutó a todos los que se oponían a su divina voluntad y sumió El Cairo en un río de sangre.

Santori hizo un gesto, como dando a entender que eso no le sorprendía en absoluto.

—La historia se ha hecho a base de continuos baños de sangre —dijo—. Sobre todo la del islam.

—Te equivocas. Los árabes son buenos soldados, pero mejores negociadores. Usan la espada con la misma frecuencia que el tratado. En El Cairo existía una larga tradición de tolerancia que habían establecido los califas anteriores y que Al Hakim traicionó. El Moezz tenía varios judíos en su corte y su hijo Aziz se casó con una cristiana. Judíos y cristianos ocupaban cargos de responsabilidad. Una convivencia parecida a la que tuvo lugar en España. Pues bien, Al Hakim rompió ese clima tolerante, primero dejando que los extremistas ismailíes proclamaran su divinidad, lo que le daba poderes casi absolutos, y luego con los decretos contra las mujeres que le enemistaron con su propia hermana y provocaron revueltas y desórdenes. Desapareció cuando paseaba en burro por las colinas Muqattam. Un final un poco ridículo para tanta grandeza, ¿no te parece? Dicen que fue su hermana la que ordenó su muerte.

El viento se calmó durante unos breves instantes. Santori echó un rápido vistazo al cielo.

—Un loco aficionado a la astronomía que se creía con poderes sobrenaturales. Curioso... muy curioso...

Se volvió de espaldas al mar. La luna iluminaba su cara y le hacía parecer algo fantasmal. Luego dijo, como si estuviera pensando en voz alta:

—Hay algo que... No sé... me parece que pueden existir conexiones entre el manuscrito y el califa Al Hakim. Es una simple suposición, absurda si quieres, pero quizá por ahí vayan los tiros. Duchamp dijo que en el libro de Avempace había elementos alquímicos. De eso sí entiendo, ya ves. Hace poco he traducido El libro de Ostasis, donde se explican las fórmulas para fabricar una pócima, llamada elixir vitae, que cura todas las enfermedades y que concede la vida eterna.

Soltó una carcajada. Luego volvió a mirar hacia el agua.

—De haberlo sabido antes, habría echado un vistazo a ese manuscrito.

Su voz parecía menos estridente. Por algún extraño motivo, lo que dijo a continuación me impresionó profundamente, aunque era una simple especulación y no tenía la más mínima posibilidad de resultar veraz.

—Imagina que pudo pasar lo siguiente —me propuso—: la hermana de Al Hakim, convencida de la locura del califa, pretende el poder. Las mujeres son infalibles cuando se ponen a manipular las ciencias ocultas y desde siempre se ha creído que son depositarias de terribles secretos. Zósimo, uno de los más importantes alquimistas, dice en el Zmouth que ciertos

ángeles revelaron a las mujeres los secretos de la naturaleza y que por ese motivo fueron expulsados del paraíso. Bien, pues supón que la hermana aprovechara la locura de Al Hakim y sus confusas aficiones científicas para hacerle creer que existía una forma de alcanzar el máximo poder y que de este modo tratará de quitárselo de en medio. ¿Motivos? Creo que tenía suficientes a simple vista. ¿Aliados? Los judíos y los cristianos que habían perdido toda influencia frente a los ismailíes protegidos de Al Hakim. ¿Relación con el sello y con el libro de Avempace? Bueno, Susan Friedemann dice que era el símbolo del califa. Si ella lo dice, seguro que es cierto, ya sabemos cómo es. Por otra parte, Duchamp fue muy explícito: el libro de Avempace era una especie de compendio, una enciclopedia hermética que combinaba saberes aparentemente irreconciliables entre sí. Por último, tú mismo dijiste que habías podido ver algo que te recordó la teosofía hebrea. Bueno, ahí tenemos la parte judía de la historia. Lo hemos encontrado en una iglesia cristiana. Y, por último, tenía un sello de pertenencia que se relaciona con un califa musulmán que vivió cien años antes. Aquí hay varios lobos disputándose la misma oveja, a lo que parece.

Santori olvidaba decir que nos habían secuestrado y que el servicio secreto egipcio perseguía a un grupo que usaba ese mismo emblema.

—Bueno, al fin y al cabo —resumió—, eso es la ciencia hermética: un conjunto de operaciones capaces de cambiar el aspecto visible de la materia. Seguro que el tal Al Hakim pretendía licuar el aire o dominar los cuatro elementos de Empédocles con alguna fórmula extraña que alguien le había vendido con engaños. Egipto ha sido siempre cuna de alquimistas, desde la época de los faraones. ¿Sabías que la propia Cleopatra era aficionada a estas artes?

Empezó a hacer frío, un frío húmedo que cruzaba la cubierta del barco y golpeaba el rostro con violencia, pero no me moví, deseaba saber qué conclusiones podía sacar el italiano de toda aquella disparatada explicación.

—¿Has pensado en la posibilidad de que el libro fuera un apócrifo?

Le miré sorprendido, sin entender una palabra.

—Sí, no te asombres, era frecuente. Los alquimistas ocultaban sus nombres, por las persecuciones y cosas así, ya sabes, y una obra apócrifa se atribuía a personajes célebres. Hay tratados de alquimia firmados por Raimundo Lulio o Alberto Magno, que por supuesto, nunca escribieron. Tu libro, mejor dicho, uno de los dos libros de Avempace, puede ser una de estas obras apócrifas. Dejemos creer que el otro sea el verdadero. Bien, hasta aquí ningún problema, si omitimos, claro está, una pequeña salvedad: hay un salto cronológico de más de cien años para que resulte verosímil... Pero, en fin, yo no dejaría caer en saco roto algunos de los temas sobre los que hemos especulado esta noche.

Habíamos llegado a un punto en el que las conjeturas y las suposiciones no tenían ningún valor. El manuscrito estaba fuera de nuestro alcance. En alguna parte de mi cerebro permanecía

insistente el recuerdo de Galata cuando le llevaba hacia El Cairo y allí, en el inconsciente, quedaban también las preguntas que entonces habría debido hacerle al viejo. Ahora era demasiado tarde. Galata había muerto sin que nadie, salvo su falsa hija, llegara a hablar con él.

—¿Qué te dice la palabra ouroboros? —pregunté de pronto, al recordar lo que sucedió cuando volábamos sobre la depresión de Qattara.

Santori sonrió.

—Ah... Ouroboros... el dragón que se muerde la cola... Es un símbolo alquímico. La sabiduría, la globalidad... La secreta relación entre todas y cada una de las cosas que existen... La primera vez que se vio fue en los papiros de Leiden, encontrados en Tebas, en la tumba de un sacerdote egipcio... Ouroboros... la gran obra que no tiene principio ni fin...

Nos dimos cuenta en ese instante. El libro de Avempace pretendía ser eso: la suma de todas las revelaciones, el compendio de todos los saberes. Algo imposible, interminable, sin principio ni fin. Ouroboros.

—En tu lugar, yo seguiría el rastro de ese libro —dijo Santori.

Le miré con asombro. Nuestras relaciones habían mejorado, pero aun así no confiaba totalmente en él.

—¿Cómo?

Dudó durante unos segundos y luego, como si temiera mi reacción, escribió algo en un papel.

—Es una dirección de Fez.

Cogí el papel sin demasiado interés. Santori me sujetó la mano durante unos segundos.

—Es el único que puede ayudarte. Un viejo coleccionista al que todos llaman Said, el Alfaquí.

Conocía ese nombre. Había oído hablar de él, pero siempre fuera de los círculos profesionales. Tenía la idea de que se trataba de un comerciante, porque me habían llegado rumores de ventas clandestinas y misteriosas desapariciones en las que Said aparecía implicado de forma confusa.

—Si el libro de Avempace está en el mercado, Said lo sabrá. Le conozco y te garantizo su absoluta discreción. Es un hombre honrado, puedes confiar en él.

Y así, mientras cruzaba el Mediterráneo rumbo a Génova, tomé la decisión de hacer cuanto estuviera en mi mano por resolver aquel misterio.

Viajé a Fez. Los datos que me había dado Santori sobre el viejo Alfaquí resultaron ser exactos. Vivía en una casa de la medina, en Fez el Balí.

Nuestra primera entrevista se produjo después de la puesta del sol y fue algo extraña. Acudí a la cita con cierto escepticismo y no poca desconfianza, pero poco tiempo después iba a sentirme allí como en mi propia casa.

El viejo me recibió en medio de un armonioso ceremonial de bienvenida y mandó preparar para mí una cena en la que no faltaba uno solo de los platos típicos marroquíes. Llevaba un taylasam, el turbante que usan los jurisperitos, y vestía con sencillez. En su mano había un anillo con una gema plana, de color granate, y de su cuello pendía un medallón de bronce con una frase escrita en árabe que no pude distinguir muy bien. Nada más cruzar el umbral, tuve la impresión de que el tiempo se había desvanecido y que las palabras cobraban un nuevo significado.

—El italiano ha dicho que sabes leer en los libros antiguos.

Le respondí que era cierto.

—Y que buscas la memoria de un andalusí del pasado, Ibn Bayya, el que los cristianos llaman Avempace.

El viejo escudriñó mi rostro con una mirada insistente. Estaba claro que intentaba saber cuáles eran mis intenciones. Sin una sola pregunta me sentí interrogado y, también sin una sola palabra, sentí que había respondido correctamente.

—Yo también nací en España —dijo después de este sigiloso examen. En su actitud había un claro deseo de mostrarse cercano, y la mejor manera de hacerlo era recordarme que compartíamos un mismo origen—. Mi nombre occidental es Juan; pero aquí soy Said, el Alfaquí.

Tomó un dátil y una nuez pelada, introdujo una en el otro y me lo ofreció de su propia mano. Me hizo sentir algo más cómodo, aunque sus viejos ojos seguían fijos en mí con una insistencia tenaz e intimidante.

—Alfaquí quiere decir hombre de leyes y, por extensión, hombre sabio. Un honor que no merezco, y que sólo llevo por la generosidad de los fesíes. Es una palabra antigua, que el mundo moderno con sus avances y adelantos ha desechado; pero a mí me gusta, porque me recuerda el tiempo de Al-Andalus, mi tierra, y me obliga a permanecer atento a todo lo que sucede. Un alfaquí ha de tener conocimiento y saber aplicarlo con justicia y prudencia, hay que

interpretar... Las leyes son imprecisas y el camino de la verdad permanece oculto entre la arena...

No sé por qué sus palabras me impresionaban y, al mismo tiempo, me dejaban sumido en una extraña calma parecida al sueño. Nunca antes me había sentido así ante nadie. Traté de resistir su hechizo y me esforcé por recordar lo que me había llevado a Fez. Le hablé del manuscrito. Durante toda la cena me sinceré sin reservas, contando lo que había sucedido en Kiffa y en El Cairo. Pensé en omitir la historia de Sophie, pero finalmente le expliqué el modo en el que yo, un hombre hecho y derecho, había caído en aquella burda trampa y le hablé incluso de mis relaciones con Susan. No sé por qué extraño motivo, Said me inspiraba una evidente sensación de confianza. Sabía escuchar. De vez en cuando me interrumpía, buscando una aclaración, tratando de recuperar el hilo que se perdía en los recovecos de mi narración, pero enseguida volvía a quedar en silencio, con el rostro sereno y los ojos atentos, mientras yo percibía que ninguna de mis palabras caía en el vacío. Así, confesé ante aquel extraño cada una de mis meteduras de pata, sin reservas, como si me hubieran inyectado el suero de la verdad. En poco más de una hora, Said estaba al cabo de todos los pormenores.

Cuando, cansado de hablar, puse fin a las explicaciones, Said juntó las manos delante de su rostro, pensativo. Le pregunté cuál era su opinión. Hizo un gesto con la mano, pidiendo paciencia, y dijo:

—Creo que tengo algo para ti. Pero antes quiero que escuches una historia. Yo también llegué a Fez en busca de un libro. No era más que un muchacho ignorante y feliz que seguía a su padre...

Se levantó de la mesa y, con un gesto, me ofreció asiento junto a la pared, en la banqueta tapizada que rodeaba el cuarto.

—Ponte cómodo. Sacarás mayor provecho de lo que voy a contarte.

Y así, de este modo, empezó a relatar la historia más increíble que alguien pudiera imaginar en pleno siglo XX.

Vine a Fez con mi padre. El inglés le había citado en una de las casas de la medina. Era el mes de Ramadán. A las siete, con la caída del sol, finalizaba el ayuno y las calles se quedaban desiertas. Cruzamos la puerta de Oriente y avanzamos entre los minúsculos talleres de los sastres. Todas las tiendas de Fez el Balí estaban cerradas. Los librereros, los perfumistas, los escribanos habían entornado las puertas y un silencio vacío y hueco hacía que nuestros pasos resonaran como los de un ejército en las estrechas callejuelas sin vida. Mi padre caminaba deprisa y yo notaba en su actitud un estado de ansiedad poco común. Atravesamos la aljama y llegamos al callejón de los curtidores, donde el olor era insoportable. Un burro cargado con alforjas de hierbabuena permanecía atado junto al portón. Poco después de llegar a Bab Samarín, al doblar una esquina, oímos las primeras voces. Venían del interior de una de las casas. Lentamente, el silencio se había tornado turbio rumor de acequias y cloacas. Entramos en el harat de los andaluces. Había fachadas decoradas con azulejos, como en España, y zócalos esmaltados que parecían de cobre. Las ventanas eran pequeñas, pero a través de sus puertas entreabiertas podían verse algunos patios repletos de plantas.

El inglés nos estaba esperando. Nos hizo pasar al interior de una sala rectangular y nos sentamos sobre una alfombra que cubría casi todo el suelo. No había muebles, sólo una mesa de bronce con patas de madera y una pequeña lámpara.

Un muchacho nos trajo el té y pastelillos de almendra cubiertos de miel. Después de servirnos se quedó de pie, cerca de la puerta. Mi padre le miró con desconfianza. Al darse cuenta el inglés hizo un gesto con la mano y el muchacho se acercó al instante con dos pequeñas pipas de hachís. Mi padre rechazó la suya. El inglés se encogió de hombros.

—No temas —dijo refiriéndose al muchacho—. Sabrá tener la boca cerrada.

Luego encendió su chilum y aspiró el humo un par de veces. No parecía tener ninguna prisa.

—Ahmed lleva sangre española. Sus antepasados vinieron a Fez cuando se rindió Granada y desde entonces guardan la llave de su antigua casa en el Albaicín, la guardan de generación en generación, por si un día el islam vuelve a conquistar los territorios perdidos.

Mi padre dominaba a duras penas su inquietud. Cuando el inglés acabó de fumar, preguntó con un hilo de voz:

—¿Puedo verlo?

Nuestro anfitrión sonrió, hizo un nuevo gesto y el muchacho se puso en pie, salió de la

habitación y regresó a los pocos minutos con un pequeño bulto cubierto por una tela de rayas.

Lo puso sobre la mesa. El inglés cogió el paquete, lo destapó y sacó de su interior algo que parecía un códice.

—Siglo XVI, sin lugar a dudas —dijo contemplando con orgullo la mercancía—. Encuadernación en pasta española con adornos dorados en tapas y cejas. Un espléndido trabajo.

Mi padre lo tomó en sus manos. Lo abrió con mucha precaución y pasó lentamente las hojas. El libro estaba escrito en árabe. Pude ver los inconfundibles caracteres de la escritura cordobesa: letra redonda y curvas abiertas. Ciertas páginas tenían anotaciones al margen, algunas en latín. Mi padre se detuvo en una de ellas. Luego sacó un cuaderno negro que llevaba siempre consigo, consultó sus notas, y después lo cerró con una sonrisa de triunfo en los labios.

Pagó lo que el inglés pedía y luego me llevó a través de la medina hasta la casa donde vivía Yusuf, el notario. Nunca lo olvidaré, porque en esa casa vería por última vez a mi padre.

Las calles eran ahora un hervidero de gente. Había puestos de comida por todos lados. El rumor del agua subterránea se había convertido en un estrépito de voces y risas, y el desolado aspecto que horas antes mostraba Fez el Balí era, a la luz de la luna, un abigarrado zoco en el que se vendía cualquier cosa que uno pudiera imaginar. Llegamos al adarve en el que vivía Yusuf. Eran cuatro o cinco viviendas dispuestas alrededor de un patio común.

—He aquí de nuevo al rumí —dijo Yusuf cuando vio entrar a mi padre—. ¿Sigues buscando el tesoro de Boabdil?

Era un viejo de blanca barba, tocado por un turbante. Estaba casi ciego, pero presumía de conocer a sus clientes por el olor que, según él, explicaba sus intenciones mejor que cien palabras.

—Presiento que has dado con lo que buscabas —dijo mientras nos ofrecía asiento—. Las paredes de mi casa se impregnan con tu satisfacción.

Mi padre sonrió.

—Ahora puedo seguir adelante —dijo señalando el libro.

Yusuf sacudió la cabeza.

—He conocido a muchos como tú. Fez está llena de buscadores de tesoros. He visto, en mi juventud, hombres que lo dejaban todo para correr detrás de una leyenda, creyendo cualquier cosa que alguien les contara en un café. Todos eran estúpidos, soñadores, locos... El olor de sus cuerpos presagiaba su destino. He leído, cuando mis ojos todavía lo permitían, muchos libros que describen el lugar en el que Boabdil escondió sus riquezas. Pero han pasado cinco siglos y nadie ha dado con ellas. ¿Crees que tú serás diferente?

—Eres un hombre justo y sabio —respondió mi padre—. Sé que guardarás en secreto todo cuanto oigas de mis labios. Por eso quiero que conozcas la naturaleza de mi empresa y espero

contar con tu ayuda para que pueda llevar a cabo lo que ahora debo hacer. Este libro que tengo en las manos fue escrito hace muchos años, cuando Boabdil salió de Granada. Es un manuscrito aljamiado. Aunque su grafía es árabe, el contenido está escrito en la antigua lengua de mi país. Un árabe no puede descifrarlo. Un rumí tampoco. Es una especie de jeroglífico que hay que leer en voz alta para que tenga sentido. Y sólo puede hacerlo quien conozca ambas lenguas.

—¿Es un libro de magia? —preguntó el anciano.

Mi padre dudó un instante y luego respondió:

—En cierto modo. Lo que guarda en su interior despertará la codicia de los hombres y muchos querrán hacerse con él.

Yusuf hizo un gesto de escepticismo. Me di cuenta de que no creía en las palabras que acababa de oír. Mi padre también lo notó. Entonces, como obedeciendo a un impulso, sacó el libro que había comprado al inglés y leyó:

En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso, con su Perdón y su Favor, comienzo el relato de esta historia, en Mez de Marouan y en el año 900 de la hégira, después de que fuera rendida la ciudad de Granada y obligados a emigrar los muchos musulmanes que en ella habían morado durante siglos. Quede como testigo de unos tiempos mejores y sirva para explicar el modo por el que los hombres pueden conquistar un reino, con la Poderosa Ayuda de Alá, y cómo pueden perderlo también si sus ojos se apartan del Altísimo y su mente se ofusca con malas y perniciosas razones.

Así sucedió en el antiguo reino de Al-Andalus, Dios no quiera borrarlo de nuestra memoria, que desapareció con la conquista de nuestra querida y última ciudad: Granada. Ocho siglos de historia quedaron sepultados entre sus escombros por la debilidad de los que doblaron servilmente la cabeza ante el rey cristiano y no supieron defenderla con valentía. Alá les pedirá cuentas por ello, pues sólo Él conoce la justicia y sólo su Mano alberga el castigo o el perdón. Baste decir que fueron grandes los sufrimientos de nuestro pueblo y muchas las calamidades que los creyentes tuvieron de soportar. Cerradas las casas, liquidados los bienes, muertos muchos valerosos guerreros y desterrado a los territorios del este nuestro rey Boabdil, en la bendita ciudad de nuestros mayores no quedaron sino los viejos y los incapaces, los cobardes y los renegados. Mientras cientos de familias recorrían el camino de la costa, buscando acomodo en los distintos reinos del Magreb, los cristianos se instalaron en la Alhambra. Las calles y las plazas, los palacios y las alcazabas se abrieron a estos infieles como la esposa se entrega al marido, jurando obediencia y mansedumbre, acatando sus injustas prohibiciones que tenían un solo objetivo: destruir la memoria del pasado y deshacer para siempre la gloria y el honor de quienes un día moraron en el fértil y añorado territorio de Al-Andalus.

Y para que tal cosa no suceda, y por la obligación que de ello siento, como la sentiría cualquier musulmán respetuoso de la tradición, he decidido dejar por escrito la muy notable historia de unos libros de plomo que guardó mi familia durante largos años y que fueron depositados ante mi abuelo, Hassan ibn Ahmad, que quedó encargado de su custodia para que no cayeran en manos de quienes no pudieran entenderlos sabiamente. Esos libros permanecieron ocultos a toda mirada y, salvo yo mismo, por mis conocimientos de las lenguas antiguas, nadie más los pudo nunca interpretar. Cuando nos vimos obligados a emprender el exilio mi padre me mandó enterrar los libros de plomo en suelo andaluz, como así hice, en la cueva de Abenhasim, a espaldas de la sierra de Almijara, en un estrecho valle que baña el río de la Miel, lugar donde los puse a nueve pies del suelo, y allí estarán aún si nadie ha dado con ellos.

He de precisar, para que mi testimonio no dé lugar a confusión, que estos libros a los que me refiero no eran tales, sino cincuenta y seis láminas de plomo escritas con buril por ambas caras que cuentan la historia de Al-Siqlabí, el Eslavo, que navegó por las aguas del Ebro intentando alcanzar la ciudad de Zaragoza y que, después de ser derrotado en Tortosa, quedó en ellas como náufrago, morando en la desembocadura de sus aguas en medio de una total soledad. Están escritas por una persona culta, de gran conocimiento y sensibilidad, y de ellas se pueden obtener muchas enseñanzas sobre la condición humana. Si la historia que cuentan es cierta, tal como yo creo, no deberían perderse ni ocultarse por más tiempo. Ese, y no otro, es el motivo por el cual antes de morir emprendo el relato de lo que allí hube leído y me decido a desvelar el lugar donde se encuentran enterradas.

En este punto, mi padre hizo una pausa y me miró con una extraña sonrisa. Yo estaba absorto, perdido entre las palabras que flotaban por la habitación como si los personajes del libro hubieran escapado de sus páginas y fueran ellos, en realidad, los que nos contaban su propia historia. Nunca he vuelto a sentir nada parecido.

Yusuf también parecía conmovido. No dijo nada. No se movió. Sólo sus ojos mostraban un secreto brillo que delataba su emoción.

Después de unos instantes, mi padre añadió:

—Al-Siqlabí era un enviado de los abbasíes, que llegó a España en el siglo VIII, poco después de que Abderramán I se proclamara emir. Traía consigo diez naves, más de trescientos hombres y un gran tesoro en monedas de oro, cuyo destino era crear un gran ejército contra el omeya. Los libros de plomo están escritos de su puño y letra y, según el copista granadino, dicen así:

En el año 154 de la hégira salí del puerto de Al-Lídhíqiyah con diez naves. Traía orden de mi señor Abu Chafar al Mansur, sobre él la paz, de defender la causa abbasí en la Marca Superior del territorio que se nombra Al-Andalus, más allá de Berbería, lugar sobre el que marcharon Táriq ibn Ziyád y Musa ibn Nusayr, gobernador del Magreb, conquistándolo en su totalidad, hasta alcanzar el país de los francos, donde hay unos montes de gran altura que llaman Pireneos y son tan enormes que el ojo humano jamás vio cosa de tan gran tamaño, y es territorio donde nadie habita, tan sólo las bestias y los animales salvajes, y de todo ello se tiene noticia en Damasco y hasta en las muy santas ciudades de Medina, La Meca y Al-Quds.

Es Al-Andalus lugar bendito y resplandeciente y tiene una parte meridional que es próspera, con grandes vegas y ríos de abundantes aguas, y las noticias que de él tenemos son de antiguo conocidas, de cuando los navegantes la llamaban Tarsis, de tal modo que el propio Sulaymán, hijo de David, sobre ambos la paz, mandaba aquí sus barcos, que luego regresaban cargados de plata suficiente para construir un palacio, y también oro y otros metales preciosos que suponían gran riqueza y alegría.

Y más arriba de este antiguo y renombrado territorio se halla el lugar al que me enviaron, a escasas jornadas de los grandes montes cubiertos de polvo blanco, y es un término también próspero que cuenta con una grande cantidad de tierras y castillos en los que habitan musulmanes y cristianos, rindiendo estos últimos tributo a sus gobernadores, pues son gentes que temen a los vascones y a los francos que habitan en los valles de las grandes montañas. Y así, por esta causa, los cristianos se convierten al islam y son llamados muladíes, y salen al encuentro de los musulmanes en demanda de paz.

Y en estas tierras que forman la frontera de la Marca Superior hay una importante ciudad que se nombra

Saraqusta, a la que también llaman Albaida por el color blanco de sus murallas, y esta ciudad está situada en el principio del clima quinto y rodeada por vergeles y jardines de magnífico esplendor que alimentan sus cuatro ríos, y domina otras muchas villas y castillos, pues es una cora de grande tamaño, dividida en distritos, con tierras cultivadas por todas partes, y su dominio se agranda hasta la Marca Media situada más al sur y alcanza la Marca Oriental donde desemboca el gran río Ibro.

De todas estas cosas se tenía noticia en el reino abbasí y aun de las revueltas y luchas entre los árabes y los bereberes que vinieron con Táriq, y las pugnas de baladíes contra sirios, y de que los yemeníes ayudaron a aquellos, y de que qaysíes y kalbíes luchaban por el poder cuando se preparaba la llegada del último omeya, Abd al-Rhamán, Dios confunda su entendimiento y libre su perdición, pues su llegada a estas principales tierras de Al-Andalus sería cosa de terribles consecuencias para los califas abbasíes, y con toda esta pugna se temía que los omeyas lograran establecer su poder en estas tierras.

La frontera septentrional era de suma de importancia para Damasco y era grande la preocupación cuando se supo que la ciudad de Saraqusta había sido sitiada por las tropas de Amir al-Abdarí y del quraysí Al-Hubád al-Zuhrí y que estos entraron finalmente vencedores en Saraqusta durante el año 136 de la hégira, cuando el gobernador de Saraqusta, Al-Sumayl, dejó la misma, y de que luego fueron muertos, y de que los vascones se hallaban en rebeldía y amenazaban los territorios del norte aprovechándose de las luchas que ocurrían en la Marca Superior, y así, con grandes contratiempos y dificultades, pues por todas partes surgían pugnas y desacuerdos, se llegó al desembarco de Abd al-Rhamán en el sitio de Almuñécar y después de ello a su proclamación como emir de Al-Andalus, en el año 138.

Y acontece, después de todas estas contrariedades, la llegada del gran jefe franco Carlomagno a los territorios que con tanto valor habían conquistado los guerreros de Alá. Y este caíd cristiano, al amparo de su buen entendimiento en las artes de la guerra, forma sus ejércitos en la Galia Meridional y traba compromiso con algunos principales musulmanes que habían sufrido ataques de las tropas cordobesas para que le entreguen y rindan fortificaciones del río Ibro, y se sabe que Sulaymán ibn Yaqzán al-Arábí, señor que había sido de Barcelona, y al-Husayn ibn Yahyà al-Ansárí, regidor de Saraqusta y descendiente directo de uno de los compañeros del Profeta, sobre él la Paz Eterna, ambos enemigos del emir de Córdoba, por su cuenta y cuidado, acuerdan rendir la ciudad de Saraqusta a Carlomagno cuando la rebeldía de la Marca Superior es grande por todos sus distritos. Y es sabido que también por este tiempo Abd al-Rahmán, el Inmigrado, prepara una gran expedición contra los abbasíes para vengar a su stirpe y por esa causa se decide enviarme a las tierras del levante andalusí, con mis naves y trescientos cincuenta hombres bien pertrechados, pues es objetivo de mi señor que apoye las sublevaciones contra el omeya y así se reduzcan sus ejércitos y se diezme su poder en estas tierras y en todo el Occidente del mundo, y que los infieles no tomen provecho de nuestras disputas y los omeyas no puedan disponer de su capacidad bélica.

Y fue de este modo y no de otro como me embarqué y emprendí tamaño viaje, dispuesto a llegar a la propia medina de Saraqusta por el gran río Ibro, que dicen ancho como el mar y por el que pueden navegar muchas y grandes embarcaciones.

Nuestro viaje fue largo y sembrado de grandes fatigas. Bordeamos la primera de las islas occidentales y navegamos durante muchos días frente a las costas del país de los egipcios, hasta que vimos el golfo de Qábis y cruzamos el estrecho que separa Túnez de la gran isla y, evitando Berbería, siempre por mar, llegamos a la costa septentrional de Al-Andalus.

He de relatar ahora la parte más penosa de mi viaje, por cuanto debo dar fe de la singular batalla que sucedió y de las dificultades con las que topamos mis hombres y yo en este país donde los pies se hunden en el fango y las estrellas están ocultas durante la noche.

Nuestra primera ocupación fue penetrar en las aguas del río Ibro por la gola más meridional, y allí, al amparo de estas soledades, reponer fuerzas y reconocer el terreno por el que habíamos de seguir adelante. Y vimos que

había poca protección para nuestros barcos y aun para los mismos hombres, pues las aguas de este río son cambiantes y los bajíos de arena numerosos, y todo ello hacía peligrar la buena marcha de nuestra encomienda. Y después de varios días remontamos el canal y llegamos a un cauce más ancho y allí vimos que el río Ibro se deshacía en dos brazos y tomamos el que indicaba la corriente y por este camino de agua y cañizos remontamos las aguas hasta perder de vista el mar.

Y pronto encontramos aguas más profundas, en las que la corriente era poderosa y el viento fuerte y mucho más frío que el del propio mar. Y avistamos islas en medio del río, y pájaros desconocidos que levantaban el vuelo al ver nuestras naves. Y después de varias jornadas, llegamos a una fortaleza que está en la orilla izquierda y que tiene como gobernador a Musa al-Kalbí, cuyo nombre es memoria del profeta que conversó con Dios en el monte Sinaí y separó las aguas del mar para que cruzara su pueblo. Y allí, según lo convenido, fuimos huéspedes de este walí que por su generosidad y bonhomía hacía honor al nombre que llevaba y descansamos largamente con gran alborozo de los hombres, mientras esperábamos noticias de nuestro aliado Sulaymán al-Arábí, a quien debíamos ayudar en el levantamiento de los yemeníes contra el omeya. Y allí nos informan de que Sulaymán había sido traicionado por Al-Husayn al-Ansárí, que ambos habían acordado rendir la medina de Saraqusta al rey franco Carlomagno y que Sulaymán fue con este hasta las puertas de la ciudad y que allí, entre las tropas cristianas acampadas frente a su muralla romana, intentó en vano que Al-Husayn rindiera la ciudad según lo convenido, y que el rey franco se sintió burlado en sus pretensiones y que llevase a Sulaymán con él, considerándolo traidor, y que después de muchas jornadas hacia el norte, los hijos de Sulaymán le liberaron de su cautiverio. Y me informaron de una cruel batalla en los mismos montes Pireneos, en la que murieron gran cantidad de cristianos y que esta batalla, conocida como la de Roncesvalles, la llevaron a cabo los hombres de Sulaymán en acuerdo con los vascones. Y todo esto debió de acontecer en fechas muy recientes, por lo que era de gran complicación saber el paradero de Sulaymán, aunque yo le supuse en Barcelona, al amparo de sus hijos, y hasta allí le envié mensajeros que cruzaron muchas leguas con gran riesgo de sus vidas y de los que nunca volví a tener noticia.

Mientras todo esto sucedía, nuestras naves permanecían amarradas en aguas del gran río Ibro, con gran peligro de su deterioro y aun de la valentía de mis hombres que holgaban con placer en los jardines de aquel hisn en el que Musa al-Kalbí nos obsequiaba con largueza, y no hacían otra cosa que cazar aves con sus arcos, cometido que no es propio de guerreros sino en tiempo de paz.

Y como no hubiese noticias de Sulaymán, decidimos dejar nuestro descanso y emprender la marcha hacia Turtusa y aun después a Saraqusta, donde esperábamos llegar a un acuerdo de interés con Al-Husayn al-Ansárí, pues este había obrado correctamente en nuestra opinión, al no claudicar ante los ejércitos cristianos, si bien era de sobra conocido que tampoco aceptaba la sumisión al emir de Córdoba. Y los hombres volvieron a su labor, que no era otra que la guerra contra el omeya, y todos embarcamos y tornamos a navegar por las aguas del Ibro.

Turtusa era territorio contrario al omeya, como la mayor parte de la Marca Superior, y estaba en manos de los partidarios de los abbasíes. Por ese motivo llegamos confiados y enviamos emisarios diciendo quienes éramos y a lo que veníamos. Pero, para nuestra desgracia, el gobernador de aquella plaza había mudado su opinión, sin causa que lo justificase o advirtiese, y emprendió un ataque contra nosotros, cogiéndonos por sorpresa entre las aguas del río, de modo que cuando tratamos de desembarcar cientos de hombres armados con arcos de pie nos hicieron retroceder y después de causar muchas y dolorosas muertes nos obligaron a tomar de nuevo el río.

Desandamos el camino, regresando al lugar en el que tan hospitalariamente habíamos sido acogidos por Musa al-Kalbí. Pero antes de que divisáramos las murallas de su castillo, en una vuelta del río cuyas orillas estaban pobladas de grandes árboles, sufrimos nuevo ataque, y entre los agresores estaba nuestro antiguo anfitrión, el que tanto regalo y bienestar nos había ofrecido, por lo que yo no salía de mi asombro y no lograba alcanzar el sentido de tan grande traición.

Viéndome solo en el país que venía a socorrer, y convertidos mis aliados en crueles enemigos, sentí gran cólera y tomé la decisión de regresar a mar abierto y, desde allí, a algún cercano lugar donde reponer de las heridas y los dolores a los pocos hombres que aún tenía conmigo.

Pero fue para nuestra desgracia, que la lluvia de los montes se había hecho torrente a ambos lados del gran río y muchos brazos caudalosos arrojaban sus aguas en él y las orillas se desbordaban y arrastraban consigo gran cantidad de hombres muertos en la batalla y aun de animales, y árboles de gran tamaño que golpeaban las quillas y abrían gigantescos agujeros por los que entraba el agua como si no tuviera fin. Y de este modo vi hundirse mis naves una tras otra, y las contemplé deshaciéndose en pedazos contra la orilla, y sólo la que yo mandaba consiguió salvarse de tamaño desastre y fue empujada por la corriente sin que nada consiguiera gobernarla. Y viendo a todos mis hombres muertos de aquel modo, imploré a Alá que me dejara perecer también, pues tal era mi vergüenza y preocupación. Pero el Señor, Clemente y Misericordioso, no escuchó mis ruegos y la nave zozobró saliendo yo ileso, aunque con grandes heridas y contusiones que me dejaron muy maltrecho.

Y fue así, por los designios de Aquel que tiene su morada en el cielo, como me vi derrotado y perdido en los brazos del caudaloso río por el que habíamos soñado alcanzar los vergeles y las renombradas ciudades de Al-Andalus.

Y sucedió, en medio de mi desgracia, que los cielos dejaron caer lluvia durante muchos días, causando gran crecida en el río, lo que me obligó a caminar sin tregua por sus orillas, resguardándome como pude de aquella gran inclemencia, todo mi cuerpo cubierto de heridas y los pies cuajados de sanguijuelas que se chupaban mi sangre sin que yo tomara fuerzas para arrojarlas de mí, pues tanta era mi fiebre y tan escaso mi entendimiento.

Muchos y largos debieron de ser los días en los que permanecí en tal estado, y de su existencia sólo tengo recuerdo por los terribles sueños que me acometieron. Y así vi mis orígenes y los propios orígenes de la humanidad, y conversé en sueños con el padre Adam, y supe por él mismo cómo el Señor había creado la tierra sobre el lomo de un pez que se llamaba Vehemud y me advirtió que cuando el vientre de este pez se hinche llegará el fin de los hombres. Y vi muchos al-malak de distintos nombres y atributos, y entre ellos a Yzarafel, el ángel, haciendo sonar su poderosa trompeta, y recibí visita del maldito Iblís, el diablo, y en medio del sueño requerí ayuda de los profetas, de Noé, Ibráhim y Yúsuf, y rogué al propio Muhammad, que se presentó con el santo Qu'rán y me recitó los ciento catorce suras. Y de este modo sané, cuando era el mes de Safar, y recobré la conciencia de cuanto me rodeaba y pude levantarme en pie y procurarme alimento con las pocas semillas que en el lugar se daban.

Pero mi debilidad era grande. Y más aún al contemplar que me hallaba perdido entre las golias del río y que muchas leguas de tierra estaban inundadas por el mar y que por todos lados surgían islas de arena y también dunas semejantes a las del desierto. Busqué refugio en un islote cubierto de juncos y allí oí el graznido de los patos que moraban por centenares en este humedal. Y había también unos extraños pájaros semejantes a las cigüeñas, pero estos de color rosa, que permanecían de pie sobre una sola de sus patas y que al levantar el vuelo cubrían los cielos en su totalidad. Y fue grande la turbación que me invadió, y no pude sino reconocer, a pesar de las desgracias y los sinsabores de los últimos tiempos, que me hallaba en el lugar más hermoso y salvaje de cuantos mis ojos habían visto.

Era tan liviano el peso de mi cuerpo que casi no lo sentía y, por un momento, pensé que me hallaba muerto, y que aquel desierto lugar sin presencia humana eran las puertas del paraíso. Quise ver a Alá, que me fuera mostrada su Resplandeciente Faz, y que así se confirmara mi sospecha y hallara al fin mi alma el descanso de tantos y tan grandes sufrimientos. Pero no hubo tal, sino que se levantó un fuerte viento que llegaba del mar y las nubes se hicieron negras y espesas, y hasta las aguas de escasa profundidad se rizaban en continuas olas. Recordé entonces la Azora setenta y dos del Qu'rán y la mención que hace de los poderes de los genios, que no son sino pequeños demonios que practican el encantamiento y el engaño para confundir a los hombres. Y vino

a mi memoria que estos yinn habitan en lejanas islas y cuando se apoderan de un mortal lo llevan con ellos a través del viento hasta esa isla, y allí le hacen sufrir los poderes de su magia. Y pensé si no sería esto lo que a mí me había sucedido.

Pero pronto deseché tal idea, pues el mejor lugarteniente del saber es la cordura, y a mí me era muy necesario pensar con mucha frialdad en esta situación en la que me hallaba. Y decidí buscar los restos de mi nave, y procurarme madera y sogas, si todavía las hubiera, para construir una cabaña que me resguardase durante las noches.

Así lo hice. Caminé durante varias jornadas río adentro, y a medida que lo hacía recobraba el espanto de mi derrota y la amargura me invadía, nublando cualquier deseo de sobrevivir. Después de varios días en los que me alimenté con caracoles e insectos que atrapaba con las manos, pues era esta mi única arma, llegué a un paraje desde el que se divisaban unas lejanas montañas, y donde el río Ibro se remansa en un gran ensanchamiento de aguas calmas y allí, para mi asombro y alegría, contemplé los restos de la nave principal, destrozada contra la maleza de la orilla de poniente. Y todos mis pesares se vieron desterrados por la gracia de Alá, el Altísimo, el Grandioso, que velaba por este pobre desgraciado, concediéndole al fin un motivo de dicha.

Crucé a nado sin peligro alguno y vi con gran regocijo que había muchos y buenos trozos de madera, y lonas en mediano estado, y muchas sogas de distintos tamaños. Y buscando con ahínco, hallé un arco de mano y una aljaba, aunque ninguna flecha, por más que busqué sin descanso. Encontré también una espada de doble filo, aunque no era la mía, y di por ello gracias a Dios, Señor de los dos mundos. Entre las muchas cosas que hallé no estaban los diarios de navegación, ni tampoco pergamino alguno, ni hoja encerada que pudieran servirme para la escritura; pero encontré un gran arcón con láminas de plomo que servían a los pilotos para trazar sus rutas, y también encontré el buril con el que realizaban tal cometido, por lo que consideré una señal del Altísimo este hallazgo que podía resultar de gran utilidad para enviar mensajes por mar. Con gran cuidado até con las sogas todo aquello que podía serme de utilidad y hasta me até yo mismo por la cintura, y tomé una larga vara que me sirviera de timón, y acordé de este modo descender de nuevo hacia el mar, y permanecer en el lugar donde había recuperado el entendimiento y en el que moraba toda aquella enorme cantidad de aves que sería exquisito alimento para mí, si conseguía ejercitarme en la práctica de la caza y fabricar flechas suficientes con lo que llevaba.

Las aguas del Ibro me fueron propicias en aquella ocasión. Sin ningún sobresalto de interés, si no fueran los propios del aventurado descender por el centro de su cauce, amarrado a mis benditas pertenencias, llegué al lugar en el que el lecho del río se abre en dos. Gobernado por la dirección de la corriente, me vi obligado a tomar el canal contrario al que conocía por nuestra llegada con los barcos, que no era sino el mismo en el que había morado durante mi convalecencia. Primeramente me inquieté, pues temía los inconvenientes de un lugar desconocido. Pero, como nada podía hacer mientras me viera en el agua, decidí aceptar los designios divinos, y dejarme llevar por su Misericordiosa Mano, hasta la nueva morada en la que me estuviera destinado permanecer.

De este modo alcancé el delta del río, y pude salir, y aun sacar todos los bultos del agua. Me encontraba en las cercanías de una playa de arenas doradas y toda la tierra que me rodeaba era verde, surcada de pequeños canales por los que sólo una muy pequeña barca podría navegar. Miles de aves, de todos los tamaños y plumajes, habitaban estas marismas y así, con los ojos maravillados por la belleza del paraje, permanecí largas horas contemplándolo.

Pensaba en mi vida pasada, allá en la querida Siria, y en mis familiares y amigos a los que nunca volvería a ver. Con gran complacencia de mi espíritu y mucha turbación de mi ánimo, imaginaba la casa de mis padres, en Damasco, y veía con nostalgia la puerta cerrada y el llamador de bronce que pendía de ella. Y me vi yo mismo tomando la aldaba con grande emoción, un lejano día, cuando todos estos pesares llegaran a su fin y pudiera regresar a mi patria.

Fueron los recuerdos y el deseo de retornar lo que me dio nuevas fuerzas y recompuso la flaqueza de mi ánimo para volver a ser el hombre sensato que mandaba sobre sus ejércitos y a cuyo cuidado el califa había destinado empresas de gran importancia y responsabilidad.

Lo que primeramente hice fue dar gracias a Alá, Señor del Día del Juicio. Lavé mi rostro con arena, pasé la mano mojada por la cabeza y sumergí los pies, que se encontraban mal llagados, en el agua salada que me rodeaba por todas partes. Lavé las manos y los brazos, los agujeros de mi nariz y mis orejas, la boca, que desprendía el pestilente olor de la falta de alimento, y, puesto en pie, reconocí que Dios es el más grande. A continuación hice, por vez primera desde que la desgracia me tomara de la mano, mis oraciones. Después me sentí en paz.

Durante largos días trabajé sin descanso. Primero en reconocer el lugar, que era tan bello como misterioso. Y decidí abrigarme al amparo de unas pequeñas rocas que eran el único hadaf en los alrededores. Allí construí una cabaña, aprovechando las paredes de piedra y aun un saliente como techado. Cada día me bañaba en el mar y exponía mis viejas heridas al sol para que sanaran definitivamente, como así fue, pues Alá me prolongó su apoyo hasta el punto de reponer mi cuerpo y sosegar mi alma.

Comía huevos que sacaba de los muchos nidos y unas serpientes que en este lugar pueblan las aguas poco someras, y descubrí que su carne sería manjar en el futuro para mí, y pronto mi cabaña se mudó en almacén donde tamaños animales secaban al sol, y esta fue la forma en que pude soportar los fríos tiempos que vinieron a continuación. Pasadas las lluvias, los patos abandonaron el lugar y los grandes pájaros rosados emigraron también, y con gran preocupación los vi alejarse hacia el sur, huyendo del frío, y deseé ser yo uno de ellos. Antes de que se fueran definitivamente, conseguí cazar unos cuantos con el arco y las pocas flechas que había podido fabricar, aunque muchas se rompían sin remedio al alcanzar el suelo y yo debía resguardar la madera, pues en este lugar no había árboles que me pudieran servir para reponerlas. Así que fue la carne salada de las serpientes lo que me ayudó y me sirvió de alimento durante el invierno. Aprendí a cegar los canales y a capturarlas de este modo, aunque a veces me adentraba río arriba con mi espada y mi arco y conseguía cazar alguna liebre vieja, cuya carne era deliciosa después de bien asada en un pequeño fuego que encendía cada seis días con pedernal. También comí unas aves de color blanco que volaban sobre el mar y que las hay en muchos lugares, aunque más pequeñas, y estas llamadas gaviotas, que muchas veces habían acompañado mis viajes por mar, eran fáciles de atrapar, pero su carne era correosa y tenía el mal sabor del pescado podrido. En los sectores de tierra firme, crecían unas plantas con las que purgaba mi organismo y con las que aprendí a cocer una especie de té que calentaba mi estómago y lo preparaba para el sueño.

Pasaron los días, los meses. Los pájaros de color rosa regresaron con los primeros soplos de aire cálido y el río descendió en su caudal. Con la llegada del calor, nacieron los muchos polluelos de las distintas colonias de aves y los arenales quedaron convertidos en una promesa de vida. Fue por esta época cuando reparé por vez primera en un extraño pájaro de cuello negro, único en su especie, que permanecía alejado de los demás. Siempre se dejaba ver en solitario. Tenía el pico largo y curvado hacia dentro. El cuerpo era blanco y desde lejos no se apreciaba en él plumaje alguno, más bien parecía estar cubierto de un pelo corto y suave, como el de los corderos recién nacidos. La cola era también negra, como la garganta. Desde cualquier punto se percibía su presencia. Cuando me acercaba a la costa, el pájaro planeaba sobre las olas, y cuando me alejaba tierra adentro, aleteaba ruidosamente sobre los cañaverales, de modo que al poco tiempo de haberlo visto por primera vez, se convirtió en una obsesión, siempre cerca de mí, siempre vigilándome. Llegué a desconfiar de su naturaleza, sobre todo porque cuando me ponía a escribir con mi buril sobre las láminas de plomo mostraba un interés sin disimulos y se acercaba más de lo habitual, a muy pocos metros, permaneciendo quieto como una figura de piedra que vigilara mi quehacer. Cuando este concluía, el pájaro de cuello negro levantaba el vuelo y daba un par de pasadas muy bajas sobre mi cabeza. He dado en creer que este extraño pájaro disfruta con el arte de la escritura y entiende todo cuanto con ella trato de reflejar.

Por aquellos días, yo debía de haber permanecido un año largo en la desembocadura del río Ibro. Comencé a realizar expediciones cada vez más largas, en las que siempre llevaba el arco y la espada conmigo. Recorría el borde de la costa, una y otra vez, de modo que pude darme cuenta de que me hallaba en una isla, cuyo extremo más oriental se adentraba muchos metros en el mar y cuyos límites eran imprecisos por el cambio de las aguas y las arenas del río que los hacía mudar. Cuando el cauce era más denso, las aguas del Ibro arrastraban gran cantidad de tierras y, en combinación con las corrientes marinas, se formaban depósitos, de modo que la tierra firme parecía crecer y avanzaba varios metros en dirección al mar.

Un día, cuando me encontraba en este cabo que mira al oriente, avisté una nave. No pude ver su bandera, pero fue grande mi regocijo. Estaba a muchas millas de la costa y parecía de gran tamaño. El pájaro me acompañaba como siempre. Observé que seguía el rumbo del barco con un interés que parecía casi humano. Entonces no le di importancia, pero ahora recuerdo que dirigía constantes y rápidas miradas hacia el horizonte, y que su rostro reflejaba una gran contrariedad. No es fácil creer en sucesos sobrenaturales. Los humanos necesitamos ver de nuevo, a la luz de la memoria, lo que en su momento no fuimos capaces de interpretar. Ahora sé que ese solitario pájaro tuvo algo que ver con lo que a continuación sucedió. Estoy seguro de no equivocarme cuando digo que deseaba destruir mis esperanzas. Estaba escrito en sus ojos, en la extraña inmovilidad con la que contemplaba el horizonte. Su pequeño cerebro preparaba un funesto plan. Tal era así que, cuando me alejé hacia la cabaña, él permaneció asomado al mar, en el punto en el que habíamos avistado la nave. No me siguió, dejó que fuera yo solo a buscar lo necesario. Así lo hice. Esa misma noche, regresé al cabo y encendí un gran fuego, para que los navegantes me vieran y vinieran hacia mí. Fue entonces cuando el pájaro hizo algo muy extraño: levantó el vuelo y se adentró en el mar, en dirección al barco, cuyas velas desplegadas se podían distinguir borrosas en el inmenso mar. Esa noche no volvió, acaso porque el navío se encontraba mucho más lejos de lo que mi pobre vista daba a entender. Todavía en mi ánimo no cabían sino buenos presagios. Era mucha mi emoción, pues pensaba que pronto me rescatarían de mi abandono y que una nave que arribara por el mismo mar por el que habían llegado las mías no podía ser sino musulmana, acaso enviada a buscarme desde la misma Damasco, la ciudad de mis sueños y en la que moraban todos mi buenos recuerdos.

Dormí con este contento y en la esperanza de que el nuevo día amaneciese con fortuna, pero no fue así. El sol no llegó a cuajar en el horizonte, pues las nubes de una terrible tormenta lo cubrieron por completo, y con gran quebranto avisté el naufragio de la nave a pocas millas de la costa septentrional y vi como los pecios que me hubieran podido servir de ayuda, una vez los recogiera de las aguas, eran arrastrados por las corrientes hacia el sur.

No fue esa mi única desgracia. Al regresar a mi cabaña, en medio de una singular tempestad de viento y lluvia, la encontré totalmente destruida por las mareas, y todas mis pertenencias y víveres lanzados con fuerza muchos metros hacia el mar, donde desaparecían de mi vista y de donde jamás los conseguiría recuperar.

Mi desconsuelo era grande. Quedé abatido, contemplando las aguas revueltas en las que se pudría mi esperanza. Entonces, el pájaro de cuerpo blanco y cuello negro regresó de su viaje mar adentro, aminoró el vuelo y se posó sobre una pequeña roca. Allí permaneció mirándome muy quieto, y yo también lo miraba, y entre los dos se entabló un silencioso diálogo, como si cada uno leyera el pensamiento del otro. «¿Quién eres?», pregunté. El pájaro me miró como si entendiera mis palabras. «Soy tu amo y tú eres mi siervo», respondió. «¿Qué quieres de mí?», volví a preguntar con voz temblorosa. «Tu destino», contestó él. Sentí el vértigo de aquel que se encuentra a punto de dejar la vida, la misma extraña sensación de abandono que tantas veces había notado en los moribundos. El pájaro volvió sus ojos hacia el horizonte y yo lo hice también, y en la inmensidad del mar presencié una incomprensible visión que hizo detenerse la sangre en mis venas. No miento si digo que vi aparecer el futuro ante mis propios ojos, con la misma claridad con la que se contempla el sol, la luna y las estrellas, sin sombra de ensueño, y que esa visión me causó gran espanto, pues me vi para siempre

fuera del tiempo, convertido yo también en un solitario ser que vaga por los confines del mundo sin poder encontrar jamás el camino de regreso, enemigo de los hombres, enloquecido por la soledad.

Después de esta sobrecogedora visión vivo sin esperanza. Todo a mi alrededor se ha tornado oscuro como la noche: el mar, el sol dorado que surge por el horizonte, los arenales y las marismas de agua temblorosa, las golas serpenteantes del río y hasta aquellas aves de color rosa que tiempo atrás me parecían de una belleza sobrenatural, todo es para mí, triste náufrago condenado a la peor de las muertes, pesadumbre y tinieblas, todo viste el velo negro del mal que ahoga mi alma. Cuando agote esta última lámina, la visión se hará realidad y ese genio con apariencia de pájaro se adueñará de mi persona, pues la escritura es lo único que todavía me mantiene unido a lo que fui. Deseo que el recuerdo de mi desventura llegue un día al corazón de todos aquellos que descienden de mí, a mis hijos, a mis nietos, y aun a los que pisen la tierra mucho tiempo después. Con esa sola intención he escrito estas palabras, para no perecer del todo. Que Alá me conceda su Misericordia y su Favor.

Mi padre finalizó la lectura en este punto.

—Esta parece ser la última de las láminas que se conservan. Después de esto sólo queda un pequeño epílogo, escrito por el copista, que os leeré a continuación:

Hasta aquí el relato de Al-Siqlabí, el Esclavo, agente de los abbasíes que vino a la muy prominente región de Al-Andalus cuando aún no había llegado su máximo esplendor.

La leyenda de su presencia en la isla más oriental del delta del Ebro hizo malditos estos parajes durante muchos años, pues se afirmaba que había enloquecido y que dedicaba su esfuerzo a confundir a los navegantes, haciendo naufragar sus naves con fuegos y señales falsos, para darles muerte a continuación. Así, hasta el día de hoy, nadie quiso habitar estas tierras por temor a los genios. He oído contar a los navegantes que Al-Siqlabí se convirtió en uno de ellos y que allí mora todavía, convertido en un extraño pájaro de cuerpo blanco y cuello negro, y son muchos los que afirman haberlo visto y sufrido su tormento, aunque también hay quien dice que consiguió salir con vida del delta del río y finalmente fue muerto a manos de sus enemigos. Quede el misterio bajo la segura protección de Alá, pues Él sólo posee la llave del Supremo Conocimiento y sólo cuando Él lo desee los hombres podrán acceder a la verdad.

El viejo notario esperó en vano a que mi padre continuara. Finalmente, después de unos segundos eternos, pareció darse cuenta de lo que habíamos escuchado y exclamó:

—No es el tesoro de Boabdil lo que buscas. ¿Qué es?

—Los libros de plomo —respondió mi padre—. Datan del siglo VIII y nadie da por segura su existencia.

Yusuf, el notario, se mesó sus largas barbas y, luego de meditar durante un buen rato, dijo:

—¿Qué quieres de mí?

Mi padre acarició el paquete que sostenía en sus manos.

—Quiero que lo guardes en tu casa —dijo—. Nunca se lo des a nadie que no sea yo. Solamente podrás entregárselo a mi hijo cuando estés seguro de mi muerte.

—Pero, si te vas ahora, ¿cómo sabré de ti? Y ¿cómo encontraré al muchacho si mueres?

Mi padre me miró entonces, puso una mano sobre mi hombro y añadió:

—Hijo mío, debes quedarte aquí, en esta casa. Yusuf es un hombre de honor, te cuidará como si fuera yo mismo. Volveré pronto.

Así, de este modo, me vi viviendo con el viejo Yusuf, el notario, en la ciudad de Fez. Mi padre partió esa misma noche, antes de que clareara el alba.

Fez fue mi segunda patria. No volví a saber del inglés, ni de aquel muchacho que se llamaba Ahmed durante mucho tiempo. En casa de Yusuf aprendí árabe y me ejercité en la lectura de los muchos libros antiguos que el notario poseía. Ayudaba a Yusuf en su trabajo y le guiaba por las calles de Fez el Balí. Cuando contaba dieciocho años era capaz de redactar escrituras y protocolos en árabe y podía recorrer la medina con los ojos cerrados, sin que uno sólo de sus callejones me resultara extraño.

Pasó el tiempo. El viejo notario enfermó. Llegó un momento en que no se levantaba de la cama. Una mañana me mandó llamar.

A pesar de su ceguera, que se había adueñado de él hasta quedar totalmente impedido, Yusuf seguía siendo un hombre de mente ágil y portentosa memoria.

—Se acerca mi hora, muchacho. Temo que no podré seguir cuidando de ti como le prometí a tu padre. ¿Recuerdas el libro que me dejó antes de partir?

Muchas veces había recordado aquella noche de Ramadán y las palabras «manuscrito aljamiado» flotaban por el interior de mi mente sin que yo me atreviera a pensar en ellas, pues sabía que cuando el viejo Yusuf me entregara el libro que mi padre compró en casa del inglés él habría muerto. Esta idea me atormentaba y, aunque era mucha mi curiosidad, jamás pregunté nada. De todos los libros que había en casa del notario ese era el único que nunca tuve entre mis manos.

—Esta noche, después de la oración, vendrá a verme el inglés. No me gusta ese hombre, pero quizá nos traiga noticias de tu padre.

Consideré con escepticismo esta idea. Durante años no podía pensar en otra cosa que en aquel soñador fantástico que me había traído una vez a Fez en busca de un tesoro. Trataba de imaginar qué haría, dónde estaba. Pero no tuve noticia alguna, ni siquiera una carta. Al hacerme mayor, los sueños infantiles fueron perdiendo fuerza y ya no servían para justificar su ausencia. Apenas podía recordar su rostro, el color de su pelo, y la voz antaño tan querida se fue apagando en mi memoria como una canción entre las arenas del desierto. Muchas noches me despertaba bañado en sudor, creyendo que me ahogaba en las turbias aguas de un río caudaloso. Mi padre nunca se encontraba a mi lado, nunca aparecía en mis sueños, nunca podía salvarme. Cuando crecí llegué a aceptar de forma natural que me encontraba solo. Fez era mi patria. La casa de Yusuf era mi casa. No había nada más.

La llegada del inglés iba a turbar esta aparente calma. Tal como Yusuf me había anunciado,

cuando la noche cayó sobre Fez el Balí llamaron a nuestra puerta. Era Ahmed, el criado, aunque al principio no le reconocí, pues también él se había convertido en un hombre.

—El inglés quiere verte —ordenó en voz baja—. A solas. No le digas nada al viejo.

Le seguí por las callejuelas que ahora conocía tan bien. El mismo recorrido que la primera vez. El zoco de los perfumistas, el santuario de Muley Idris, la gran mezquita... Junto al callejón de los curtidores, un burro cargado de hierbabuena, y más lejos, en el barrio andaluz, las casas con azulejos y patios, donde se guardaban las llaves de unos hogares que ya no existían.

Había caminado mil veces por estos lugares, pero esa noche parecía que el tiempo hubiera volado sobre sus propios pasos. El recuerdo de mi padre descendió de la larga noche del olvido y le vi otra vez ante mí con tanta claridad como si se encontrara allí mismo, entre las sombras nocturnas de la ciudad de Fez.

Habían pasado cinco largos años, pero el inglés parecía el hombre sin edad que conocí la noche de mi llegada. Estaba en la misma habitación, fumando una pipa de hachís.

Me sirvió un vaso de té y me ofreció asiento.

—Quiero contarte una historia, muchacho.

Yo no quería una historia, quería saber dónde estaba mi padre. Se lo dije así, aun a riesgo de parecer imprudente.

—Quién sabe... —respondió con ambigüedad—. Algunos hombres no son dueños de sus propios actos.

—¿Ha muerto? —insistí.

El inglés hizo un gesto con la mano.

—No he vuelto a saber de él.

Pensé que eso era bueno. Al menos, las cosas se mantenían en el mismo lugar, la incertidumbre, y eso me permitía conservar la esperanza. La vida nos muestra, a veces, espacios vacíos que niegan la evidencia, pequeñas grietas donde la esperanza puede germinar.

—Si quieres —me dijo aproximándose lentamente—, Ahmed puede hacer algunas averiguaciones.

Le rogué que lo hiciera. El inglés pareció satisfecho. Me miró durante unos instantes con atención y preguntó:

—¿Sabes qué clase de libro era el que tu padre me compró?

—Un manuscrito aljamiado —respondí automáticamente.

—Y dime, ¿sabes lo que eso quiere decir?

—No muy bien —respondí con cautela—. Creo que se trata de un lenguaje cifrado.

El inglés sonrió.

—Bueno, no es una explicación muy académica, pero en cierto sentido es exactamente eso: una especie de código. Lengua romance, expresada con grafía árabe, ¿comprendes?

Recordé las páginas que mi padre había leído en casa del notario cuando me dejó a su cuidado. Nunca pude saber el resto de la historia. Ahora tenía deseos de conocer algo más sobre el libro.

—¿Por qué hacían eso? ¿Por qué inventar un lenguaje secreto? —pregunté movido por la curiosidad.

—Es una larga historia que tiene que ver con la convivencia de los pueblos. Tú eres extranjero, pero has crecido en Fez. También en España, hace muchos años, judíos, cristianos y musulmanes vivían juntos, cada pueblo con sus creencias, sujetos tan sólo al vasallaje que imponían los gobernantes, ya fueran de una u otra religión. Pero el tiempo amenaza la identidad de los que viven en minoría. Creo que sabes de qué te estoy hablando.

Asentí con la cabeza. El inglés prosiguió:

—Los musulmanes que vivían en territorio cristiano habían olvidado, con el paso de los años, su idioma original y se expresaban en la lengua de los cristianos. No podían leer el Corán, ni transmitir la historia o los conocimientos que habían hecho de la cultura árabe la única verdaderamente digna de mención durante toda la Edad Media. Conservaban, eso sí, unas cuantas tradiciones rituales y se sabe que era habitual que muchos conocieran el alfabeto árabe. Eso era todo lo que les quedaba del pasado. Una idea terrible, ¿no crees?

Sabía lo que el inglés quería decir. Es terrible perder la memoria.

—Eran signos, sólo eso, letras que no se podían agrupar y que servían para bien poco. Ten en cuenta que estamos hablando de la Edad Media. No había libros en Occidente. Los pocos que circulaban por el mundo estaban escritos en árabe y venían de Siria o de Asia Central, a través de la España musulmana. En un momento dado, a uno de estos hombres que vivían en tierra cristiana se le ocurrió la idea de traducir el Corán a la lengua romance. Por algún extraño motivo, acaso para ocultar esta actividad a sus vecinos, lo dejó escrito con caracteres arábigos. Así nació el aljamiado.

—El manuscrito que mi padre te compró era del siglo XVI. En esa época los libros ya no eran tan raros.

—Hay manuscritos aljamiados desde el siglo XI —argumentó el inglés—. Pero tienes razón, la mayor parte de los que se conservan fueron escritos después de la rendición de Granada. Cuando los Reyes Católicos conquistaron el reino de Boabdil, los musulmanes que vivían allí tuvieron que elegir entre abrazar el cristianismo o abandonar su tierra. Fez está llena de andaluces que llegaron huyendo de la derrota. Ahmed, mi criado, dice que es descendiente del propio Boabdil.

Miré hacia el rincón en el que Ahmed estaba. Sus ojos relampaguearon en la penumbra.

—El acuerdo de la rendición era que se respetaran las propiedades y la religión de aquellos

musulmanes que quisieran permanecer en Granada. Pero muy pronto se acabó la tolerancia. Los que decidieron quedarse tuvieron que bautizarse. Se les llamaba moriscos. Aunque guardaban las apariencias en público, en la intimidad seguían fieles a sus creencias; esto hizo que fueran perseguidos, muchos de ellos condenados a la hoguera. Cualquier motivo era bueno para acusarles de brujería o de actividades contrarias a la religión. Así, las principales ciudades de Andalucía, Aragón y Castilla, que antaño habían sido su patria, se convirtieron en un medio hostil para los moriscos, que seguían siendo musulmanes en el fondo de su corazón. Tuvieron que hacer acopio de ingenio, encontrando en la aljamía un buen aliado para burlar a los inquisidores y así conservar parte de su identidad a espaldas del Santo Oficio. Eran tiempos difíciles y los hombres se vuelven sabios ante la dificultad. Hasta entonces, la mayor parte de los manuscritos aljamiados eran simples traducciones de los autores clásicos o recopilaciones doctrinales sobre la vida de los profetas; pero gracias a las persecuciones, el aljamiado se transformó en un instrumento de ocultamiento que fue utilizado para propagar toda clase de relatos profanos, leyendas de la expansión islámica y tratados de magia o de alquimia. En definitiva, todo aquello que la Inquisición trataba de erradicar.

Cuando acabó de hablar, el inglés se levantó, puso una mano sobre mi hombro en actitud paternal y me dijo:

—No quiero entretenerte más. Te diré el motivo de nuestro encuentro: quiero comprar de nuevo el manuscrito aljamiado.

Su propuesta no me sorprendió. Estaba seguro de que la conversación acabaría por llevarnos a este punto.

—¿Por qué lo quieres? —pregunté.

El inglés se encogió de hombros.

—Ese es mi negocio, ¿recuerdas?

Pensé en Yusuf, en la promesa que había hecho a mi padre: «Nunca se lo des a nadie que no sea yo. Solamente podrás entregárselo a mi hijo cuando estés seguro de mi muerte». Nada confirmaba que hubiera sucedido así, por lo tanto todavía era posible que regresara a buscarlo.

—Su dueño no está presente —dije con gravedad.

El inglés me miró con condescendencia.

—Vamos, muchacho, sabes tan bien como yo que tu padre ha muerto. Ahora el libro te pertenece. Te pagaré bien por él —insistió.

Me sentí furioso. En esos momentos habría sido capaz de cualquier cosa, pero recordé que al principio de nuestra conversación se había ofrecido a hacer averiguaciones sobre el paradero de mi padre. No quería perder esta última oportunidad, así que traté de conservar la calma y ganar tiempo.

—Has dicho que no sabías nada de él y que mandarías a tu criado a investigar.

—De acuerdo, lo haremos así. Vuelve dentro de una semana. Mientras tanto, procura guardar bien la mercancía.

Ahmed me acompañó hasta la puerta. Cuando me disponía a salir, me tomó del brazo y dijo:

—El tesoro está embrujado para los rum, por eso nadie lo ha encontrado todavía.

Tenía una extraña expresión en el rostro que me pareció la de un loco. Aparté su mano y respondí:

—A mi padre no le interesaba el tesoro de Boabdil. Y a mí tampoco. Haz lo que tengas que hacer, pero te advierto que no podrás engañarme. Si tu amo quiere el manuscrito, tendrá que darme pruebas en las que yo pueda creer. No te será fácil.

Me sentí mejor después de esto. De regreso a casa, deambulé sin rumbo por las callejuelas de la medina. Era media noche y las pequeñas tiendas de los artesanos estaban cerradas a cal y canto. Poco a poco fui perfilando mi plan, hasta que, finalmente, me detuve ante el zaguán de una casa cuya luz permanecía encendida. Era la de Zayd, el escribano. Zayd estaba en el interior de su cubículo, restaurando un viejo libro. Me escuchó con gran amabilidad, a pesar de lo avanzado de la hora. Le expliqué el problema y le hice partícipe de mis intenciones.

—Eres un diablo, muchacho —exclamó entre grandes carcajadas—. Mereces haber nacido en Fez.

—¡Quién sabe, Zayd! —respondí satisfecho—. ¡Quién sabe...!

Yusuf empeoró a la mañana siguiente. Apenas podía articular palabra. Tuvo un acceso de fiebre que mermó considerablemente sus escasas fuerzas. Cuando la calentura cedió me di cuenta de que estaba acabando sus días. Ya no me reconocía. Sentí un gran dolor, mucho más fuerte que el que había sentido nunca ante la desaparición de mi propio padre, quizá porque su muerte estaba allí, delante de mis ojos, era profundamente tangible, y yo asistía a su agonía con la sensación de estar presenciando el final de todo aquello que me retenía en Fez.

Murió cuando faltaban tres días para que se cumpliera el plazo de mi cita con el inglés. Lo hizo sin mostrar ningún signo de sufrimiento, lentamente, sin dolor. Se apagó como una vela consumida y yo me sentí doblemente huérfano.

Esa misma noche, cuando todos dormían, entré en su despacho y abrí la arqueta donde se encontraba el manuscrito aljamiado. Me pareció mucho más pequeño de lo que yo recordaba. Arranqué con cuidado una página, la que hablaba de la cueva de Abenhasim, el lugar donde estaban enterrados los libros de plomo, y escribí lo siguiente:

Y para que tal cosa no suceda, y por la obligación que de ello siento, como la sentiría cualquier musulmán respetuoso de la tradición, he decidido dejar por escrito la muy notable historia de unos libros de plomo que se encuentran enterrados en la isla de Buda, según pude comprobar con mis propios ojos. Este lugar es la parte más saliente del delta del río Ebro y sirve de morada a multitud de aves multicolores. Es una tierra viva que se transforma constantemente, cambia su forma y su tamaño como si estuviera embrujada. Siempre fue un paraje

agreste y peligroso para las embarcaciones y se dice que muchas han naufragado en sus aguas. También se dice que allí vivía un genio que confundía a los navegantes y les daba muerte después de someterlos a múltiples tormentos. Le llamaban el genio de la isla de los Confines del Mundo y nadie sabe a ciencia cierta si existió alguna vez, pero puedo asegurar que los libros de plomo están enterrados en el interior de una pequeña gruta, en la gola septentrional, a nueve pies del suelo, y allí estarán aún si nadie ha dado con ellos.

Lo hice en aljamía, tal como el inglés me había enseñado: lengua romance con grafía árabe.

Zayd copió este texto en un pliego de papel que imitaba perfectamente el original. La letra era idéntica a la del resto del manuscrito y la tinta una mezcla hecha con semillas de linaza y alcanfor, como la que se utilizaba en el siglo XVI. Luego lo cosió con maestría y me entregó el manuscrito aljamiado, intacto y en perfecto estado.

—Toma, muchacho —me dijo con complicidad—. Aquí tienes el nuevo libro. Es curioso, parece que no le falte nada.

—Le falta lo más importante —respondí—: la verdad.

Zayd sonrió maliciosamente. Me acompañó al zaguán y se quedó en la puerta mientras yo me alejaba hacia el harat de los andaluces.

—Hasta pronto, fesí —gritó cuando yo doblaba la esquina—. Ten cuidado con los extranjeros.

Tal como esperaba, Ahmed me abrió la puerta.

—¿Qué sabes de mi padre? —pregunté sin decidirme a entrar.

—Ya te lo dijo el inglés, tu padre ha muerto.

—¿Qué pruebas tienes?

Ahmed sacó de su bolsillo un pequeño cuaderno negro. Era, sin duda alguna, el que mi padre llevaba siempre consigo. Lo tomé con tristeza. Era su letra, lo recordaba perfectamente. Este cuaderno había sido su herramienta de trabajo, nunca se separaba de él.

Miré a Ahmed con lágrimas en los ojos.

—Le encontraron hace cinco años, en el sur de España. Cayó a un río que llaman el río de la Miel.

Pensé que no podía ser de otro modo. Ahmed añadió:

—Esas eran las tierras de mis antepasados. Algún día iré allí y recuperaré lo que nos pertenece.

Sus ojos estaban, como los míos, velados por el llanto. En ese instante me di cuenta de que Ahmed vivía pendiente de hacer posible ese sueño. Pero su mal era peor que el mío. Se encontraba atado a unos recuerdos que no eran los suyos y que se remontaban quinientos años atrás, lo que le convertía en un infeliz que intenta como sea protegerse del olvido. Su dolor atravesaba el tiempo, sobrevivía a la propia historia y era muy peligroso. No tenía nada que ver con el mío. Habría querido decírselo, pero Ahmed entró en la casa sin que mediara entre

nosotros ninguna otra palabra. A los pocos segundos, el inglés salió de una de las habitaciones que daban al patio.

—¿Has traído el manuscrito? —me preguntó.

Esta vez llegamos pronto a un acuerdo. Cuando dejé la casa, pensé en Yusuf y en su promesa. Aunque de una forma extraña, había llegado a cumplirla.

Me quedé a vivir en Fez el Balí. Siento que ésta es mi patria. Muchas veces, en el silencio que precede a las noches de Ramadán, pienso en Ahmed y en el inglés, que acaso se encuentren en la isla de los Confines del Mundo, entre serpientes y extraños pájaros de cuello negro, buscando inútilmente un tesoro que los genios mantienen a buen recaudo.

Cuando llegó al final de su historia, yo estaba definitivamente atrapado por la magia del relato. En mi boca se agolpaban las preguntas, pero Said no me dejó hablar.

—Por esta noche es suficiente. Piensa en lo que has oído y vuelve mañana. Hablaremos con calma y te contaré lo que quieras saber.

Salí a la calle. Estaba amaneciendo. Las calles de Fez eran la imagen exacta de sus palabras, una especie de holograma que la narración del Alfaquí creaba sobre la realidad vacía de significado que había sido para mí esta vieja ciudad marroquí. No era un lugar como El Cairo, ni lo que me sucedió allí tenía el mismo aire tangible. Fez resultaba irreal, una ciudad construida por sonidos, sobre el tiempo o, mejor aún, al margen del tiempo.

Al día siguiente, a primera hora de la tarde, llamé a la puerta de Said. Me estaba esperando en la misma habitación en la que habíamos pasado la noche. Había una gran mesa hexagonal, de madera, sobre el suelo cubierto de alfombras, y todo el cuarto estaba rodeado de un gran banco lleno de cojines. Un hermoso tapiz pendía de una de las paredes y, en la otra, el hueco de la chimenea permanecía tapado por una rejilla de cobre rojizo. Era un lugar acogedor y confortable, dotado de un armonioso equilibrio, pero nada más llegar me pareció que nunca antes había estado allí, no guardaba en la memoria ni uno solo de los detalles en los que ahora me fijaba. No era capaz de reconocer el cuarto como un espacio real, en el aire flotaban imperceptibles las descripciones de Fez durante las noches de Ramadán y el ambiente misterioso y sobrecogedor del delta del Ebro, los gansos volaban cruzando un cielo inexistente y los flamencos descansaban entre las golas del río, mientras yo, otro náufrago, flotaba a la deriva.

Said notó mi confusión y sonrió comprensivo.

—Mi casa te produce turbación.

Era cierto. Lo que había oído allí, la noche anterior, era una especie de recreación mágica de lo que me había sucedido en Egipto. Y eso producía en mí un vértigo incontrolable.

—Encuentras que tu historia se parece demasiado a la mía. Puedes estar tranquilo, no la he inventado. La realidad siempre es doble, siempre hay un espejo para todo. Sólo Dios es único. Y ahora, seamos prácticos y hablemos de lo que te interesa.

Nos sentamos en el suelo, junto a la mesa. Un criado trajo agua de azahar para lavarnos las manos y después nos sirvió té y una rama cuajada de dátiles maduros.

—He pensado en lo que me contaste —comencé a decir—. ¿Esos libros de plomo existen

realmente?

Said se encogió de hombros.

—Nunca he querido saberlo.

—¿No deseas encontrarlos?

Se quedó pensativo, buscando las palabras adecuadas.

—Es una historia acabada. Yo mismo le puse fin, al sustituir aquella página del manuscrito aljamiado. Hay asuntos sobre los que tenemos una sola oportunidad de intervención y yo usé la mía.

Sopesó mi desconcierto, las dudas que posiblemente traslucía mi rostro, y aclaró:

—Debes aprender a dejar las cosas en el punto en el que ellas mismas piden terminar. El manuscrito aljamiado estuvo en mis manos. Luego se lo vendí al inglés y decidí olvidarme para siempre de él. No tiene nada de extraño. Me gustan los libros antiguos, me aficioné desde niño a ellos, tengo una gran biblioteca que me proporciona momentos de intenso placer, pero el manuscrito aljamiado era para mí fuente de muchos sufrimientos, entre sus páginas había demasiadas voces clamando y, la verdad, nunca he sentido deseos de volver a escucharlas. ¿Te extraña?

Dije que sí, que me resultaba difícil de entender.

—Pues deberías pensar en ello. No conviene forzar las circunstancias.

Creí que trataba de decirme algo respecto a lo que había venido a consultarle.

—¿Propones que el libro de Avempace debe seguir el mismo camino? ¿Que debo olvidarme de él?

—Puede ser... Intuyo que será para ti causa de muchas preocupaciones.

—Ya lo ha sido.

—Y de grandes contratiempos que pueden llevarte a un oscuro callejón sin salida.

—¿Qué quieres decir?

—Verás... Tal como yo lo entiendo, ese libro estaba destinado a un uso muy concreto que ahora no podemos discernir. No hay suficientes datos. Tus deducciones sobre Avempace y lo que llamas la secta de los contempladores son, en cierto sentido, lógicas. Eran místicos, sufíes. Pero debes saber que los sufíes de Marruecos no se dedicaban a la alquimia, ni a ninguna otra de esas ciencias que se llaman ocultas, y que entre nosotros no usamos la palabra secta. Es mejor decir cofradía o hermandad. Te resultarán familiares estas palabras, en España se utilizan todavía. Bien, el sufismo era una forma de misticismo y también una forma de oposición al poder de los ulemas, los jefes religiosos que interpretaban la ley y la hacían cumplir. Los ulemas controlaban la vida pública y tenían una gran influencia política. Pero el sufismo anidó en el corazón del pueblo porque hablaba de algo que los hombres necesitan: la búsqueda de la paz

interior, el camino de la verdad. De una u otra manera, todos buscamos ese camino en algún momento de nuestras vidas. Es una forma de esperanza.

Said me ofreció un dátil con su mano derecha. Después tomó el otro y prosiguió:

—Buscaban la luz, no la confusión. Avempace era un hombre docto. No estamos hablando de un charlatán. Su hermandad, la de los contempladores, se reunía en Fez con fines más filosóficos que religiosos y, según mis datos, nunca se vieron implicados en las luchas políticas. No ansiaban ese tipo de poder. Dudo mucho que fueran alquimistas o que pretendieran hacer una especie de gran tratado de lo sobrenatural. Dices que el libro puede ser un apócrifo. Yo también lo creo... Pero ¿por qué Avempace?

—Santori esbozó una teoría sobre la relación del libro con Al Hakim y sus seguidores —dije recordando nuestra conversación en el barco—. Pero yo no la comparto. Esos cien años de diferencia la hacen inviable. ¿Cómo puede nadie adjudicar un libro a un autor que vivirá un siglo más tarde? Además, no es el contenido del libro lo que me inquieta. Al fin y al cabo, está en El Cairo y seguirá allí durante mucho tiempo. Lo que me preocupa es saber qué ha pasado con el primer manuscrito, el que yo vi. Me has contado lo que hiciste con el manuscrito aljamiado, pero eso no ha podido suceder en este caso. No había la más mínima señal de manipulación en el pergamino de Kiffa. Y luego está el secuestro y la aparición de esa bandera con la daga. Demasiadas conexiones sin sentido.

Said asintió brevemente.

—Tú también te das cuenta. Confusión... Oscuridad... Peligro... Creo que deberías dejar pasar el tiempo. Siempre es bueno cuando las cosas se tuercen. Encontrarás de nuevo el camino.

Pensé que nos desviábamos de mi objetivo. No podía soportar la idea de aplazar la búsqueda y, desde luego, no era capaz de conformarme con una interpretación superficial. Quería saber si el viejo tenía alguna noticia sobre el manuscrito desaparecido. Said me miró como si pudiera adivinar mis pensamientos.

—Si hubiera oído algo sobre ese libro, te lo diría. Pero es pronto.

Me extrañó que dijera eso. Entonces añadió:

—El manuscrito permanecerá oculto durante un tiempo y luego, cuando nadie lo espere, volverá a aparecer.

En Egipto los acontecimientos se habían precipitado de una forma alarmante, apenas había tiempo para pensar en lo que estaba sucediendo, era algo que no me gustaba, que me parecía falso en cierto sentido, como si el engaño estuviera detrás de tantos enredos y los sucesos surgieran alimentados por alguna clase de ficción premeditada. Sin embargo, en Fez, aquel viejo coleccionista me pedía lo que la propia historia se negaba a conceder. No resultaba fácil conservar la calma después de tantos reveses como había sufrido mi amor propio en los últimos tiempos. Traté de explicarle que deseaba dar con una solución lo más rápidamente posible.

—Está en juego mi propio prestigio —dije, intentando que comprendiera mi desasosiego—. Tengo la impresión de haber hecho el ridículo ante mis colegas y eso me coloca en una situación muy poco apetecible. Quiero aclarar este asunto y, cuanto antes lo haga, mejor.

Said me miró con benevolencia.

—Vosotros, los hombres del norte, siempre tenéis prisa, siempre estáis tratando de luchar contra el tiempo.

Juntó sus manos como si estuviera a punto de iniciar una plegaria y añadió muy serio:

—Luchar contra el tiempo es imposible. Lo que tiene que ser será... pero en su justo momento.

Su rostro se tornó sombrío y en sus ojos se instaló un brillo nostálgico. A continuación, trató de explicarme algo que años más tarde recordaría:

—Aquí en Fez, en la biblioteca de la mezquita Karauín, están las obras de Averroes y las de Avempace, las de Ibn Arabí y las de tantos hombres de Al-Andalus que vivieron en el pasado. A veces me siento en el patio de las abluciones y contemplo a los que vienen a rezar. Me pregunto cuántos de ellos las conocen y me horroriza la ignorancia en la que vive nuestro pueblo. Entonces observo a los estudiosos que suben a la biblioteca. Son hombres viejos, como yo, ancianos empeñados en gastar sus últimos días custodiando una parte del saber humano. Eso es la ciencia. Eso es para mí la sabiduría: algo capaz de vencer el paso del tiempo. Me quedo allí durante largas horas, perdido en mis propias reflexiones y siento que mi desasosiego remite. Me gusta imaginar que hay un espacio real, una especie de pliegue, donde todos estos hombres que habitan en mi memoria se encuentran y se conocen. Es sólo un sueño. Luego vuelvo a la realidad y me doy cuenta de la cantidad de libros que se han perdido por causa de la estupidez humana, la cantidad de voces que ya no podremos escuchar nunca y los conocimientos que se extraviaron sin que nadie guarde memoria de ellos... Es doloroso, pero hay que aceptarlo. El tiempo lo arrasa todo, como el viento que sopla en el desierto; se lleva a los hombres que cabalgan sobre rápidos corceles, a los que dormitan sobre sus camellos, a los que vigilan en la noche... El tiempo sólo respeta los sueños. Contra ellos no puede nada.

Seguíamos sentados junto a la mesa. Nuestros vasos estaban vacíos y, a través de la ventana, entraba un suave perfume dulzón. El cielo se había vuelto añil profundo. Said se levantó y encendió una pequeña lámpara que había en un rincón.

—¿Es ese el motivo de que coleccionas libros? —pregunté.

—Sí, creo que sí —respondió en voz muy baja desde donde estaba—. Trato de incorporar a mi sueño los sueños de los demás.

Me pareció una hermosa observación. Un anhelo colectivo que venciera al tiempo, que lo perpetuara en un gran presente sin límites y sin barreras.

—La prisa, la ansiedad —dijo al sentarse de nuevo frente a mí— son malas compañías para

este tipo de viaje.

Noté que su tono nostálgico había desaparecido. Said sonreía de nuevo.

—¿Recuerdas lo que te conté sobre Ahmed? —preguntó—. El criado del inglés me sirvió de ejemplo. Su locura fue el mejor remedio para comprender que el tiempo pasado es un paisaje engañoso. Está lleno de trampas, de caminos falsos que no llevan a ninguna parte. Como el tesoro de Boabdil, por el que muchos perdieron la razón... Yo también lo he visto. Igual que Yusuf, mi protector, he contemplado la angustia de esos hombres que dedican todo su esfuerzo a encontrar un cofre lleno de monedas... Se equivocan. El verdadero tesoro del pasado no es el oro, ni la riqueza de sus reyes, el verdadero tesoro es la sabiduría, la memoria. Esa es la única herencia que nos puede pertenecer, la única búsqueda que no nos llevará a la perdición. Pero hay que hacerlo con serenidad y lejanía, con calma.

Tomó el medallón que colgaba de su pecho y me lo mostró.

—Mira esta frase. «La distancia es el camino, la sobriedad los pasos.» La llevo cerca de mi corazón para poder sentirla, porque ese conocimiento es superior al de la razón. Lo que entra por el corazón permanece en la memoria, dura más, se recuerda mejor.

Nos quedamos en silencio durante unos largos minutos. El cielo se fue apagando, mientras un aire incierto cubría la estancia como si se tratara de un tenue velo invisible.

—Trata de alejarte. Sepárate de tu propia ansiedad y, dentro de algunos años, verás las cosas más claras. Mientras tanto, hay algo que puedes hacer.

Me sentía como un niño al que le están contando una historia de duendes. Dudando todavía, le pregunté de qué se trataba.

—Busca los libros de plomo —respondió Said con cierta solemnidad—. Sácalos de la cueva de Abenhasim. Creo que es el momento de que vean la luz y tú eres la persona adecuada para hacerlo.

A mi rostro asomó un gesto de sorpresa.

—¿Por qué yo?

—No te extrañes —dijo sonriendo—. He pensado que, de todos aquellos cuantos conozco, eres el único a quien puedo confiar su destino. Creo que has entendido lo que significan para mí.

Y después de una larga pausa, en la que yo trataba de digerir con esfuerzo la nueva situación que se me había presentado, añadió:

—Te servirán y tú los servirás a ellos.

Fue cierto. Las palabras de Said se cumplieron, una a una, como si se tratara de una profecía.

En 1975 conseguí que se iniciaran las excavaciones en el río de la Miel y que me nombraran responsable de las mismas. Encontré los libros de plomo. Perfectos, intactos, tal como aparecían en la historia del manuscrito aljamiado que me había contado el viejo Alfaquí. Los traduje y los edité, lo que me hizo recuperar el prestigio perdido en Egipto. Es más, el hallazgo de estas láminas escritas en el siglo VIII me permitió contrastar los caracteres arábigos de influencia siria con escritos encontrados en el norte de África durante la misma época, y me ayudó a codificar un sistema de puntuación propio de lo que, a partir de entonces, se llamó grafía precordobesa. Su detallado estudio me hizo alcanzar una gran notoriedad y me proporcionó grandes satisfacciones personales. Todo se lo debía a Said. El diario de Al-Siqlabí fue la llave que me abrió las puertas de muchas universidades en toda la zona de influencia mediterránea. Países a los que no había soñado en viajar nunca pedían ahora mi colaboración como experto en ciencias y técnicas historiográficas, un campo mucho más amplio que el meramente lingüístico, que me permitía explorar niveles de conocimiento que antes nunca habría sospechado. Di cursos y conferencias en Damasco, Beirut, Bagdad, Tashkent, Karachi... Asistí a las excavaciones arqueológicas de Dasht el-Kavir y a los últimos descubrimientos del yacimiento de Tel Hariri, en el sur de Mesopotamia, junto al Éufrates. El hallazgo de los libros de plomo me precedía allá donde iba y me proporcionaba la vida que siempre había deseado.

Una vez, en Irak, me encontré con Duchamp. Era el año 1978. Prácticamente, me había olvidado de Egipto y de nuestra desgraciada aventura. Susan me había mandado una breve nota de felicitación cuando publiqué los diarios y Santori, a su vez, me había invitado en varias ocasiones a la Universidad de Florencia, pero en todas ellas yo había rechazado el ofrecimiento, ocupado como estaba en la difusión de mis estudios por territorio oriental, lo que me permitía acceder a fuentes bibliográficas en las que de otro modo jamás habría podido trabajar. No había visto a ninguno de los tres desde los turbulentos días de Kiffa.

Duchamp estaba investigando en la Biblioteca Nacional de Bagdad. El gobierno iraquí le había encargado un proyecto que duraría aún varios años. Cuando nos vimos en su despacho, lo primero que hizo fue preguntarme por el manuscrito de Avempace.

—Es un tema que he decidido olvidar —respondí utilizando unas palabras que no eran mías y que llegaban hasta mis labios como un eco transportado por el viento.

Duchamp me miró con ojos incrédulos.

—¿Demasiadas complicaciones? —preguntó.

Me encogí de hombros, aparentando indiferencia.

—Las que tú viste... que por otra parte me parecen suficientes.

Duchamp se pasó la mano por el pelo. Había encanecido y me extrañó comprobar que le temblaba el pulso de una manera alarmante.

—Pero, dime, ¿has sabido algo nuevo? —insistió, tratando de disimular su interés tras un tono falsamente neutro—. ¿No te han consultado, no han pedido tu opinión?

—No —respondí con cierto resentimiento—. Los egipcios tienen lo que querían: un libro firmado por un autor que, seguramente, no lo escribió nunca.

—¿Eso crees? —dijo Duchamp—. Es curioso... —añadió con suspicacia—. Susan Friedemann piensa lo mismo que tú. Sigue empeñada en que el manuscrito perteneció al califa Al Hakim. ¡Qué estupidez! Eso es totalmente imposible. Se lo dije, pero no quiso hacerme caso.

—¿Por qué estás tan seguro?

Duchamp respondió de forma espontánea:

—Porque era un libro escrito por un judío.

No me pilló por sorpresa. Yo también lo había sospechado en algún momento.

—¿Estás seguro?

Duchamp me miró con arrogancia.

—Me di cuenta enseguida. En cuanto lo vi.

—¿Y bien...?

—Los judíos no han hecho nada que no tenga que ver con la conservación de su ritual religioso o con su afán de enriquecimiento. Y eso carece de interés.

Me pareció una observación peligrosa, más propia de un fanático que de un hombre de ciencia. Pero a Duchamp no le importaba lo más mínimo mi opinión. Sólo le interesaba averiguar si yo mantenía algún contacto con Susan Friedemann.

—Ese maldito libro terminará con ella —dijo volviendo sobre el tema—. Sé que ha estado de nuevo en Egipto y que ha tenido acceso a los manuscritos de Kiffa... Es una pena. Creo que se equivoca. No hay nada que buscar allí.

Como viera que yo no reaccionaba ante sus observaciones, añadió:

—Ha dejado su puesto en la Unesco y anda por ahí, de país en país, buscando datos... Por cierto, tengo entendido que ha estado en España.

Seguramente esperaba que se lo confirmara; pero no lo hice porque era la primera noticia que tenía sobre el tema. Me sorprendió saber que Susan continuaba interesada en la desaparición del manuscrito y también la forma en la que Duchamp hablaba de ella. Imaginé que entre ambos se había producido algún roce y que el Libro de la luz en las sombras podía tener algo

que ver en el deterioro de sus relaciones. Pero, entonces, Duchamp añadió algo que me causó un fuerte impacto:

—Te lo advierto, Mestre, ese jodido libro es un mal asunto. No caigas en la trampa tú también...

Se quedó con los ojos fijos en la ventana, como si estuviera contemplando un mundo invisible y, luego, con una actitud que me pareció sumamente desconcertante, se levantó y empezó a ordenar papeles.

—Tengo mucho trabajo... Hay que hacerlo pronto... Pueden adelantarse.

No entendía su reacción, y salí del edificio preocupado por su estado de salud. De vuelta al hotel, pensé que sería bueno hablar con Susan. Había transcurrido mucho tiempo, pero las palabras de Duchamp parecían indicar que seguía siendo la misma de siempre y que su voluntad continuaba igual de constante e imbatible. Había estado en España y no había hecho nada por verme. Ni una llamada, ni un mensaje... ¿Cómo me recibiría si iba a verla a Ginebra? ¿Qué diría si le preguntaba por el manuscrito de Kiffa? ¿Crearía que trataba de inmiscuirme en su trabajo? Estaba seguro de que, tarde o temprano, acabaríamos por encontrarnos de nuevo y esa posibilidad era algo que no se podía dejar en manos del azar. Después de todo, las casualidades ya habían gobernado demasiado mi vida, no siempre para mal afortunadamente; pero, a pesar de que la suerte me había favorecido en el caso de los libros de plomo, no era partidario de quedarme cruzado de brazos, esperando que el destino tomara la iniciativa por mí. Susan y yo teníamos que vernos, teníamos que volver a hablar de ese libro, y cuanto antes lo hiciéramos, mejor para ambos. Imaginé mil formas para un posible encuentro, todas ellas absurdas y, desde luego, muy poco adecuadas. No quería tropezar con ella por sorpresa, ni arriesgarme a una cita demoleadora. Pensé que sería bueno hablar primero por teléfono y, convencido de que esta opción era la más sensata, pedí desde el hotel una llamada de larga distancia.

Una hora más tarde me pasaron la comunicación. Se oía mal, pero encontré a Susan sorprendentemente afable. Me preguntó por mi trabajo y luego, después de unos segundos de silencio, dijo:

—Me gustaría verte... Tengo algo importante que decirte.

Le pregunté de qué se trataba.

—Es sobre aquel manuscrito... El de Avempace... No puedo contártelo por teléfono... pero dentro de quince días regreso a Egipto. Si pudiéramos vernos allí...

Era una nueva sorpresa que me pillaba un poco a desmano, a pesar de las advertencias de Duchamp. El misterioso pergamino no formaba parte de ninguno de mis planes inmediatos. Hasta ese mismo momento los libros de plomo habían acaparado todo mi interés profesional de los últimos cinco años; y ahora, tal como el viejo Said me vaticinó, veía las cosas con una gran

distancia. No obstante, accedí. Por algún extraño motivo, me sentí impulsado a decir que sí. Iría a Egipto. Quedé en ver a Susan poco después de mi regreso a España. Cuando colgué el receptor estaba desconcertado y de mal humor por haberme comprometido a una cita de la que no podía sacar sino nuevas preocupaciones.

Salí a dar un paseo. El gobierno iraquí me había destinado uno de esos guías acompañantes que sirven para casi todo, pero que jamás te permiten ir a donde realmente deseas. Era un hombre desconcertante. Tenía la apariencia inquietante de un pájaro al acecho. Se llamaba Abdul y me esperaba siempre en el vestíbulo del hotel, ronroneando a mi alrededor como un gato zalamero cada vez que yo dejaba la habitación. Pero, bajo su aspecto empachosamente amable, se intuía una desconfianza hostil y un deseo inequívoco de vigilar mis pasos a toda costa.

Aquella tarde estaba de mal humor, porque tenía la impresión de que yo mismo me había metido en una ratonera de la que sería difícil salir intacto. Quería estar solo, pero Abdul no parecía dispuesto a entenderlo y yo iba viendo crecer mi agresividad por momentos. Habría deseado despedirle, pero sabía de antemano que eso no sería posible, así que me resigné a su presencia. Esperaba, al menos, no tener que refugiarme en cualquiera de los hoteles que a él le gustaba frecuentar, en los que sólo se podía beber un whisky tan adulterado como caro y en los que los iraquíes asediaban a los extranjeros tratando de conseguir una botella por su mediación. Sin demasiadas explicaciones, le obligué a que me llevara hasta la parte vieja de la ciudad. Quería recorrer el centro histórico, deambular entre las mezquitas, por los callejones angostos... Necesitaba que los colores y el bullicio de sus calles dispersaran los recuerdos que la conversación con Susan había instalado en mi cerebro.

Abdul obedeció de mala gana mis indicaciones. Me llevó a través de Yama-el-Merdjamiah con paso inseguro y gesto apesadumbrado. El viejo Bagdad se sumía en la luz del crepúsculo. Era viernes y una gran muchedumbre de hombres se dirigía hacia las mezquitas para realizar la última plegaria. Los cafés estaban casi vacíos y los puestos del bazar desiertos de compradores. Al fondo, hacia el oeste, el cielo se había vuelto grana y las azoteas de las casas brillaban como si estuvieran cubiertas de sangre.

Caminamos a lo largo del barrio oriental y recorrimos las calles más importantes, sin detenernos para descansar. Cruzamos el Tigris en el silencio que precede a la noche, mientras las sombras y un tenebroso paisaje de casas semiderruidas se extendía a nuestro alrededor. Abdul me miraba de soslayo. Pensé que, quizá, él también se había dado cuenta de que detrás de mi deseo de ver Bagdad se adivinaba la búsqueda de otra ciudad lejana e impronunciable: El Cairo. Su nombre surgía entre las ruinas y los escombros de Oriente, acechante y sigilosa como un espejismo que guiara mis pasos.

Llegamos a la puerta de Al Mansur y la atravesamos cuando la noche se había vuelto

absolutamente profunda. El mármol y la piedra apenas reflejaban unos pocos destellos dorados. Entramos en una estrecha callejuela de paredes blancas que serpenteaba en torno al trazado irregular de las casas. Abdul trataba de evitar que siguiéramos adelante.

—Es un barrio peligroso... No hay nada que ver aquí. Sólo ladrones...

—¡Perfecto! —dije con brusquedad—. Me parece que eso es lo que deseo en estos momentos. ¿Dónde está el Bagdad de los pecadores?

Abdul me miraba perplejo, con desconfianza.

—Sí —insistí—. Todas las ciudades guardan algún misterio inconfesable. ¿No hay en todo Bagdad un solo sitio en el que un hombre pueda apagar su sed y saciar sus instintos?

—¿Alcohol...?

Hice un gesto ambiguo.

—¿Mujeres...? ¿Quieres mujeres?

Pareció comprender por fin a lo que me refería.

—Bueno... —murmuró todavía indeciso—. Hay un lugar... tiene hermosas bailarinas...

—¡Magnífico! —exclamé—. Llévame allí.

Abdul se encogió de hombros, dando a entender que si me había vuelto loco era cuestión mía. Luego, miró a su alrededor, tratando de encontrar el camino, y se decidió a guiarme entre un laberinto de callejuelas, todas igual de estrechas y solitarias, hasta un pequeño tugurio que se encontraba en uno de los arrabales más miserables de la ciudad. Era un edificio sombrío, de una planta, que se alzaba en medio de un descampado utilizado como vertedero, más allá de la última casa del barrio de Khubaysah. Junto a la puerta de entrada, había varias mujeres de aspecto ajado que aguardaban a los posibles clientes. Abdul las apartó sin contemplaciones cuando se acercaron a mí.

—No vayas con ellas —me aconsejó—. Están enfermas.

Debo confesar que nada más llegar ya me había arrepentido de mi osadía. Pero no dije nada. Dejé que Abdul me presentara al dueño de la sala y que nos sentaran a una de las mesas laterales de la pista, fuera del agobiante calor de los focos que pendían sobre el escenario. Una mujer de prominentes curvas ejecutaba la danza del vientre, entre los acordes desfallecidos de algún magnetófono viejo.

Nos sirvieron una botella de arak y un platillo de frutos secos que sabían a mohó. En la sala reinaba un ambiente asfixiante, una mezcla de vómitos, tabaco aromático y sudor. Los hombres escupían en el suelo de tierra y los camareros lavaban las copas sumergiéndolas en un cubo depositado a los pies del escenario. Por todas partes había una gruesa cortina de humo y un enjambre de voces estridentes que apagaba cualquier intento de conversación.

Entre las sucesivas actuaciones había apenas unos minutos de descanso. Pero todas eran igual de tediosas: mujeres demasiado gruesas, pintadas de forma exagerada y con escasas dotes

artísticas. Abdul me había cedido el mejor sitio y se había colocado de espaldas al escenario. De vez en cuando, volvía la cabeza y elogiaba la actuación o la improbable belleza de una de las bailarinas. Estaba empezando a desear salir de aquel tugurio infecto, cuando una nueva figura femenina surgió tras la cortina que cubría el escenario. Venía acompañada por sus propios músicos y parecía hermosa, a pesar del litham semitransparente que protegía su rostro. Llevaba un corpiño de brocado, evidentemente gastado, y unos anchos pantalones con la cintura de pedrería. En la cabeza lucía un haram de seda verde.

Apareció sin que la anunciaran y se quedó con los ojos bajos, fijos en la punta de sus pies descalzos, esperando que los músicos se sentaran y pusieran en orden los instrumentos. Nadie la miraba y ella no miraba a nadie. Recuerdo que mientras Abdul bebía arak de espaldas a la pista, encontré un placer inusual en la contemplación de sus gestos y que recorrí la figura de la mujer con un extraño regocijo. Esperaba que comenzara la danza, ver cómo ese cuerpo, semiborroso por las volutas de humo que llenaban la sala, empezaba a moverse. Había en ella algo especial, un halo de elegancia y delicadeza que contrastaba con la vulgaridad del local.

Sonaron los primeros acordes. Las voces se apagaron y los rostros del público se volvieron hacia el escenario, donde ella comenzaba a mover lenta y acompasadamente los brazos. Los extremos del haram estaban sujetos al dedo corazón de cada mano, de modo que la gasa ocultaba y cubría alternativamente un talle perfecto y mostraba el desnudo de su piel morena y mate.

—¿Te gusta? —preguntó Abdul con los ojos risueños, contemplando con satisfacción el interés que yo sentía por los inicios de la danza.

Los músicos redoblaron el ritmo y uno de ellos comenzó a cantar con voz quebrada. La chica les siguió, lenta e insinuantemente al principio, descomponiendo cada uno de los golpes que ellos daban sobre la piel de sus rudimentarios tambores con movimientos de las caderas, con oscilaciones de los hombros que hacían temblar sus pechos entre el corpiño como si se trata de palomas a punto de iniciar el vuelo. La sala entera quedó enterrada bajo su baile. En las mesas, los espectadores empezaron a sonreír embriagados por el movimiento de su cuerpo y seguían con palmas el ritmo que marcaban los adufes. Era difícil pensar en otra cosa.

La música se fue haciendo más y más intensa, obsesiva y rápida como los movimientos de una cobra a punto de atacar. El ambiente subió de tono, hasta llegar a un punto en el que parecía que todos los corazones, pendientes del movimiento desenfrenado de aquellas caderas, fueran a estallar. El haram cayó de su cabeza y un murmullo de admiración recorrió la sala cuando sus hermosos cabellos negros comenzaron a soltarse. La música seguía creciendo. Ella pasaba ahora el haram por debajo de sus nalgas, con los ojos perdidos en un éxtasis que los hombres acompañaban con palmas y gritos salvajes.

—Es una antigua danza del desierto —dijo Abdul echándose sobre la mesa—. Tiene que

resistir hasta que las fuerzas la abandonen.

Pensé que sucedería muy pronto, pero no fue así. Durante casi quince minutos la muchacha siguió bailando, los músicos consiguieron mantener ese ritmo imposible y ella les seguía, obediente, dócil, con todo su cuerpo quebrado en una avalancha de agitación que parecía provenir de una entrega ritual incontrolable. Era una ofrenda de sensualidad sin límites, el cuerpo entregado al frenesí de los hombres, a la contemplación de sus hermosas formas cubiertas por gasa y sonido. Cuerpo de ámbar como el de Sophie, generoso ante el esfuerzo, productor de mil sensaciones embriagadoras... Sus dedos tejían en el aire finos hilos de plata, dispuestos a enrollarse en torno a mi garganta...

¿Por qué pensé en Sophie? ¿Por qué la bailarina me recordaba de pronto su cuerpo ardiente, su piel oscura...? ¿Por qué esos pies eran sus pies y su rostro, todavía cubierto por el litham, prometía ser el rostro perdido tras una mentira? ¿Un sueño? ¿Una evocación? Nada de aquello tenía sentido, pero cuanto más la miraba, más clara y presente se hacía la memoria de Sophie en el hotel de El Cairo, extenuada sobre las sábanas, con los ojos cerrados en una simulación perfecta del éxtasis que le había producido mi contacto.

Sucedió en un instante. La chica cayó sobre el suelo del escenario, como un papel que flotara en el aire, suavemente, sin violencia. Los gritos de los asistentes celebraron el final, en medio de una estridente ovación. Algunos se acercaron a la pista, pero los músicos levantaron el cuerpo inerte de la bailarina y se la llevaron. Un segundo antes de que desaparecieran tras la cortina que cerraba el escenario, la muchacha abrió los ojos y se volvió. Su mirada y la mía se cruzaron por un instante.

—¡Vamos! —dije poniéndome en pie—. ¡Quiero ver a esa mujer!

Abdul tartamudeó una objeción.

—Eso no puede ser...

Pero yo había cruzado la sala, subido al escenario y penetrado a través de la cortina. Vi cómo la sacaban por la puerta trasera. Dos o tres hombres me miraron con hostilidad, pero no podía detenerme. Quise seguirla, a pesar de todo. Abdul me alcanzó y me cogió del brazo implorante:

—¡No debes ir! Has bebido demasiado arak.

¿Cómo explicarle que tenía que saber...? ¿Cómo decirle que no eran sólo los vapores del alcohol...?

El dueño del local se acercó con una mujer de ojos negros, cubiertos exageradamente de kohol.

—¿Qué quiere el extranjero? —preguntó a Abdul.

—Quiero ver a la bailarina —respondí con arrogancia, utilizando mi mejor acento árabe.

—Eso es imposible —respondió él bajando la voz—. No es iraquí. Está guardada por los hombres de su clan. Nadie puede verla.

Ante la puerta trasera, a cuatro pasos de nosotros, un grupo de hombres jóvenes me miraba con actitud amenazante. El dueño del local me empujó suavemente hacia un rincón.

—Si quieres mujeres, tengo muchas... Son hermosas y libres, como la que está a mi lado —dijo señalando a la prostituta que le acompañaba—. Pero esa no... esa no puede ir contigo.

Le aparté con violencia y me alejé de allí.

Volví a la mesa y pedí más arak. Abdul se acercó al cabo de un rato, con gesto sombrío.

—Es mejor que nos vayamos —dijo, quedándose de pie junto a su silla.

—No —respondí—. He pedido otra botella. Todavía es pronto. Siéntate.

Obedeció de mala gana. Sobre el escenario se representaba una danza múltiple que parecía el final de fiesta. Muchas de las mujeres que habían bailado en solitario se esforzaban ahora por conseguir unas monedas que los borrachos arrojaban a sus pies.

El camarero dejó la botella de aguardiente sobre la mesa. Me serví, llenando la copa hasta el borde. Antes de irse, el hombre se inclinó sobre Abdul y murmuró algo en su oído. Abdul me hizo una seña.

—Tienes suerte —dijo sin demasiado entusiasmo—. La chica ha dicho que quiere verte.

Se acercó, inclinándose hacia delante, y añadió:

—El camarero puede llevarte hasta ella. Dentro de una hora, cuando todos duerman.

Luego, Abdul se recostó sobre el respaldo y me advirtió:

—Yo que tú no iría. Esas mujeres engañan a los extranjeros y les quitan el dinero.

Sabía que eso era lo más probable, pero el recuerdo de Sophie se había convertido en una obsesión y la vana esperanza de estar junto a alguien que se parecía tanto a ella me hizo abandonar cualquier precaución. El camarero esperaba junto a la mesa. Dije que estaba de acuerdo, que iría a verla.

Esperamos hasta que cerraron. Después, Abdul y yo aguardamos al camarero en la parte de atrás, junto a la entrada de un pequeño cementerio. Era una noche sin luna, oscura y fría. Mi compañero se mostraba inquieto. Cuando el hombre que esperábamos llegó, nos estrechó la mano como si fuéramos los mejores amigos del mundo y elogió la belleza de la bailarina, su virtud y su modestia como si alguno de los dos fuera a casarse con ella. Abdul hizo un par de comentarios sarcásticos que le obligaron a cerrar la boca. Caminamos en silencio por el descampado, hasta llegar a unas barracas donde no había la más mínima iluminación.

—Hay que tener cuidado —dijo el camarero—. La chica no es una de éstas. Duerme sola, pero los hombres están cerca. Tienes que marcharte antes de que salga el sol.

Luego se dirigió a Abdul:

—¿Tú también quieres una mujer?

Abdul hizo un gesto negativo.

—Están sanas. No son prostitutas, no van con cualquiera.

—¿Qué son, entonces? —preguntó Abdul con evidente desprecio.

Nos paramos a diez metros de una barraca. El camarero bajó la voz.

—Son kurdas, de las montañas. Llegan a Bagdad huyendo de la miseria y tienen que hacer lo que pueden por sobrevivir. La chica tiene una hermana. Está con ella, así que podéis entrar los dos.

Alguien abrió sigilosamente la puerta del cobertizo. No se veía ninguna luz en el interior. Abdul me hizo una seña y dijo:

—Espera, entraré primero.

Se adelantó y, al cabo de unos segundos, indicó con un rápido gesto que me acercara. No se veía nada. Tanteé la pared y penetré en la barraca. Abdul se había acostado sobre una alfombra y una de las mujeres encendía una vela a su lado. La llama, minúscula, sirvió para que echara un rápido vistazo a la estancia. No había camas, sólo un par de esteras cubiertas por un tapiz de gruesa lana. Las chicas llevaban el rostro descubierto. Abdul señaló a una de ellas, como diciendo: «Ahí está lo que buscabas».

La miré. Era demasiado joven. Su cuerpo adolescente flotaba dentro de un caftán verde y sus ojos sonreían con malicia. Se acercó y me tomó de la mano. Apagaron la vela.

—No te asustes. Es por precaución. No deben ver luz —murmuró la muchacha a mi oído.

Me llevó hasta una de las esteras y empezó a acariciarme con manos ágiles. Me fue quitando la ropa, sin ninguna urgencia, lentamente, hasta que quedé desnudo sobre el duro lecho. En la esquina opuesta de la habitación se oían los jadeos de Abdul. La chica se quitó el caftán y se tendió a mi lado. Tenía miedo de poner mis manos sobre ella, porque temía que la ensoñación de haber recuperado a Sophie desapareciera al hacerlo. Ella deslizó una pierna entre las mías y me acarició el vientre. Sentí el roce de sus pezones contra mi pecho y me decidí a hacer aquello por lo que estaba corriendo tantos riesgos. Me coloqué sobre su cuerpo. Ella se acopló rápidamente y consiguió que la penetrara sin más preámbulos. Luego se quedó inmóvil, esperando que todo terminara. De vez en cuando, murmuraba unas palabras cariñosas que sonaban terriblemente obscenas en sus labios, porque estaban teñidas de una falsedad que no podía engañar ni al más crédulo de los hombres. Cuando todo acabó, me apartó suavemente y trató de incorporarse. Noté que pretendía vestirse de nuevo. La atraje hacia mí, insatisfecho. Quería encontrar las huellas de un cuerpo que perturbaba mi memoria: el de Sophie. La danza del desierto y el hermoso movimiento de las caderas de la bailarina deambulaban todavía por mi conciencia. Aparté el caftán de sus manos y lo arrojé al suelo. La chica se quedó quieta. Palpé sus senos con urgencia y descubrí que eran demasiado grandes para pertenecer a la misma mujer que me había fascinado sobre el escenario. Ella trató de rechazar mis caricias. La retuve con fuerza. Puse las manos sobre su talle. El vientre estaba anormalmente abultado, lo que me hizo sospechar rápidamente que estaba embarazada. Me incorporé de un salto.

—¡No es ella! —exclamé.

La muchacha se abalanzó sobre mí intentando abrazarme.

—¡Vámonos, Abdul! —dije, apartando con repugnancia sus labios de mi cara—. Nos han engañado.

Abdul respondió con un gemido de protesta.

Me acerqué a la estera donde yacían los otros dos, tropezando varias veces en la oscuridad. La muchacha encendió de nuevo la vela. Abdul me miraba como si me hubiera vuelto loco.

—No es la bailarina —repetí—. Mírala. Está encinta.

Abdul echó un vistazo. La chica se cubría el cuerpo con el caftán.

—¡Vístete! —ordené, cogiendo a Abdul por un brazo—. Nos vamos de aquí.

Se incorporó de mala gana y cogió su ropa. Las muchachas empezaron a protestar en voz alta. Pedían su dinero. Saqué unos dólares y los arrojé sobre la estera. Ellas siguieron maldiciendo y gritando.

—Salgamos antes de que se despierte todo el mundo —dijo Abdul viendo lo que se avecinaba.

Alcanzamos la puerta a medio vestir. Las chicas trataban de retenernos en medio de un griterío incomprensible. Unas cuantas sombras surgieron precipitadamente en la oscuridad de la calle.

—¡Corre hacia el cementerio! —murmuró Abdul—. Trataré de despistarles.

Oí sus pasos, iniciando una carrera en dirección opuesta, y corrí a mi vez, tratando de poner tierra por medio. Venían tras de mí. No podía verles bien, pero sus insultos y sus maldiciones fueron quedando atrás, a medida que me alejaba de la zona en la que se encontraban las barracas.

Cuando, después de vagar durante quince minutos por los descampados, alcancé el cementerio y subí hacia el barrio de Khubaysah, estaba exhausto. No se veía un alma en las callejas mal iluminadas. Traté de alcanzar la puerta de Al Mansur, pero todos los caminos parecían el mismo. Di vueltas y más vueltas, acosado por mi propia sombra. En una pequeña plaza, me encontré con una vieja que cerraba con llave una cancela. Llevaba sobre la cabeza dos grandes hogazas de pan. Le pregunté por el Tigris. La mujer me miró con desconfianza y, luego, al observar detenidamente mi aspecto, esbozó una sonrisa y señaló hacia el este. Seguí sus indicaciones y pronto descubrí uno de los puentes que unían las dos orillas del río. Iba a cruzarlo, cuando alguien me llamó por mi nombre. Era Abdul.

Comprobé que estaba solo y corrí hacia él. Abdul se tambaleaba. Cuando llegué a su lado vi con espanto que tenía una gran herida en la cabeza y que la sangre había teñido de rojo su camisa.

—Una piedra —dijo.

Busqué un pañuelo y se lo coloqué sobre la frente.

—Vamos al hospital —propuse—. Tienen que coserte esa herida.

Abdul me miró con hostilidad.

—¡Extranjeros...! —murmuró—. Todos hacen lo mismo.

No sabía qué decir. Abdul dirigió sus pasos hacia el puente. Caminé a su lado en silencio, avergonzado y contrito por mi estúpido comportamiento. De vez en cuando le miraba para comprobar si seguía sangrando, pero su gesto se había vuelto enemistoso y huraño.

Pronto nos encontramos en una ancha avenida, por la que circulaban algunos coches. Paramos un taxi. Abdul me hizo subir. Yo me sentía culpable y deseaba darle una explicación, pero él no parecía dispuesto a la conversación. Cuando llegamos al hotel, me detuve junto a la puerta y murmuré:

—Siento lo que ha pasado. Creo que me he dejado llevar por la imaginación. Verás, por un momento tuve la impresión de que esa chica era alguien a quien conocí en el pasado. Ahora no sé...

Abdul se volvió hacia mí y dijo:

—Otra vez, si quieres beber, iremos a un hotel y si quieres mujeres pide que te manden una chica de confianza a tu habitación.

Entramos en el vestíbulo y, a pesar de su estado, subió conmigo en el ascensor.

—La bailarina se parecía a ella... —intenté explicar de nuevo.

Abdul se llevó la mano al pecho, como si estuviera tratando de contener su furia. Luego movió la cabeza con cansancio.

—Las mujeres europeas no deberían vivir en Bagdad. Sólo crean problemas.

—¿Europea? —pregunté súbitamente agitado por ese desliz.

Noté que Abdul se arrepentía de haber hablado.

—¿La conoces? ¿Sabes quién es?

Negó repetidamente con la cabeza. El ascensor se abrió en la cuarta planta. Abdul intentó salir, pero no se lo permití.

—¿Quién es? ¿Dónde puedo encontrarla?

Le había cogido por el cuello de la camisa con rabia. En esos momentos habría sido capaz de estrangularle allí mismo, en el interior del ascensor del hotel, pero su rostro ensangrentado me disuadió de emplear la violencia. Acaso también me hiciera desistir la mirada amenazante que me golpeó en el rostro como una hoja de acero. Noté que estaba tan furioso como yo.

—¡Estúpido español! —rugió en voz baja—. ¿Crees acaso todo lo que ven tus ojos? Eres un hombre hecho y derecho, has viajado por el mundo, sabes leer en los libros antiguos como en un periódico, puedes hablar árabe con los árabes y hebreo con los hijos de Israel, pero eso no te sirve de nada.

Me empujó violentamente afuera del ascensor y, antes de que yo pudiera reaccionar, apretó el

botón de bajada. Las puertas comenzaron a cerrarse. Entonces, Abdul soltó una carcajada.

—¿No has aprendido a desconfiar de lo que resulta demasiado evidente? —oí que gritaba desde dentro—. Lo que tú buscas no está aquí.

Luego, la voz quedó deformada, ahogada como si surgiera del fondo de la tierra.

—Vuelve a Egipto —creí entender—. Allí la encontrarás.

Permanecí sin saber cómo reaccionar durante unos instantes. Luego corrí escalera abajo, con intención de atraparlo en el vestíbulo, pero cuando llegué Abdul se había evaporado.

Sabía que era absurdo intentar buscarle, lo mismo que era absurdo regresar al local donde había visto a una mujer que se parecía a Sophie. Absurdo y peligroso.

Aquella noche no pude dormir. Todos habían vuelto. En cuestión de horas, Bagdad se había transformado en el lugar de cita de los fantasmas del pasado. Susan, Duchamp, Sophie... Un conjunto de señales de muy distinta naturaleza que iban formando círculos concéntricos alrededor del manuscrito de Avempace. Otra vez sentía en mí el veneno que había obligado a la doctora Friedemann a dejar su trabajo en la Unesco y, como ella, yo también parecía dispuesto a precipitarme en el caos.

Al cabo de unas horas de insomnio pertinaz, me atrapó de improviso el sueño. Duró tan sólo unos minutos, el tiempo suficiente para que presenciara aquellas imágenes, deformadas hasta lo irreal y restauradas con trazos sobrenaturales. En una escalofriante visión llena de contenidos ocultos, Al-Siqlábí peleaba en silencio contra los genios de la isla de los Confines del Mundo, mientras Susan recitaba con voz sombría:

—La sabiduría pertenece a aquel que conoce los tres libros y domina las tres lenguas; sólo él podrá horadar el tiempo hacia el pasado, sin temor a que la polea caiga dentro del pozo.

Era una extraña profecía, y no sé por qué pensé que se refería a mí. Susan se derramó sobre el suelo como si fuera una mancha de alquitrán y en ese mismo lugar nació un desierto de piedra. El viento sopló durante siglos. Observé como el tiempo pasaba sobre nosotros, recitando el nombre de todos aquellos que vivieron sobre la tierra hasta llegar a nuestros días. Entonces, como si un mago infernal le hubiera hecho surgir entre nubes de azufre, emergió Abdul. Parecía distinto. Se acercó y vi que iba vestido tan sólo con un sirwal de brocado. Su cabeza estaba coronada por un enorme pico de pájaro y sus pies parecían las pezuñas de un animal extraño. Sophie estaba con él. Llevaba el rostro cubierto por un velo y bailó ante mí la danza del desierto. Abdul encendió un fuego de color azul, echó en él incienso y almizcle, y me tendió una copa de arak, mientras Sophie se movía como una larga serpiente ondulada. Supe que iba a beber, que no podría evitarlo. Cogí la copa, la acerqué a los labios. La danza seguía y seguía... mientras yo intentaba abrir una puerta cerrada con tres candados. Entonces, escuché a Abdul recitar:

—Sobre los Baluartes de Babilonia está el trono del Patriarca.

En ese momento, conseguí abrir la puerta. Detrás había un hombre que estaba de espaldas.

Tenía un gran caldero humeante ante sí y consultaba un libro. Se volvió y vi que era Duchamp. Se volvió otra vez y vi que era Santori. Cuando llegué a su lado se había transformado en Galata.

—Ablata ex oculis veritate —dijo—. La materia cambia su forma. Mira, mira en el caldero, verás al ouroboros.

Me asomé a la pócima verde que bullía entre nubes de humo amarillento y vi una gran serpiente devorándose a sí misma por la cola. Tenía tres orejas que representaban los tres vapores sublimes y cuatro patas que hacían referencia a los cuatro metales fundamentales. Abdul se acercó y contempló el caldero por encima de mi cabeza.

—La serpiente —dijo— es creadora de vida y portadora de muerte.

En ese momento desperté aterrado. La habitación estaba iluminada por la luz oblicua de la mañana, pero a mí me pareció un lugar cubierto de tinieblas. No podía moverme. No me atrevía. Durante un buen rato permanecí paralizado, con los ojos abiertos, mirando al techo de mi habitación.

Estaba empapado de sudor. El temor me había atrapado por sorpresa. A pesar de lo que había querido hacer creer a Duchamp, no me había olvidado del libro, sólo había intentado escapar de él. El sueño había sacado a la superficie mis temores y toda una larga lista de incógnitas sin aclarar. Pero, sobre todo, me había devuelto la certeza de que el manuscrito de Avempace y yo estábamos enredados en la misma tela de araña. Deseaba librarme de esa molesta sensación y, por algún motivo, sabía que eso no sería posible hasta que se aclarara el extraño caso del Libro de la luz en las sombras y el contorno de una figura incompleta, que todavía no acertaba a definir, quedara resuelto con nitidez y a la vista de todos.

Pasaron un par de días y Abdul no apareció. Era de esperar. Ni siquiera pedí otro guía. Tampoco intenté buscar a Sophie. Empezaba a creer que todo lo que me estaba sucediendo obedecía a un extraño ritual y que alguien colocaba previamente las piezas para que yo las moviera. No quería continuar siguiéndole el juego. Sabía que, tarde o temprano, la solución del enigma se cruzaría de nuevo en mi camino. Cuando llegara el momento. Sólo era cuestión de estar atento y no dejarse tentar por las apariencias.

Me hice fuerte en esa idea una noche, al cabo de tres o cuatro días, cuando unos golpes en la puerta de mi habitación me sacaron súbitamente del sueño. Encendí la luz y vi que alguien deslizaba un sobre por debajo de la puerta.

Era una carta de Santori. El sobre estaba abierto sin ningún disimulo. Alguien había escrito apresuradamente en la parte posterior del mismo:

Nunca conseguirás a la mujer porque pertenece a otro, nunca conseguirás el libro, porque ya tiene dueño. Sólo la serpiente te espera al final del camino, sólo las tinieblas...

Naturalmente, cuando abrí la puerta para preguntar qué demonios significaba aquello, no vi a nadie. Me dispuse a ver qué tenía que decir el italiano. El contenido de la carta era asombroso, pero habíamos llegado a un punto en el que muy pocas cosas podían sorprenderme. Leí lentamente al principio, con ansiedad después y, finalmente, con cierta angustia imposible de soslayar. La carta decía así:

Mi buen amigo Mestre:

He tratado de verte durante mi última estancia en Madrid, pero no logro dar contigo. Supongo que te encontrarás por esos mundos, sujeto a la voracidad de nuestros inefables colegas que, como tú y yo sabemos, son la especie más aburrida que existe. Te dejaré esta carta en tu domicilio madrileño y podrás leerla cuando regreses. Me imagino la cara que pondrás. Lástima que no pueda verla.

En fin, iré directamente al asunto. ¿Recuerdas lo que hablamos en el barco que nos sacó de Egipto? ¿Esas historias sobre la alquimia y el ouroboros, mis suposiciones sobre la hermana de Al Hakim y la muerte del califa cuando paseaba en burro por las colinas Muqattam? Bueno, pues después de leer esta historia podrás juzgar tú mismo.

He estado trabajando en los códices de Monte Casino, cinco piezas procedentes del siglo XII, cuyo único interés reside en la mezcla de escrituras, ya sabes, opus monaci, en una época de transición entre la fórmula carolingia y la gótica, pobres de ornamentación, pero muy curiosos en el empleo de tintas polícromas y en la preparación del pergamino. Creo que te gustaría echarles un vistazo. En uno de estos libros, un pequeño y desconocido volumen titulado Exposición de la herejía, atribuido a un monje llamado Juan de Auvernia, hay un capítulo dedicado a los masebitas, una de esas órdenes heréticas que surgieron por mor de los concilios y los dogmas y que luego desaparecieron sin dejar un solo dato histórico, de modo que uno acaba por dudar siempre de su existencia. Al parecer, los masebitas eran oriundos de una isla mediterránea, Chipre o Malta, no sabría decirte, y se establecieron en Egipto, muy cerca de El Cairo, «en una montaña poblada de demonios y fantasmas a la que las gentes no osaban acercarse». Sorprendente, ¿verdad? Llegaron allí huyendo de las persecuciones a las que fueron sometidos después del Concilio de Nicea. Según el monje Juan de Auvernia, los masebitas eran una orden dedicada al estudio, poseían gran cantidad de libros escritos en todas las lenguas y cada uno de ellos era sabio en una o varias disciplinas. Su fama fue tan grande como los esfuerzos que la historia ha hecho para olvidarse de ellos. ¿Por qué? Cometieron un gran pecado: impugnar el valor sagrado de los Evangelios. Al parecer, esta insistente erudición les había llevado a observar ciertas anomalías en la veracidad histórica de los textos sagrados y habían denunciado que no se trataba de una simple casualidad, sino de un pacto secreto de los primeros padres de la Iglesia por eliminar todo rastro del más polémico de los Apóstoles. ¿Quién? Los masebitas sostenían que los apóstoles no eran doce, sino trece, y que entre los seguidores de Jesús había una mujer. Esa mujer, que el monje Juan de Auvernia aventura ingenuamente podía ser María Magdalena (yo no lo creo y tú tampoco lo creerás después de leer esto) tenía un gran poder y, según reza la herejía que nos ocupa, llegó a rivalizar con el propio Jesús en la importancia de los milagros que realizaba. Sanaba a los moribundos, curaba las llagas de los leprosos con sólo poner su mano sobre ellos y conocía tantas lenguas como en el mundo habían sido desde el comienzo de los tiempos. Para que no le faltara ningún atributo era tan hermosa que parecía un ángel y todos cuantos se hallaban a su lado se deleitaban en contemplarla. No sabemos su nombre, pero Juan de Auvernia la llama Miriam, ya sabes, la versión judía de María. ¿Es sólo una suposición para hacer coincidir esta misteriosa figura con la de la pecadora María Magdalena o se trata de un personaje distinto cuya verdadera identidad se ha perdido en el desván de la historia? Supongo que sacarás tus propias conclusiones.

Los argumentos de los masebitas eran más que peligrosos: por un lado, dejaban un poco disminuida la figura de Cristo, al admitir una poderosa rival cuya santidad era más bien dudosa y cuyo poder residía en la magia y en el conocimiento. ¿Hasta qué punto estos poderes femeninos eran obra de Dios? Juan de Auvernia asegura que esta tal Miriam era una enviada del mismísimo Satanás, que trataba así de ensombrecer la figura de Jesús y que había sido infiltrada entre las filas de sus seguidores con el claro objetivo de hacerle caer en las peores tentaciones carnales. El pobre monje no se da cuenta de que con tales argumentos acepta la herejía masebita y, desde luego, no se pregunta por qué Jesús la mantuvo a su lado y por qué la admitió como uno más de los apóstoles.

Bien, el caso es que los masebitas sostenían que Miriam (o María) procedía de algún lugar de Egipto y que poseía la sabiduría de los faraones, una especie de legado que pasaba de mano en mano a lo largo de generaciones y cuyas depositarias eran siempre mujeres. Te conté una vez algo parecido sobre la alquimia, ¿recuerdas? He vuelto a revisar el Zmouth y la historia esa de que ciertos ángeles revelaron a las mujeres los secretos de la naturaleza y que por ese motivo fueron expulsados del paraíso. Veo ciertas coincidencias de fondo entre ambas versiones, como tú mismo podrás observar.

Te estarás preguntando qué tiene todo esto que ver con el libro de Avempace. Verás, estamos en el siglo XI. El Cairo ya es una ciudad famosa en todo Oriente. Al Hakim ha proclamado su divinidad con la oposición de su hermana. Se dictan decretos contra las mujeres y se limita la influencia de cristianos y judíos en la corte. Reina el descontento social entre las minorías. En el monte Muqattam (estarás de acuerdo conmigo que es el mismo lugar al que Juan de Auvernia se refiere cuando habla de «una montaña muy cerca de la ciudad, poblada de demonios y fantasmas») los masebitas continúan con la vieja tradición de la sabiduría monacal. Viven entregados al estudio. Por lo que Juan de Auvernia cuenta, los deberes religiosos habían ido pasando a un segundo plano y esta congregación era más un grupúsculo hermético que una verdadera orden monástica. Aislados del resto de los monasterios cristianos, poseían una gran riqueza bibliográfica que ocultaban a los ojos del mundo con gran recelo. Me pregunto qué habrá sido de todos esos libros. Quizá alguno de los que encontramos en Kiffa les perteneció antaño, ¿no crees? Juan de Auvernia cita una larga lista de materias: «Historia, filosofía, astronomía, medicina, matemáticas y geometría, así como libros sobre el poder de las plantas y otros muchos de magia, que sin duda habían sido escritos por el diablo». Bueno, pues imagínalos en la soledad de las colinas Muqattam, entregados a una pasión secreta que el resto de Occidente no comparte en absoluto.

Y ahora viene lo más interesante: la desaparición de los masebitas, que constituye la parte fundamental y más jugosa del relato de Juan de Auvernia. Te transcribiré los trozos más relevantes:

Y como no podía ser de otro modo para quienes habían sucumbido bajo el poder de Satanás, el demonio mismo se adueñó de aquel recinto de herejía. Durante todo un año, sin que nadie supiera por dónde entraba, pues tanto puertas como ventanas permanecían cerradas con todos sus cierres, una misteriosa figura de mujer les visitaba. Nadie pudo ver nunca su rostro, ni saber su nombre. Se cubría con el velo que usan las mujeres musulmanas y acudía a las celdas cuando los monjes dormían. Cada noche yacía con todos y cada uno de ellos, en secreto, y cada noche también conversaba largamente con sus amantes y les seducía para que le confiaran toda su sabiduría. Cuando se cumplió el año de estas singulares visitas, los monjes habían compartido con ella grandes secretos que la orden había guardado con sumo celo durante años. Y cuando esto sucedió, como si toda la maldad del infierno hubiera decidido subir a la tierra, el califa de El Cairo tuvo noticias de la existencia de esta misteriosa mujer, y dio en creer que era su propia hermana que le preparaba traición de acuerdo con los cristianos, y por este motivo mandó sus tropas al monte donde se producían las misteriosas apariciones. Los soldados musulmanes arrasaron el monasterio

y mataron a los monjes herejes en medio de un sinfín de sufrimientos. Sus riquezas y sus manuscritos perecieron para siempre pasto del fuego, no quedando una sola palabra escrita sobre la orden, ni su aberrante herejía. Y así fueron castigados, por la mano de quien no debía defender la verdad de la Fe, aunque hizo con ello un gran favor a la Santa Iglesia de Cristo. Sólo el Bienaventurado sabe dónde mora la Verdad y Él sólo conoce el Camino.

No diré nada más, amigo Mestre. Creo que es suficiente. Por mi parte, estoy dispuesto a colaborar contigo si decides volver a investigar el tema del manuscrito de Avempace. Comprenderás que las cosas han cambiado y que siento un gran interés por toda esa historia. Ponte en contacto conmigo en cuanto te sea posible. Espero tus noticias.

LUCA SANTORI

Primero Duchamp, después Susan y ahora Santori... a todos les interesaba de pronto el libro. Curiosamente, el menos motivado por emprender una nueva investigación sobre lo sucedido en Kiffa era yo. Digamos que no me sentía demasiado optimista y que algo, en mi interior, me forzaba a no tomar ninguna decisión concreta.

Hice lo que tenía que hacer en Bagdad. Asistí al congreso, leí mi ponencia ante un grupo de expertos, entre los que estaba Duchamp, y rechacé un par de asistencias más a Amann y Damasco, que antes encajaban en mi agenda con una oportunidad perfecta, pero que ahora, ante la posibilidad de volver a El Cairo, habían perdido todo sentido. No volví a ver a Abdul.

En cambio, todavía tuve una curiosa conversación con mi colega francés. Cuando Duchamp y yo nos despedíamos en el vestíbulo del palacio de las Naciones, donde había tenido lugar el congreso, le conté que iba a encontrarme con Susan y noté claramente que esta idea le causaba un profundo malestar.

—¿No pensarás en volver allí?

Era evidente que algo le ponía muy nervioso. Observé que en sus labios se dibujaba un rictus amargo.

—Ten cuidado —añadió con una insólita brusquedad—. Creo que ese asunto se está convirtiendo en algo muy peligroso.

—¿Por qué dices eso?

—Ni siquiera sabes lo que estás buscando. Ese libro es... Nada nos ha salido bien desde que lo encontramos.

—¿Encontramos? —objeté con cierta ironía.

Duchamp se pasó la mano por la frente. Otra vez temblaba. Me miró como si no me viera y dijo con una inexplicable preocupación:

—Es un momento muy delicado para inmiscuirse en ciertos asuntos. Los egipcios están

negociando la paz por su cuenta, establecen alianzas al margen de la Liga Árabe. Hay rumores... puede ser que estallen focos de violencia... Me temo que puedes meterte en la boca del lobo.

Era una advertencia, desde luego, pero no pensé que Duchamp estuviera demasiado interesado en mi seguridad personal.

Le rebatí sus argumentos en el mismo tono impaciente que él había usado conmigo.

—No veo qué tiene que ver la política con los manuscritos de Kiffa. Pensé que te referías a eso cuando dijiste que el asunto era peligroso.

—Olvidas que te secuestraron y que el servicio secreto egipcio te obligó a dejar el país.

—No me obligaron. Estalló una guerra, si mal no recuerdas.

Duchamp se encogió de hombros, dando a entender que eso le sonaba a disculpa. Yo argumenté:

—Susan ha vuelto en varias ocasiones, tú mismo me lo has dicho. No creo que haya tenido ningún problema y no veo por qué voy a tenerlo yo. Somos investigadores, no espías.

Entonces, Duchamp sonrió misteriosamente y añadió mientras me estrechaba la mano:

—Ten cuidado con Susan Friedemann. Yo que tú no me fiaría demasiado de ella.

Esas palabras todavía resonaban en mi cerebro cuando, un mes más tarde, mi avión aterrizaba en el aeropuerto de Heliópolis. Desde el aire había visto la inmensidad del desierto, y el Nilo, cimbreando sus múltiples brazos en el fértil territorio del delta. El Cairo, en primavera, resultaba menos agobiante que durante los calurosos días del verano de 1973. No obstante, le vacarme, aquel singular estrépito que algunos egipcios definían con una palabra francesa, seguía estando presente entre sus calles y surgía por todos lados como un gigantesco bombardeo de sonidos indescifrables.

Tomé un taxi y me alojé en uno de los hoteles de Zamalek. Podía haberlo hecho en el Ashok, donde estaba Susan, pero preferí que hubiera entre nosotros dos esa mínima distancia espacial, delatadora acaso de una distancia afectiva mucho más importante y que podía permitirme conservar cierta autonomía durante mi estancia en El Cairo.

La ciudad había crecido sobre sí misma como si hubieran pasado cinco siglos, en lugar de cinco años. Soplaban el aire del desierto, el jamsein, y la arena flotaba por las calles, imperceptible a simple vista, pero realmente molesta al cabo de unos minutos. Detrás de la Corniche se veían cientos de grúas inmóviles y las pequeñas barcas de los pescadores del Nilo permanecían amarradas junto a la orilla. Por todas partes la contradicción entre la indolencia de sus gentes vistas de cerca, apaciguadas en el detalle, y el frenético estruendo que sacude muros, calles y rincones, que se filtra a través del jamsein y que llega a la isla de Gezira, donde tenía que encontrarme con la doctora Friedemann.

No estaba muy seguro de mi actitud hacia ella. El único rasgo verdaderamente definitivo de mi larga e intermitente relación con Susan fue su curiosa temporalidad. Siempre tenía la impresión de que estábamos a punto de comenzar algo importante y siempre, también, la realidad se encargaba de hacerme saber que esa relación apenas incipiente había terminado hacía mucho tiempo, se había consumido entre las cenizas de su propia combustión.

La esperé en el bar y tomé un par de copas. A eso de las seis, cuando estaba empezando a tentarme la idea de desaparecer por las calles de Zamalek, surgió por la puerta que daba al vestíbulo. Estaba igual que siempre, el rostro ceñudo y los ojos azules, brillantes, con aquella mirada marina que me producía una gran turbación. Me besó y retuvo su mano entre las mías con un calor que resultaba sorprendente viniendo de Susan Friedemann. Tomamos una mesa en el patio, un hermoso lugar cuajado de plantas, lámparas modernistas y azulejos árabes que

transportaba a los años en los que se construyó el canal de Suez, y hablamos de lo que habíamos hecho durante ese tiempo, de nuestro trabajo y de tres o cuatro banalidades sin interés. Cuando me preguntó por los libros de plomo, le conté a grandes rasgos cómo había dado con ellos y las dificultades que tuvo la traducción de un texto como aquel, lleno de alusiones históricas a la primera época de influencia árabe en la península. Hablamos de Said, de mi estancia en Fez y de la decisión de olvidarme de Avempace por un tiempo. La historia del manuscrito aljamiado le fascinó.

—¿Santori te dio la dirección de ese hombre? —preguntó extrañada—. ¡Qué curioso!

Se quedó callada, pensativa, como si algo le preocupara.

—Es un coleccionista de manuscritos árabes —dijo a continuación—. Me sorprende que Santori mantuviera contacto con él. No es su terreno.

No le di importancia. Todos sabíamos que Santori no era precisamente un dechado de virtudes y que su capacidad para meter las narices en lo que no le importaba era consustancial a él. Le encantaban las transgresiones, bordear la legalidad y jugar con lo prohibido, de modo que no me causaba la más mínima sorpresa, es más, había aprendido a pensar en él sin las suspicacias de antaño. Incluso, podía decir que ahora me resultaba hasta cierto punto simpático.

Dejamos pasar la primera media hora sin hablar de los manuscritos de Kiffa, mirándonos con curiosidad y cierta violencia mal disimulada. No le dije nada de Bagdad, ni de Duchamp, nada de la carta de Santori, ni de los motivos por los que realmente estaba allí. No podía negar que su presencia me alteraba profundamente y creaba en mí una especie de confusión antigua, plagada de sentimientos contradictorios, pero también reconocía en mi comportamiento una frialdad que anulaba cualquier posible nostalgia. Bebimos un par de copas más. Finalmente, Susan decidió abordar el tema.

—Tengo importantes novedades sobre el Libro de la luz en las sombras.

—¿Has vuelto a verlo?

—Sí, y he podido estudiarlo. Pero ahora necesito tu ayuda.

Hice un gesto de irónico asombro, como si mi colaboración fuera requerida demasiado tarde. Ignorando mi sarcasmo, Susan sacó un montón de papeles de su cartera y los extendió por la mesa. Eran fotocopias de textos árabes y páginas manuscritas con su letra.

—Yo no estaba equivocada —dijo buscando entre esos papeles—. Era el sello de Al Hakim... En el Museo Islámico he encontrado varias copas cinceladas que están decoradas con un alif de oro. Pertenecían al palacio real y eran piezas destinadas al uso exclusivo del califa. Como muy bien sabes, el alif es la primera letra del nombre de Alá y, seguramente, Al Hakim lo eligió como símbolo de su supuesta divinidad. Lo hizo estampar en todas sus pertenencias, por eso figura sobre la basmala del libro de Avempace, porque en algún momento ese libro fue suyo. Ya sé que las fechas no cuadran, pero te lo explicaré y creo que estarás de acuerdo conmigo. He

encontrado datos muy interesantes y ha sido precisamente en tu país, en España. Verás que la existencia del Libro de la luz en las sombras estaba sorprendentemente documentada, tenía una trayectoria clara, perfecta... Sólo se necesitaba tiempo para dar con él.

Tomó unas cuartillas y las ordenó con gesto ágil y preciso.

—Tengo tres fuentes incontestables. La primera de ellas es un breve escrito de Ibn Hayyan —añadió con una amplia sonrisa—. Me refiero al autor de ese compendio llamado Al-Muqtabis, tú lo conoces sin duda... Bien, habla de la biblioteca de Al Hakam II, el hijo de Abd al-Rahmán III, en Córdoba. Escucha:

Su gusto por la lectura era tan grande que llegó a reunir cuatrocientos mil volúmenes en la biblioteca de palacio. Compraba libros en Bagdad, Damasco, El Cairo y en la lejana Persia, donde también actuaban sus agentes. La generosidad con la que recompensaba a los autores hacía que estos le enviaran sus manuscritos recién terminados, como obsequio, desde los rincones más apartados del mundo. Dicen que leyó todos estos libros y que realizaba en ellos anotaciones llenas de buen juicio y sabiduría. Gustaba de los temas científicos tanto como de la poesía o la historia y sólo Talib, el eunuco, y él mismo tenían acceso a las habitaciones secretas, donde se guardaban los libros de magia y alquimia. Uno de ellos, comprado en Egipto, fue fuente de grandes estudios, sin que Al Hakam o cualquiera de los que lo vimos por expreso deseo del califa haya podido desentrañar sus secretos. Este libro permanece inexpugnable al conocimiento y a la erudición, siendo luz entre sombras, tal como dice su título.

Susan dejó las cuartillas sobre la mesa y me preguntó:

—¿Has oído? «Luz entre sombras.»

—Bien, puede ser... —dije tratando de disimular el vuelco que había dado mi corazón al escucharla—. ¿Y las otras referencias?

—Bueno, ya veo que tienes dudas —murmuró Susan sin dejar de sonreír—. Haré lo posible porque desaparezcan. ¿Qué pasó con esa magnífica biblioteca? Después de la muerte de Al Hakam II, Almanzor destruyó todos los libros de filosofía, astronomía y ciencias ocultas. Cuando los bereberes pusieron fin al califato, los libros que quedaban en palacio fueron vendidos a bajo precio. Bien, estamos en el siglo XI. El misterioso e inexpugnable pergamino debió de viajar de mano en mano hasta que vuelve a aparecer en la corte almorávide de Zaragoza. Sí, en tiempos de Avempace, recién comenzado el siglo XII. Era gobernador de Zaragoza un hijo del desierto, Abu Bakr ibn Ibrahim ibn Tasufin, conocido como Ibn Tifilwit. También él gustó de rodearse de filósofos y poetas. Su gusto por los libros y por las curiosidades bibliográficas hizo que Zaragoza se convirtiera en un nuevo lugar de cita para los sabios de la época. Ibn Tifilwit fue protector de Avempace. Murió pocos meses antes de que la ciudad aragonesa fuera conquistada por los cristianos. Hay varias crónicas al respecto, pero se limitan a contar los sucesos de la toma de Zaragoza por las tropas de Alfonso I. No nos interesan en este

caso. Sin embargo, uno de estos cronistas, Ibn al-Kardabus, se extiende en narrar las sucesivas migraciones de los musulmanes zaragozanos, entre los que estaba, como bien sabes, Avempace. Dice Al-Kardabus:

Salieron en número aproximado de cincuenta mil y se dirigían a las taifas de Murcia, Almería y Granada, con sus pertenencias y riquezas, que tuvieron que mostrar ante los asombrados ojos de las tropas del rey cristiano, y una vez que este las hubo visto les dejó marchar con la sola condición de que pagaran un mizcal cada uno. Entre los que llegaron a Almería estaba el sabio Ibn Bayya, que había sido primer ministro ocho años atrás y que llevaba consigo gran cantidad de libros de toda disciplina y condición, siendo muchos de ellos preciados y antiguos, que contenían fórmulas prodigiosas para la curación de las enfermedades y predicciones y profecías basadas en los astros, por lo que era bien recibido allí donde llegaba, pues era mucho su saber y buena su disposición hacia los que fueran sus anfitriones.

Después de oír esto ya no podía permanecer indiferente. Mi curiosidad iba en aumento.

—¿Cómo sabes que el Libro de la luz entre las sombras era uno de ellos?

—Por la tercera crónica. Bueno, en este caso se trata de un documento notarial que he conseguido en Rabat. Es un testamento, una carta escrita precisamente por el supuesto copista del libro: Ibrahim ibn Hasim, el mismo que firmaba el manuscrito de Kiffa.

Susan volvió a buscar entre sus papeles y, sin solución de continuidad, pasó a leer:

—Fechada en el año 551 de la hégira, en la ciudad de Fez. Omito los sucesivos encabezamientos y los proemios. En lo sustancial dice así:

Es mi deseo confesar una grave carga que atormenta mi conciencia y de la cual deseo librarme para acceder al Paraíso, pues mi verdadera culpa no fue otra que el afán de conocimiento y el deseo de agradar a aquellos que en mí habían confiado. Mi corazón busca la paz en el Altísimo, del que solicito constantemente su Perdón y su Favor, su Clemencia y su Compasión, pero debe estar también en paz con los hombres que puedan haber sido como yo, y por mi causa, víctimas de un maléfico libro que no aporta conocimiento, sino constante tormento e inquietud.

Paso por ello a explicar cuanto sucedió en el año 532 de la hégira, cuando el maestro Ibn Bayya llegó a mi taller con un singular encargo. Traía con él, desde las lejanas tierras del norte, un pergamino escrito sin duda por algún genio maligno, pues ni él mismo, sabio entre los sabios, había conseguido entenderlo. El libro estaba desprovisto de tapas y su encuadernación era tan rudimentaria que se reducía a un hilo de cáñamo cosido en el centro de las hojas. En la basmala había un sello que representaba un alif de oro. Ibn Bayya me pidió que le hiciera una copia con la sola autorización de su ichaza y deseaba que esta reproducción resultara tan perfecta que fuera capaz de engañar a los ojos más expertos. El maestro dijo: «He acudido a ti, Ibrahim ibn Hasim, porque eres el único que puede realizar este trabajo, tal es tu fama como experto copista y reproductor, que hasta en los lugares más remotos de Al-Andalus celebramos tus libros todos cuantos tuvimos el placer de poder leer en ellos. Pero no debes olvidar reproducir fielmente cada uno de los trazos. Sé que lo harás así, pues eres experto entre los expertos. También es conocida tu honradez y discreción, por lo que sólo a ti puedo pedir tamaño favor. Este es un libro que puede causar perjuicio a quien lo lea. Su maleficio desaparecerá cuando

alguien pueda estudiarlo en todos sus aspectos y descubra el misterio que ocultan sus páginas. Para ello necesito una copia, pues temo que manos codiciosas pretendan atentar contra mí y arrebatármelo.

Sus temores estaban justificados. Ibn Bayya murió esa misma noche. No ocultaré que este hecho me llenó de consternación y aun de miedo por cuanto sus palabras habían hecho mella en mi ánimo y también, he de confesarlo, me habían producido una gran curiosidad. Me quedé con el libro, pues nadie vino a reclamarlo. Estuvo en mi poder durante largos años, hasta que un día la codicia hizo que pusiera de nuevo mis ojos en él y me dedicara a restaurarlo. El diablo musitó a mi oído los fatales consejos que guiaron mis pasos.

Era el año 548 de la hégira. Así quedó reflejado en el libro que atribuí al mismo Abu Bakr al-Sa'ig ibn Bayya, utilizando al propietario como si fuera el autor, para que nadie descubriera la verdad. Era necesario también encuadernar el libro convenientemente, al modo de nuestros días. Hice una cubierta de cuero gofrado y añadí los adornos habituales en un libro cortesano. Trabajé en el pergamino yo sólo, sin dejar que lo tocara ninguno de mis ayudantes, lo que en cierto modo les salvó de una fatal desgracia.

Mientras me dedicaba a este cometido, la codicia iba anidando en mi corazón. En Fez se supo, no puedo entender cómo, que yo poseía un libro mágico. Me llegaron ofertas que hubieran despertado la avaricia del más honrado de los mortales y los grandes coleccionistas de todo el Magreb se interesaron por él. Deseaba aprovechar la suerte que se me deparaba, pero no quería desprenderme del libro, así que hice una segunda copia, que encuaderné de idéntica manera y en la que traté de reflejar fielmente el texto. Las palabras del maestro andalusí me hicieron tomar esta precaución. Incluso, intenté reproducir el sello con el alif de oro, pero no me fue posible. Cada vez que abordaba la confección de esa página, mis ojos se cegaban por una extraña enfermedad para la que los más afamados médicos de Fez no encontraban remedio. Si hubiera abandonado mi fraudulenta tarea en este punto, quizá mi culpa fuera menor. Pero insistí y copié el libro sin el sello.

Tiempo después, vendí el original a un rico comerciante del lejano Egipto. La copia quedó en mi poder. Juro que quise guardar el secreto de mi felonía, pero ya había dejado abiertas las puertas de mi corazón a la maldad y, después de la avaricia, llegó la soberbia de crearme mejor y más afortunado que los demás y el deseo de que todos lo supieran. Dejé que las lenguas sin freno se hicieran eco de su existencia. Esperaba que pudiera repetirse la buena fortuna que me deparó la transacción realizada con el comerciante egipcio. Me llovieron las ofertas, pero no lo vendí. También yo sentía una malsana curiosidad por su contenido. Fue de este modo como me dediqué a su lectura, durante las noches, alumbrado por una pequeña lámpara de parafina. Pero nada de lo que allí hube leído consiguió entrar en mi cerebro, tal era su complejidad y extraña inconsistencia. Me negaba a cerrar cualquier trato, convencido de que descubriría el secreto que encerraban sus páginas. No fue así. Pasó el tiempo y el valor del libro aumentaba a la misma velocidad que los rumores sobre su mágica importancia. Mi humilde taller se vio acosado por los visitantes que deseaban tener el libro en sus manos. Estaba a punto de ceder, cuando tuve noticias de que el mercader que adquirió el verdadero libro de Ibn Bayya había sido víctima, como él, de una muerte repentina, en el desierto, y todos los que le acompañaban habían sido igualmente muertos de forma violenta y cruel, sin que se supiera el destino que habían tenido sus pertenencias. Pasé a pensar que, efectivamente, el libro estaba maldito y temí por mi propia vida y por la de los míos. Temí con razón, pues poco tiempo después de que comenzara su lectura morían mi mujer y mi primogénito, víctimas de una desconocida y dolorosa enfermedad que los arrebató de mi lado. El miedo encontró un hueco en mi corazón y decidí desprenderme de aquel manuscrito que no era sino una monstruosa duplicidad del original, pero que perjudicaba igual que el verdadero. Lo arrojé a las llamas y no ardió. Lo tiré al agua y no se hundió. Finalmente, me acerqué a la mezquita y se lo entregué, en medio de mil advertencias, al imán. No quise saber qué hizo con él. Durante tres años he vivido tranquilo, pero ahora, en vísperas de mi muerte, quiero alertar sobre su existencia y dejar por escrito el relato de la verdad, tal como sucedió exactamente, para que los hombres de las generaciones venideras estén advertidos en caso de que cualquiera de estos dos nefastos libros vuelva a caer en manos de un ser débil como yo. Ruego a Alá que perdone mis terribles pecados, pues nada hace tanto mal al

hombre como la soberbia y la avaricia juntas, y espero purgar mis penas en lo que me queda de vida, para poder disfrutar de la Presencia Divina después de la muerte.

Cuando Susan acabó de leer, nos quedamos en silencio, ella expectante y yo notablemente sorprendido. Había hecho un buen trabajo, pero no pude evitar un sentimiento de recelo.

—Ya ves —dijo mirándome muy seria—. Era cierto, había dos libros.

—Exactamente eso es lo que traté de explicarte en Kiffa —respondí con cierta amargura—. ¿Recuerdas?

—Siento mucho lo que pasó, Julián. Durante todo este tiempo he querido encontrar una explicación convincente.

—¿Por eso lo has hecho?

—¿Investigar?

—No —respondí con dureza—. Citarme en El Cairo para mostrar lo que has descubierto. Una carta o una llamada habrían sido suficiente.

Susan Friedemann hizo un gesto de cansancio.

—Quería verte... No me siento orgullosa de mi comportamiento y creo que es bueno que lo sepas.

No sé por qué no me conmovía su supuesta humildad. Más bien, me dejaba indiferente.

—¿Y esa ayuda que necesitas? ¿En qué consiste?

Estaba siendo cruel, pero las palabras de Duchamp se habían pegado a mi memoria como una capa de barniz que impedía cualquier simulacro de entendimiento.

—Tienes que ver de nuevo el manuscrito.

Sabía que me lo iba a pedir en cualquier momento de la entrevista y también que estaba dispuesto a demorar cualquier decisión hasta el límite, buscando que el tiempo se dilatara y me permitiera disfrutar de la revancha. Era como una partida de póquer. Había que prolongar la jugada para que el contrario subiera su apuesta o se retirara acobardado. Estaba seguro de ser yo quien tenía la mejor baza.

—¿Quieres que lo estudie?

—Bueno, sí, verás... Tus notas... las que tomaste la primera vez... creo que son la clave. Si hay dos libros, las anotaciones al margen que iban haciendo las diferentes personas que lo leían no tienen por qué ser las mismas. Hay que juntarlas y tendremos toda la información.

Pensé en ello. Según el testamento de Ibn Hasim, ese segundo libro era una réplica perfecta. Sólo faltaban el sello, la advertencia y las notas que yo había copiado durante la noche previa al secuestro. Por lo tanto, Susan tenía razón al suponer que eran importantes.

—Creo que no me interesa —dije molesto por lo que entendía como un burdo chantaje. No me quería a mí, quería algo que estaba en mi poder.

Susan entendió. Hizo un gesto de impotencia y argumentó sin ningún énfasis:

—Creo, Julián, que estamos obligados a repetir cada paso que dimos en falso. Nos pasaron muchas cosas, pero podemos volver a trabajar juntos. Necesito tu colaboración.

—Ahora, para bien o para mal, dirijo yo los proyectos en los que intervengo, no hago colaboraciones.

—No hay problema —admitió de buen grado—. Hazlo. Encárgate de la dirección. Pero no olvides que esta vez no contamos con las garantías de la Unesco. Estoy metida en esto a título personal. Es mi tiempo y es mi dinero. Todavía puedo prolongar la búsqueda durante seis meses, pero luego, si no consigo financiación, tendré que abandonar.

—¿Seis meses? No parece mucho tiempo.

—Es posible —reconoció—, pero es la última oportunidad que tendré para averiguar lo que esconde ese libro. Y tú eres el único que puede ayudarme a hacerlo.

—¿No te sirvió la ayuda de Duchamp? —dije recordando cómo me sentía cuando Ashad nos interrogó—. Creo que mientras yo estaba en El Cairo me sustituyó en varios sentidos.

—¿Lo sabes?

Hice un gesto con las manos, animándola a proseguir. Una invitación a que mostrara todas sus cartas.

—Lo que pasó en Kiffa... —murmuró súbitamente sonrojada.

—Sí, Santori me lo dijo.

Susan lanzó un suspiro. Era evidente que no le gustaba recordar.

—Fui una estúpida —confesó agitando la cabeza, como si quisiera negar todo lo que había pasado. Pero luego tomó aire y habló sin detenerse—. Bernard era mi amigo, pero utilizó esa amistad en su propio beneficio. Primero, trató por todos los medios de que le nombrara para el trabajo de campo. Yo no había pensado en él, porque sabía que tendríamos problemas... Problemas políticos, quiero decir. Bernard no es bien recibido en ciertos países. Después, consiguió estrechar los lazos, yo estaba desorientada como nunca lo he estado en mi vida. Tú tenías la culpa. Sí, por primera vez en mi vida me sorprendían mis propios sentimientos. Habíamos vivido juntos aquello... el secuestro y todo lo demás... el modo en el que me cuidaste en aquella horrible habitación... Empezaba a necesitar tu compañía, te estabas volviendo imprescindible para mí y eso no me gustaba. Era la primera vez que me sucedía y durante años había estado esquivando esta posibilidad, querer a un hombre, formar algo con él, perder parte de mi autonomía a cambio de un hombre en el que descansar por las noches o de una cabeza que pensara por mí en los momentos de máxima fatiga...

—¿Pensar por ti? —dije con sarcasmo—. Eso es imposible. No dejas el más mínimo resquicio.

—He cambiado. Algo me ha cambiado. Supongo que no me creerás si te digo que ha sido por causa de ese libro.

—Hace tiempo que espero a ver los actos, antes de creer en las palabras —respondí con arrogancia—. Pero me estabas contando algo sobre nuestro amigo Duchamp.

—Sí, es cierto. Me resulta doloroso recordarlo, aunque creo que me hará bien sincerarme contigo. Bernard aprovechó mi desconcierto y yo me dejé engatusar como una colegiala que vive su primera aventura amorosa. Pensé que era bueno, un amor que se había forjado sobre nuestra vieja amistad podía ser mucho más consistente que todos aquellos sentimientos confusos que me unían a ti. Pero estaba equivocada. Yo no le interesaba, toda su amabilidad y sus dotes de seducción ocultaban un innoble deseo, una extraña fijación que le hizo muy pronto mostrar su verdadera cara. He sabido que se ofreció a colaborar con las autoridades egipcias, que le propuso a Ashad que nos dejara seguir en Kiffa con la intención de averiguar si yo sabía algo más de lo que había dicho, le prometió que él supervisaría mi trabajo y, cuando Ashad se negó, intentó convencerme durante casi un año de que aquello era un proyecto absurdo y de que no merecía la pena continuar con las investigaciones... Creo que sabía algo que tú y yo ignoramos. Estoy segura de que tuvo algo que ver en la desaparición del libro.

Fui muy poco generoso con la sinceridad de Susan. Debo decir que, en el fondo, me sentía conmovido por su historia; pero también albergaba dudas sobre si lo que me estaba contando era cierto, porque resultaba pintoresco imaginar a la doctora Friedemann como una mujer capaz de sentir cualquiera de aquellas cosas que ella describía con humildad sorprendente. Esa forma de hablar de sus sentimientos no era algo a lo que me tuviera acostumbrado. Podía haber cambiado, es cierto, pero nadie lo hace hasta ese punto. Nadie puede convertirse en una persona totalmente diferente de la noche a la mañana.

Estaba considerando su oferta, cuando escuché una voz conocida detrás de nosotros.

—¡Señor Mestre! ¡Qué gran placer verle de nuevo!

Como guiado por un resorte, me volví. Jayrí Nuín estaba parado a mi espalda, oscilando sobre sus ciento veinte kilos, sonriente y adulador, como siempre.

—Doctora Friedemann, espero que habrá puesto a nuestro amigo al tanto de la situación —dijo sentándose con esfuerzo, como una morsa maloliente, en la única silla que quedaba libre.

Miré a Susan con hostilidad. Por un momento tuve la impresión de haber caído de nuevo en una trampa.

Susan suspiró con fastidio y se reclinó sobre el respaldo de su silla.

—En fin... Ha llegado usted demasiado pronto. Realmente, el señor Mestre y yo apenas hemos comenzado a hablar.

Nuín se pasó repetidamente la mano por la mejilla, como si supiera que no era cierto.

—Disculpen entonces. Mis hombres vigilaban la mesa —dijo señalando a un par de egipcios en los que yo no había reparado hasta entonces. Reconocí a Kamil, que se inclinó amablemente a modo de saludo. Su sonrisa seguía resultando pegajosa y desagradable a pesar de encontrarse

a cierta distancia—. Se ve que me han avisado demasiado pronto... Pero, bueno, ya que nos encontramos felizmente reunidos, creo que no les molestará que asista en silencio a su conversación.

Era una situación violenta y, desde luego, totalmente inapropiada. Debo confesar que estaba sorprendido y que la extraña connivencia entre Susan Friedemann y el jefe de la Policía de El Cairo escapaba a cualquier posible explicación razonable.

Hubo un tenso silencio. Kamil no nos quitaba ojo de encima.

—¿Qué demonios significa esto? —interrogué bajando la voz. Seguramente mi rostro reflejaba la irritación que sentía en esos momentos.

Susan permanecía callada, visiblemente contrariada también por aquella intromisión. Sólo Nuín sonreía, mirándonos con asombrosa insistencia. Parecía que ninguno de los dos iba a responder. Finalmente, con gesto de derrota, Susan extendió la palma abierta hacia Nuín, invitándole a que fuera él quien hablara.

—Con mucho gusto, doctora Friedemann —dijo adoptando aquel tono ampuloso que siempre precedía a sus intervenciones menos afortunadas—. Verá, señor Mestre, la doctora Friedemann ha seguido mis indicaciones. Le ha hecho venir a Egipto porque tenemos fundadas sospechas de que fue uno de ustedes, sí, uno de los investigadores, quien se llevó el manuscrito original. Y entenderá que no podemos dejar pasar por alto una situación de esta envergadura. Ya le dije una vez que nuestro país no tolerará más rapiñas arqueológicas. No se alarme, contenga su enfado durante unos minutos. La doctora Friedemann, quien por cierto ha dado muestras de tener un gran interés por aclarar este asunto, más que yo mismo, he de confesarlo, pues han sido su perseverancia y su insistencia las que no me han dejado otra opción que retomar de nuevo el caso, la doctora Friedemann, como le decía, piensa que usted es absolutamente inocente en este desagradable asunto y desea que contemos con su inestimable colaboración, lo que yo, por supuesto, apruebo de muy buen grado.

Nuín pronunció la última frase haciendo una media reverencia que resultaba totalmente ridícula y que, por supuesto, no le sirvió de gran cosa. Mi enfado iba en aumento. ¿Así que todo había sido una estratagema para traerme a El Cairo? ¿Por qué a mí? ¿Por qué no a Santori o a Duchamp? ¿Pensaban realmente que yo tenía el libro?

—Respecto a mis intenciones —murmuró Susan—, todo es exactamente como te lo acabo de contar. Creo que tú y yo fuimos apartados de las excavaciones para que se pudiera hacer el cambio y creo también que eso no estaba previsto, que tuvieron que hacerlo sobre la marcha cuando adelantaste tu llegada. No sé si recuerdas que te presentaste de improviso, unos días antes de lo que se esperaba. Fue una simple casualidad que esa noche estudiaras el pergamino y alguien debió de ponerse muy nervioso por ello.

—No fue una casualidad, Susan. Tú te empeñaste en que lo hiciera así.

Miré a Nuín.

—Sorprendente, ¿no? La doctora Friedemann tenía verdadera urgencia en que viera ese manuscrito y no pudo esperar hasta el día siguiente. Me puso a trabajar la misma noche de mi llegada.

Susan titubeó.

—¿Tú no pensarás que yo...?

—Yo no pienso nada. Son ustedes los que están en disposición de hacer las preguntas. Y, curiosamente, creo que puedo colaborar en el interrogatorio. Por ejemplo, ¿sabe el señor Nuín que solamente tú y yo conocíamos la existencia de ese libro?

—Te equivocas, pero es lógico. Yo tampoco me di cuenta al principio. Bernard pudo verlo mucho antes que nosotros.

—¿Qué tontería! Duchamp llegó después de que nos secuestraran.

—Vuelves a equivocarte, Julián. Bernard estuvo en Kiffa un mes antes de que llegais los demás. Ya te he dicho que yo no contaba con él y que insistió mucho en participar en el proyecto de clasificación. Vino a verme. Y yo le permití que echara un vistazo a los pergaminos cuando aún no sabía lo que nos podíamos encontrar. Luego se marchó a Ginebra para arreglar su incorporación al equipo.

Nuín asistía a nuestra discusión con gran interés.

—¿Por qué lo hiciste? —pregunté.

—Le debía un favor. ¿Recuerdas mi trabajo en Hotsar? También allí hubo una desaparición, un robo. Duchamp se las ingenió para hacer una componenda, un arrangement decía él, que me salvó por los pelos. Cuando tú y yo regresamos a Kiffa después del secuestro, el día que Galata empeoró, me dijo que estábamos en paz. Entonces no le entendí, pero ahora sé que se refería al libro. Estábamos en paz porque se había cobrado la deuda.

Recordé, de pronto, la frase que había escuchado ese mismo día a través de la ventana de mi barracón: «Je suis quitté avec toi». Y luego, aquellas palabras dichas a media voz en el módulo donde se guardaban los pergaminos: «Unerlaubt... arrangement...».

—Estabais de acuerdo, ¿no es eso? —exclamé indignado—. Bernard y tú. Yo cometí la torpeza de meterme en medio.

—¿No digas bobadas, Julián! ¿No te das cuenta de que tanto tu inocencia como la mía son evidentes? Tú fuiste quien denunció la desaparición del sello y de la advertencia, contra todas las opiniones, y yo he dedicado cinco años a intentar aclarar mis errores de entonces, he insistido ante el señor Nuín para que se tomara la molestia de considerar que hubo un fraude y que alguien se lucró con él. ¿Por qué iba a hacer una cosa así de ser culpable? ¿No sería mejor reaccionar como Duchamp, negando toda evidencia?

—Y tratando de derivar la atención de las autoridades hacia un supuesto caso de secuestro,

con tintes levemente políticos —añadió Nuín.

Era la primera vez que intervenía desde que Susan y yo nos habíamos enzarzado en aquella agria discusión.

—Realmente nos engañó. El coronel Ashad dedicó a ese asunto un tiempo precioso —dijo Nuín suspirando con cinismo. Yo sabía que Ashad no era santo de su devoción—. En fin... Ese supuesto grupo radical no ha vuelto a dar señales de vida. Curioso, ¿no le parece?

No sabía qué decir. Posiblemente ellos tenían razón. Nos quedamos en silencio. Quise echar un trago, pero mi copa estaba vacía. Jayrí Nuín hizo ademán de incorporarse, lo que motivó que su asiento crujiera peligrosamente, e hizo una seña al camarero.

—¿Desean ustedes beber alguna cosa? Les recomiendo que prueben un ahwa con canela, es excelente. El alcohol nubla la mente y, en estas circunstancias, es mejor estar lo más despierto posible, señor Mestre.

En la esquina del patio, Kamil y su compañero mantenían la guardia y nos observaban.

—Veo que están todos en su puesto —dije señalándoles—. Sólo falta Ashad. ¿Por qué no ha venido también?

Nuín esperó a que el camarero se retirara para continuar.

—No he considerado necesario molestar al coronel. Verá, señor Mestre, creo que este es un asunto de la policía exclusivamente. Un robo. Un simple robo.

Recordé la insistencia de Duchamp en Bagdad. Tenía mucho interés en mezclar la política con la desaparición del manuscrito.

—¿Ashad está de acuerdo? —pregunté.

Nuín acercó su rostro sudoroso al mío y dijo en voz baja:

—Olvídese de él, señor Mestre. No nos interesa crear más confusión.

Luego adoptó nuevamente ese aire engolado que le era característico y declamó como si repitiera una lección que llevaba aprendida de antemano:

—Realmente, Bernard Duchamp parece nuestro principal sospechoso. Sí... creo que sí...

Susan aprovechó las palabras de Nuín para intervenir.

—¿Recuerdas al hombre del rostro tapado, el que nos hizo bajar del camión y nos metió en el jeep? Me he preguntado muchas veces por qué alguien se cubre con un pasamontañas para cruzar el desierto a casi cincuenta grados centígrados. Sólo hay una explicación: era alguien a quien podíamos reconocer. Tú o yo. Nadie más.

—No les entiendo. Sospechan de Duchamp, pero me hacen venir a mí. ¿Por qué no le has llamado? —pregunté a Susan—. Así, Nuín podría interrogarle personalmente y dejaríamos de hacer especulaciones absurdas.

—Lo hemos hecho, señor Mestre —dijo Jayrí Nuín—. Pero el doctor Duchamp ha rechazado nuestra invitación.

—Duchamp está acabado... —dijo Susan con cierta amargura. Sospeché que también sus palabras estaban dictadas por el rencor—. ¿Sabes lo que hace en Irak? Lo de la Biblioteca Nacional es un tapadera. —Bajó la voz, hasta convertirla en un murmullo—. Está tratando de conseguir un permiso de excavación para trabajar en las ruinas de Babilonia. ¡El muy estúpido! Trata de encontrar el trono de Salomón a dos mil kilómetros de Jerusalén.

Recordé una de las frases que había en el libro. Era la misma que apareció en aquel extraño sueño que tuve en Bagdad: «Sobre los baluartes de Babilonia está el trono del Patriarca».

No sé por qué, pero en ese mismo momento tuve la seguridad de que Susan Friedemann estaba en lo cierto. Duchamp tenía el libro.

Iba a decírselo, cuando ocurrió algo terrible. Sonaron varios disparos. Susan se desplomó hacia atrás, arrastrando consigo la silla, y quedó tendida en el suelo, mientras todo su pecho se convertía en una enorme mancha roja. Nuín me apartó de un violento empujón y se tiró conmigo debajo de la mesa. No pude ver quién había disparado. Cuando quise reaccionar estaba de bruces bajo la mesa y Nuín jadeaba a mi lado. En medio de la confusión, observé que Kamil salía en persecución de alguien. Traté de arrastrarme hacia el cuerpo inmóvil de Susan. Tenía los ojos abiertos, y de su boca salía un estertor horrible que yo no había oído nunca.

—¡Está viva! —grité convencido—. ¡Hay que sacarla de aquí!

Nuín se acercó, arrastrándose torpemente por las baldosas, y le puso la mano en el cuello. Sonaron nuevos disparos. Se oyeron gritos. Nuín maldijo en voz baja, luego palpó la muñeca de Susan y movió la cabeza en sentido negativo.

—No tiene pulso.

Acerqué el rostro a su boca, intentando escuchar cualquier indicio de respiración, pero era cierto: Susan Friedemann había muerto.

En la isla de Buda, el sol intenta desaparecer también. A lo lejos vuelan los gansos plateados y el mar se cubre de tinieblas. Hay algo en este lugar que huele como la muerte. Algo que sentí entonces también, un aroma estancado sobre un fondo agrio y descompuesto. El cuerpo de Susan rezumaba ese mismo olor. Me cuesta pensar en ello... en la muerte repentina... por sorpresa... ¿Es posible que los cuerpos tocados por la muerte exhale tan pronto ese hálito acre, como si fueran un simple saco de duraznos podridos? Recuerdo su desolador aspecto... la sangre... surcando su piel blanca y casi transparente...

Más allá del mar hay una franja de ese mismo color, que choca despiadadamente con el azul magnético del cielo. Los colores brillantes de la memoria también se precipitan en un horizonte sin respuestas.

Cuando fui consciente de que Susan Friedemann había muerto, reinaba un silencio extraño a mi alrededor. JayrÍ Nuín había ido en busca de sus hombres. Los camareros, horrorizados, contemplaban el cadáver y las mujeres de la cocina se asomaban tímidamente a ver lo que había ocurrido en el patio principal. Yo estaba en el suelo, junto a ella, y le había cogido ambas manos. El espanto no me dejaba reaccionar.

—Ciérrele los ojos, señor —dijo alguien a mi espalda.

Como un autómata, puse los dedos temblorosos en sus párpados y apreté hacia abajo. Se abatieron como las alas de un pájaro que cae al suelo.

Oí unos pasos.

—Mestre, venga conmigo. ¡Rápido!

Nuín me obligó a levantarme del suelo. Le obedecí sin poder apartar los ojos del cadáver. Susan yacía de lado y su mirada, su hermosa e inquietante mirada marina, había desaparecido para siempre... Me quité la chaqueta y la eché sobre el rostro sin vida. Kamil tenía razón. Susan era una mujer especial, fuerte como un tigre y bella como una gacela. Precisamente ese rostro de animal malherido, sin su habitual fiereza, fue lo último que pude ver antes de que muriera. Y me acompañó a partir de entonces sin que nada, ninguna otra imagen, fuera capaz de sobreponerse a ella.

JayrÍ Nuín me empujó hacia el pasillo que llevaba a la zona de servicio. Kamal Kamil y el otro hombre estaban allí. Había un cuerpo tendido sobre la alfombra. Era también el de una mujer. La sangre resbalaba sobre el suelo de mármol y se extendía formando una mancha incierta.

—Acérquese —dijo Kamil—. Todavía vive.

Estaba tan impresionado por lo que acababa de ocurrir que tardé varios segundos en reconocerla. El cabello negro le tapaba la mitad del rostro y su boca estaba desfigurada por una mueca de dolor, pero era ella, no había ninguna duda. Esta vez no se trataba de un espejismo, ni de una sospecha, no había velos, ni sombras engañosas creadas por el arak.

—¿La reconoce? —preguntó Nuín.

Asentí en silencio. Sophie abrió los ojos y me miró.

—Eres tú... —dijo con una voz ronca e irrepetible—. Ha pasado mucho tiempo...

—¿Ha sido ella? —pregunté en voz baja, sin atreverme a mover un sólo músculo.

—Sí —respondió Kamil. Observé que el egipcio tenía un arma en las manos—. Ella ha disparado contra la doctora Friedemann.

Sophie respiraba con dificultad. Me arrodillé a su lado.

—¿Por qué...? —pregunté con voz entrecortada.

Ella me miró y trató de decir algo.

—Lo he hecho por...

—¿Por quién?

Intentó hablar. Sus labios se movieron, pero ningún sonido salía por ellos.

—¿Por quién lo hiciste, Sophie?

Quiso incorporarse y noté que le fallaban las fuerzas. Vi el terror, el miedo a la muerte reflejado en sus enormes ojos negros. Me cogió la mano manchada con la sangre de Susan y la apretó con tanta fuerza que me sorprendió.

—Tú... serás el siguiente...

Su rostro se volvió blanco y sus labios palidieron hasta quedar sin contorno. Todavía pudo murmurar una última palabra incomprensible:

—... Toth...

Después bajó la cabeza y murió.

No podía entenderlo. Por más que me esforzaba, no era capaz de encontrar ninguna explicación, las ideas bullían en mi cerebro como si estuvieran nadando en un pozo de cieno. Sólo podía pensar en la duplicidad, de nuevo el extraño simbolismo que dotaba a cada situación relacionada con el libro de una recurrente multiplicación, como si la realidad y su reflejo ficticio se produjeran al unísono.

Miré mis manos manchadas con la sangre de ambas mujeres. ¿Qué había querido decir Sophie? Yo sería el siguiente.

Kamil se arrodilló a mi lado y buscó entre las ropas de Sophie.

—¡Vaya! ¡Mire lo que tenemos aquí! —exclamó—. Un pasaporte francés.

Lo abrió.

—Nombre, Zenia Kayakan —leyó en voz alta—. No suena muy francés, ¿no les parece? Edad, treinta años... Domicilio, 39 Rue Falguière, París.

Ante el rostro sin vida de Sophie, evoqué el día en que nos conocimos en el aeropuerto de Heliópolis, sus gestos dulces y aquella tristeza que no podía ser casual... Nuestra conversación en el monte Muqattam... Susan me había pedido que la avisara cuando enfermó Galata y me había dado un teléfono de París. Ella debía de saber quién era, pero yo nunca había intentado averiguarlo. Ahora era demasiado tarde. Las dos estaban muertas.

Hay ocasiones en las que resulta imposible aceptar la realidad. Me sentía abrumado por el peso de los acontecimientos y con ganas de dejar cuanto antes aquel endiablado país que no me había causado sino desdichas y sinsabores. Galata, Susan, Sophie... todos muertos, víctimas aparentes del maleficio que pesaba sobre un libro...

Quizá yo mismo...

Era imposible no recordar la amenaza de Sophie: «Tú serás el siguiente...».

Y la de Galata: «Veo que la serpiente rodea tu cuello...».

Ambas iban a juntarse en un único enigma que me pillaba justo en el centro geométrico de todos los problemas.

Había perdido el contacto con lo real y flotaba sobre un mundo hecho de documentos históricos, leyendas y fantasmas: los masebitas, Al-Siqlabí, iglesias coptas, calderos de pócimas mágicas y genios que sembraban la confusión por doquier. No podía ser. Una voz interior rechazaba toda esta ingente mezcla de informaciones entretrejidas alrededor del libro de Avempace. Judíos, califas musulmanes, enigmáticas bailarinas, el trono de Salomón... Algo estaba pasando. En la vida no se producen tantas coincidencias, no era posible. La sensación de estar atrapado en el interior de una ratonera me ahogaba. Me habría marchado de El Cairo si Ashad no me hubiera obligado a quedarme.

Lo hizo al día siguiente de la muerte de Susan, cuando se presentó de improviso en mi habitación del hotel.

—Lamento verle en estas circunstancias, señor Mestre.

Venía acompañado de Kamil. Entraron los dos y les ofrecí asiento en torno a una pequeña mesa que había junto a la ventana. Yo me dejé caer, abatido, sobre la cama.

—Comprendo su dolor. La doctora Friedemann era una mujer notable. Siempre fue bien recibida en Egipto —dijo Ashad.

Por un momento, me pareció que repetía una frase dictada por Kamal Kamil.

Esbocé una sonrisa amarga. Ashad continuó:

—Sus investigaciones interesaban enormemente al gobierno egipcio. No le voy a ocultar que teníamos fundadas esperanzas en conseguir pronto datos precisos sobre un asunto de la máxima importancia para la seguridad de nuestro país.

—¡No me diga! —exclamé con ironía—. ¿Temen ustedes que Al Hakim haya resucitado?

Vi como Kamil temblaba imperceptiblemente. Ashad me miró con dureza.

—Precisamente, señor Mestre.

No pude evitar una carcajada. Tampoco quise. El dolor me hacía más osado de lo que en condiciones normales habría resultado admisible.

—Verá, querido amigo...—. La amabilidad y la paciencia de Ashad me dieron que pensar—. Es un asunto delicado, pero no dude en tomárselo en serio, se lo ruego. La doctora Friedemann investigaba sobre ese libro...

Miró a Kamil con un gesto de interrogación.

—El Libro de la luz en las sombras —completó el otro con rapidez.

—Bien, El Libro de la luz en las sombras, eso es. Pero, al mismo tiempo y gracias a sus conocimientos históricos, su desafortunada colega nos estaba proporcionando una serie de informaciones verdaderamente útiles sobre una secta que operó en el pasado, en el siglo...

—Siglo XI, señor —se apresuró a aclarar Kamil.

—En la época de uno de nuestros califas: Al Hakim.

Le miré con asombro. No podía creer que un hombre como Ashad estuviera tan perdido como yo. Por un momento creí que me tomaba el pelo, pero muy pronto me di cuenta de que hablaba en serio.

—Esa bandera que encontramos... Verá, esto que voy a decirle es absolutamente confidencial. Nuestro presidente, Anuar el Sadat, ha sufrido un par de atentados... fallidos, afortunadamente. En ambas ocasiones hemos encontrado, junto a las pruebas que podían inculpar a los responsables, un signo similar al que usted conoce. No sabemos nada sobre los autores de los atentados. Se ocultan como si no fueran de este mundo, pero pensamos que pueden tener algo que ver con la secta ismailí que existió en tiempos de aquel califa y que, quizá, su conexión con alguno de nuestros peores enemigos no sea simplemente casual. Oriente Próximo vive días de gran agitación, no hace falta que se lo explique, usted ve cómo van las cosas y lo difícil que resulta para un país que desea la paz conseguir sus objetivos. Hay muchos intereses en desestabilizar la marcha de las negociaciones, demasiados boicoteadores pagados por quienes tienen deseos de ver correr la sangre... En fin, la doctora Friedemann nos ayudaba. Confiábamos en ella. No era nada político, usted ya me entiende. Simplemente informaba a Kamil de las características de ese grupo que buscamos. Bueno, de la secta que operó en Egipto durante el reinado de Al Hakim, quiero decir. Si usan el mismo símbolo, quiere decir que tienen alguna cosa en común, ¿no cree?

—Lo siento, coronel —respondí todavía perplejo—, no tengo idea de cómo ha llegado usted a esa conclusión, pero le diré que a mí me falta tiempo para olvidar toda esta desgraciada historia y que no tengo el más mínimo interés en continuar con ella. Es más, no deseo saber nada, no

quiero que me cuente nada, ni verme involucrado en ninguna intriga que tenga que ver con el jodido manuscrito, ni con sus sectas musulmanas, ni con nadie. Deseo volver a mi país cuanto antes y olvidarlo todo.

—¿También la muerte de la doctora Friedemann? —preguntó Kamil.

—Sobre todo eso, amigo mío.

—¿Y la chica que la mató? ¿No quiere saber por qué lo hizo?

Sophie. Ella otra vez.

—Usted debe de odiar el recuerdo de esa mujer.

No. No era así. No podía explicar por qué, pero no la odiaba. En algún momento ella me había pertenecido. Eso se sabe. Por encima de las mentiras, por encima de la muerte de Susan y de su participación en una trama perversa, yo sabía que Sophie iba a ser la mujer más importante de mi vida. Quizá no entonces, durante los días que pasamos juntos en El Cairo, sino después, en Bagdad, cuando surgió de las sombras del pasado y me di cuenta de que no había podido olvidarla... cuando la nostalgia de su cuerpo se hizo tan fuerte que me obligó a convocarla de nuevo entre los desolados vapores del arak... y luego, mientras moría en el hotel Ashok... cuando intentó avisarme de que yo sería el siguiente...

No dije nada. ¿Cómo explicar a aquellos hombres que todos nosotros éramos víctimas de una cadena de desgracias que venía del pasado y que cruzaba la historia del mundo sin otra justificación que la de estar gobernada por un maleficio?

Ashad esperaba, sin lugar a dudas, una respuesta. Pero lo que rondaba mi cabeza no eran respuestas, sino preguntas.

—¿Ha dicho usted, coronel, que el grupo de la daga había vuelto a actuar?

—Contra el mismo presidente de Egipto.

Dudé durante unos segundos.

—Nuín me dijo ayer mismo que no se sabía nada de ellos, que no habían dado señales de vida después de nuestro secuestro. Él cree que se trata de un simple robo, nada más.

—Ah, señor Mestre —exclamó entonces Kamal Kamil con arrogancia—. La policía, muchas veces, no conoce toda la verdad.

—Pero usted y Nuín trabajan juntos —objeté.

Kamil hizo un gesto ambiguo.

—Bueno... digamos que mi situación podría considerarse de... colaboración relativa... La seguridad del país exige que alguno de nosotros esté en contacto directo con los ambientes de la delincuencia común. No puede usted imaginarse la cantidad de informaciones cruzadas que se producen entre simples asesinos y el terrorismo internacional. Es una complicada red que no tiene claros sus límites. El inspector Nuín es sólo un policía que vela por la seguridad ciudadana.

Quienes trabajamos a las órdenes del coronel Ashad tenemos también otros objetivos... de mayor alcance, por decirlo así... Usted se hará cargo.

—Y esos objetivos, señor Mestre —continuó Ashad—, nos obligan a pedirle que permanezca en El Cairo durante un tiempo.

—¿Van a retenerme por la fuerza?

Ashad rio de forma franca.

—¡Desde luego que no! ¿Por quién nos toma? Conocemos nuestras competencias, querido amigo. Pero le suplico que haga lo posible por continuar el trabajo de la doctora Friedemann. El inspector Nuín le entregará todos sus papeles.

—No sé... hay algo que no acierto a comprender —dije con un tono más bien brusco—. Verán, señores, una vez, cuando no había sucedido nada de esto y yo era un simple especialista de la Unesco sin más atribuciones que la de catalogar unos manuscritos hallados en el oasis de Kiffa, leí un comentario en el periódico. Era de un doctor islámico y se lamentaba de nuestra presencia en su país. Su idea era que Egipto posee grandes estudiosos y que las cosas de casa se arreglan en casa, con los de la familia. Según este hombre no éramos bien recibidos. ¿Qué ha cambiado? ¿Por qué necesitan ustedes de gente que demostró sobradamente su incompetencia en el pasado y que ha causado un sinfín de problemas?

Ashad y Kamil se miraron. Mi pregunta había puesto el dedo en la llaga.

—Nuín sospecha —continué, animado porque ninguno de los dos hiciera un solo comentario— que uno de nosotros se apropió del Libro de la luz en las sombras. Susan y Galata han muerto. Sólo quedamos Duchamp, Santori y yo. ¿Me equivoco?

—No —admitió Ashad serenamente—, no se equivoca. Usted está... digámoslo con ciertas reservas... relativamente libre de sospechas.

Luego su gesto se endureció ostensiblemente.

—Queremos que haga lo imposible por que los señores Duchamp y Santori, sobre todo Duchamp, regresen a Egipto.

—Vaya, veo que han llegado a la misma conclusión que el inspector Nuín, después de todo. Él también cree que Duchamp se llevó el libro.

—Bueno —murmuró Kamil—, quizá el libro no sea sino una disculpa, una pequeña parte del asunto que nos ocupa.

—¿Qué quiere decir?

—Ese libro no puede ser un objetivo en sí mismo, efendi —Kamil adoptó un tono conciliador—. Por muy importante que sea no conozco ningún caso en el que hayan surgido tantas complicaciones a causa de unas cuantas palabras incomprensibles.

—Pensé que era usted un enamorado del pasado —comenté con ironía, recordando la erudición histórica de Kamil.

—Ah... ciertamente, ciertamente... Pero, verá, señor Mestre, uno tiene que ir más allá de lo evidente, siempre hay una segunda... a veces una tercera verdad. Dependiendo del lado por el que suba usted al camello, verá la cabeza... o la cola.

—De todos modos —añadió impaciente Ashad—, le aseguro que de no mediar esos atentados contra nuestro presidente, habríamos demostrado un interés más bien escaso por el contenido de ese manuscrito. Ya que estamos hablando sin reservas, le diré que el libro me trae sin cuidado. Mi único interés consiste en encontrar datos que me puedan llevar hasta los miembros de ese grupo que actúa contra el Estado. Tengo una larga lista de delitos sobre los que interrogarles.

—Supongo que el asesinato de la doctora Friedemann no se encuentra en esa supuesta lista de delitos —dije para ver hasta dónde llegaba su interés.

—Efectivamente —respondió con dureza—. Eso es cosa de la policía.

Kamil hizo un gesto de contrariedad que Ashad no pudo ver. Acababa de mencionar su único punto vulnerable. La desagradable sonrisa de rata de Kamil se quebró en una mueca de dolor que no me pasó desapercibida. Dio un par de intensas caladas a su cigarrillo y quedó protegido por una columna de humo blanco, a través del cual pude ver que esa empalagosa veneración que a todas horas confesaba sentir por Susan Friedemann era realmente sincera. Desde luego Kamil había resultado ser un tipo muy extraño.

—Y aun así —respondí indignado—, quieren que les ayude. ¿De qué modo?

—Continúe con el trabajo de la doctora Friedemann —respondió Kamil rápidamente—. Ella le eligió. Le hizo venir a Egipto. Ahora está usted aquí. No se empeñe en montar mirando hacia la cola del camello, así no irá hacia delante, no llegará nunca a ningún destino. Si cabalga al revés sólo conseguirá ver las cosas cuando hayan pasado y eso siempre resulta ser demasiado tarde.

Kamil tenía razón. Era necesario cambiar de postura. Hasta entonces me había dejado conducir a ciegas, me había dejado llevar. Por eso todo me sorprendía. Ahora tenía que tomar la iniciativa.

Hice un rápido balance de la situación. En torno al manuscrito de Avempace se había orquestado una trama que recorría varios siglos y que implicaba a varias razas y religiones. Al parecer, el libro contenía una maldición, eso aseguraban los que lo habían tenido en sus manos, pero yo no podía creer en lo sobrenatural con tanta facilidad como el copista que lo falsificó o el califa loco que durante un tiempo fue su dueño. Desde luego, había un misterio sin resolver, eso era evidente, tan evidente como la insistencia con la que periódicamente reaparecían datos e informaciones de una oportunidad muy sospechosa. Estas informaciones se iban cruzando en mi camino como si alguien estuviera demasiado interesado en implicarme. El resultado era que los propios egipcios sospechaban de mí. ¿Por qué? Mi único delito era haber adelantado la incorporación al equipo de paleógrafos que iba a trabajar en Kiffa, haber llegado unos días antes

de lo que se esperaba y sólo por ese motivo el manuscrito cayó en mis manos. De otro modo, quizá no lo habría visto nunca... Fue el azar... Sólo el azar... Y, a partir de ese momento, empezaron a suceder cosas inexplicables, aparentemente gobernadas por la fatalidad. Todos querían apoderarse de algo que yo tenía, o sabía, y ese algo sólo podían ser las notas que Susan me pidió minutos antes de morir.

—De acuerdo —dije—. Veré de nuevo ese manuscrito.

Era la única decisión posible. No había otra.

Ese mismo día recogí los papeles de Susan en el despacho de Nuín.

El gordo parecía feliz de que me hubiera decidido a ayudarlo.

—Ah... querido señor Mestre... Siempre tuve la certeza de que usted era un hombre que ama la verdad y la justicia —dijo al estrechar mi mano.

Nuín se movía torpemente, como si hubiera aumentado de peso en las últimas horas. Abrió uno de los cajones que había en un archivador metálico junto a la ventana y sacó las notas de Susan. Algunos folios estaban manchados de sangre.

Observó mi turbación.

—Pagarán por lo que han hecho, no se preocupe —dijo con un tono que denotaba sus deseos de agradar.

Revisé los papeles. Allí estaban las notas sobre las crónicas de Ibn al-Kardabus y el testamento de Ibrahim ibn Hasim que Susan me había leído en el patio del hotel Ashok. Las recorrí con la vista, identificando el texto de una manera rápida. Cuando tomé los folios que hablaban de la biblioteca de Al Hakam II, vi que había algo que Susan no me había mostrado aquella tarde. Era una especie de historia fantástica, una docena de cuartillas manuscritas en castellano. Por lo que pude ver, habían sido escritas recientemente y su autor no figuraba por ningún lado. Las leí con atención. Este era su contenido:

¡Bendito sea el Señor, porque Él vela por el destino de los hombres de Fe, humilla al poderoso y arroja al polvo a los arrogantes! Esta es la historia de un suceso extraordinario que tuvo lugar en la corte de un poderoso califa, Al Hakam II, hijo de Abd al-Rahmán el tercero, que gobernó durante tres lustros en la hermosa ciudad de Córdoba. Este califa era gran aficionado a las letras y el saber. A lo largo de su vida, había atesorado gran cantidad de manuscritos de todas las disciplinas y había mandado construir una grandiosa biblioteca que causaba admiración en todo aquel que tenía oportunidad de contemplarla. Pero, como muchos hombres ilustres, el califa guardaba sus tesoros con gran celo, no dejando que ojos profanos los consultasen, pues era notorio en la corte que muchos de esos libros contenían fórmulas mágicas y se decía que muchos de ellos podían estar embrujados, por lo que es preciso reconocer que dicho monarca actuaba con sensatez al tenerlos custodiados en una habitación aparte. Esta era una estancia inaccesible a la que no se permitía la entrada a nadie. Sólo el califa y su eunuco Talib podían acceder a ella. A los copistas y los sabios que rodeaban al monarca no se les permitía traspasar la puerta. El soberano pasaba largas horas dedicado a su pasión secreta, mientras la biblioteca crecía con nuevas adquisiciones y los sabios de todo el mundo, de Bagdad, de El Cairo, de Jurasán, llegaban a la corte invitados por el califa.

Así pues, pronto la ciudad de Córdoba se convirtió en un espejo de lo que era el palacio real y en todas las

casas de los nobles se cuidaba en adornar las estancias con libros de todo tipo que muchos de ellos no leían jamás. Surgieron bibliotecas notables, el comercio de manuscritos era próspero y los copistas se convirtieron en los artesanos más requeridos y mejor pagados de Córdoba. Entre las colecciones de libros que buscaban rivalizar con el palacio real había una que destacaba sobre las otras: era propiedad de un judío, comerciante y prestamista que, como el propio califa, destinaba grandes sumas de dinero a adquirir libros antiguos. Durante años, la fama de su biblioteca fue creciendo y creciendo, hasta que llegó a los cerrados oídos del califa. Entonces, guiado por la curiosidad y la envidia, el soberano se hizo acompañar por Talib, el eunuco, y visitó al judío en su casa.

El otro se sintió honrado con la presencia real y le mostró al califa todos sus tesoros, con gran petulancia y vanidad, lo que labró su desgracia, pues Al Hakam II salió de la casa codiciando estas valiosas pertenencias que habían podido contemplar sus ojos.

Pocos días más tarde, sin que hubiera un solo indicio de la participación de enviados reales en ello, el judío fue muerto y sus bienes incautados para hacer frente a los impuestos que el palacio real exigía. Cuando se desmontó la casa, los muebles y la portentosa biblioteca, los alguaciles dieron con una hermosa muchacha que había permanecido oculta hasta entonces. Dijo ser la hija del judío.

Esta joven era bella como un ángel, de largos y sedosos cabellos, ojos de gacela y piel de ámbar. Fue conducida a presencia del califa, pues hizo saber con grandes voces que tenía una cosa muy importante que decir. Al Hakam la recibió, acaso compadecido de su suerte, y la muchacha habló con gran audacia y valentía de todos aquellos temas que el califa conocía bien: magia, sortilegios, fórmulas para conseguir riquezas y poder, talismanes capaces de proporcionar larga vida y toda suerte de hechicerías contenidas en los libros antiguos, los que sin duda había estudiado a lo largo de su corta vida.

Pronto el califa quedó prendado de sus grandes conocimientos, algo que resultaba insólito tratándose de una mujer tan joven, pero durante horas ella se esforzó en demostrar que su saber no era superficial y que tenía gran información sobre todos los manuscritos de contenido misterioso que el califa poseía.

—Sé que guardas en tu poder —dijo— un libro que nadie hasta ahora ha sido capaz de interpretar. Déjame intentarlo y te prometo que antes del día de tu cumpleaños te informaré de todo lo que el libro dice. Después, para que nadie más esté enterado de su contenido, tú mismo me darás muerte.

Al califa le tentó la idea, pues era cierto que había un libro cuyo secreto nadie había podido desentrañar hasta entonces, y accedió. Pero como era celoso de sus pertenencias y tenía miedo de que ella no cumpliera su promesa, encerró a la muchacha en la habitación de la que sólo Talib o él podían entrar o salir y la dejó recluida durante meses en esa estancia llena de libros. Allí comía la hija del judío, allí dormía y allí la visitaba por la noche el califa en persona, para que ella le informara de todo lo que había estudiado durante el día.

Muy pronto se sintió embrujado por sus muchos atractivos. Esta nueva pasión le hacía descuidar sus deberes para con el pueblo. Sus esposas estaban desatendidas y se entretenían maldiciendo a la muchacha judía en la soledad del serrallo, mientras el ejército solicitaba en vano la presencia del monarca en las duras batallas contra las tropas cristianas. Pero Al Hakam había sido apesadumado por una enfermedad del alma y sólo tenía ojos para la judía. Yacía con ella en la cámara secreta y se entregaba a una injustificada melancolía durante las horas en las que no estaba a su lado.

Pasaron los meses y la situación empeoró. El monarca parecía un fantasma. Sus consejeros no conseguían hacerle entrar en razón. Y así las cosas, llegó la fecha en la que Al Hakam cumpliría años. Sus ministros prepararon una gran fiesta para tratar de atraerle de nuevo al mundo de los placeres y para ver si era posible que recuperara la alegría. Pero el monarca sufría de una extraña pesadumbre: si el libro era interpretado, debía matar a su amada.

La víspera del cumpleaños real, Al Hakam intentó entretener a la muchacha para que no pudiera acabar con su trabajo y así evitar una muerte que no se sentía capaz de ejecutar. Era cierto que deseaba saber lo que el

manuscrito decía, pero más cierto era que su corazón estaba sumido en la angustia y que la idea de perderla le causaba un gran tormento. Ella comprendió las intenciones del califa y le suplicó:

—Mañana, después de la fiesta, tendré resuelto el enigma. Tengo que cumplir lo que te prometí. Es necesario. De otro modo, tanto tú como yo estaríamos siempre en peligro. Ahora debes dejarme sola.

El califa obedeció a su pesar, pero encargó a Talib que echara un bebedizo en su cena, para que la joven judía durmiera durante todo un día y así no pudiera cumplir su promesa.

Llegó el momento de la celebración. La sala de audiencias fue engalanada con ricos brocados y todos los notables desfilaron ante el califa para ofrecerle sus parabienes y felicitarle en tan escogida fecha. El ejército rindió honores al monarca haciendo complicados alardes junto a su ventana y de todos los lugares del reino fueron llegando los regalos más preciados y diversos. El califa parecía satisfecho. Talib le había informado de que la muchacha dormía profundamente. Por un momento, después de largos meses, la corte parecía haber recuperado el ambiente despreocupado y feliz de antaño. Los músicos ejecutaban alegres melodías y las bailarinas danzaban, mientras los numerosos invitados a la fiesta se deleitaban con los más refinados manjares.

De pronto sonó un redoble de tambores. Una bailarina solitaria entró en escena, ante el murmullo de admiración de los asistentes que se sintieron sobrecogidos por la perfección de sus formas y la dulzura de sus movimientos. La música arrojaba su cuerpo semidesnudo como una invisible gasa de seda. Toda ella era armonía, perfección y belleza. Sólo el rostro permanecía escondido tras un velo, dejando al descubierto unos ojos que centelleaban con un brillo especial, enormes y arrebatadores, de modo que ni uno solo de los asistentes era capaz de apartar la mirada de ellos. A medida que bailaba, aquel suave cuerpo cobraba más y más fuerza, como si estuviera poseído por un impulso sobrenatural. Pronto la danza se convirtió en algo sobrecogedor. Un rumor recorrió la estancia:

—... Es la danza del desierto...

—... Morirá antes que detenerse...

Los invitados celebraron con una sobrecogedora admiración esta nueva muestra del poder de su califa. La danza del desierto no era fácil de ver en aquellos tiempos. Tenía una sola condición: la bailarina debía agotar sus fuerzas más allá de lo humanamente posible. Cuanto más notable era el anfitrión, con mayor cuidado había que prolongar el final. Esto había creado una costumbre aberrante. Las jóvenes que ejecutaban la danza del desierto eran drogadas con un poderoso bebedizo que les hacía resistir hasta causarles la muerte. Nadie dudó de que la muchacha moriría ante los pies del califa y así sucedió: cuando ya la expectación había llegado a un punto sin retorno y los invitados del monarca tenían los ojos fuera de sus órbitas y el corazón les latía como un caballo desbocado dentro del pecho, la bailarina se acercó al califa, hizo un gesto con la mano extendida y cayó al suelo con la suavidad de un pétalo desprendido por la brisa. Todos se pusieron en pie, pero nadie se atrevió a acercarse. Sólo Al Hakam, cuyos ojos reflejaban el más terrible espanto, fue hacia ella y con manos temblorosas retiró el velo que cubría su rostro. Tal como había presentido, aquel cuerpo que yacía sin vida era el de su amada.

Al Hakam, ciego de ira, mandó cerrar para siempre el cuarto donde había mantenido cautiva a la muchacha judía, de modo que nadie nunca pudo acceder a él hasta después de su muerte. La melancolía del califa fue en aumento y, finalmente, dejó el mundo de los vivos sin haber conseguido descifrar el misterio del pergamino.

Y así acaba la historia de la que pocos se sienten dispuestos a hablar, siendo muchos los que dicen que es un invento para amedrentar a los crédulos. En la conciencia de los hombres quede esta enseñanza sobre la codicia y sus consecuencias, sobre la soberbia y el castigo que puede alcanzar a los más poderosos reyes, haciendo tambalear su trono y dejándoles sumidos en el desconuelo como al resto de los mortales. Líbrenos el Todopoderoso de caer en tan peligroso pecado y manténganos a salvo de aquello que no debemos conocer.

Cuando terminé de leer, reparé en que Nuín me miraba con gesto preocupado. Sin duda mi rostro reflejaba el asombro que este nuevo descubrimiento me producía. Otra vez ella. La misteriosa mujer que cruza los siglos como si fuera eterna, la que unas veces es judía, otras hermana de un califa musulmán y otras bailarina europea en un café de Bagdad. Recordé los libros de plomo y la actitud de Said frente a los buscadores de tesoros. «No hay más tesoro que la sabiduría», había dicho en Fez. Quizá no se tratara más que de eso: de una búsqueda del máximo conocimiento, pero por el camino equivocado. Me pregunté quién estaba detrás de todo esto. ¿Duchamp y sus intrigas políticas? ¿Santori? ¿El fantasma de Sophie, preparándose para actuar de nuevo?

Con expresión de cansancio, dejé las cuartillas sobre la mesa y me cubrí el rostro con las manos.

—Vamos, señor Mestre, no será tan grave lo que acaba de leer —dijo Nuín—. ¿La doctora Friedemann no le mostró en su día esos papeles?

Negué en silencio.

—Vaya, vaya... —murmuró pensativo—. ¿Cómo se lo explica?

—Quizá no tuvo tiempo —admití.

Luego lo pensé mejor. Susan Friedemann era poco amiga de cierto tipo de cosas.

—Es posible que no le diera importancia. Esto no es ningún documento histórico ¿Sabe usted de qué se trata? —dije señalando las hojas que minutos antes habían sostenido mis manos.

Nuín se acercó a la mesa con curiosidad. Me di cuenta de que no había tenido la oportunidad de conocer su contenido. Me pidió que le explicara brevemente qué decían.

Lo hice, tratando de ceñirme a la historia de forma escueta, sin aludir a Bagdad, ni a mi relación con Sophie que, por otro lado, Nuín conocía de sobra.

Cuando terminé, el inspector Nuín se quedó pensativo. Manoseó una y otra vez las cuartillas. Les dio la vuelta y las observó cuidadosamente.

—Dígame, ¿esta es la letra de Susan Friedemann?

—No —reconocí.

—Claro, lo suponía —dijo pensativo.

Luego me hizo mirarlas de nuevo.

—¿Observa usted algo especial en estos papeles? Compárelos con los otros, por favor.

Nuín me dio tiempo para que contestara, pero no supe qué decir. Fue él quien respondió por mí.

—Lo que acaba de leer, señor Mestre, no tiene el más mínimo resto de sangre, lo que indica que estos papeles no podían estar sobre la mesa del hotel Ashok, ¿no es eso?

—Cierto —tuve que admitir.

—No creo que la doctora Friedemann quisiera ocultarle nada —dijo mientras yo intentaba

imaginar lo que había pasado realmente—. Más bien, me inclino a pensar que estos papeles no le pertenecían y que alguien se ha empeñado en hacernos creer lo contrario.

—¿Por qué? —pregunté.

—Los han colocado junto a los otros después de que la sangre se secase.

Eso me preocupó y por lo que pude ver a Nuín también.

—Recuerde el tiroteo —dijo como si tratara de analizar lo sucedido—. Kamil y mis hombres salieron en persecución de la chica. Luego lo hice yo. Usted se quedó junto al cadáver de la doctora Friedemann.

Pensé que Nuín me volvía a considerar sospechoso y me defendí como pude.

—Pero sólo durante unos segundos. Luego usted me hizo ir al pasillo donde habían alcanzado a Sophie. Había mucha gente. Estaban los empleados del hotel y también algunos clientes. Cualquiera pudo hacerlo.

—Cualquiera... —repitió pensativo Nuín.

De pronto, volvió su rostro enorme hacia mí y añadió:

—El señor Duchamp no se encuentra esta vez en Egipto. Tenemos la absoluta certeza de que sigue en Irak.

—¡Vaya! —exclamé con tono agrio—. Santori tampoco, así que sólo quedo yo.

Nuín rio abiertamente.

—No se precipite, amigo Mestre. Es cierto, usted parece el principal sospechoso... Pero por otra parte, ya lo fue una vez, ¿no es eso? Y, sin embargo, aquí está, tratando de colaborar con las autoridades egipcias. Eso le proporciona un curioso salvoconducto a todos los efectos.

Entonces pensé que Nuín sospechaba de alguien mucho más peligroso, alguien que era capaz de engañarnos desde las sombras. También yo lo pensaba. Pero ¿quién? Sólo un loco podía ser capaz de reinventar una escena que yo había vivido en Bagdad y, de ser así, tenía que admitir que me había seguido de cerca y que había tenido tiempo de prepararlo todo con el máximo esmero.

—Todavía hay algo más de lo que debemos hablar —dijo Nuín—. Es un asunto delicado... muy delicado...

Nuín se acercó y murmuró en mi oído:

—Vaya mañana a esta dirección. Hay alguien que quiere verle.

Como si temiera que nos pudieran estar escuchando, deslizó un papel en mi mano. Quise preguntarle qué significaba aquello, pero no me lo permitió.

—Chis —dijo poniendo uno de sus enormes dedos frente a los labios—. Vaya, amigo mío. No tema. Es un lugar seguro.

Luego, bajó aún más la voz y añadió con gesto preocupado:

—Y procure que esta cita no llegue a oídos del coronel Ashad. Me pondría usted en un

verdadero aprieto.

Abandoné el despacho de Nuín convencido de que tenía en él un aliado. Eso hizo que me sintiera algo mejor, pero esa ficticia tranquilidad iba a durar muy poco. Alguien había dejado abierta la puerta del tiempo y los fantasmas deambulaban sin la más mínima precaución por las calles de El Cairo.

En el bolsillo de mi chaqueta tenía el papel en el que Nuín había garabateado una dirección. Lo saqué y leí: «Café Sahleb, Darb al Asfar, cerca de la mezquita Aqmar». No sabía dónde estaba, pero la cita era para el día siguiente. Había mucho tiempo.

Desde la prefectura me dirigí hacia la orilla oriental del Nilo. Era una tarde cálida y tranquila. El incómodo jamsein había desaparecido y la ciudad brillaba como un topacio recién tallado. Los rayos del sol iluminaban la superficie del agua y las fachadas ocre de Zamalek, a lo lejos, parecían teñidas con un baño de ámbar. Crucé el puente que une la Corniche con la isla de Gezira. No tenía ganas de meterme en el hotel. Todavía caminé durante una hora por Shari Abul Fedá, donde los cabarets empezaban a abrir sus puertas discretamente. En la puerta de uno de esos locales había fotos de una bailarina ejecutando la danza del vientre. Pensé en Sophie o, mejor dicho, en Zenia Kayakan... Ese nombre no significaba nada para mí... Nunca sabría quién era, ni el motivo por el que había disparado sobre la doctora Friedemann. ¡Si al menos hubiera aprovechado la oportunidad de preguntarle a Susan por ella...!

Me dirigí a los muelles donde proliferaban los burdeles flotantes. Muchos egipcios, y algunos turistas de aspecto despistado, deambulaban por la ribera, entre luces rojas y carteles de reclamo. Cada dos pasos, alguien me cogía por el brazo y me invitaba a entrar en uno de esos antros de los que salía una música infernal.

—Venga, amigo, verá mujeres hermosas. Las danzarinas más bellas, las más complacientes...

—Mujeres occidentales, efendi, francesas, las mejores...

—No se quede en ese barco, señor, venga conmigo, yo le llevaré a un sitio digno de usted...

Seguí caminando sin rumbo, entre un tumulto de rostros ávidos por atrapar a un cliente con dólares en el bolsillo, hasta que las barcas decoradas con bombillas rojas desaparecieron a mi espalda. No quería pensar en lo sucedido, pero mentalmente iba repasando las notas que tomé en Kiffa. Sobre todas las demás, recordaba una: Eritis sicut dii, y la indicación G,III,5, que hacía referencia al Génesis. «Seréis como dioses», había prometido la serpiente a Eva. Sin lugar a dudas el Libro de la luz en las sombras ofrecía la posibilidad de alcanzar un estado superior.

¿Qué? ¿La vida eterna, como insinuó Santori al hablar de sus conocimientos de alquimia? ¿El conocimiento de un secreto velado a los hombres durante siglos? ¿El lugar preciso donde se encuentra el trono de Salomón, como parecía estar buscando Duchamp? ¿O, simplemente, la organización secreta de un supuesto grupo terrorista que había sobrevivido durante siglos sin que nadie sospechara su existencia? ¿Cuál era el contenido del manuscrito?

No tenía respuesta para ninguna de esas preguntas. Era inútil intentarlo antes de ver de nuevo el libro. Al llegar a la parte norte de la isla, las calles de trazado occidental se volvían algo más silenciosas y ese silencio inmediato obligaba a volver la vista sobre la parte más populosa de El Cairo, donde los cafés estarían llenos de indolentes fumadores de pipa y los callejones de la ciudad islámica rebosarían como un zoco atestado de las más variadas mercancías. Poco a poco había oscurecido totalmente. Era una noche sin luna, cerrada y negra, pero la temperatura resultaba cálida y el aire dejaba un resto de humedad en el rostro. Me acerqué a uno de los embarcaderos. El jamsein era sólo un recuerdo. La arena del desierto había cesado de flotar por la ciudad y la polución estaba en su nivel más bajo. El Cairo resultaba por fin respirable, hasta el punto de despertar los sentidos de alguien que, como yo, había tenido que soportar una gran tensión en los últimos días. El Nilo discurría lento y suave a mis pies. A lo lejos, las cúpulas de las mezquitas se alzaban en la noche como simples evocaciones perdidas en el envés de la memoria, vestigios sin nombre que duermen un sueño sin tiempo. La Ciudadela se alzaba confusa a los pies del monte Muqattam, sobre el que brillaban con fuerza miles de estrellas. Todo mi cuerpo permanecía sedado por una confortable sensación de bienestar. Sin poderlo evitar, recordé la imagen de Sophie sobre las sábanas del hotel de la plaza Ghazi y sentí que su muerte no era real, que podía volver a encontrarla en cualquier momento. En cambio, cuando pensaba en Susan notaba en el estómago la zarpa de la muerte atenazando mis sentimientos más primarios. Susan Friedemann estaba definitivamente muerta, pero Sophie... ella era otra cosa... una figura incierta que se confundía en mi memoria con las leyendas sobre apariciones y regresos... Me inquietaba profundamente esta sensación a la que no podía dar crédito. No estaba dispuesto a creer en fantasmas, pero no tenía una sola explicación con la que cerrar mi opinión sobre ella, ni un solo dato para enterrarla bajo los recuerdos. Allí, contemplando las aguas milenarias del Nilo recordé Al Jafh y Kiffa, los tiempos en los que todo era corpóreo y tangible, y me sentí profundamente cansado. Las barcazas se veían claramente alineadas en la ribera del río. Pensé en volver sobre mis pasos y entrar en uno de aquellos tugurios en los que, posiblemente, podría beber unas copas y olvidarme de todo lo ocurrido.

Estaba a punto de hacerlo, cuando ocurrió algo imprevisto. No tuve tiempo de reaccionar. Dos hombres se abalanzaron sobre mí en la oscuridad del embarcadero. Uno de ellos me sujetó por los brazos y el otro me golpeó varias veces en el pecho. Traté de defenderme, pero el dolor fue lo único en lo que podía pensar. Me arrastraron hacia una de las escaleras que descenden

sobre el Nilo. Resbalé en la humedad y quedé tendido en uno de los escalones, doblado sobre mi propio cuerpo. Uno de ellos se agachó y comenzó a registrarme. No podía ver su rostro, pero noté que iba vestido con ropa oriental y que olía a sudor agrio. El otro hombre permanecía de pie, en lo alto de la escalera, vigilando. Hice ademán de querer incorporarme, pero no pude. Sabía lo que buscaban. Las notas que había copiado del manuscrito de Avempace. Afortunadamente, no las llevaba conmigo y por un momento pensé en gritar que perdían el tiempo, pero luego presentí que sería mejor callar hasta recobrar las fuerzas y simulé estar inconsciente.

—No los tiene —oí decir a mi lado.

El hombre que vigilaba hizo un gesto de impaciencia. Su sombra se recortaba contra la oscuridad de la noche. Aun así, observé en él algo que me resultaba asombrosamente familiar y noté claramente que el otro seguía sus órdenes. El que me había registrado se incorporó, esperando una indicación; pero antes de conseguir ponerse totalmente en pie vaciló, como si hubiera tropezado con algo en su camino. Fue en ese momento, cuando pude reaccionar. Le cogí por las piernas y le derribé. Cayó con todo su peso. Creo que se golpeó la cabeza contra uno de los escalones. En lugar de acudir en su ayuda, el hombre que se había mantenido en lo alto del embarcadero desapareció rápidamente. Corrí tras él, pero cuando llegué al final de la escalera vi el muelle completamente desierto. A lo lejos, los burdeles flotantes cubrían la ribera del Nilo con sus luces rojas y, más allá, el centro de la ciudad emergía sobre la Corniche como un enjambre de vida.

Al menos había atrapado a uno, pensé mientras bajaba de nuevo hacia el río. Allí estaba el bulto inmóvil, yaciendo boca arriba. Le zarandé ligeramente, con un terrible presentimiento. En ese momento una barcaza se acercó por el Nilo y la luz de proa iluminó la escalinata. Vi su rostro durante unos breves segundos. Tenía los ojos abiertos y un pequeño reguero de sangre detrás de la cabeza. Temblé al reconocerle: era Abdul, el iraquí que me había servido de guía en Bagdad.

—No estaba solo, ¿verdad? —dijo alguien a mi espalda.

La luz de un fósforo brilló en la oscuridad y, luego, la brasa de un cigarrillo encendido fue bajando lentamente hasta situarse a mi altura.

—Ah, señor Mestre... —La aparición de Kamil, con su inconfundible aspecto de rata, apenas me sorprendió en esta ocasión—. Veo que ha tenido nuevos problemas. ¿Está muerto?

—Sí, lo está —respondí en voz baja.

—¿Le atacaron? ¿Cuántos eran?

—Dos.

Kamil se agachó en la oscuridad.

—Se mató al caer contra la escalera —dije.

Kamil encendió un nuevo fósforo y alumbró con él el cuerpo de Abdul.

—Se equivoca, efendi. Mire, alguien le ha clavado un puñal justo en el corazón.

—¡No puede ser! Yo le...

Recordé el instante en el que pareció vacilar. Alguien que no era yo había matado a Abdul o comoquiera que se llamase. Quizá ese puñal no iba dirigido a él. Pensé en Sophie y en las palabras que había dicho antes de morir: «Tú serás el siguiente...».

Kamil se incorporó y acercó su rostro al mío. La brasa del cigarrillo le temblaba en los labios.

—No se preocupe, efendi —dijo con tono de complicidad—. La policía no tiene por qué enterarse. Todos los días hay sucesos como éste en El Cairo. Creo que no nos interesa complicar más las cosas.

Luego empujó con el pie el cadáver y Abdul se sumergió en las oscuras y tranquilas aguas del Nilo para siempre.

Ya no podía volverme atrás. Estaba claro que ahora iban a por mí. Yo tenía las notas y había visto el manuscrito original. No era un maleficio, sino algo mucho más simple: una jodida competición para conseguir algo que todos deseaban y que yo había tenido en mis manos sin saberlo. No había tiempo para preguntarse por qué demonios Abdul estaba en El Cairo, ni quién era el hombre que iba con él. No había tiempo para nada, ni siquiera para dar explicaciones sobre esa nueva muerte que Kamil había decidido ocultar.

Al día siguiente, cuando me disponía a ir a la cita que Nuín me había preparado con tanto secreto, caí en la cuenta de que el papel en el que había anotado la dirección no estaba en mi bolsillo. Sin duda, lo había perdido durante el forcejeo con Abdul... o quizá alguien me lo había arrebatado... Lo más probable es que estuviera en el fondo del Nilo, junto al apuñalado cadáver del iraquí. No me preocupó en absoluto, porque casi al mismo tiempo pude repetir mentalmente el nombre del café y la calle en la que se encontraba: café Sahleb, Darb al Asfar, cerca de la mezquita Aqmar.

No fue difícil dar con él. El Shaleb era uno de esos viejos cafés de barrio donde se reúnen cada día los mismos clientes. Estaba situado en la zona oriental de la Qasaba, cerca de la mezquita Aqmar, entre callejas en las que proliferan los talleres de cobre y estaño. Tenía la fachada pintada de color crema, decorada con grandes orlas de orquídeas, que hacían referencia a su vistoso y sugerente nombre. En el exterior, junto a los portones entreabiertos, había tres mesas pintadas de azul pastel. Sólo una de ellas estaba ocupada por un grupo de hombres, que me miraron con curiosidad. El interior quedaba sumido en una inquietante penumbra, aunque se respiraba un aire tranquilo y relajado, de holganza perezosa. Me detuve indeciso durante unos breves instantes frente a la entrada y traté de leer lo que ponía en una de las puertas. Los batientes servían de improvisada pizarra, en la que habían escrito una interminable lista con todas las clases de té y las modalidades de tabaco y café que se podían consumir. Los hombres bromearon en voz baja. Les escuché algún comentario burlón cuyo alcance no llegué a comprender, pero que les causaba gran regocijo y les hizo reír a carcajadas. Creo que era yo el motivo de sus risas. Un par de veces se refirieron a mí con el sobrenombre de faransawi, el francés, lo que me causó cierto malestar, porque me recordó a Duchamp y ese simple recuerdo consiguió que, mientras dudaba si entrar o no en el café, sintiera nuevamente sobre mi cabeza la sombra del peligro.

Decidí echar un vistazo al interior. Junto a la barra había un camarero con un sucio mandil que en algún momento debió de ser blanco y que ahora tenía un color incierto. Rápidamente vino a mi encuentro, recorriendo con pasos presurosos toda la longitud del mostrador, donde se alineaban los recipientes de cobre y los cuencos de arcilla llenos de maasil.

—Bienvenido, efendi —dijo con un extraño acento—. Pase y siéntese. Su amigo llegará pronto.

Indiferente a mi gesto de extrañeza, hizo varias reverencias absurdas y seguidamente me guio hacia el interior. Algunos clientes fumaban con lentitud sus largas sheeshas, en las que habían colocado una mezcla de tabaco y melaza que olía de forma demasiado empalagosa para mi gusto. El mozo me indicó una mesa relativamente retirada, a cierta distancia de la puerta. Me senté y eché un vistazo a mi alrededor. El ambiente era agradable, distendido. Como los caravasares en las viejas rutas del desierto, los cafés de El Cairo han sido siempre un lugar de alivio, un espacio para el relax, la conversación y el semisueño. Decidí que era un placer al que yo también tenía derecho. Frente a un vaso de té humeante, en la penumbra, me dejé llevar por una dulce sensación de letargo. Permanecí así durante unos quince minutos, abstraído, relajado, sumido en una nebulosa profunda. Pensaba en Galata y en Susan, en todos nosotros, en los muertos y en los que esperábamos pacientemente nuestro turno para morir también. No sé por qué, pero me sentía como una hormiga que va a ser pisoteada con otras cien a la salida de su hormiguero y eso no me producía el más mínimo quebranto, sino que pensaba en ello como algo natural e inevitable.

El chico apareció de improviso. Le reconocí sin esfuerzo y apenas me sorprendió que fuera, precisamente él, la persona con la que Nuín me había citado. Fuera del hormiguero regían otros códigos, el peligro tenía cien rostros y uno nunca podía saber de qué color era la suela del zapato de su enemigo. Se sentó a mi lado con gesto temeroso. Habían pasado cinco largos años, pero apenas había cambiado. Los mismos ojos, el mismo pelo revuelto, la misma expresión huidiza. El muchacho de Al Jafh, como todos los otros, también había decidido ponerse en contacto conmigo.

—Has venido —dijo moviendo la cabeza en sentido afirmativo, como si de este modo quisiera convencerse a sí mismo de que no íbamos a tener ningún problema.

Pensé si era cierta la historia que contaba Ashad sobre grupos terroristas que ponían en peligro la paz de Oriente Próximo. El chico no parecía uno de aquellos fanáticos. Más bien, tenía aspecto de ser un ladronzuelo de la Qasaba, uno de esos pillos que roban el bolso a las viejas inglesas. Fuera como fuese, sólo había una cosa que me interesaba de él.

—¿Quién ordenó que nos secuestraran a la doctora Friedemann y a mí? —le pregunté a bocajarro—. ¿Lo sabes?

El muchacho me miró con gesto agresivo, como si mis palabras le hubieran ofendido. Luego observó a un lado y a otro y, con tono de fastidio, respondió:

—Todo lo preparó el hombre del pasamontañas.

—¿Quién era ese hombre? ¿Por qué se cubría el rostro?

—¿Tú le viste la cara? —dijo alzando la guardia—. ¿No? Yo tampoco.

Hizo ademán de querer añadir algo, pero luego pareció pensarlo mejor y guardó silencio.

—¿Y la mujer que estaba contigo? ¿Tampoco le viste la cara?

—He dicho todo lo que sabía a tu amigo el policía. Pregúntale a él.

Noté que estaba impaciente por salir del café y, a pesar de ello, traté de hacerle hablar un poco más antes de que se fuera corriendo como la vez anterior.

—No creo una sola palabra de lo que dices y sospecho que la policía tampoco te cree. Vas a verte en un aprieto si no se aclaran ciertas cosas.

Debía de ser así, porque su aparente indiferencia se tambaleó y los labios le temblaron de forma apenas perceptible e incontrolada. Insistí:

—Varias personas han muerto. La mujer... ¿Recuerdas a la mujer alemana? Ha sido asesinada. Ahora, alguien intenta matarme también a mí.

El chico se encogió de hombros, dando a entender que no tenía ninguna responsabilidad sobre todo ello.

—¿Por qué te has puesto en contacto conmigo? —pregunté—. ¿Qué es lo que quieres decirme?

Durante unos minutos pareció dudar. Luego, de pronto, dijo:

—¿Recuerdas que te avisé sobre la mujer?

En ese instante, las palabras cruzaron el umbral del tiempo y volvieron a sonar, vivas, precisas y misteriosas, en mi cerebro: «Ten cuidado, efendi, la mujer busca tu perdición...».

Fue entonces, al recordar su advertencia, cuando me di cuenta de que el chico no había querido referirse a Susan, tal como yo entendí entonces, sino a Sophie, que por aquella época era para mí la inocente y atribulada hija de Galata. Me pareció un descubrimiento demasiado tardío y maldije mentalmente mi torpeza.

—Tú ibas con ella —añadió el chico—. Y eso era peligroso, muy peligroso.

—¿Para quién?

—Para todos, efendi. Esa mujer no es como las demás, su corazón no late, no hay sangre en sus venas.

—¿Cómo lo sabes?

—Sígueme y lo verás con tus propios ojos.

Pagué la cuenta y echamos a andar por una de las callejas, la más sombría. Los comerciantes empezaban a colocar su mercancía en las aceras. Cuencos y recipientes de cobre colgaban de los dinteles como golosinas multicolores en una barraca de feria. En el interior de los talleres se oían los golpes del mazo sobre el metal. Sonaba como una canción sincopada que tuviera su

propia melodía oculta. Por un momento, imaginé que eran los tambores de la muerte, la música que acompaña al condenado cuando sube al patíbulo. ¿Adónde iba con aquel chico? ¿Qué hacía dejándome llevar a una emboscada segura?

Dimos un rodeo para, finalmente, salir a una calle ancha, por la que circulaban los coches a gran velocidad. Cruzamos por un paso elevado, detrás de una gasolinera donde los conductores egipcios hacían cola ante un único y destartalado surtidor, y caminamos en silencio durante un buen trecho. El muchacho me guiaba por calles que me resultaban totalmente desconocidas, hacia el norte de la ciudad. Observé que, de pronto, nos adentrábamos en una zona más tranquila, con cierto aire francés, y vi varios edificios oficiales, un teatro y algunas tiendas de antigüedades. Desde luego, aquello no parecía El Cairo. Las calles, las casas de piedra, todo estaba en calma, aunque a lo lejos se presentía el estrépito de una ciudad que nunca cede un solo palmo de su territorio al silencio.

En una pequeña plaza de fachadas ocres abrimos un portón. El muchacho tiró de mi manga y me hizo entrar. Atravesamos el patio. Era un edificio del más puro estilo europeo, con amplias ventanas y tejados de pizarra gris, que parecía abandonado desde hacía mucho tiempo. En el suelo del patio había cristales rotos y restos viejos de cemento. El chico empujó suavemente una puerta estrecha que se abrió dejando escapar un estridente chirrido, semejante al quejido de una voz humana que hubiera quedado milagrosamente atrapada entre los goznes, y por esa puerta accedimos a la parte trasera del edificio.

—Antes era un museo —dijo el muchacho a media voz—. Lleva mucho tiempo abandonado.

Nada más entrar tuvimos que sortear un montón de ladrillos y cascotes. Torcimos a la derecha, siempre siguiendo el pasillo, y bajamos una escalera que, sin duda, conducía al sótano.

Fue en ese momento, cuando oí por primera vez el ruido a nuestra espalda. Sonaba a lo lejos, en el patio, como si alguien hubiera pisado sin darse cuenta los cristales que había en el suelo. No presté atención, porque habíamos llegado al sótano y nos disponíamos a entrar en una sala oscura y fría que estaba apenas iluminada por un ventanuco en la parte más alta del techo, justo al fondo, y que dejaba la mayor parte de la inmensa habitación en absoluta penumbra. El chico respiraba agitadamente. Caminaba deprisa, con seguridad, por lo que deduje que conocía muy bien el lugar. Según me pareció a simple vista, estábamos en una especie de almacén, pues las cajas y los objetos se amontonaban unos sobre los otros. Junto a una de las paredes pude ver lienzos de gran tamaño y algunas estatuas de corte clásico, pero no pude detenerme porque mi acompañante me urgía.

—Vamos, efendi, rápido... No pierdas tiempo.

Le seguí con paso titubeante, incómodo por la falta de luz. De pronto el chico se paró junto a una viga de fundición que sujetaba el artesonado. Allí, junto a la columna, había gran número

de objetos, de todos los tamaños. Rebuscó precipitadamente y dejó al descubierto algo que parecía un trozo de muro.

—Coge de aquí —dijo señalando uno de los extremos.

Lo levantamos entre los dos y lo llevamos a una zona libre, dos o tres metros más allá, y con cuidado lo depositamos en el suelo. Estaba oscuro. No podía ver de qué se trataba. Cuando lo posamos sobre el pavimento, el muchacho me cogió de la mano y me obligó a retirarme unos pasos. Entonces él se aproximó a la cosa y encendió con solemnidad un viejo mechero de gasolina. Vi que se trataba de una pintura. El chico hizo un gesto con la mano. Me acerqué. Él se agachó, intentando alumbrar mejor con el mechero, y entonces observé que había un rostro de mujer pintado sobre el trozo de pared. Supuse que era muy antiguo, quizá de la época de los faraones.

—Mírala bien —dijo el chico.

Lo hice con terrible asombro, pues aquel rostro femenino casi desdibujado por el paso del tiempo era el de Sophie. Llevaba una roseta estrellada sobre la frente, a modo de diadema, y una piel de leopardo sobre los hombros, pero no había la más mínima duda: era ella.

—Sejsat —murmuró el muchacho—, la hermana del ibis.

—¿Quién dices?

—La Señora de los Libros, la que administra archivos y documentos, la que anota el nombre de los reyes en el Libro de la Vida —recitó con ardor.

No podía creerlo. Por algún motivo que no acertaba a explicar, me sentía avergonzado. El chico me miraba con sorna, aunque no había dejado de tener aquella actitud de inseguridad o de precaución de un principio.

—Ya la has visto —dijo cogiendo de un extremo de la piedra—. Pongámosla en su sitio y vámonos.

Hice lo que me pedía como un autómatas. Todavía no me había repuesto de la sorpresa, cuando los dos oímos claramente unos pasos que se acercaban desde la puerta por la que habíamos entrado. El chico me empujó hacia un lado y, con sorprendente agilidad, se escondió entre unos fardos. Hice lo mismo. A través de una pequeña hendidura pudimos ver una sombra que se acercaba y luego la silueta irreconocible de un hombre de complexión normal que vestía a la europea, pero cuyo rostro o aspecto nos fue imposible contemplar, porque antes de situarse frente a nosotros se paró en seco, prestó atención a un ruido procedente del exterior y, sin aparente justificación, dio media vuelta y salió corriendo.

Antes de que tuviéramos tiempo de reaccionar, se oyeron unos nuevos pasos en el exterior, al otro lado del ventanuco que había en el techo y una voz que decía:

—¿Señor Mestre? ¿Está usted ahí?

Reconocí la voz de Kamil que, como siempre, andaba pegado a mi trasero. La sorprendente

ubicuidad de este personaje resultaba tan grotesca como milagrosamente oportuna. Salí del escondite y fui a su encuentro. Nos encontramos en la puerta de sótano.

—¿Nuevos problemas? —dijo al verme.

Recordé que Nuín no quería que se supiera nada sobre esta cita. Hice ademán de querer subir la escalera, pero Kamil oteó con su hocico de rata el interior del almacén y avanzó unos pasos.

—¿Algún hallazgo interesante, querido doctor?

Fui tras él, temiendo que pudiera ver al chico.

—Dígame una cosa, ¿cómo ha conseguido llegar usted solo hasta aquí? ¿No le parece un poco peligroso? —preguntó con falsa preocupación.

No respondí.

—He creído ver a alguien hace unos instantes —murmuró Kamil como si estuviera hablando consigo mismo—. Ha salido corriendo cuando he dado la vuelta al patio.

Seguía adelante, hacia los fardos donde se encontraba el muchacho. Cuando llegó al lugar exacto en el que habíamos estado, examinó atentamente nuestro escondite, pero el chico no estaba allí. Kamil dio todavía un par de vueltas inútiles, al cabo de las cuales decidió dejar de buscar. Yo respiré aliviado.

—En fin, querido señor Mestre, parece que no hay gran cosa que ver, ¿no es así? —preguntó con sorna.

—Usted sabrá —respondí con evidente mal humor por la sensación de estar siempre vigilado.

—No se enfade, mi buen amigo. Es cierto que le sigo a cierta distancia, pero es por su bien. No queremos que le pase lo que a los otros.

—Ya —asentí con la misma hipocresía—. Tengo que proseguir con la tarea que Susan Friedemann había comenzado, ¿no es eso?

—Efectivamente, efendi, efectivamente...

Eso hice a partir de ese mismo día. Con todas mis fuerzas, sin descanso. Después de la visita al museo abandonado, tenía la impresión de que las piezas iban encajando perfectamente. Admití la visión de Sejsat, y su parecido con Sophie, como un misterio más de los que rodeaban al Libro de la luz en las sombras. ¿Quién era realmente la muchacha? ¿Aquel cabello negro y aquella piel de ámbar eran reales? Podía muy bien no ser así, podía tratarse de un encantamiento, porque ¿quiénes la habíamos visto? Sólo aquellos que en algún momento habían intentado descifrar el contenido del libro. Como una estrella fugaz que avanzara a gran velocidad a través del tiempo, el rostro de Sophie iba surcando los siglos, incólume, imperecedero, lejano y sobrenatural, como un cometa en cuya cola se enredaran los sabios y los hombres perdidos por la ambición.

Ahora me había tocado el turno a mí. Cuando caminaba por las angostas calles de la ciudad islámica, me parecía que la misteriosa hija de Galata podía surgir detrás de cualquier esquina y que, como decía Said, la memoria une a seres que han vivido en épocas muy distintas. Yo me sentía unido a esa misteriosa mujer que pretendía ser la hermana de un dios, me mantenía enredado en la misma tela de araña que el filósofo Avempace, maldito por la misma enfermiza obsesión que el califa Al Hakam II, burlado como los monjes del monte Muqattam... Por primera vez en mi vida, comprendía perfectamente lo que Said buscaba entre las páginas de los libros, porque yo mismo notaba claramente la intensidad de una unión profunda con todos ellos. Sólo cuando pensaba en Susan, sentía que habían quedado muchas cosas pendientes entre nosotros, seguramente por mi culpa; pero luego me consolaba la fantástica idea de que podíamos estar unidos en un pliegue del tiempo, donde sin duda volveríamos a encontrarnos, volveríamos a hablar, a reír, a pelear como dos adolescentes inexpertos, tendríamos una nueva oportunidad para rehacer nuestra maltrecha relación. Así pensaba en aquellos atormentados días de El Cairo. Tenía la certeza de que todos nosotros, los que buscamos las huellas del pasado, los que resucitamos algún tipo de memoria escrita, vivimos en otro espacio, una dimensión distinta de la real, intercomunicada y de un alcance que todavía no acertaba a imaginar.

Durante los meses siguientes, me dediqué a la única tarea que podía realizar después de lo sucedido: estudiar a fondo el manuscrito. Lo hice con un entusiasmo febril, ayudado de cerca

por Kamal Kamil, que ya no fingía seguirme a escondidas, sino que había decidido no separarse de mí un solo momento.

En cierto sentido, fue mejor así. No era fácil sortear las dificultades burocráticas que los egipcios exigen para cualquier gestión. Kamil me ayudó a conseguir todos los permisos necesarios para acceder al manuscrito. Sus recursos eran mucho más amplios de lo que yo habría podido sospechar y nunca supe si actuaba por su cuenta o siguiendo las órdenes de Ashad. Se movía como pez en el agua por el complicado laberinto burocrático y sabía lo que había que hacer en cada momento. Pequeñas cantidades de dinero, dejadas en los mostradores del Mugama, ensancharon la sonrisa de los funcionarios corruptos y nos abrieron todas las puertas con mayor celeridad de la que una simple orden policial habría conseguido.

Por fin, una mañana, Kamil me llevó a la Biblioteca Nacional. Nos condujeron a una oscura sala llena de polvo, donde se guardaban los manuscritos encontrados en Kiffa. Kamil parecía muy satisfecho. Un funcionario de cuello sudado nos entregó el libro y nos señaló la mesa en la que debía consultarlo. Había una sencilla lámpara de metal y un viejo tintero de cobre cubierto por una pátina negra. El barniz estaba cuarteado y los borrones de tinta salpicaban la superficie del escritorio.

Al tener nuevamente el libro en mis manos, sentí la misma sensación confusa de la primera vez. Esas rugosas páginas guardaban un secreto que nadie, hasta entonces, había conseguido descifrar. Avempace, Ibrahim ibn Hasim, Susan Friedemann y todos los misteriosos rostros sin nombre que lo habían intentado murieron en circunstancias misteriosas. Era mi turno, pensé con cierta aprensión.

Durante treinta largos días traduje aquellas páginas escritas en árabe, sin encontrar un solo indicio de lo que buscaba. Finalmente, tuve ante mí cada párrafo, cada línea. La urgencia había hecho que me preocupara más del sentido general que de la estricta fidelidad lingüística, por lo que la traducción del libro tenía cierto aire provisional. El resultado era bastante aceptable, pero, aun así, las zonas de oscuridad se superponían unas a otras, creando un conjunto incomprensible.

Tomé nuevas notas y me dediqué a estudiar la escritura, tratando de encontrar algún indicio. Recordaba el empeño con el que Avempace había encargado al copista que no olvidara ninguno de los trazos. No podía abandonar la sospecha de que en el manuscrito existía un código que, si bien tenía que afectar necesariamente a su contenido, dependía en cierta medida de algún misterioso aspecto formal.

No me equivocaba. Como muchas veces sucede, di con la solución por caprichosa casualidad. Había estado contemplando durante más de un mes la lámpara de metal, el tintero y la superficie del escritorio donde las manchas de tinta que habían caído sobre la mesa dibujaban complicadas figuras ovales. Mientras pensaba en lo que leía una y otra vez, los iba remarcando

uno a uno con mi bolígrafo. Pronto tuve la superficie de la mesa cubierta de formas ovaladas de todos los tamaños. Fue entonces cuando reparé en que el manuscrito presentaba una curiosa particularidad: cada cierto número de páginas había un capítulo cuya primera letra estaba decorada dentro de una forma oval, y no cuadrada como los demás. Tuve un presentimiento. Agrupé todos los textos que pertenecían a este sistema de comienzo. Cuando los hube ordenado, me di cuenta de que seguían una secuencia y que la propia forma en la que había que leerlos estaba señalada en el libro. Justo en el último pliego, había una frase que decía: «El libro ha sido escrito por el anverso y el reverso y ha sido sellado con siete sellos». El corazón me dio un vuelco. Rápidamente ordené los textos señalados por la forma oval, al revés de como estaban distribuidos en el manuscrito. Esa era la primera clave, no había duda: había exactamente siete párrafos. El orden adecuado de lectura era justo el inverso del que presentaba el resto del escrito.

Pocas veces he sentido una emoción tan intensa como aquella. Kamil había salido a tomar un café y, cuando regresó, me encontró sumergido en un mar de papeles.

—Escuche esto, Kamil. Creo que lo tengo.

Los ojos de Kamil relampaguearon de emoción. Su sonrisa de rata dejó al descubierto unos dientes amarillentos por la nicotina de aquellos cigarrillos turcos que fumaba sin parar. Se acercó a la mesa y se acomodó a mi lado.

Leí en voz alta:

Las tres llaves del saber abren las cuatro puertas. En el centro está el rostro sin su velo. El talismán de la sabiduría lucía en el trono del hijo de David y se reflejaba en trescientos espejos grandes y trescientos espejos pequeños.

Kamil me miró perplejo.

—El hijo de David —repetí con insistencia—. ¿Sabe a quién se refiere?

—¿Sulaymán? —murmuró Kamil pensativo—. ¿El rey de los judíos?

—¡Eso es! ¡Salomón! Mire esta nota que figura al margen: 1R,III,10. Si no me equivoco, hace referencia al Libro Primero de los Reyes, capítulo III, versículo 10. Consígame una Biblia hebrea, Kamil.

Kamil abandonó el cuarto sin tardanza. Mientras él trataba de conseguir un ejemplar de la Biblia, yo recordé lo que Susan había dicho antes de morir: Duchamp estaba buscando el trono de Salomón en Babilonia. También recordé que, cuando le visité en Bagdad, confesó que debía darse prisa, porque alguien podía adelantarse.

Al cabo de unos minutos, llegó Kamil con un ejemplar de la Biblia hebrea. Busqué el Libro

Primero de los Reyes. Mi dominio del hebreo permitió que le tradujera sin dificultad el siguiente texto:

El peso del oro que llegaba a Salomón cada año era de seiscientos sesenta y seis talentos de oro, sin contar las contribuciones de los mercaderes, las ganancias de los comerciantes y de todos los reyes extranjeros y de los inspectores del país. El rey Salomón hizo trescientos grandes escudos de oro batido, aplicando seiscientos siclos de oro batido en cada escudo, y trescientos escudos pequeños de oro batido, aplicando tres minas de oro en cada escudo. El rey los colocó en la casa Bosque del Líbano. Hizo el rey un gran trono de marfil y lo revistió de oro finísimo. El trono tenía seis gradas y cabezas de novillo en el respaldo, con brazos a uno y otro lado del asiento; dos leones de pie sobre las seis gradas, a uno y otro lado. No se hizo cosa semejante en ningún reino.

—Los trescientos espejos grandes y los trescientos espejos pequeños de los que habla nuestro libro —dije nada más leerlo— son esos escudos de oro batido, no hay duda.

Kamil parecía sumido en una especie de perplejidad sin límites.

—¿Es un tesoro lo que buscamos? —preguntó.

Observé la codicia asomando impudicamente a sus pupilas.

—En cierto modo —respondí.

¿Para qué repetirle lo que Said me había dicho?: «El verdadero tesoro del pasado no es el oro, ni la riqueza de sus reyes, el verdadero tesoro es la sabiduría, la memoria. Esa es la única herencia que nos puede pertenecer, la única búsqueda que no nos llevará a la perdición». Estaba seguro de que un individuo de su catadura moral no sería capaz de entenderlo.

Después de unos segundos en los que ninguno de los dos dijo una sola palabra, le pregunté sin rodeos:

—¿Sabe cómo obtuvo Salomón la sabiduría que le hizo famoso?

Kamil contestó indeciso:

—Creo que la obtuvo de manos de Dios, si no me equivoco.

—Bueno... Sí... Eso dicen —reconocí con desgana—. Pero nuestro libro insinúa que era un talismán el que proporcionaba esa sabiduría —argumenté a continuación—. Escuche el segundo párrafo que he seleccionado: «Viajó en las manos de la mujer y entró en su reino por la alianza de la carne».

Kamil se encogió de hombros, dando a entender que no entendía una sola palabra.

—Salomón estableció una alianza muy especial con el faraón de Egipto —insistí. Necesitaba que Kamil siguiera mis razonamientos y, de algún modo, buscaba su aprobación—. ¿Sabe cómo se produjo esa alianza? Tomó por esposa a su hija. Lo que estamos buscando, sea lo que sea, «entró en su reino por la alianza de la carne». Seguramente, fue ella quien llevó el talismán a Jerusalén.

—¿Quiere decir que ese talismán pertenecía a nuestro pueblo y que la hija del faraón se lo

entregó al rey de los judíos? —observó Kamil con suspicacia.

—Sí, eso creo.

Me pareció que no le gustaba mi respuesta.

—¿Dónde está ahora ese talismán?

—No lo sé... En Babilonia, quizá... Aunque, si hacemos caso de lo que dice el libro —dije señalando una de mis anotaciones—, será devuelto en algún momento.

Señalé un nuevo párrafo. El tercero de los siete. Kamil escuchó con gran interés lo que estaba escrito en mis papeles.

—«Regresará el que se fue y se devolverá lo que nunca debió ser puesto en otras manos. Ahora está sobre la mujer que llora y un alif de oro lo custodia para siempre» —recité entusiasmado.

—Ya entiendo. Usted cree que el talismán de la sabiduría ha vuelto a Egipto.

—No puedo asegurarlo.

Kamil encendió un cigarrillo y arrojó la cerilla al suelo.

—Por cierto... —dijo exhalando una gran nube de humo blanco—. Ese párrafo que me acaba de leer... Parece que hiciera mención al califa Al Hakim... Ya sabe usted que prometió volver algún día.

Se refería a la frase «Regresará el que se fue...». Yo no compartía su opinión.

—Ya sé, ya sé... —observó Kamil al notar mi incredulidad—. Le parece una locura, pero muchos musulmanes creen firmemente en ello. Esto de la reencarnación es una creencia que se encuentra muy extendida. Los shiítas ismailíes esperan que su último imán, Ismail, reaparezca en forma de imán mahdi y los duodecimanos se llaman así porque prometen la vuelta del duodécimo imán visible, Mohamed. En el Jurasán, durante el siglo VIII, hubo un profeta que se decía encarnado en Adán y Noé. Como usted ve, la cosa viene de lejos. ¿No es Cristo el hijo de Dios hecho hombre? Todas las religiones mantienen creencias de este tipo.

—Pero ¿usted no creerá en esas cosas?

—Claro que sí —respondió sonriendo enigmáticamente—. Si no creyéramos en lo imposible, ¿cómo podríamos vivir?

Luego se rascó la cabeza preocupado.

—El libro habla de un alif de oro —dijo sombríamente—. El que buscaba la pobre doctora Friedemann desde hace años... Yo sentía una gran admiración por esa mujer y lamento mucho su muerte.

Noté que lo decía de verdad. Su rostro expresaba una pesadumbre real.

—Esa chica, Zenia Kayakan —murmuró pensativo—, no actuaba en solitario. Hay alguien más tras el asesinato de la doctora.

Se alejó unos pasos. Apagó el cigarrillo en un cenicero repleto que había en el alféizar de la ventana y se quedó contemplando la calle, moviendo rítmicamente su pequeña cabeza de rata. Luego se volvió hacia mí y preguntó:

—¿Por qué dice usted que el talismán se encuentra en Babilonia?

Se aproximó a la mesa. Le mostré la página que había llamado mi atención en dos ocasiones anteriores. La había podido ver la noche de mi llegada a Kiffa y el día que Ashad nos interrogó en presencia de Kamil. Entonces no había caído en la cuenta, pero ahora resultaba evidente que era una de las claves, porque la primera letra de ese capítulo también estaba decorada en forma oval. Era el cuarto párrafo de los siete que el libro mencionaba.

Volví a leer en voz alta:

Cuatro puertas la guardan. La del Norte, consagrada al que venció a la serpiente de fuego. La del Este, donde fue hallado el Profeta y donde se cumple lo que dice el libro: de donde partisteis, allí habréis de volver. La del Oeste, que era la tercera fortaleza. Y la del Sur, donde el poder descansa en la sombra.

A continuación, le señalé la línea que figuraba al pie de página: «Sobre los baluartes de Babilonia está el trono del Patriarca».

—Esta es una de las páginas que cambian notablemente entre uno y otro libro —expliqué, tratando de poner en orden mis pensamientos—. ¿Ve usted esta pequeña frase medio borrosa en el margen? Creo que podrá distinguirla: Al Mu Alaqa, que en árabe quiere decir «la suspendida». Es algo que anotó quien estudió el pergamino antes que yo. La tinta es vieja, está desdibujada, casi ilegible, lo que indica que la frase fue escrita hace muchos años. En el primer Libro de la luz en las sombras había también una anotación, pero no se trata de la misma letra: en el ejemplar estampado con el sello del califa fatimí alguien había dibujado una especie de plano, un rombo con los cuatro puntos cardinales, y estas palabras que vemos ahora no aparecían por ningún lado.

Kamil se levantó de golpe.

—¿Qué más ha averiguado, señor Mestre? No me oculte nada, se lo ruego.

Su tono no me gustó. Por un momento, me arrepentí de haberle confiado todo lo que sabía.

—Nada más —respondí de mala gana, asombrado por aquel repentino cambio de actitud.

—Pero usted ha dicho que había siete claves. Sólo me ha informado de cuatro de ellas. ¿Qué pasa con las otras tres?

Caí en la cuenta de que Kamil no era tan estúpido como se esforzaba en aparentar. Había memorizado la disposición de cada párrafo en mis anotaciones. Me sentí indignado, por su forma de dirigirse a mí, que había perdido toda la pringosa amabilidad de la que hacía constante gala y que me mostraba su verdadero talante de pájaro de presa, siempre al acecho.

Tardé en contestar, dudando si debía hacerlo. Pero Kamil estaba frente a mí y su rostro no ofrecía la más mínima duda sobre sus intenciones. La situación se hizo muy tensa.

—Bien —accedí contrariado. Cogí mis notas y se las ofrecí con un gesto de desprecio—. Aquí las tiene. Puede leerlas usted mismo.

—De ningún modo —respondió Kamil, recobrando su sonrisa obsequiosa—. Yo no sería capaz de entenderlo. Hágalo usted, señor Mestre.

Puse los papeles sobre la mesa y traté de imaginar a qué se debía la actitud de Kamil. Podía sentir, a mi espalda, su respiración agitada. Todavía me demoré unos segundos, intentando saber lo que pasaba.

—Adelante. Continúe.

No quedaba otro remedio. Esa era la triste realidad. Las autoridades egipcias no me estaban protegiendo. En el fondo seguían sospechando de mí y por eso Kamil no se apartaba en ningún momento de mi lado. Estaba en sus manos. Decidí obedecer.

—La quinta clave dice: «Serán dos de las tres madres, una de las siete dobles y dos de las doce simples, combinados los astros en sus posiciones, primero cáncer, después capricornio, seguidas por el sol, el agua y el aire. Men, ain, kahf, heth y la primera, que debe ser colocada en último lugar».

Luego me volví hacia él y observé que estaba tan confuso como yo.

—Bien —proseguí—, el siguiente capítulo señalado por la decoración oval de su primera letra, empieza con una especie de acertijo: «La roca fue la madre de un inteligente león, mientras la gema y su guardador dieron vida a una pantera».

—¿Sabe lo que significa?

—No —reconocí—. No tengo ni la menor idea.

Kamil dio un corto paseo por la habitación. Encendió un nuevo cigarrillo.

—Siga, por favor. ¿Cuál es la última pista?

—Está confusa... Creo que dice: «De nada sirve al que conoce el lugar ignorar su aspecto». Luego hay una serie de números colocados en forma circular. En el centro figura el número cinco.

—Bien —dijo Kamil rascándose la cabeza—, creo que hemos avanzado algo.

Luego se expresó con tono autoritario.

—Le aconsejo que no hable con nadie de todo esto. Hágame caso. Guarde silencio. Y ahora, devolvamos el libro.

Me separé de él a la salida del edificio. Era extraño que me dejara solo, pero se lo agradecí profundamente.

Deambulé por los alrededores de la Biblioteca Nacional, preocupado no sólo por el contenido del libro, sino también por la actitud de Kamil. No me gustaba ese hombre, me producía una

impresión de desconfianza mayor que la que me inspiraba JayrÍ Nuín, con su ampuloso y cínico comportamiento. Nunca estuve totalmente seguro de que esa desconfianza fuera mutua, pero siempre tuve la sospecha de que era así. En presencia de Kamil, no podía evitar sentirme como un criminal que será arrestado en cuanto cometa el más mínimo descuido. Y, no obstante, había que reconocer que había dado suficientes motivos para ello. El problema era que yo mismo me comportaba a veces como si tuviera algo que ocultar, y no era así, pero la suspicacia nos hace cometer grandes errores y nos convierte en sospechosos ante los ojos de los demás.

De todos modos, algo no estaba claro en mi relación con los egipcios. Nuín me había pedido que guardara silencio sobre mi cita con el muchacho de Al Jafh en el café Shaleb, mientras Kamil, por su parte, había echado tierra sobre la muerte de Abdul de una forma muy poco ortodoxa para tratarse de un guardián de la seguridad nacional. Pensé si Ashad estaría informado de esa muerte. Pensé si realmente estaban buscando al grupo terrorista del que nadie, ni siquiera el jefe de la Policía, tenía la más mínima noticia. Los asesinatos parecían no interesar a nadie y, sin embargo, todo lo concerniente al Libro de la luz en las sombras les hacía ponerse en marcha con una diligencia asombrosa. Por un momento, me hizo gracia comprobar la frecuencia con la que actuaban los unos a espaldas de los otros y, una vez más, tuve la sospecha de que me estaban engañando.

Llegué al hotel Ashok cuando el sol se había desvanecido detrás de Shari el-Nil. Las torretas modernistas lucían en un contraluz mágico lleno de reflejos dorados. Nuín me había instalado allí después de la muerte de Susan Friedemann, empeñado en hacer mi estancia lo más agradable posible. El Ashok era el mejor hotel de El Cairo, pero a mí me traía malos recuerdos, así que pasaba en la habitación el menor tiempo posible.

Atravesé los jardines que conducen a la entrada. Un hermoso pavo real cruzó el camino de gravilla y se detuvo un instante junto a una fuente rodeada de petunias. Cuando pasé a su lado, lanzó un grito grotesco y abrió de par en par la cola multicolor. Me quedé un momento contemplando la escena, hasta que oí una voz familiar que gritó mi nombre.

Me volví sorprendido y reconocí a Luca Santori. Era la última persona con quien podía esperar tropezarme en El Cairo y, quizá por eso, o porque me sentía terriblemente solo desde la muerte de Susan, me alegré de verle.

—¡Caray, Mestre, qué difícil eres de localizar! —dijo alegremente cuando nos sentamos en el patio.

Luego, echó un rápido vistazo a su alrededor y preguntó:

—¿Es aquí donde mataron a Susan Friedemann?

—¿Ya lo sabes? —me extrañé.

—Sí —respondió él—, la policía me lo ha dicho.

—¿La policía? —pregunté asombrado. Sospeché que Santori no estaba en El Cairo por

casualidad—. ¿Te han llamado ellos?

Asintió con un gesto.

—Parece que necesitas ayuda con ese endemoniado manuscrito —dijo—. ¿Qué pasa? ¿Tan complicado es?

Me encogí de hombros.

—Quisiera echarle un vistazo. ¿Puede ser?

—Supongo. Si lo deseas —respondí, dando por sentado que a él le resultaría más fácil de lo que había sido para mí—, no creo que haya ningún inconveniente. Mañana podrás verlo.

—Cuéntame lo que has descubierto. Tengo mucho interés.

Era justo lo que yo necesitaba. Poder hablar con alguien que comprendiera la dimensión de mis investigaciones, no un tipo como Kamil, que no era más que un sabueso dispuesto a saltar sobre mí en cuanto me descuidara, sino otro medievalista, capaz de valorar las dificultades, y que pudiera aportar alguna luz a ese complicado jeroglífico en que se había transformado el estudio del manuscrito atribuido a Avempace.

Empecé por el principio, por los datos y las crónicas que señalaban el recorrido del manuscrito hasta llegar a manos del copista, Ibrahim ibn Hasim. Le hablé del testamento y de las sospechas que Susan y Nuín albergaban sobre el robo del original. También le puse al tanto de mi entrevista con Duchamp, en Bagdad.

—Susan Friedemann hizo un buen trabajo —dijo cuando estuvo al cabo de todos los detalles—. Pero no estoy de acuerdo con ella. No puedo creer que Duchamp esté metido en esto. ¿Por qué iba a hacerlo?

Santori se pasó la mano por la barba en lo que parecía un gesto demasiado teatral y luego, después de reflexionar durante unos breves segundos, dijo:

—Aunque pensándolo bien, a Duchamp le pasa algo desde hace años. Me di cuenta en Kiffa. Parecía un poco ido, ¿no crees? En fin, nunca se sabe... Por cierto, esa mujer, la que disparó, ¿sabes quién era?

Seguía comportándose del mismo modo irreflexivo y locuaz. Saltaba de un tema a otro y concedía una importancia desmesurada a los detalles más escabrosos, pasando por alto las observaciones que se referían exclusivamente al manuscrito. Muchas veces había pensado que Santori era una especie de charlatán de feria y que carecía de espíritu científico. Pero su trabajo era impecable, riguroso y rápido al mismo tiempo, y nadie podía discutir sus amplios conocimientos. En lo que se refiere a los comienzos de la Edad Media en Occidente, era una verdadera autoridad. Como Duchamp, tenía una especie de sexto sentido para olfatear rastros que yo tardaba siglos en comprobar, intentando inútilmente ser como ellos, lo que me resultaba descorazonador y, desde luego, mucho más costoso.

Le dije que no sabía quién era la chica.

—Pero tú la conocías, ¿verdad?

Me extrañó su insistencia.

—Creí que era la hija de Hermois Galata.

Santori soltó una desagradable carcajada.

—Mestre, Mestre, sigues siendo el mismo de siempre. Tu ingenuidad es envidiable.

No me gustó que dijera eso, pero sabía que estaba en lo cierto. Ese era mi problema: me fiaba de la gente.

—Y bien —dijo después—, supongo que habrás traducido el dichoso libro. ¿O me equivoco?

Negué con la cabeza.

—¿Has encontrado fórmulas alquímicas o algo por el estilo? —preguntó de nuevo.

—Exactamente no lo sé. Pero creo que he dado con algo mucho más importante: la principal clave de interpretación. Mira estos textos —dije sacando las notas que había tomado esa misma mañana—. Son siete y creo que los tres últimos pueden interesarte.

Santori leyó mis apuntes con atención.

—¡Un talismán que proporciona la sabiduría! Eso sería magnífico, ¿no crees? Bueno, bueno... veamos cómo se puede hincar el diente a este asunto... «Siete sellos» —murmuró en voz baja—. Suena inequívocamente apocalíptico. Es un párrafo de las Visiones proféticas, no hay duda. Y esto de «un libro escrito por el anverso y el reverso, sellado por siete sellos», es una cita casi al pie de la letra. A ver si nos puede decir algo sobre el autor, o por lo menos, sobre su entorno... Todo es posible, ¿no te parece?

Luego se frotó las manos y consultó el resto del material. Se tomó un tiempo antes de levantar la vista de la mesa. Cuando lo hizo, parecía distraído o preocupado y observé que toda su actitud había cambiado.

—Bien, creo que debo hablarte de una cosa que seguramente ya sabrás, pero que nos interesa recordar en estos momentos —dijo, adoptando un aire de superioridad—. Es sobre esa cita que acabamos de leer. Desde el siglo II, hay una tradición que identifica al autor del Apocalipsis, un tal Juan desterrado en la isla de Patmos, con el apóstol Juan, autor del cuarto Evangelio; es curioso, Tertuliano y Clemente de Alejandría, entre otros, opinaban que era así. Yo, sinceramente, creo que este tipo de escritos viene de la tradición judía. Dos siglos antes de Cristo, los esenios de Qumrán ya creían en este peculiar sistema de revelación: el género apocalíptico es la prolongación del género profético, por decirlo de algún modo, su puesta en escena. Es así, no te rías, es una escritura puramente visual. Lo mejor del Apocalipsis han sido siempre las maravillosas ilustraciones que se dibujaban a propósito de su contenido. Los beatos y ese tipo de miniaturas coloristas, llenas de símbolos, de espantos... Me entusiasman, debo confesarlo. A propósito, Mestre, ¿no había ilustraciones? No, claro, se me olvidaba que estamos

hablando de un manuscrito árabe. Es una pena, porque si fuera un libro cristiano, nos ahorrariamos muchas especulaciones.

Hablaba como siempre: con su estridente voz y un perfecto acento castellano. Me agotaba escucharle. Cuando tomaba carrera era imparable.

—Eso de los siete sellos... No sé... Demasiadas mezclas. Además, veo que hablas de Salomón en estas notas. ¿Hay que remontarse tan lejos? ¿No estarás equivocado? No, claro... Oye, y la historia de la hija del faraón, ¿es cierta? Parece muy sugerente, sí señor... ¡Vaya!, aquí hay algo... Sí... Puede ser...

Una vez hubo leído todas mis notas de los últimos días y después de haber dicho todo lo que se le venía a la cabeza mientras las estudiaba, dejó los papeles sobre la mesa y guardó silencio durante unos minutos. Sus ojos relampagueaban de júbilo. Enseguida sospeché que había descubierto algo interesante, pero que trataba de pensar en ello antes de contármelo.

—¿Puedes dejarme estas notas? —propuso con todo descaro al cabo de un largo rato en el que yo dominé mi impaciencia como pude.

—No —contesté, después de pensarlo detenidamente—. Te he mostrado todo lo que tengo. Supongo que tú puedes hacer lo mismo conmigo.

—¡Ay, Mestre! ¡Qué desconfiado te estás volviendo! ¿Crees que voy a engañarte?

—Supongo que no. Pero le he dedicado a este manuscrito mucho tiempo y no voy a separarme de esas notas de ninguna manera. ¿Te das cuenta de que estoy a punto de encontrar el gran secreto de un libro que ha dado tumbos desde hace siglos, sin que nadie fuera capaz de vislumbrar siquiera su contenido?

Santori pareció entender mis razones y compartirlas en cierto sentido. No insistió.

—Bueno, deja al menos que tome nota de algunas frases en las que quiero pensar.

—¿Cuándo pretendes hacerlo?

—Ahora mismo. En tu habitación, si quieres. No me las llevaré a ninguna parte. Pero, si mañana voy a ver el manuscrito, tengo que trabajar. Es necesario saber a qué voy a enfrentarme. Yo podría ser la próxima víctima de esa maldición que planea sobre el libro —dijo bromeando.

Subimos a mi cuarto. Era una habitación amplia, con una preciosa mesa de marquetería y dos grandes sillones que nos sirvieron para instalarnos cómodamente.

Durante el tiempo en que Santori se dedicó a esbozar hipótesis sobre una docena de cuartillas que acabaron emborronadas sin resultado aparente, pensé en lo extrañamente oportuna que resultaba su presencia en El Cairo. Supuse que el coronel Ashad le había pedido que me ayudara. Seguramente pensaba que yo solo no sería capaz de hacerlo, lo que me situaba en una posición muy poco honrosa.

Pedí algo de comer, café y una botella de whisky, convencido de que íbamos a pasar la noche

en vela. Pasaron dos o tres horas sin que consiguiéramos encontrar el camino. Santori parecía estar más desorientado que yo, si cabe. En un momento dado me preguntó:

—¿Estás seguro de que no hay nada más? Un plano o algo así.

Por alguna extraña razón, yo había silenciado las notas al margen que figuraban en el primer manuscrito, el que llevaba el sello de Al Hakim en la basmala. No estaban incluidas en estos papeles, sino en las notas que había tomado cinco años antes, en Kiffa. Yo no le había enseñado nada que pudiera hacerle pensar en un plano. Todavía estábamos manejando sólo el material recogido en la Biblioteca Nacional, es decir, la información que podía suministrarnos la copia del libro, no el original, y Santori nunca lo había visto, así que no podía sospechar la existencia del plano en forma de rombo, aquel misterioso imago civitatis que aparecía en una de sus páginas. Sólo yo había visto los dos ejemplares, sólo yo había tenido la oportunidad de estudiarlos, lo que evidentemente me dejaba varios cuerpos de ventaja. No obstante, le pregunté:

—¿Por qué piensas que puede haber un plano?

El italiano trató de echar tierra sobre el asunto.

—No, no es que lo piense, solamente acariciaba la idea de contar con alguna ayuda extra. Pero si dices que no lo hay, te creo, desde luego.

—Bueno, pues no existe tal plano, eso es todo.

No tenía intención de engañarle, simplemente trataba de ser precavido. Recordaba que justo esa página había hecho reaccionar a Kamil como si un escorpión le hubiera agujoneado la lengua, obligándole a comportarse de un modo menos estudiado y, desde luego, nada amable conmigo. Una extraña intuición me aconsejaba guardar silencio.

—¿Cómo era exactamente el sello —preguntó Santori—, el alif de oro que figuraba en la primera página del manuscrito? ¿Se parecía a la bandera que nos enseñó Ashad?

—Sí, era muy parecido.

—¿Qué raro...!

—¿Qué es lo que te parece raro?

—No sé... Os secuestró un grupo terrorista que se ha esfumado de la faz de la tierra... No pidieron ningún rescate, no comunicaron a nadie que os tenían... ¿Sabes cuál era su nombre, al menos? ¿Cómo se llamaban?

Tuve que reconocer que no lo sabía. Ashad jamás me lo había dicho.

—Pues la implicación de Duchamp puede venir por ahí. No te lo quise decir antes, pero hay rumores sobre él.

—¿Qué tipo de rumores?

—Dicen que trabaja para los soviéticos. Que es un espía, vamos.

Me eché a reír.

—Eso me parece imposible. ¿Por qué iba a hacer Duchamp una cosa así?

—Yo sólo te cuento lo que he oído por ahí. Dicen que está un poco loco y que intenta hacer fracasar los acuerdos de una posible paz con los judíos. Tiene buenos contactos en Oriente Medio y en Libia. Ya sabes que ha trabajado codo con codo con los rusos. ¿Por qué piensas que está ahora en Irak?

Susan había dicho, minutos antes de morir, que Duchamp buscaba el trono de Salomón en Babilonia. Un tesoro, un simple tesoro... Santori tenía razón, no parecía posible. Duchamp no era de esa clase de hombres. Podía imaginarlo buscando el talismán de la sabiduría, pero no tratando de encontrar un trono de marfil cubierto de oro.

—Sí, Mestre, créeme —insistió Santori al ver que yo dudaba por un momento—, ese tipo está chiflado, es un fanático que detesta a los judíos.

Recordé las palabras de Duchamp sobre ese asunto cuando le vi en Bagdad. Destilaba un desprecio incomprensible por los israelíes. El trono de Salomón no podía ser su objetivo en ningún caso. Ni siquiera los trescientos escudos grandes y los trescientos escudos pequeños. Ahora... un misterioso manuscrito árabe... Eso sí que podía tentarle.

—Claro, Mestre, claro —exclamó Santori cuando se lo conté—. Vas aprendiendo a saber quién es quién.

Después de un pequeño descanso, volvimos al trabajo. Luca Santori trataba de descifrar las tres últimas claves.

—Estos números me tienen intrigado. No sé cómo demonios hincarle el diente. «De nada sirve al que conoce el lugar ignorar su aspecto.» Tu libro tiene razón. No sabemos lo que buscamos. Oye, por cierto, ¿tú conoces bien el hebreo?

Era una pregunta absurda. Santori lo sabía muy bien, pero insistió como si nos acabáramos de conocer en ese mismo momento.

—¿Sabes algo de un libro llamado el Zohar? Creo que es el catecismo de los cabalistas. Tengo entendido que también es una especie de apócrifo. Unos dicen que lo escribió Abraham y otros se lo atribuyen al rey Salomón. ¿Has pensado en ello?

Empezaba a estar cansado. Habíamos bebido mucho. Le dije que sería mejor dejarlo para el día siguiente.

—¡Joder, Mestre! No sabes negociar. A estas alturas ya deberías haberte dado cuenta de que hay ciertas informaciones que podemos intercambiar.

No entendía qué es lo que quería decir. ¿También él se había guardado un as en la manga?

—Hagamos un trato —propuso sin contemplaciones—. Tengo una teoría sobre el manuscrito. Te la cuento y tú decides.

—Te escucho —accedí resignado—, pero no olvides que no te he pedido ayuda, que la idea de ver mis notas ha partido de ti.

—Mestre, Mestre... Somos colegas. Trata de no confundirte. Mira, voy a ser franco contigo.

Hay algo que me resulta muy fácil de interpretar, pero no tengo todas las claves para seguir. Está en el primero de los párrafos que me has mostrado: «Cuatro puertas... Tres llaves...».

Santori se puso en pie, dispuesto a iniciar una larga explicación. Le observaba perplejo por su rapidez de reflejos, pero no podía evitar que me pareciera, como siempre, un tipo grotesco.

—Ibas bien, Mestre, no hay duda. El número cuatro es la clave. El cuadrado es la forma que utilizaban los ilustradores medievales de manuscritos para dibujar los templos. Estaba codificado, era un canon clásico que se repetía vez tras vez. ¿Sabes por qué era así? Influencia de Roma, amigo mío. Los campamentos romanos tenían cuatro puertas. Ese es el motivo. Este tipo de ilustración fue adoptado por los primeros cristianos y perduró durante la mayor parte de la Edad Media. Hay, por lo tanto, que buscar una fortaleza romana. Dicen que en Kiffa había uno de esos campamentos, debajo de la iglesia copta, ¿no...? Bueno, creo que los hubo por todo Egipto, en El Cairo también. Claro que lo ideal sería dar con una fortaleza romana y una iglesia cristiana en el mismo sitio.

Santori hizo una pausa.

—Por otra parte, ese número, el cuatro, está cargado de simbolismo religioso. No olvides que son cuatro los Evangelios, cuatro los animales tetramorfos y cuatro los brazos de la cruz.

Pensé que podía estar en lo cierto, pero la explicación me defraudó. Sólo eran suposiciones.

Parecía tranquilo. Dio un par de paseos a lo largo de la habitación y luego se acercó a la mesa y se sirvió medio vaso de whisky.

—Después tenemos las «tres llaves del saber» —prosiguió cuando hubo bebido de un trago el contenido de su vaso—. Mira, Mestre, si no me equivoco, este libro fue escrito por un judío que recogió una serie de tradiciones dispares que tenían un objetivo doble: conservar el secreto de ese talismán, para que no se perdiera su memoria, y protegerlo a la vez, para que no estuviera al alcance de cualquiera. Desde luego, era un judío que vivía en un reino musulmán y creo poder asegurar que se trataba de un hombre culto, amante de la antropología religiosa, por decirlo así, en un lenguaje adaptado a nuestros días, pues refunde muy bien y con cierto respeto, creencias y simbologías de las tres religiones: la musulmana, la hebrea y la cristiana. Así, bajo la hipótesis de que el autor sea un judío, norteafricano por ejemplo, llegamos al tema de las «tres llaves del saber».

—Supongo que te refieres a las tres fórmulas cabalísticas —dije después de escucharle en silencio—: Gematría, Notarikón y Temurá.

Santori me miró asombrado. Noté que sus pupilas se achicaban hasta quedar reducidas a un punto diminuto.

—¿Ves? Ya sabía yo que te sería muy fácil encontrar una pista —dijo aparentemente tranquilo—. ¿Qué demonios es eso? ¿Una palabra latina, una griega y una hebrea? ¿Qué significan?

—Es una especie de uso místico del lenguaje, códigos que sirven para encontrar significados

ocultos —respondí.

Los dos supimos que la solución estaba a punto de aparecer. Me pareció absurdo no haberme dado cuenta hasta ese momento. ¡Era tan sencillo! De los tres párrafos que me quedaban por desvelar, el primero era el más fácil. Por el sistema llamado Temurá, que consiste en formar combinaciones con las letras de una palabra, el misterioso autor nos había dejado la primera pista de lo que buscábamos.

—Ya lo tengo —dije al cabo de unos minutos. Santori casi puso los ojos en blanco—. Mira estas letras: «Men, ain, kahf, heth y la primera, que debe ser colocada en último lugar». Efectivamente, son dos de las tres madres, una de las siete dobles y dos de las doce simples. El alfabeto cabalístico se compone de veintidós letras, divididas en esos tres grupos. Las dos de las tres madres son, sin duda, men y aleph, la única que no nombran expresamente, aunque nos indica que debe ser colocada en último lugar.

—¡Claro! —me interrumpió Santori—. El aleph es la primera letra del alfabeto hebreo.

—Sí, representa algo muy parecido al alif árabe. Es el ser, el espíritu, la letra divina.

—Sigamos, Mestre —pidió con la voz quebrada.

Había perdido la compostura y yo le observaba a cierta distancia, tratando de imaginar cómo habría reaccionado Santori de no tratarse del Libro de la luz en las sombras.

Continué con mis razonamientos, un poco sorprendido por la tranquilidad con la que me estaba tomando estos nuevos descubrimientos.

—Hemos visto que dos letras encajan perfectamente —resumí sin esfuerzo—, ahora veamos las siguientes. Una de las siete dobles es kahf. Y dos de las doce simples son ain y heth. Ya las tenemos todas. ¿Quieres ver su representación en caracteres latinos?

Escribí sobre el papel: M-O-J-H-A.

—Están desordenadas, pero esa correspondencia astrológica que cita a continuación parece indicar el modo en el que deben ser colocadas. A cada letra se le atribuye un signo zodiacal o un elemento de la naturaleza. Realmente, yo no recuerdo cómo establecer esa correspondencia, pero con lo que sabemos hasta la fecha me resulta fácil construir la palabra adecuada por medio de un simple anagrama: HOJMA, «la sabiduría», en hebreo. No puede ser otra.

Santori me miró como si acabara de ver una aparición.

—¡Magnífico, Mestre! ¡Eres un genio! Pero sigue, todavía nos quedan dos claves.

—Tienen que poder interpretarse por medio de las otras dos fórmulas: Notarikón y Gematría.

Escribí de nuevo lo que me había parecido un acertijo incomprensible esa misma mañana: «La roca fue la madre de un inteligente león, mientras la gema y su guardador dieron vida a una pantera».

—La verdad —reconocí—, me resulta totalmente hermético.

—Combina las letras —propuso Santori. Estaba ciego de ansiedad.

—No, ahora tengo que trabajar con la clave de las siglas. Hay que separar las iniciales de cada una de estas palabras.

Lo hice así, pero no conseguí ningún resultado.

—Es demasiado largo —comenté con desencanto al cabo de unos minutos—. No tiene ningún significado, ni en árabe, ni en hebreo.

—Elimina algo. Quitá aquellas palabras que no sean fundamentales.

Santori tenía razón. El autor había añadido palabras que sólo servían para dar coherencia a las frases. Señalé las que me parecieron más significativas: sajr, roca; umm, madre; labib, inteligente; ambasa, león; yawhar, gema; muhriz, guardador; ays, vida y, por fin, nimr, pantera. Las agrupé. El resultado era el siguiente: NAMYALUS.

—Nada, no puede ser así.

—¡Sí lo es! —gritó Santori—. Está claro: «Se lee por el anverso y el reverso», ¿recuerdas? Léelo al revés. SULAYMAN, ¿te das cuenta?

—¡Salomón! —exclamé también convencido de que estábamos operando adecuadamente.

—Bien, ya tenemos dos de las tres que faltaban.

Habíamos avanzado, pero todavía no sabíamos nada sobre la forma que podía tener aquello que buscábamos. Las dos últimas claves no aportaban nada nuevo a lo que yo había vislumbrado en la Biblioteca Nacional.

—No importa —dijo Santori—. Eso quiere decir que vamos por buen camino. Hemos descubierto lo que tantos otros buscaron sin conseguirlo. Llegaremos al final, estoy seguro.

Ya no era fácil parar. Quedaba una única clave: «De nada sirve al que conoce el lugar ignorar su aspecto». Tenía que poder interpretarse con la fórmula de Gematría, aplicando el valor numérico de cada letra, sobre todo teniendo en cuenta que aquellos números colocados en forma circular eran nuestra última posibilidad para conseguirlo. El número 5 estaba dibujado en el centro. A su alrededor la circunferencia tenía la siguiente composición: 400704008. Pensé que si sumaba las cifras, encontraría el número 5. Efectivamente, así era: $4+7+4+8 = 23$; $2+3 = 5$. Recité el alfabeto hebreo y traté de sustituir cada una de esas cifras por la letra correspondiente. El resultado fue decepcionante: D-Z-D-H. Nada, no era así. Además, me intrigaban los cinco ceros a los que no había conferido valor alguno. Tenían que tener algún significado.

Me serví el último trago de whisky que quedaba en la botella. A mi lado, Luca Santori estaba visiblemente alterado. Me fijé en sus ojos: tenían la mirada de un buitre que planea sobre su presa.

—No te pares, Mestre, que estamos muy cerca.

Era cierto, pero en ese momento recordé la historia del manuscrito aljamiado y lo que Said me había dicho a propósito de Ahmed, el criado del inglés. Santori me lo recordó: la misma

mirada relampagueando en la penumbra, como un zorro que aguarda astutamente a que se queden solas las gallinas.

—Tienes mucho interés en un libro que no has visto nunca —observé con desconfianza.

Santori modificó rápidamente su actitud. Trató de parecer relajado.

—Hombre, entre todos me habéis metido la curiosidad en el cuerpo. Secuestros, muertes misteriosas, servicios secretos, maldiciones y enfermedades... Es para mostrar interés, ¿no te parece?

Me convenció fácilmente. Además, gracias a él, a su entusiasmo y a su buen olfato, habíamos llegado hasta la cábala. ¿Cómo lo había hecho? Recordé que había comenzado preguntándome por el Zohar. Santori había dicho que el Zohar era una especie de apócrifo. Un rato antes no había dado la más mínima importancia a sus palabras, pero ahora, de pronto, las recordé casi al pie de la letra: «Unos dicen que lo escribió Abraham y otros se lo atribuyen al rey Salomón».

La frase de mi sueño volvió a traspasar los límites de la conciencia, como un potente viento que cruzara la realidad: «... horadar el tiempo hacia el pasado, sin temor a que la polea caiga dentro del pozo». Durante unos segundos, los trescientos espejos grandes y los trescientos espejos pequeños brillaron en el interior de mi cerebro con tanta fuerza como si los estuviera viendo. Recordé una idea contenida en el Zohar: el mundo está dividido en dos mitades, una visible y otra invisible. La parte visible es sólo el reflejo, una imagen especular del verdadero mundo que permanece oculto a los ojos del hombre... Tal como sucede frecuentemente con la verdad.

Alguien lo había pensado así hace muchos años y ese alguien se había molestado en repartir por las páginas de un manuscrito árabe un secreto que tenía que ver con la sabiduría. ¿Cómo explicar a Santori este delicado engranaje que se sostenía sobre un conjunto de ideas imprecisas, tan imprecisas que no pasaban de ser sino meras sospechas? Pensé en ello. No quería hacer el ridículo; pero, por otra parte, tampoco podía pasar por alto lo que a cada momento se hacía más y más evidente. Traté de hacer un esfuerzo.

—Estaba pensando en eso que dijiste antes —dije con un tono desenfadado, como si estuviera tomándome un descanso—. Hay algo común entre cábala y alquimia, un arcano compartido, ¿no crees? Ciertas coincidencias. Sin ir más lejos, fíjate en el tema de los apócrifos. La literatura teosófica hebrea está siempre rodeada de misterios: autores que fingen ser los copistas, escritos cuya paternidad se atribuye a los profetas... Sin ir más lejos, dicen que el Zohar, también llamado Libro del Esplendor, fue escrito por Simón bar Jochai, un rabí del siglo II. Como ves, se remonta a una época anterior a la fecha en la que fue escrito nuestro manuscrito. Pero aún hay más. Se supone que el Zohar recoge tradiciones mucho más antiguas. Durante el siglo XIII circuló una copia atribuida a Moisés de León que había sido escrita en arameo. Una vez vi ese

ejemplar. En realidad, es un comentario místico del Pentateuco que ensalza la figura del rabí Bar Jochai y le atribuye una serie de conocimientos misteriosos: los secretos cabalísticos. Va dando pistas a aquel que quiera buscar. Siempre es así. Un resultado lleva a una pregunta y esa solución a un nuevo interrogante. Si la cábala es una cadena de conocimientos acumulados en el tiempo y refundidos por diversos autores, ¿quién podría negar rotundamente que Salomón fuera uno de ellos?

Santori disimuló un bostezo. Era evidente que mi discurso no le interesaba lo más mínimo.

—Pero ¿qué demonios es eso, Mestre? Nunca he sabido realmente qué significa.

—Pues hay una larga lista bibliográfica sobre el tema —dije un poco a la defensiva—. Puedes encontrarla en cualquier biblioteca.

Santori hizo un gesto de contrariedad. Luego se repuso, esbozó una sonrisa y pidió con humildad:

—Dímelo tú. Eres el experto.

Y pronunció la última frase con cierta sorna mal disimulada.

—Es una especie de enigma —respondí escuetamente—. Un código de interpretación. Sirve para explorar el contenido oculto de las palabras y concederles un segundo valor. Quizá un valor místico, religioso...

Pero el italiano no parecía dispuesto a perder el tiempo con especulaciones históricas.

—Mira, Mestre, creo que deberíamos volver a lo nuestro.

Abandoné mis intentos por hacerle ver dónde nos estábamos metiendo. Santori quería resultados visibles y, en cierto sentido, tenía razón, esa era la única manera de llegar a nuestro objetivo. Pero ¿qué pretendíamos encontrar y por qué? Por un instante pensé en mis verdaderas intenciones respecto al libro. Me había dejado llevar por los acontecimientos, sin saber realmente lo que buscaba y, desde luego, el alcance que podía llegar a tener mi descubrimiento. Sentí un poco de pánico, pero traté de hacer un esfuerzo por recuperar la tranquilidad y cierta distancia que me permitiera mantenerme al margen. Al fin y al cabo, Said tenía razón: es necesario conservar la calma para que nuestros ojos no se nublen con visiones falsas. Así pues, reinicié mi tarea con el alefato y sus correspondencias numéricas. La quinta letra era la he, la misma que lleva el nombre de Haman, hijo de Hamedata, el Verdugo... Significa violencia, desgracia, muerte y destrucción. Un método disuasorio como otro cualquiera, que trataba de evitar que siguiéramos adelante.

Una y otra vez repasé las veintidós letras del alfabeto hebreo. Los cinco ceros seguían pareciéndome un obstáculo insalvable, cuando, de pronto, caí en la cuenta de que las correspondencias numéricas pasaban de la unidad a la decena al llegar al número nueve, avanzando de diez en diez, y al llegar al número noventa lo hacían de cien en cien. Así, la secuencia correcta era:

Aleph	A	1
Beth	B y V	2
Ghimel	C	3
Daleth	D	4
He	E y H	5
Vau	F, V y U	6
Zain	Z y G	7
Heth	H y J	8
Teth	I y T	9
Yod	I, J, Y	10
Kahf	K y J	20
Lamed	L	30
Mem	M	40
Nun	N	50
Samej	S	60
Ain	O y E	70
Pe	P y F	80
Tzade	Ts	90
Cuf	C y K	100
Resh	R	200
Shin	S, CH, X	300
Tav	T	400

Eso resolvía el anagrama circular. Los números 400704008 correspondían a las cifras 400-70-400-8 y, por lo tanto, a las letras T-O-T-H.

¡La palabra que había murmurado Sophie antes de morir!

Santori pegó un brinco en la silla.

—¡Era eso! ¡La piedra de Toth!

Nunca había oído hablar de ella. Santori parecía trastornado.

—¡Era eso! —repetía fuera de sí—. El viejo tenía razón, ¿comprendes? ¡Galata tenía razón!

Fueron unos minutos llenos de tensión. Los dos habíamos bebido mucho y estábamos a punto de que nos vencieran el sueño y el cansancio, pero el descubrimiento de esa palabra misteriosa que Sophie había pronunciado antes de morir, Toth, nos colocó en el filo de un entusiasmo sin precedentes.

—Galata me lo dijo, ¿comprendes? —Santori apretaba las manos vacías ante mí, como si hubiera conseguido atrapar algo muy valioso entre ellas—. Me dijo que los papiros de Leiden no mostraban la primitiva forma del ouroboros, que había una piedra que nadie había visto jamás, pero que era el comienzo de toda la práctica alquímica. Esa piedra perteneció a Toth, el dios egipcio de las ciencias ocultas, y él la dejó sobre la tierra para que algunos hombres

compartieran el conocimiento de los dioses. No es sólo el talismán de la sabiduría, es el principio magistral de la alquimia, la piedra filosofal en su estado puro, lo que tantos y tantos han tratado de obtener por medio de fórmulas mágicas sin conseguirlo. Y ahora nosotros estamos a punto de hacerlo.

Me quedé helado. Era lo que menos podía imaginar. ¡Un secreto alquímico! Y Galata lo sabía. Como en mi sueño, cuando me mostró el caldero en el que una gran serpiente se devoraba a sí misma, la naturaleza de nuestras suposiciones mostraba su verdadera forma. Ya sabíamos lo que estábamos buscando.

A partir de este momento, dejamos de hablar. Cada uno parecía sumido en sus propias reflexiones. Estaba a punto de amanecer, cuando decidimos descansar un rato. Santori se disponía a retirarse, cuando se volvió desde la puerta y me dijo:

—Oye, por cierto, será mejor que nadie más sepa que nos hemos visto esta noche. Te lo digo, porque estando tan cerca de la solución, no podemos arriesgarnos.

No entendía muy bien a qué se debía tanta prevención. Aparte de la policía y la gente de Ashad, en El Cairo no había nadie con quien yo pudiera hablar del Libro de la luz en las sombras. Susan había muerto y Santori sabía que yo estaba solo en la ciudad.

Luego, después de esa noche llena de descubrimientos, todo sucedió con rapidez y con una lógica irreprochable. El desarrollo de los acontecimientos ya no era aleatorio, ya no estaba gobernado por el azar y yo no me sentía perdido en una ciudad extraña, sino integrado en un complicado engranaje que funcionaba a la perfección.

Después de que Santori se fuera, todavía me quedé levantado durante una hora, dando vueltas al asunto del libro, de la piedra, y de los curiosos sucesos que rodeaban su búsqueda. Una piedra que proporciona la sabiduría a todo aquel que la posee, una piedra que pertenecía al dios egipcio Toth y que estaba en algún lugar que había sido antes campamento romano y después iglesia cristiana. Un talismán que Avempace quería conseguir y por el que un califa loco sembró la confusión en El Cairo. Una simple piedra por la que habían muerto Susan Friedemann, Galata... Quizá ella también... Quizá Sophie...

Eché en falta a Said, su prudencia y su capacidad para alejarse de los acontecimientos engañosos, y pensé que si pudiera hablar con él me sería de gran ayuda. Pero Said estaba en Fez, enterrado bajo una montaña de libros antiguos con los que trataba de confeccionar un paisaje en el que poder vivir como él quería, con sobriedad, con distancia.

Estaba cansado. El día había sido muy fructífero, pero algo me rondaba la cabeza, como si estuviera pasando por alto un detalle importante. No conseguía saber de qué se trataba y decidí descansar durante un rato. A la mañana siguiente, cuando despertara, las cosas estarían más claras y mi mente un poco más ágil.

Apenas acababa de dormirme, cuando llamaron a la puerta. Miré el reloj. Eran las seis y media de la mañana. Me levanté y fui a ver quién demonios era.

Lo primero que contemplaron mis ojos fue su desagradable sonrisa de rata. Kamil no esperó a que le invitara a entrar. Franqueó la puerta y se precipitó dentro, como si temiera que alguien pudiera estar observándonos desde alguno de los recodos del pasillo.

—Lamento molestarle tan pronto. Veo que no ha pasado muy buena noche. En fin, creo que tengo buenas noticias para usted.

Me resultaba difícil mostrar interés por cualquier cosa que Kamil pudiera decirme en esos momentos. Me dolía la cabeza y los ojos se me cerraban.

—Creo que sé dónde está escondido ese talismán.

Me despejé de golpe.

—Ha hecho usted un buen trabajo, señor Mestre. Un buen trabajo, sí señor. Aunque no podemos olvidar a la querida doctora Friedemann. Gracias a ella hemos podido seguir la pista del califa Al Hakim y le aseguro que no estaba equivocada en sus suposiciones.

El parloteo de Kamil me abrumaba. Quería preguntarle por el sitio donde se suponía que estaba el talismán, pero no me dejó articular palabra.

—Tengo que reconocer que ustedes, los europeos, son muy eficaces y están muy bien preparados. Lástima que en nuestro país no podamos trabajar con la misma dedicación. Nuestros científicos tienen grandes dificultades para llevar a cabo sus proyectos. Pero, en fin, esperemos que pronto se pueda competir con ustedes. Hay que conservar el afán de superación, ¿no le parece? Cuando nuestro presidente, Anuar el Sadat, consiga firmar esa paz definitiva que tanta falta nos hace, podremos volver a destinar fuertes sumas de dinero a la cultura y eso hará que podamos ponernos a la altura de los demás países. La guerra, señor Mestre, se lleva mucho dinero y muchos esfuerzos que son necesarios en otros muchos campos. La guerra no sirve para casi nada, pero los hombres no terminan de aprender esta lección. En fin, creo que será mejor que se vista y me acompañe.

No sé cómo lo hizo, pero en cinco minutos consiguió que saliéramos por la puerta del hotel.

El Cairo era una ciudad diferente durante las primeras horas de luz. Aunque el tráfico seguía siendo caótico y el ruido ensordecedor, se vivía una calma engañosa, como si la ciudad no acabara de despertar del todo.

Kamil había traído un viejo coche negro de la jefatura. Esta vez conducía él. Me senté a su lado y observé que nos dirigíamos por la Corniche hacia el sur. En el Nilo se desperezaban las falucas, algunas tendían sus velas al suave viento que venía del delta. Los comerciantes acarreaban con su propio esfuerzo las mercancías que iban a vender durante la mañana en los mercados callejeros o en las minúsculas tiendas que proliferaban por la ciudad islámica. Las mujeres llevaban a cocer el pan a los hornos de leña y los aldeanos llegaban desde las afueras con sus frutas y verduras relucientes de rocío.

Vi que nos acercábamos a Misr el Qadima, el barrio más antiguo de la ciudad, del cual me había hablado Kamil en otra ocasión. Era un lugar menos populoso, un poco alejado del centro, en el que había vestigios de épocas anteriores a la creación de la ciudad por los fatimíes. Rodeamos lo que parecía una fortaleza romana: un trazado geométrico en forma cuadrada, tal como Santori me había explicado esa misma noche, hecho de gruesos sillares de piedra caliza. Kamil me miraba con una sonrisa de satisfacción, pero no dijo una sola palabra. Paró el coche ante los restos de una muralla, frente a la isla de Roda. Más allá se veía el Nilometro, como una mancha que flotara en el cauce del Nilo desde el principio de los siglos.

—Ahí tiene usted Babilonia, querido amigo.

Las palabras de Kamil me cogieron por sorpresa.

—Así es —asintió haciendo un gesto de afirmación—. Bab-il-On, una fortaleza romana construida por Trajano, a comienzos del siglo II de su era. Una verdadera maravilla de las muchas que se pueden ver en Egipto.

Estaba pletórico en su papel de maestro de escuela.

—No se trataba de la Babilonia de Mesopotamia —murmuré con asombro.

—Efectivamente —dijo mientras encendía uno de sus cigarrillos turcos—. No había que ir tan lejos.

Avanzamos a pie, en dirección al Museo Copto. Kamil hizo un gesto con la mano, indicándome que reparara en el edificio. Me había hablado de él cuando íbamos a Al Jafh.

—Es un museo único en el mundo. Ahí están los códices de Nag Hamadi, ¿recuerda? Es nuestra historia, querido amigo, y tenemos mucho interés en conservarla.

Pensé que era allí donde quería llevarme, pero no llegamos a entrar en el museo. Pasamos de largo y caminamos hacia el sudoeste.

—Bien, ahora le mostraré ese lugar en el que se encuentra «el trono del Patriarca».

Junto a las murallas de la fortaleza romana que daban la vuelta al recinto, mejor dicho, sobre ellas, se alzaba una iglesia blanca con dos torres gemelas, coronada cada una de ellas por una cruz de hierro.

—Mírela bien, señor Mestre, es la iglesia de la Virgen, pero todo el mundo la conoce por su otro nombre: Al Mu Alaqa, «la suspendida».

Creí que el corazón me iba a estallar en el pecho. ¡Al Mu Alaqa! ¡Tal como el libro decía! Sentí una emoción tan grande que, por un instante, tuve ganas de abrazar a Kamil.

—Fue la sede del Patriarcado durante mucho tiempo. Observe lo que nos rodea, efendi. Al norte, el convento de San Jorge, «el que venció a la serpiente de fuego». Al este, la sinagoga Ben Ezra, donde dicen que fue hallado Moisés cuando el Nilo llegaba hasta aquí. Moisés se llevó de Egipto al pueblo de Israel, ¿no es eso? Recuerde lo que hemos leído en el manuscrito: «La del Este, donde fue hallado el Profeta y donde se cumple lo que dice el libro: de donde partisteis, allí habréis de volver». Esta sinagoga fue una iglesia copta, pero Al Hakim la cerró y la vendió a los judíos, ¿comprende? Mire al oeste, por donde continúa la muralla romana. La fortaleza de Babilonia fue la tercera de las que se construyeron en Egipto. Y, finalmente, situémonos en el sur, justo donde nos encontramos, «donde el poder descansa en la sombra». ¿Ha recompuesto usted los cuatro vértices del rombo?

Realmente había menospreciado a Kamil. Todo era exactamente como lo describía el imago civitatis del manuscrito original. Estábamos a un paso de encontrar «la Piedra de Toth».

Entramos en el recinto de la iglesia de Al Mu Alaqa. El interior estaba oscuro. No había nadie. Era demasiado pronto para cualquier ejercicio piadoso.

El santuario me causó la impresión de ser muy parecido al que yo había visto desenterrar en el cerro de Kiffa. Estaba dividido en tres naves. Las influencias sirias y bizantinas se hacían notar por doquier, aunque eran más los aspectos arquitectónicos de clara herencia helenística, adaptada a las costumbres locales. Unas pequeñas velas, estrechas y alargadas, ardían por todo el prebisterio. Había celosías de madera y frescos en algunas paredes, aunque la mayor parte de ellas estaban cubiertas por completo con reliquias e iconos. Pensé que sería muy difícil dar con lo que buscábamos.

Kamil caminaba con paso seguro.

—«Ahora está sobre la mujer que llora y un alif de oro lo custodia para siempre» —susurró Kamil en voz baja.

Se detuvo en una de las tres naves, frente a un icono en forma de tríptico, cuya parte central representaba a la Virgen sosteniendo al Niño en sus brazos. Las otras dos piezas de madera estaban ilustradas con escenas de la Pasión: Cristo con la cruz a cuestas y en el monte de los Olivos, haciendo penitencia. Era una pintura religiosa de influencia bizantina, muy primitiva. Las figuras apenas tenía expresión, pero por el rostro de la Virgen corrían dos gruesas lágrimas.

Miré a Kamil con un asombro sin límites. Él sonreía entre dientes y su pequeña cabeza de rata se agitaba de placer.

Sobre la Virgen no había nada que pudiera parecerse a lo que buscábamos. Un simple fondo de tonos oxidados era todo lo que podía encontrar en la parte superior del cuadro.

En ese momento oí unos pasos a nuestra espalda. Alguien había entrado en el santuario. Miré con atención las tres piezas colocadas sobre la pared, pero el icono estaba libre de volúmenes. Sabía que a veces se adornaban las pinturas con abultados repujados de plata, debajo de los cuales es fácil ocultar un objeto de tamaño pequeño, pero no era este el caso. El tríptico era, lisa y llanamente, una pintura.

—«Sobre la mujer que llora» —repetí en voz baja, intentando encontrar en esas palabras alguna luz.

—No se olvide del alif —dijo Kamil a mi lado.

—«Sobre» ella —volví a decir con redoblada insistencia—. Tiene que estar por encima del icono.

Pero por encima del tríptico que representaba a la Virgen y al Niño no había sino otros iconos parecidos, de arcángeles y más vírgenes, todos sin repujar, planos como la superficie de una postal.

—El mejor sitio para ocultar una hoja es un bosque —oí que decía Kamil.

Tenía razón. Era prácticamente imposible dar con lo que buscábamos en medio de esa abigarrada exposición de piedad que cubría cada centímetro del muro.

En ese momento, Kamil hizo algo que me sorprendió: se acercó al icono y lo descolgó de la

pared.

—Mire esto —dijo cerrando una de las tapas.

Una aguja en forma de daga pendía de una pequeña cadena.

—¡El alif! —exclamé—. ¡Estaba en el cierre!

—Claro, amigo mío. El libro lo dice: «... sobre la mujer que llora». Cuando el icono está cerrado, el alif se encuentra sobre la imagen. ¿Lo ve?

De nuevo volví a escuchar el rumor de unos pasos en el interior de la iglesia. Pero ya no me era posible pensar en otra cosa. Cogí el icono en mis manos. Kamil me ayudó a cerrar la otra tapa. Era un sistema muy poco frecuente y aparentemente poco fiable, pues consistía en encajar dos piezas: una aguja, el alif, y un semicírculo de plata repujada que era el lugar donde había que introducirlo. Debajo del repujado de esta segunda pieza, se podía observar la existencia de un ópalo tallado en forma de tres anillos concéntricos que sobresalían por encima de la plata. A simple vista parecía un broche de aspecto normal, pero yo sabía muy bien lo que era: el famoso talismán de Salomón, el dragón que se muerde la cola, la serpiente que Galata había visto en torno a mi cuello.

—¡La Piedra de Toth! —exclamé sin poder hacer nada por contener mi entusiasmo.

—Vaya, Mestre, veo que has dado con ella.

Era la inconfundible voz de Santori. Me volví y le vi apoyado en una de las columnas del templo. Su rostro estaba amparado por las sombras, pero tuve la impresión de que se burlaba de mí.

—Siempre has sido un chico muy aplicado —dijo mientras se acercaba a nosotros—. ¡Cuidado, amigo, levante bien alto las manos!

Se lo decía a Kamil, que había hecho ademán de buscar algo en el interior de su chaqueta. Noté que Santori iba armado. Kamil obedeció al instante.

—Dame ese icono, Mestre, y pegaos los dos a la pared. ¡Hablo en serio!

Hicimos lo que quería. Al verle allí, entre las sombras de la iglesia copta, me di cuenta de que era la misma silueta que había visto junto a los muelles de Zamalek, cuando murió Abdul. Santori era el hombre que le acompañaba, el mismo que nos había seguido al chico y a mí hasta el almacén del museo abandonado.

—¡Venga! ¡Al suelo! ¡Boca abajo! Con los brazos bien extendidos, para que pueda veros.

Mientras me tiraba sobre el suelo de piedra, oí al italiano forcejear con el cierre del tríptico. Hubo un silencio total. Ni siquiera podía oír el ensordecedor estruendo de El Cairo.

—No fue la policía quien te hizo venir a Egipto, ¿verdad? —pregunté con un hilo de voz.

—¡Bravo, Mestre! —dijo él a mi espalda—. Sigues siendo un prodigio en tus deducciones. Has acertado. Llevo aquí más de tres meses.

Estaba en El Cairo antes de que yo llegara, mucho antes de que Susan muriera. Seguramente

vigilaba sus pasos, esperando para caer sobre ella en cuanto diera señales de saber dónde estaba el maldito talismán. ¡Qué estúpido había sido! Jamás había sospechado de él y, sin embargo, ahora todo estaba bien claro, cada pieza encajaba en el rompecabezas con una precisión total. Era él. La figura incierta que me había estado siguiendo los pasos durante los últimos cinco años y sobre la que yo había fabulado creyendo que podía tratarse de alguien mucho más misterioso era este estúpido e irritante italiano con el que siempre había mantenido una relación llena de mutua desconfianza. Tal como esperaba, al encontrar el talismán, se suprimían los velos y asomaban los rostros que hasta entonces habían permanecido amparados por la oscuridad.

Pensé entonces en Sophie. No sé por qué la asocié rápidamente a Santori.

—¿Quién era la chica? Fuiste tú quien le dio el teléfono a Susan, ¿no es eso? La engañaste, le hiciste creer que era la hija de Galata.

—Cierto, por una vez has acertado.

—¿Qué tenías tú que ver con ella?

El italiano soltó una carcajada.

—¿No recuerdas lo que les pasó a los ángeles del Zmouth, a los masebitas y al pobre Al Hakam II?

—Tú inventaste esas historias.

Santori no respondió. Pero había que obligarle a seguir hablando. Recordé su implicación con Abdul.

—¿Estaba también ella en Bagdad?

—Puede ser... —dijo muy lentamente—. Zenia era...

—¿Qué?

Santori había desprendido el broche del icono y tiró la tabla al suelo. No podía verle, pero todo mi cuerpo permanecía atento, intentando seguir sus movimientos. Tenía la esperanza de que Kamil pudiera encontrar la ocasión de intervenir, pero cuando le miré, vi que el egipcio permanecía quieto como una losa sobre el suelo del santuario, con la frente apoyada en el frío y gastado mármol, sin dar la más mínima señal de vida.

Luego escuché que Santori comenzaba a caminar en dirección a la puerta.

—Dile a tu amigo que no se mueva —advirtió—. Veo bien en la oscuridad.

Kamil permanecía rígido y en total silencio. Pensé que no entendía muy bien nada de lo que estaba pasando.

—Por cierto, Mestre —gritó Santori desde la puerta—, hay una cosa sobre la que no has preguntado. ¿Te gustaron las vacaciones que te preparé en aquella aldea del Nilo? Tendrás que reconocer que te serví a la orgullosa doctora Friedemann en bandeja. Supongo que supiste aprovechar la ocasión.

Al oír el nombre de Susan, vi que Kamil hacía un movimiento extraño. Rápido como una

cobra, se volvió, sacó su arma y disparó sobre Santori. Apenas tuve tiempo de reaccionar. El italiano se tambaleó a pocos metros de la salida y comenzó a caminar hacia la calle con paso vacilante. Kamil fue tras él, pero Santori cayó al suelo antes de que disparara de nuevo.

Cuando llegué, pude ver que yacía de espaldas y que en el suelo había un reguero de sangre. Todavía estaba vivo, pero apenas podía moverse.

—Ya ves —dijo haciendo un gran esfuerzo—. La maldición me ha alcanzado también.

Se contrajo a causa de un espasmo. Pensé que era una lástima que acabara así. Me aproximé a él. Durante unos breves instantes nos miramos directamente a los ojos, muy cerca el uno del otro. Entendí que quería decirme algo y que no conseguía encontrar las palabras. Traté de ayudarlo.

—Así que eras tú el hombre del rostro tapado ¿Por qué lo hiciste?

Santori tardó unos segundos en responder.

—Necesitaba tiempo para conocer el valor del manuscrito. Tú me estorbabas en Kiffa...

—¿Y todas esas muertes? ¿Galata... Susan... Abdul...?

—Será mejor... que no preguntes... —dijo con voz entrecortada, haciendo un esfuerzo por parecer el mismo de siempre—. No te gustaría conocer la verdad...

Luego hizo un ademán con la mano, indicando que me acercara más y, en un susurro, añadió:

—Yo no soy el único causante de...

—¿Duchamp? —pregunté recordando las sospechas que la policía y la propia Susan albergaban respecto al francés.

Entendió lo que yo quería decir.

—Duchamp no tiene... nada que ver... Es un pobre loco. ... Dale una causa política y venderá... su alma al...

No pudo terminar de hablar. Me agarró por el cuello con fuerza y luego permaneció inmóvil, con los labios abiertos, mirándome fijamente. Esperé, hasta que pude darme cuenta de que estaba definitivamente muerto.

Nada más morir, con una crueldad que me pareció totalmente innecesaria, Kamil se abalanzó sobre él y le arrebató el talismán. Por un momento, me miró con gesto compungido, como si quisiera disculpar su actitud, pero en lugar de hacerlo, dijo:

—Será sólo una piedra antigua, pero los egipcios tenemos un dicho, querido amigo: tu mano es tuya, aunque esté tullida.

Luego soltó una pequeña carcajada que resonó en el silencio de la iglesia copta como el quejido de un ejército de ratas.

Han pasado quince años desde aquello, casi veinte desde que llegué a Egipto por primera vez, con intención de unirme al equipo de investigadores de Kiffa. La Piedra de Toth descansa en el Museo Arqueológico, al lado de las momias y los sarcófagos que los turistas contemplan con asombro. El manuscrito que copiara Ibrahim ibn Hasim figura en los fondos de la Biblioteca Nacional como un libro más, carente de especial interés.

Egipto ya no está en guerra, tal como Kamil quería, pero el fanatismo y la intransigencia asoman de vez en cuando su rostro por las extensas orillas del Nilo. El coronel Ashad, uno de los artífices de los acuerdos de Camp David, murió asesinado un año después de que yo dejara definitivamente El Cairo. La prensa del mundo entero recogió la noticia en medio de un gran despliegue de titulares que, si bien no le vinculaban exactamente al servicio secreto, dejaban de manifiesto sus relaciones con los servicios de inteligencia americanos. Un grupo radical llamado Huwa fue considerado responsable de su muerte. El lema de estos fanáticos era una bandera con una daga. Nunca quise saber qué relación tenía ese grupo con lo que nos había pasado en Al Jafh.

Duchamp también saltó a las páginas de los periódicos al saberse que pertenecía al espionaje soviético. Fue detenido en Kabul poco tiempo después, cuando la guerra de Afganistán entró en su etapa de mayor crudeza. El gobierno francés eludió cualquier posible responsabilidad y Bernard Duchamp permaneció en alguna sucia cárcel afgana durante el resto de su vida. Murió de una apoplejía en 1982.

No he regresado a El Cairo. JayrÍ Nuín y Kamil me han invitado, a través de la embajada egipcia, en varias ocasiones; pero siempre he declinado amablemente el ofrecimiento. Nunca he publicado una línea sobre el Libro de la luz en las sombras, ni he hablado públicamente de su contenido.

A veces revivo sensaciones dormidas, pequeños restos que mi corazón guarda con esmero: Susan Friedemann en aquella aldea abandonada del Nilo, pegada contra mi cuerpo y temblando en la oscuridad... Sophie despertando de un sueño que acaso fuera mucho más largo de lo que la mente humana puede comprender... El Cairo a la hora del crepúsculo...

La muerte me despojó de unos sentimientos que nunca más sería capaz de recomponer y me doy cuenta de que Susan y yo perdimos nuestra oportunidad, la perdimos a causa de un espejismo. Ahora sé que hay un espacio inexplorado, algo que tiene que ver con la memoria,

una especie de nexo que une a los vivos y a los muertos con un lazo invisible. Yo estoy atado a Susan Friedemann. Su recuerdo pervive en mi memoria por encima de muchos otros rostros olvidados. Sé que en El Cairo hay alguien más que piensa en ella con veneración, mientras enciende un cigarrillo turco y agita melancólicamente su pequeña cabeza de rata.

También pienso en Sophie. Durante años he seguido viéndola por las calles de ciudades desconocidas, en los tugurios infectos donde las mujeres se venden por unos cuantos dólares, en los callejones sombríos de Oriente, en las sinagogas oscuras de medio mundo y en todas las iglesias en las que, cada cierto tiempo, siento la imperiosa necesidad de entrar. Hay una poderosa voluntad de supervivencia enterrada en el fondo de cada uno de nosotros que nos salva y nos rescata de la desaparición absoluta. Como decía Said, el corazón de los hombres es el único lugar donde podemos protegernos del olvido.

El viejo Alfaquí ha muerto. Hace unos días he recibido un paquete procedente de Fez, con una carta que decía:

Querido amigo:

Se acerca la hora de mi muerte. Ya no puedo llegarme hasta el patio de las abluciones de la mezquita Karauín, pero aún conservo la lucidez y el deseo de despedirme de este mundo tratando de no dejar nada pendiente. Los libros de plomo, el gran secreto de mi padre, han visto la luz gracias a ti. Estoy en deuda contigo.

Te dije una vez que el manuscrito de Ibn Bayya permanecería oculto durante algún tiempo y que luego, cuando menos lo esperaras, volvería a aparecer. Ha llegado el momento de que sea así. Como ya habrás supuesto, ese libro estuvo siempre en mi poder, lo estaba ya el primer día que nos vimos y ha seguido en mi casa hasta este mismo momento en que lo envuelvo cuidadosamente y decido entregártelo. Fue el italiano quien me proporcionó el manuscrito. No me guardes rencor por lo que he ocultado, ni me condenes por haber mentido. La verdad, mi joven amigo, nos exige mentir constantemente. Bien, ahora hay algo importante que debes saber. Nunca te conté que esa muchacha, Zenia, fue quien me trajo el libro. El italiano y ella eran cómplices en la turbia empresa, pero yo compro libros, ya lo sabes, y se los compro a quien los tiene, eso es todo, y no pregunto, porque no escucharía una sola respuesta sincera. Así que eché un vistazo al libro que me enviaba el italiano a través de esa joven y, mientras me decidía, la alojé en mi casa. Algo fue mal entre nosotros desde un principio. Ella pretendía ser amable, parecía tener mucho interés en agradarme, pero yo no me sentí inclinado hacia su personalidad porque la encontraba fría, falta de ese soplo espiritual que me gusta ver en la gente. Una noche, cuando me creía dormido, la sorprendí en la biblioteca, hurgando entre mis viejos manuscritos. Ella pretendió hacerme creer que sentía una insaciable curiosidad intelectual, pero yo vi la codicia palpitando en el fondo de sus hermosos ojos negros, ya sabes a lo que me refiero: el brillo de los ojos de Ahmed en la penumbra, ese fulgor de buscador de tesoros... ¿Recuerdas lo que decía Yusuf, el notario? Aquella era la expresión de quienes buscan el tesoro de Boabdil... locos... fanáticos... ambiciosos... Al verse sorprendida, reaccionó de forma violenta y trató de asustarme. Verás, la chica lanzó una maldición sobre mí. Todavía recuerdo su rostro congestionado por la contrariedad y su voz hiriente como un cuchillo. Dijo exactamente: «Eres un viejo engreído. Crees que atesorando libros podrás llegar a ser sabio, pero te equivocas, eso no te servirá de nada, porque sólo el que cuente con la ayuda de Sejsat podrá penetrar en el tiempo. Un hombre solo no es nadie. Un viejo solo es menos que nadie». Después salió de mi casa en plena noche y nunca más la volví a ver.

Luego apareciste tú. El italiano había cometido la imprudencia de hablar del libro con ese otro viejo al que llamabais Galata y fue él quien le hizo concebir vanas esperanzas respecto al mismo. Ese Galata había dado a entender que podía tratarse de un manuscrito mucho más importante de lo que en un principio Santori sospechó. Así que te mandó a Fez para ver si podías poner algo de luz donde él sólo había encontrado sombras. Quería que examinaras nuevamente el libro, pero no contó con mi opinión y, al fin y al cabo, yo era el único que podía mostrártelo. No lo hice y te preguntarás por qué. A mí no me interesaba el talismán. Lo único que pretendía era custodiar esas misteriosas páginas que habían costado la vida de tantos y tantos hombres confundidos por la ambición. Quise parar el tiempo. Esconder el libro para que nadie más cayera en la tentación de descifrar su contenido. Pero el italiano ya lo había visto y había sido mordido por la serpiente de la codicia. Y además estabas tú. También lo habías tenido en tus manos. Quise conocerte, saber cómo eras. Cuando te vi por primera vez noté en ti el afán de los que buscan noblemente, el mismo espíritu generoso y arriesgado que de niño veía en mi padre. Pensé que serías un buen continuador de su labor y te encomendé recuperar los libros de plomo. Lo hiciste bien, pasaste la prueba con dignidad, pero era demasiado pronto, eras demasiado joven y estabas ofuscado... Tu relación con la chica era un problema, porque ella podía ejercer una perniciosa influencia sobre ti. Ahora es distinto. Ha pasado el tiempo. Eres más viejo y, seguramente, más sabio. Es el momento de cumplir con mi deber. Debo hacer aquello que es necesario y justo, debo unir todos los cabos antes de morir. Bien, aquí está el manuscrito que buscabas la primera vez que nos vimos: el auténtico libro, el que contiene un alif de oro sobre la basmala. Siempre creíste que tenía una especie de poder. Lo he tenido en mis manos durante años y puedo asegurarte que nada extraordinario me ha sucedido. El manuscrito te trajo a mi casa de Fez el Balí. Y yo llegué a esa misma casa buscando los libros de plomo. He pensado mucho en ello y creo que entre esos dos textos había algo común, algo que los mantenía unidos tal como luego nos unió a nosotros. El azar fue sabio al juntar nuestros caminos.

Quiero relatarte ahora algo a lo que he dedicado largas jornadas de estudio y que confirma de algún extraño modo lo que te he dicho. ¿Recuerdas el pájaro del que hablaba Al-Siqlabí en los libros de plomo? He descubierto de quién se trata y puedo asegurarte que no es un genio musulmán, sino alguien perteneciente a otra cultura mucho más antigua: Toth, el dios egipcio de la escritura, señor de las Palabras Divinas, que anotó en 42 libros escritos de su propia mano toda la sabiduría del mundo. Este antiguo dios se representa en forma de ibis: un pájaro de cuerpo blanco, cola y garganta negras, pico curvado hacia dentro y plumaje corto. ¿Lo reconoces? Es el protector de los escribas y el primer poseedor del talismán de la sabiduría. Bajo su atenta mirada escribió Al-Siqlabí los libros de plomo y por su causa se unieron nuestros caminos como dos arterias que salen del mismo corazón. Bien, joven amigo, escucha lo que contaré a continuación.

Dicen los libros antiguos que Toth era tan poderoso que reinaba sobre los Siete Desiertos. Entonces el tiempo no tenía horas, ni meses, ni años. El mundo era un lugar apacible, tan armónico que los dioses y los hombres moraban en el mismo territorio y compartían idénticas aspiraciones. Pero esta hermosa convivencia se quebró como las frágiles ramas de un árbol seco. Sucedió así: viajaba un día Toth por los confines de su reino, cuando perdió un ópalo tallado en forma de serpiente. Esta piedra era un talismán que el dios había llevado siempre sobre su propio pecho. Toth sentía una gran estima por este ópalo y los moradores de los Siete Desiertos, fueran hombres o dioses, creían que gracias a él había adquirido una parte de su sabiduría. Hizo la casualidad que un sabio ermitaño que vivía en el desierto lo encontrara y lo recogiera. Aquel pobre hombre tomó el talismán en sus manos y lo llevó a la cueva donde dormía, fascinado por la creencia de que esa piedra podía hacerle comprender todo cuanto aún desconocía. Sólo los hombres sabios son verdaderamente conscientes de su ignorancia. La guardó con él durante tanto tiempo que ya parecía pertenecerle. Por su parte, Toth se sentía sumamente inquieto y preocupado. Temía, en lo más oculto de su inexpugnable corazón, que los hombres llegaran a dominar los secretos que hasta entonces él sólo había custodiado. Reunió a los dioses y les alertó sobre este peligro. A partir de este momento, entre dioses y humanos se creó una creciente desconfianza que

nunca antes habían conocido. Los dioses hicieron valer sus antiguos privilegios y comenzaron a mostrar sus poderes con arrogancia. Los humanos comenzaron a temerles.

La recuperación del talismán se convirtió en una necesidad prioritaria. Toth tenía una hermana, Sejsat, que a su vez era la encargada de los archivos, se ocupaba de escribir las crónicas y de anotar los nombres de los reyes en el Libro de la Vida. Dicen los libros antiguos que esta diosa era una mujer de gran hermosura, cabello negro, piel de ámbar, y que lucía en su frente una roseta estrellada, símbolo de poder e inmortalidad. Sobre los hombros llevaba una piel de leopardo como símbolo de su gran astucia. Toth encargó a su hermana la búsqueda del talismán y le prohibió regresar hasta que hubiera cumplido su encargo. Sejsat se presentó en las montañas que bordean el desierto y llegó a la cueva donde moraba el sabio. Allí trató de tentarle con su belleza, para que el pobre hombre le entregara la piedra. Cuando lo logró y casi tenía el talismán en las manos, el ermitaño comenzó a llorar de amargura por la pérdida del ópalo, lloró y lloró, durante horas, durante días, y sus lágrimas formaron un enorme lago en la cueva, y pronto un torrente que se precipitaba por las rocas hacia las arenas del desierto, y ese cauce repentino arrastró consigo al ópalo y de este modo se perdió para siempre el talismán. Toth montó en cólera, separó el mundo de los dioses con una frontera de palabras mágicas cuyo significado sólo él conocía y obligó a su hermana a permanecer al otro lado, en el mundo de los hombres, hasta que encontrara de nuevo la piedra sagrada.

¿Qué opinas? Parece que te estuviera viendo ahora mismo: sonrías porque nada de lo que pueda decirte este viejo gastado por los años resulta nuevo para ti. No sé si aprendemos más con el paso del tiempo. Sólo sé que nos volvemos infinitamente más crédulos. Antes jamás hubiera dado crédito a estas cosas, pero el otro día, en mi lecho de muerte, tuve un sueño: vi que te encontrabas con ese pájaro, el ibis, en la desembocadura de un río lejano, que luchabais y que le dabas muerte, doblegando su cabeza y clavándole el pico sobre su propio corazón. Entonces te vi borrar la frontera de palabras mágicas que separa nuestro mundo del de los dioses y sembrar la tierra de una infinita confusión. Dicen que los sueños de los moribundos son proféticos. Yo no sé qué pensar. Sigo siendo un escéptico, pero esta vez tuve miedo por ti, miedo de que se tratara de un aviso y que mi obcecación te privara de recibirlo.

Me gustaría tenerte cerca para leer en tus ojos si es cierto aquello que sospecho. ¿Llegaste a un acuerdo con aquel policía egipcio que mató a Santori? ¿La piedra que descansa sobre un estante del Museo Arqueológico es tan sólo una imitación sin ningún valor? No creo que hayas sido tan estúpido. Ella no era Sejsat, a pesar de sus ojos negros y esa piel de ámbar que te hacía temblar de deseo. Sólo era una mujer codiciosa que obedecía órdenes del italiano y que ahora está tan muerta como él. No esperes volver a verla.

Durante todos estos años he sabido que los egipcios te engañaron; pero tú has decidido ignorar lo que sucedió entonces y has seguido adelante por el sendero de la cordura. Dejaste que se quedaran con el talismán. Me alegro. El camino de los vivos nunca tiene el mismo trazado que el camino de los muertos.

Creo adivinar lo que sucederá cuando tengas el verdadero manuscrito en tus manos, pero no deseo condicionarte con las estúpidas predicciones de un viejo moribundo. Haz lo que creas conveniente con él. Sea lo que sea, cuentas con mi bendición. Espero que puedas seguir a salvo del más peligroso de los infiernos: la codicia. Ponte a resguardo de ella, porque es como el viento, sopla por todas partes, pero nunca se la ve.

Después de recibir esta carta y de tener nuevamente el primitivo Libro de la luz en las sombras en mi poder, he venido a la isla de Buda para reflexionar sobre lo que debo hacer con él. La brisa del Mediterráneo recorre los arenales con su aliento marino y se desvanece al llegar al Muntell de Verges, donde permanezco aferrado a mis recuerdos. Veo ante mí una vieja escena de sorpresa y abatimiento. Santori yace muerto a mis pies. Kamil tiene el ópalo en sus manos. El

aire se ha detenido en el baptisterio de la iglesia copta... Las palabras que escuché de labios de Kamil cuando sellamos nuestro acuerdo todavía suenan, claras y contundentes, en mi cerebro: «Hagamos una cosa, efendi: si usted está en lo cierto y la chica sigue viva, no me quedará más remedio que admitir que pueda tratarse de esa diosa, Sejsat. Vayamos al viejo museo abandonado, dejemos allí el talismán y veamos lo que sucede». Lo hicimos así. Entramos en el edificio, bajamos al sótano y a los pies de la columna donde estaba la pintura que el chico me había enseñado, dejamos la Piedra de Toth. Subimos a la parte trasera del jardín y esperamos. A los pocos minutos se oyeron unos tenues pasos. Alguien atravesó el patio, bajó las escaleras y entró en el almacén. Kamil y yo nos asomamos a la ventana desde la que se podía ver el interior de la estancia. Una mujer, que ambos reconocimos como la muchacha que había muerto en el corredor del hotel Ashok, se acercó al lugar donde habíamos dejado el ópalo. Se agachó, cogió la piedra y salió del edificio, sin que Kamil o yo hiciéramos nada por impedirlo. Cuando entregamos al coronel Ashad la burda reproducción que Kamil había mandado hacer a un artesano de Mirs al Qadima, no sentimos ninguna culpa por ello. Jayrí Nuín, también presente en aquel disparatado acto de restitución, nos miró con gesto burlón y, como si conociera de antemano el engaño, exclamó: «¡Ah, querido doctor, que afortunados somos los egipcios por contar con su inestimable ayuda! Es bueno que los vestigios de nuestra historia se queden aquí, ¿no cree? Estoy seguro de una cosa: si ese talismán se hubiera perdido, nuestros antiguos dioses habrían dejado su cómoda morada para recuperarlo. Pero no ha sido así, ¿verdad?». Luego soltó una estruendosa carcajada y miró a Ashad con ojos llenos de malicia, que el militar no supo codificar. Esa misma noche, los tres, Kamal Kamil, Nuín y yo, nos tomamos unas copas en los burdeles del río. No sé por qué estábamos tan alegres. Seguramente, tal como sospechaba Said, los egipcios me habían engañado, poniendo ante mis ojos sólo lo que yo quería ver. Alguno de ellos tenía ahora el talismán verdadero, pero no me importó gran cosa. Bebimos como auténticos camaradas, mientras yo acariciaba la certeza de que, por fin, me habían quitado un peso de encima.

Así fue. Así sucedió. No me arrepiento de lo que hice. Ahora yo también puedo creer en lo sobrenatural. Si no, ¿cómo podría vivir?

En la isla de Buda las golas del río brillan a la luz de la luna y en las marismas del interior duermen los flamencos. Es un paisaje que me recuerda al del Nilo, eterno y perdurable como un rostro de mujer... El libro que perteneció al califa Al Hakim, con su peculiar sello dorado sobre la basmala, descansa a mi lado. Todavía no he decidido lo que haré con él. Quizá lo guarde en secreto, hasta que los hombres y los dioses compartan de nuevo el mundo...

Marian Izaguirre nació en Bilbao y reside en Madrid. En 1991 vio la luz *La vida elíptica*, obra con la que obtuvo el histórico Premio Sésamo. Desde entonces ha publicado seis novelas más: *Para toda la vida* (1991), *El ópalo y la serpiente* (1996, Premio Andalucía de Novela), *La Bolivia* (2003, Premio Salvador García Aguilar), *El león dormido* (2005), *La parte de los ángeles* (2011, Premio Ateneo de Valladolid), *La vida cuando era nuestra* (2013) y *Los pasos que nos separan* (2014). Es también autora del libro de relatos *La reina de Chipre*, publicado originalmente bajo el título *Nadie es la patria, ni siquiera el tiempo* (1999, Premio Caja España).

Edición en formato digital: marzo de 2015

© 1996, Marian Izaguirre

© 2015, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Yolanda Artola

Fotografía de portada: © Emmuel Buchot

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-90628-04-1

Composición digital: M.I. maqueta, S.C.P.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

El ópalo y la serpiente

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Biografía

Créditos